PUPILAS ESCARLATA
LA SOMBRA DE RAIKERGARD
DAVID JERONIMO GARCIA OCHOA

PUPILAS ESCARLATA

David Jeronimo
Garcia Ochoa

© Derechos de Autor.

Esta es una obra inédita de ficción oscura.
Este libro fue creado entre los años 2021 y 2024.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, o transmitida en ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, o cualquier otro método, sin el permiso previo y por escrito del autor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor.

Registro de la obra en la Dirección Nacional de Derechos de Autor (DNDA).

Libro - Tomo - Partida: 10-1238-478.
Fecha de Registro: 06 de septiembre de 2024.
Lugar de Registro: Bogotá, Colombia.

ISBN: 9798343032277
Sello: Independently published

Propiedad Intelectual del Autor
David Jeronimo Garcia Ochoa.

N
O
E
S
MONS NIHILO
LASCELLES
CEMENTERIO
RODINIA
MAR ESTATICO
HAPUX
LITORAL
NEKRIDIA
BOSQUE RENEGADO
EL LAHUN
XECLIOS
VALLE ROJO
Sur de NEKRIDIA
MEIJI
SKOUPIDIA

ÍNDICE

PREFACIO 9
EL PRIMER VÁSTAGO 13
RENCOR 27
OSCURA OSCURIDAD 59
UN ANTIGUO EXORDIUM 95
LA PINTURA SOÑADA 115
EL BOSQUE DE LOS RENEGADOS 137
LOS SEMEJANTES 177
AFLICCIÓN 201
UN ASEDIO ARQUIMEDIANO 229
LA DANZA DE LAS SOMBRAS 251
ENGULLIMIENTO 275
COLISIÓN 297
LA TORRE OXIDADA 323
LA MALDICIÓN DE LA CONSCIENCIA 337
CONDENA 369
PRIMORDIAL LLAMARADA DEL VÓRTICE INMUTABLE 387
FUTURO ATARÁXICO 415

PREFACIO

Objetos que no corresponden a los preceptos antropomorfos que la naturaleza bórea pretende conjurar en los mares de las existencias oblongas. Seres que corresponden a vidas de incolores patrones y estáticos escenarios. Ellos no perciben la luz, no del mismo modo que los infectos parásitos protegidos por el sol lo hacen. Pertenecen a orígenes antinaturales, o tal vez no pueden ser concebidos bajo las premisas que gobiernan nuestras ontologías. Se conocían como los Existenciales; sus orígenes fueron sepultados y escupidos por los designios de los dueños de la historia, de los creadores del último linaje, de quienes moldearon las narrativas de lo posible y se atrevieron a interponerse ante el orden geométrico y físico de la realidad.

Son pocos quienes poseen las habilidades. El vástago del odio no debe ser visto fijamente en sus pupilas, de hacerlo sin precaución, se deben tener las agallas para reconocer que la muerte será la única forma de escapar de la locura que esconde tal infinito carmesí. Los fenómenos del cosmos exigen que aquel eclipse salga de nuevo y no se niegue al deber, que no se oponga al veredicto final de quienes deseen la venganza. Tales sentimientos son puros, honestos, no corresponden al instinto de las bestias; por el contrario, son partidarios a los confines malditos de la certeza. Nadie quiere saber el pasado, todos prefieren caminar con el bastón del ingenuo creer, prefieren allanar lo que no conocen a intentar entender primero el motivo que esconde su anárquico accionar. Pero al final, el flujo es sujetado con violencia por la causalidad.

Reconocer a un desconocido invariablemente puede cambiar el pestilente destino de un febril moribundo, el choque de dos diametrales entidades opuestas, puede desencadenar en destinos taumatúrgicos que escapan al caos de lo improbable. Por eso la actitud vehemente del sujeto hará temblar el mundo de los sueños, de los objetivos, de los propósitos. También cabe añadir que la malinterpretación de las acciones desencadenará lo que es y no es. En efecto, el cambio gobierna la historia y el tiempo, por ende no existe nada universal ni absoluto que pueda ser considerado, al menos por siempre cuan máxima, correcto u incorrecto.

La angustia en una guerra no es propia de dichos contextos, más bien, es propia del no saber ni entender las causas que han remitido en ello y, de no saberlo con anticipación, la angustia crecerá y crecerá, hasta el límite donde el árbol se fraccionará en dos caminos espinosos, pero solo uno de ellos podrá sentir las consecuencias, y el que se alude al dogma es el fácil, el otro no debe ser tomado por cualquiera, pues quienes no acepten esa angustia no tendrán motivos para pertenecer a sus ramas; en un intento de olvidar la amargura del saber, querrán lanzarse. Así es, la prisión creada por un credo es necesaria para los débiles, ya que la otra prisión no debe ser habitada por quienes comprendan que no podrán escapar, al menos no con aliento.

¡Que empiece el infame festival! Que el capricho de la interacción de los opuestos choque, y cuando lo hagan, que exploten las vísceras de los valientes, que nazcan y mueran los seres del abismo; que el final de la civilización se alce para siempre en su merecido hundimiento!

«La idea eclosiona cuando el sufrimiento que conlleva existir perpetua el sinsentido».

Los fantasmas del pasado siempre mutan, se escabullan por la psique del doloso. Si aquellos vestigios escondidos son reprimidos por

supervivencia o ignorados adrede, nacerán síntomas nuevos y cada vez más irrompibles y más deformados.

Aunque las ficciones compartidas se construyan colectivamente, las ficciones personales son las que le producen un sentido al experimento cárnico. Y estas son meramente especulativas y pretenciosas; las ficciones creadas por los entes cerebrales rigen bajo la doctrina de la causa y el efecto. Todo impulsado por una materialidad que produce y sintetiza órganos narrativos. Pero algunas de las ficciones de sentido son taumatúrgicas, y lo son porque fueron la catarsis de algún mortal dolor ejercido contra el ente cerebral, de alguna aberración punzante que hiló el sendero rumbo al abismo. Los efectos taumatúrgicos fueron causados por una afección de origen maleable. Pero las narrativas que se producen a raíz de tales efectos, son narrativas que no provienen de una causa en sí, sino que son paracausales y, por tal, incompresibles.

EL PRIMER VÁSTAGO

Esta historia no tiene fecha estipulada. Todo empezó en una ciudad fría y sin ninguna esperanza de vida. La disnea del ambiente no solo suscitaba una terrible angustia, sino también la incertidumbre de la trastornada entropía. Él ondulará sin importar las consecuencias de sus actos, Keb confrontará todos sus deseos, los hará trasmutar en furtiva y negra voluntad. Tiene el precepto idealizado y planeado desde un inicio, y solo él sabe lo que le deparará su oscuro camino. Pero la materialidad del sendero será su principal némesis.

En un maldecido callejón condenado por la lobreguez, Keb abrió sus ojos lentamente. Tenía las pupilas rojas y dilatadas, las venas de su frente a punto de estallar. Apretaba sus dientes y sus puños con una fuerza inhumana, y las cicatrices de su pálido cuerpo le palpitaban cuán desorbitado y envenenado corazón. Su inmenso dolor era evidente; pese a ello, él respiraba con mucha, mucha tranquilidad… Su enardecido subconsciente empezaba a imprecar el muro irrompible, el muro que le separaba de las vertientes ataráxicas, y aquella risa dejó claro que el nacimiento del odio ahora era otorgado por obra de la causalidad. Galimatías mentales:

«No se cuánto tiempo llevo aquí, no he visto el sol salir desde… ¿desde cuándo? Siento que algo raro habita en mí… puedo ver perfectamente, puedo ver la oscuridad… Al final de esa densa niebla, al parecer, no hay nada… Aunque apenas puedo respirar, algo dentro del pecho que me exige levantarme de este maldito letargo. Ya sé lo que ocultan tales calles desoladas, infestadas de aberraciones cuyo nombre me repugna. ¡No descansaré, no hasta terminar con ellos… malditos!».

Xeclios era el principal motor de avance de la humanidad, su gran tecnología provocó que este primer siglo sea llamado, con desdén, *la Era idílica*. Se sostenía aquel peculiar apelativo denominando, con cinismo, una utopía cuyos principios superaban lo amoral. Pero según los adeptos al saber, dichas máximas fueron necesarias para llegar a tal avance, y para asegurar un firme anclaje en la cárnica cadena que tanto les ha costado soltar a los del único linaje.

Xeclios fue devastada, ya no se conocería como tal, el mundo la empezaría a reconocer como la ciudad de abajo. Víctima de una tragedia que dejaría un antes y un después en la efímera historia. Las personas en el fondo sabían que la Era idílica no debería ser llamada como tal, y por eso empezaron a nombrar dicha etapa de la vida de distinta manera: *el siglo corrupto*. Se suponía que era una época prospera, pero la avaricia llegó a un punto sin retorno alguno. Fue la primer y única cúspide de la humanidad, por mucho la más lejana a la cual pudieron acercarse. Después de llegar a la cima, lo que sigue a continuación es… un inevitable declive.

La ciudad de abajo surgió como consecuencia de una decadencia desmedida, era el síntoma pútrido engendrado por el pasado, digno resulta aquel seudónimo para un sitio que cayó desde lo más alto. Pero no todo era tan malo, el rey del mundo buscaba corregir sus errores y los de su antecesor. No obstante, lo perseguirían sus desvíos hasta el tiznado cenit de su óbito.

«La historia demostró que una especie se extinguirá si no es capaz de subir el peldaño que se alza ante sus capacidades; evolucionar será la opción primera, la segunda extenderá el fin y el principio de la corrupción que empalidecerá la sangre. La vigilia nihilista».

Keb logró, después de tanto tiempo, ponerse de pie. Aún le costaba distinguir las sombras y lo que ocultaban las calles. Él caminó, sin rumbo aparente, durante cien largos y fríos días. Llevaba su ropa desgarrada, su indecible mirada y sus pisadas perdidas. Su aura, creada por sus intenciones más no por fantasías, era tan oscura que se podía distinguir de la noche eterna, de la perpetua vigilia que yace sobre la condenada ciudad de abajo.

Mientras Keb deambulaba, se cruzó con un decrepito y grácil anciano, el anciano de manera desesperada le pidió ayuda, entre balbuceos, algunos con tonalidades de inmensa confusión e inquieto corazón, casi entre suplicas le declaró lo siguiente:

—Ya no quiero vivir en esta horrible ciudad, ni siquiera puedo verme a un espejo, ya perdí todo lo que me importaba, nada tiene sentido… nada… —su voz temblaba—. ¡Ayuda a este pobre anciano, ayúdame a ver la luz… aunque sea una última vez…!

Keb, sin decir ni una sola palabra, lo observaba. Dicho anciano, solo viéndolo fijamente a los ojos, no soportó semejante presencia. Acto seguido, su viejo cuerpo se quebró desde abajo e intervino la muerte otorgándole piedad; aquel cruce de miradas fue mortal para su edad. Él, inmediatamente, empezó a reír, su risa era extraña, de alguna manera no parecían emociones burlescas ni legitimas, por lo contrario su risa provocaría llorar a quien la escuchase. Se podía sentir una tonalidad malvada en su ahogada expresión.

—Que débiles y patéticos pueden ser los humanos, me siento terriblemente humillado al ver que mi tiempo me fue arrebatado por estos insignificantes seres —dijo entre dientes y burlas.

Gracias al encuentro con aquel anciano, el ser de las pupilas escarlata, después de tres meses caminando recordó lo que deseaba desde un principio. Se trataba de un sentimiento iracundo, el cual se lograba oler desde lejos. El plan era justo y fácil en su cabeza, solo tenía un objetivo; aunque se puede decir que dicho deseo era casi imposible de concebir, pero sin duda aquel empujaría a la humanidad al fino hilo de la eventualidad, al borde de la extinción. Fluctuación muerta llenaba los ríos panteístas del suma execración.

A su intervalo, el mundo sigue sin esperanzas, el mar no se mueve, las nubes son muy oscuras y muy densas, los sobrevivientes esperan que algo pase; pero no saben ni quieren saber qué. Los animales no volvieron a trasmitir algún sonido, se esconden en alguna parte y no quieren ser vistos por nadie… parece que ya no existe la moral ni la ética en este frágil plenilunio.

El rey, gozando de sus privilegios, ordenó el bloqueo y protección de todo Rodinia; el reino, cuyo aposento se encuentra en el centro del mundo, es una amatista fortaleza impenetrable y es de suma importancia para mantener el control a nivel mundial. Con la necesaria ayuda de las tropas gigantes piensa restablecer el orden, es una tarea difícil, pero él no necesitará mover ni un dedo, solo tiene que mandar a sus lacayos a corregir todos sus errores… como tal, dueño del todo es, su mano es imperante, tiene la esfera bajo su completa disposición y autoridad.

El primer paso para corregir todo y empezar de cero es borrar la evidencia que pueda afectarlo a él y a su reino. Sus artísticas tácticas del engaño, empezarían ordenándole a su enorme tropa de asesinos inmorales a la inmediata ejecución de todos los científicos que aun gozan de vivir en el orbe; dejarlos en un estado de completa inanición furtiva es lo que desea, tanto los que estuvieron involucrados con la catástrofe de Xeclios, como también a los inocentes, pues no piensa

permitir que este error se repita en una futura época. Aunque todo fue su culpa y la de su antecesor, él sigue convencido de su teoría; cree en que naturaleza humana es absoluta, lo que presupone a priori que cualquier humano hubiera hecho exactamente lo mismo al obtener tanto poder sin autoridad renuente, lo cierto es que su constructo mental es absurdo.

Su segunda carta fue esconder la zona del epicentro; la ciudad de abajo. Por ende, ordenó el asesinato de todos los sobrevivientes. Pretende cerrarla y enterrarla por completo, evitando, de este modo, que cualquier atisbo de información se escape de su poder. Todo lo anterior lo dejó en manos de una facción de gigantes mercenarios, pues es la manera más fácil y rápida de borrar el asunto. Al fin y al cabo, solo aquella tropa es capaz de entrar a dicho sitio y salir con vida del mismo, ya que se dice que, en el primigenio, ellos vivían en profundas cuevas, y por tal, inhibía de la luz era su raza. Varias veces enviaron humildes soldados a participar de la expedición allí abajo, lastimosamente nunca se supo qué paso con ellos… la fragilidad no les permitió vivir, la locura debió atraparles, o eso dice el comandante en primera división.

En la ciudad de abajo se encontraba Keb, quien cerrando el puño se provocaba hemorragias en sus palmas, y haciendo sangrar sus encías se deducía que la rabia le inundaba el cuello y asfixiaba su quietud. Hablaba en voz alta, se expresaba con el estandarte vengativo quitándole el sosiego, su hilemorfismo fondo se distorsionaba junto aquel oscuro y desolado entorno.

—¡Debo salir de aquí! Llegaré a la cima de su jerarquía y los exterminaré a todos, malditos, no descansaré… los mataré… eso es… les quitare el derecho… malditos… los mataré…
—¡Oye, estás… tú…! ¿Quién eres? —un desconocido le interrumpió.
—(…) —Keb lo ignoró por completo.

El mutismo invadió la escena, el desconocido le empezó a dialogar pese al claro peligro que representaba su inestabilidad y tales deseos vengativos que antes le escuchó decir.

—Bueno, no tienes que responder, en esta ciudad estamos todos desesperados, no te deberías sumergir en tu agonía… al menos, no tu solo. Eres el primer sobreviviente que encuentro que es capaz de hablar, parece que somos los últimos que aún pueden optar por el lenguaje.

El desconocido, tras ver la nula respuesta, exclamó con sarcasmo:

—¡Parece que ya nadie me escucha, tal vez sea por la falta de oxígeno, o tal vez soy invisible!
—¿Acaso osas dirigirme la palabra? Aprende tu posición, miserable insecto. ¡Apártate de mi camino! —Keb se detuvo por un segundo respondiéndole con repugnancia.
—¡T-tranquilízate, amigo! Tu presencia me resulta muy intimidante, por lo menos… ¿puedo p-preguntar tu nombre? —el desconocido sintió una ráfaga de nervios y escalofríos. Empezó a tartamudear mientras le mostraba sus palmas en son de paz.
—Suspiró de tal manera que dejó en evidencia que no era un ser insensato—. Rai… no… Me llamo Keb.
—¡Un gusto! ¿Sin apellidos? ¿De dónde vienes? —el desconocido no dejaba de interrogarle.

Con una mirada de fastidio, de nuevo Keb lo ignoró. El desconocido le vio fijamente entre las brillantes y pequeñas esferas escarlata, aquel inexorable nudo en su garganta le causo en su corazón un terrible palpito que a celeridad se acrecentaba. Las rodillas le tambaleaban.

—¡No eres humano! Esas pupilas… ¿Qué eres?

Keb se acercó a él, exhalando un aire muy frio, incluso para el clima de la ciudad de abajo, susurrándole al oído con una peligrosidad e impresionante furtividad, le dijo entre dientes:

—¡Para que lo comprendieras… tendría que degollarte!

«A unos cuantos kilómetros de Xeclios».

Después de un tiempo, la tropa de gigantes, que se movilizaba a la ciudad de abajo, estaba a nada de tocar la frontera, ya visualizaban a lo lejos el denso paisaje, el cual daba un macabro espectáculo, pues podría ser perfectamente un digno cuadro que representaría todo lo mal en el mundo. Los gigantes son una raza violenta y despiadada, no le tienen miedo a nada en lo absoluto. Son tan altos que, de verlos por largo tiempo, el cuello se dislocaría. Dicen algunos que tienen la piel más dura que el acero mismo. Pero, al parecer, las leyes de aquella raza se habían quebrado en un segundo; se suponía que no debían percibir temor alguno, no obstante, la inexistente entrada a la ciudad, soltaba un mortífero aroma que les apabullaba aquella falsa voluntad. Los gigantes notaron que la oscuridad que engullía dicha urbe, no correspondía a nada natural ni posible. Sintieron un silencio tan violento que se podía escuchar diáfanamente que la respiración de aquellos titánicos seres, empezaba a sonar agitada, tales pulsaciones les alertaban del peligro. Era simple, la presencia tan gravosa que recorría sus verdeantes huesos, era suficiente para hacerlos sentir, por primera vez en sus vidas, esa emoción llamada miedo.

A pesar del terror, los gigantes no tenían otra opción más que adentrarse a la ciudad… las órdenes son indiscutibles, pues el rey no tolera las objeciones bajo ninguna circunstancia; por ende, el grupo de

mercenarios empezaría a descender, hasta tocar en lo profundo del abismo las calles de la destruida Xeclios, por uno de los valles negros.

Empezó una masacre de muertos vivientes. Los gigantes, sin dudarlo, asesinaron a todas las personas que parecían seguir con vida. Sin excepciones, e indiscriminadamente, parecían sus acciones no respetar la vida ni por un ápice, cualquier cosa que se moviera era mutilada con sus grandes cuerpos, no solo humanos, también animales. Los gigantes no necesitaban armas, pues el insignificante tamaño de un humano promedio no suponía ningún reto para ellos, era cual pisar hormigas que despavoridas corrían, y otras ni se inmutaban. Metafóricamente no se podía distinguir entre la oscuridad de las calles y la oscuridad de la ignorancia, ya que los sobrevivientes ni siquiera sabían a qué habían sobrevivido y, mucho menos, por qué estaban siendo aniquilados de tal brutal manera.

El aroma del ambiente era terriblemente enfermizo, la mudez del hecho rehuía la realidad, la tragedia ocurría en silencio. Aunque el dolor se tronaba con evidencia, y la angustia imperaba la cordura de las víctimas, el peculiar comportamiento de los sobrevivientes no era grato de entender; ellos ya no podían transmitir ningún tipo de sonido. Tal vez por indiferencia al final o por indecibles traumas, nadie se oponía al inevitable genocidio que perpetuaba el repulsivo ejército del rey.

Es injusto ver como una sociedad es pisoteada sin derecho a un juicio, o tan siquiera saber la razón de su desdicha. Abrumadora era la tangibilidad que la gran ciudad afrontaba entre sus carnes, inconmensurable. Antes de ser aplastados, algunos valientes se atrevían a cuestionar seriamente el motivo: en sus mentes gritaban «¿por qué…?». Sin previo aviso pasaron de la cima de las comodidades al peor escenario posible.

Los gigantes, después de varias horas, desprendían de sus grandes cuerpos un olor aberrante, al parecer no les molestaban las vísceras entre sus dedos y la sangre pegajosa que drenaba de los diminutos, cual acida lluvia infecta, seres antropomorfos. Actuaban con soberbia ante los sabores del genocidio. Uno de ellos diría lo siguiente y los demás asentarían:

—El veneno recorre mis pies… esos pequeños no sirven ni siquiera de alimento —risas injustificadas eran producto del no saber y del rencor.

Por un momento dejaron su burla a un lado y se tornó un ambiente muy serio, experimentaron una presencia extraña alrededor de ellos. Voltearon lentamente… sentían una terrible presión en el cuello. En la oscuridad vieron a un ser con forma antropomorfa, pero algo en él parecía diferente a un ser humano común. Miraron fijamente a dicho ser… no sabían si debían atacar o retroceder, ya que sus corazones empezaron de manera acelerada a latir muy fuerte. Se podía ver la desesperación en sus carnes, pues no tenían claro lo que debían hacer ante tal extraña situación. Uno de los gigantes, con voz temblorosa, gritó con desespero:

—¡¿Qué demonios eres?!

Este mismo, ingenuamente, decidió atacarle usando su húmedo y grande pie. Por la velocidad que empleó en su accionar, el gigante esperaba aplastarlo en la acera, dejar una mancha más, una que contribuya al resplandor rojizo que habían creado a sus espaldas.

«Ahogándolo al acto, el aire a su alrededor se esfumó…»

Como si de un rayo se tratase, en menos de un segundo, la cabeza del gigante fue arrancada de raíz. Fue tan fugaz lo ocurrido, que el gigante

ni siquiera comprendía porque se veía a sí mismo desde arriba. Los otros gigantes se quedaron atónitos, pues no sabían, no tenían claro, no comprendían… ¿qué había pasado en ese corto y efímero tictac frente a sus ojos?

Aunque yacían iracundos al presenciar que, sin que pudieran hacer algo al respecto, uno de sus compañeros acababa de perecer, como una piedra en ese lugar seguían inmóviles. Tenían sus corazones a punto de estallar… se dice que el corazón es un detector natural del peligro.

El desgarrador silencio invadió las rojas calles y grises praderas por unos breves momentos…

Los gigantes percibieron un olor a sangre muy cercano, como si la muerte de su compañero les hubiera salpicado. Ellos se fijaron que la peste provenía justo de sus largas narices y dicha peste no era la de un humano, era diferenciable de manera notable, al corto instante sintieron un dolor insoportable que traspasaba desde la planta de sus grasientos pies, pasando por sus viseras y materia, hasta llegar a sus mentes, mentes que yacían alaridas, pues en cuestión de un parpadeo fueron atravesados completamente… Sabían que la hora de su borroso transito había llegado, pero no entendían el cómo ni el porqué, tuvieron un pensamiento en conjunto; por lo proyectado en sus rostros parecía que todos dilucidaron lo mismo antes de morir. De sus mejillas resbalaba una sustancia gruesa, cristalina y vulnerable; era muy raro ver gigantes llorar, es un espectáculo extraño. Las máximas de su raza no se vieron obligadas a pertenecer a tal naturaleza, demostrando de ese modo que tales máximas son solo estéticas y jamás serán absolutas. Entre desdeñables y maltrechos lamentos reflexionaron a levedad:

«¿Por qué? Sin piedad alguna… ¡abuelo…! La rojiza luna de la historia…».

«Conque… se siente así… las hormigas también… sufren».

¿Se habrán dado cuenta de los sentimientos de las millares y macilentas víctimas? Provocaron actos inicuos pavimentando con brutalidad las aceras doradas de aquella oscura ciudad. Las calles se inundaron de un brillante color amarillo en dicha ocasión, al parecer, la sangre verde de los gigantes y el pigmento rojo de los humanos, dio un espectáculo visual de precedentes impensables. El desfile colorido fue breve, puesto que opacado por la voluminosa amalgama de oscuridad fue, se diluyó enterrado en solo una anécdota.

—No debí humillarlos tan rápido, ¡maldición, me apresuré! Necesito información. Debí usar sus débiles carcasas; primero debí torturarlos. Después de todo no tengo idea de cómo salir de este condenado bucle… —Keb pensó en voz alta junto a su burlesco y satírico tono.
—Aunque ellos empezaron atacándote, no deberías reírte de sus muertes, tal acto resulta poco honorable —el desconocido, quien desconcertado y asustado por lo que acababa de ocurrir frente a sus ojos, lo encaró levantando a levedad su voz.
—Keb tapó su boca con sus manos, repentinamente empezó a reír como si de un buen chiste se tratase. Tomó aire y, viéndole fijo, le advertiría—. No lo repetiré de nuevo. Si continúas siguiéndome e interfiriendo en mi camino, terminarás peor que esos despreciables seres.
—Lo siento, el miedo no me lo permitirá… me niego a estar solo. ¡¿Qué no vez?!, es probable que seamos los últimos cuerdos en esta oscuridad. Si de algo te sirve, soy de poco hablar; al fin y al cabo, la reflexión es mi atributo primero. Optaré por el silencio, al menos si no tengo nada que añadir —pese al profundo terror, el desconocido le respondió con serenidad.

Trascendía la kenopsia por los derruidos restos de Xeclios. Las sombras canibalescas jugaban al asecho. Allanaban los impulsos instintivos los pechos quemados de quienes aún se movían. Mentes infectadas por la ausencia del esférico mar de fuego eran engullidas en la metafísica lengua del vacío; del plano imaginario alucinado y digerido por el terrible desvarió que ellos, los seres viscosos, ocasionaron en un acto de valiente y honorifica venganza. El mar estático no es un síntoma anómalo, pues surgieron sus raíces del vorágine deseo que la eventualidad ha empujado, desde el primigenio, a labrar la historia bajo las premisas del final. Los cuerpos que evocan muerte, colgados de las vigas, de las casas y de los monolitos, nunca podrán ser reconocidos, nunca se codearán con los cineastas artistas. Con virulencia escupirán a la negra sangre de los traidores nacientes del sol.

RENCOR

Un especial acontecimiento ocurría en el reino. Las grandes puertas de ébano se abrían. Miles de personas llegaban de todo el mundo. Escuchar las palabras del líder mundial era lo deseado por los presentes; el desconcierto les ha traído hasta ese lugar. Nadie sabe ni entiende qué fue lo que sucedió en Xeclios, solo saben que fue devastada sin previo aviso. Los especuladores no se atreven a especular; jamás había pasado una tragedia de tal magnitud en la historia, no al menos en la historia conocida públicamente. Solo exigen una explicación por parte de quien controla el flujo del destino. Por primera vez, después de cien años, a las multitudes les nació esa ya sepultada y antigua duda.

Abrumado por la cantidad de miradas desde abajo, el rey disimulaba la tirria de su frente. A dichas diminutas personas, fisgoneando en asuntos que no les compete, él desearía ponerles el famoso costurón rojo. Aunque su mano es una de las culpables de la catástrofe, su febril y acido orgullo no dejará nunca que lo vean de rodillas. Con despotismo en su mente, transitaba un peligroso pensamiento que le envolvía en las métricas sesgadas de una supuesta realidad.

«Esto no es nada. Pútridos y viscosos seres… pretenden imponer reglas en mi mundo. Ellos creen que podrán levantarse de nuevo. Lo cierto es que son muy inferiores, son solo ratas en comparación a mi supremacía. ¿Acaso no son capaces de entenderlo?, no existe nada superior al intelecto humano… los sepultaremos de nuevo en su merecida oscuridad».

Dichos pensamientos invadían su prestigiosa mente, para el rey no hay razón para disculparse ni mucho menos para asumir alguna responsabilidad. Aceptar cualquier culpa puede ser visto como doblegarse. Un rey no solo es rey porque le otorguen tal título, sino porque demuestra superioridad con solo su presencia. El respeto no puede, y no debe, tambalear ante una figura tan importante e inigualable; no solo es poder político, también se trata de poder supremo, él jamás demostrará debilidad ante nadie, pues si llegara a desistir, o esconderse, podría causar una catástrofe moral en toda la raza humana, cuyas consecuencias sísmicas repercutirían de formas contraproducentes para la supervivencia de tal especie. Una sociedad, o civilización, sin un líder que, eventualmente, use sus facultades dialécticas, no puede ser denominada bajo los conceptos mismos del orden. Esas son las leyes de reino y, por consecuencia, del mundo.

Dirigiéndose al numeroso vulgo, cuya ansiosa barahúnda esperaba oír una respuesta digna por parte de la máxima e indiscutible autoridad. El rey, quien yacía cómodamente en su trono, levantó una copa de diamante puro; en la cima de Rodinia brillaba. El artilugio organoléptico que deslumbraba en azulejos reflejos de antipatía; de sus bordes rebozaba un líquido de negro pigmento, un elixir que ninguna persona presente podría llegar a imaginar de donde provenía o, tan siquiera, intentar descifrar que es aquello y que naturaleza le antecede.

Fruncia su ceño y con aires macabros sonreía, Radamés vociferó:

—Nosotros, los humanos, dueños y creadores de todo lo que nos rodea en este basto mundo, hemos conquistado, controlado y domado a todos nuestros enemigos. Somos la raza más avanzada que ha existido en el universo, no existe nada ni nadie por encima de nosotros… habitamos y existimos solo en la cumbre de la pirámide.

Los enemigos funestos que nos depara, en esta ocasión, el burlesco y manipulable destino, condenaron a Xeclios, ¡se atrevieron a retarnos!, ¡ellos decidieron su futuro desde el maldito momento en que nos atacaron!, ellos sepultaron sus cuellos. Ahora… no tenemos más opción que exterminarlos a todos… deben pagar caro semejante insubordinación, así que, les ordeno que contribuyan con su colera.

El rey terminó su discurso bebiendo el sombrío líquido negro que reposaba en la copa. Como si fuera un exquisito manjar, se tomó hasta la última gota; saboreaba con su larga lengua el borde que escurría aquel transparente y azulado cáliz de diamante puro.
Los atónitos espectadores, petrificados por unos pequeños instantes, transmutaban perpleja e insana mudez. Tragaron saliva cual piedra atravesada en sus secas gargantas. A la multitud se le oscureció el brillo en sus ojos y con fervor en la sangre levantaron la mirada al despejado e índigo cielo, gritaron con felicidad y autoridad su lema particular.

—*¡Nuestro linaje es irrompible!*

A pesar de la ignorancia del público, al no saber quién es el culpable del desastre, o qué están dispuestos a enfrentar en esta ocasión, siguen convencidos a priori del potencial que corre en sus latientes y llameantes venas. El ego y el orgullo es lo único que los mantiene vivos. El mundo ensordecido por su desmeritado agasajo y su poca libertad, seguirá especulando.

Thea es la estratega más leal y tercera subordinada principal del rey, no ha recibido ningún reporte por parte de los gigantes, por ende, decidió informar del problema inmediatamente.

—Señor, los gigantes enviados a la ciudad de abajo con la orden directa de exterminar a todos los sobrevivientes, a sepultar sus fronteras y a

recolectar información, no han regresado, no tenemos reporte ni avance de su misión.
—El rey apretaba sus labios; cambió su expresión—. ¿Cómo? ¡Esos inútiles! ¿Acaso piensan escapar? ¡Thea!, usa el localizador para saber dónde demonios se metieron… solo espero que no intenten entrar a ese penoso bosque…
—Perfecto, ¡lo haré ahora mismo!
—Si se atrevieron a escapar, ¡asesinaré a todos sus descendientes!, la traición es algo que no puede ser perdonado…
—Thea observó por unos minutos el localizador—. Creo que hay algún tipo de error, según esto, siguen en la ciudad de abajo, pero parece que no se mueven de su posición actual.

El rey bebió un poco de un fino, destilado y altamente costoso raro licor, no va a permitir que sus subordinados no cumplan con sus obligaciones, él está seguro que los gigantes no pueden morir fácilmente, no son precisamente débiles. Decidió ordenarle lo siguiente a su estratega:

—Dile a Karl que se encargue de esos holgazanes, y recuerda dejarle muy claro que solo quiero sus grandes y huecas cabezas de vuelta.
—¡En seguida su señoría! —Thea lo miró en desacuerdo, está convencida que Karl no podría, ni siquiera, hacerles un pequeño rasguño—. Iré de inmediato.

Thea se dirigió al cuartel principal, buscó a Karl por todo Rodinia al parecer… ya era tarde, él se había marchado a Lascelles, su hogar. No le quedaría otra opción más que escribirle una larga carta dándole las instrucciones, se la encomendó al oficialista mensajero; quien cabalga hasta dicha ciudad con frecuencia. Ella tiene la esperanza de que, el comandante, no muera.

Karl recibió la carta unas horas después, suspirando con real amargura él sabía el peligro que significaba adentrarse a Xeclios y enfrentarse a un grupo de gigantes mercedarios. Cocinaba algo de nutritiva comida casera y la dejó servida para sus dos hijos. Antes de irse, primero se alistó para el trabajo; empuñó su pesada y filosa espada de color esmeralda. No tiene dudas al respecto, pues él siempre ha seguido las órdenes de Radamés sin objeción alguna. Fue al lavabo para lavarse la cara, miró hacia arriba directo a ese sucio y quebrado espejo, se distrajo por un par de atemporales minutos, de alguna manera su propio reflejo le parecía extraño… ya no reconocía al intruso que le miraba desde la otra dimensión.

Con amabilidad en su tono y ocultando sus verdaderas emociones, sostuvo una conversación efímera y dolorosa con sus dos hijos.

—¡Niños!, me voy de viaje por unas semanas, no confíen ni en las paredes, incluso el lugar más seguro del mundo, en el fondo, sigue siendo un campo de batalla, en especial ahora que no todos pueden comer. Recuerden que las calles son muy peligrosas, ya lo saben, pese a que sea una ciudad protegida por el reino, no tienen permitido salir de esta casa.
—Con fastidio habló su hijo menor, Harl—. No tienes que decírnoslo, ya sabemos que este mundo se está yendo al merecido fango.
—Lo sé… simplemente me preocupo por ustedes dos… —sin saber de qué manera debería responderle—. ¡Oh!, casi lo olvido, les deje comida servida en la mesa.
—Ni siquiera eres nuestro verdadero padre. ¿Acaso seguirás fingiendo que esta familia es una familia normal? —respondió Harl.
—Karl, levantando la voz, lo regaño con levedad—. Deberían agradecer que estoy haciendo mi mejor esfuerzo para darles un techo y comida, estarían muriéndose de hambre de no ser por mí, de no ser por mi trabajo.

—Harl enojado, con rencor hacia el mundo, tiró su frustración siendo desagradecido con su padre, Karl—. Lo único que me has dado es mi nombre, toda la comida que nos traes se la doy a Darl, porque, aunque él no pueda hablar, yo sé que necesita más comida para sobrevivir. Tu patético rango no significa nada para nosotros, siempre te ausentas y regresas con migajas.
—Prometo que cuando regrese traeré suficiente comida para los dos… lo prometo… —respondió Karl con optimismo.

«La historia de esta pequeña familia se remonta en épocas pacíficas».

Hace décadas, Karl tenía un hermano mayor llamado Saru. Desde pequeños, Saru siempre protegió a Karl, pues los padres de estos dos hermanos habían fallecido trágicamente después de ser envenenados en extrañas circunstancias; fueron personas importantes en aquella época, miembros de la alta jerarquía; nunca se supo el motivo de sus muertes, dicha tragedia condujo a Saru y Karl a permanecer juntos, a cuidarse y a fortalecer su hermandad. Ya no poseían los recursos necesarios para poder sobrevivir desde tan temprana edad, curiosamente sus padres provenían de familias acomodadas, aun así, nunca dejaron algún testamento para sus hijos. Estos dos hermanos fueron arrojados a su suerte, no tuvieron más opción que dedicar su corta vida a robar, se trataba de no caer en la penuria, era un acto de supervivencia. Robaron cientos y miles de veces, exploraron ingeniosas maneras de nula ética. Ya sean las victimas personas importantes o no, siempre intentaban sacar provecho de todo en general. Se hacían pasar por trabajadores de algún oficio mal pago o por elegantes y sumisos mayordomos de alguna de las famosas compañías de esclavos. Algunas veces eran atrapados por los propietarios o por los caninos de alguna mansión, cuando eso sucedía, eran sometidos a brutales palizas que les dejaban medio muertos. Ellos dos estaban acumulando la mala fama de ser ladrones, incluso la justicia no paraba de buscarlos para hacer ajuste de cuentas.

Pasaron varios años de rutina siendo los hijos de la calle, cambiando su apariencia constantemente y huyendo de la temible ley. Después de un tiempo en la misma situación, tuvieron un poco de madurez, llegaron a la conclusión de que debían hacer un último golpe antes de retirarse de la bajes del mundo y empezar una nueva y tranquila vida; una que los mantuviera alejados de los problemas que atormentaban la percepción de sus mentes generando intensa bruma en estos.

La niñez de los dos hermanos transcurrió en la lujosa Lascelles, la ciudad de los burgueses. Ubicada al norte del reino, se dice que los habitantes de aquella ciudad tienen la potestad de participar, con exclusivos privilegios, en las decisiones del reino. Es un lugar donde los más grandes y desconocidos inventores, de la ocultada historia, dejaron sus legados, sus semillas, sus brotes emergentes a un mundo indiferente a sus nombres. Saru y Karl no corrieron con la suerte de ser la semilla de alguna bella flor, opuestamente sus nocivas tendencias pudrieron su propio destino y redirigieron la maleza a los confines del espinado balle.

Un día, Karl y Saru se infiltraron en la mansión de un poderoso conde de la familia Roxhell, quien les habría brindado su confianza, pero este fue despojado de sus riquezas en artículos costosos como cuadros y joyas. Estos dos se salieron con la suya, nunca fueron atrapados ni enjuiciados ante la ley, pues el robo era un delito que podía significar la pena de muerte en conjunto de sangre y más aún si la víctima era una persona relacionada con el reino o con un prestigioso cargo. Aquel conde, después de un tiempo y por obviedad, se enteraría de que dos personas cercanas a él lo habían traicionado, robado y humillado. Él decidió no reportar dicho hecho ante ninguna de las autoridades, pues juraría por su orgullo, tomar venganza por cuenta propia, estaba dispuesto a ceder su enojo a la paciencia y esperar al día indicado…

El tiempo transcurrió con velocidad, casi como si borrara todos los años oscuros que pasaron los dos hermanos en su infancia. Karl y Saru decidieron vivir una vida tranquila y dejar atrás su pasado. Ya no había necesidad de seguir sumergido en la bajeza. Saru, el hermano mayor, tuvo un hijo con Walda, su esposa; una mujer que conoció con la intención de robarla, pero el destino es impredecible y el amor puede ser más fuerte que cualquier otro sentimiento. Su percepción cambió por completo al presenciar el nacimiento de su primer hijo.

Karl, tomando el ejemplo de su hermano, retomaría su vida para dirigirla en buenos pasos, por eso decidió enlistarse para ser un subordinado del rey, gracias a que, en esa época, quien decidiera entrar a formar parte del ejercito real podía solicitar retiro de antecedentes; pero a cambio tenía que entregar su vida, sin objeciones, para uso exclusivo e imperativo del reino durante toda su efímera existencia.

Dos años después, Saru se encontraba cenando con su bella esposa Walda, estaban hablando y discutiendo cortésmente sobre cuáles deberían ser los nombres de sus dos infantes, su recién nacido y su primogénito de dos años, pues aún no lo habían decidido. Además, hablaban del futuro y lo que tenían planeado para este, una escena tranquila, una noche agradable de calor hogareño, digna para ser candidata como la casa más feliz del vecindario de blanco mármol.

La venganza no tiene escrita la palabra clemencia, ya que llega sin cautela.

Irrumpiendo la cena, la puerta de la casa fue arrasada. El sonido estremeció las paredes de tal forma que despertó a los dos niños de Saru y Walda, quienes se encontraban durmiendo cómodamente en la habitación de arriba. El hijo mayor empezó a lloriquear pues tal estruendo lo había dejado muy asustado. Por consiguiente, Saru se

levantó de la mesa rápidamente e intentó correr al segundo piso. La desesperación reposaba frente al iris de sus párpados, ya que el invasor obstruía las escaleras. Era un tipo con aspecto animal, tenía una correa en el cuello cual si de una mascota se tratase. Walda decidió correr hacia la puerta para salir de la casa e intentar pedir ayuda, pero su rostro se llenaría de horror al ver la silueta de un hombre de traje negro y fino; tenía un aspecto demoniaco e indecible. Con elegancia el sujeto se puso sus largos guantes blancos. Todos aguardaron silencio, lentamente el hombre elegante entró a la casa mirando directamente a Saru, aquel hombre solo sonreía como si hubiera encontrado lo que buscaba. Le hizo un gesto a su cómplice y acto seguido el tipo que estaba obstruyendo el paso de la escalera golpeó a Saru en la sien; dejándolo inconsciente en la alfombra. Walda gritó desesperada diciéndoles a estos dos tipos que tomaran todo lo que quisieran, pero que no los lastimaran. El hombre elegante le ordenó al tipo de la correa que subiera al segundo piso y bajara al infante que no dejaba de chillar, el tipo con aspecto animal se dirigió lenta, e insanamente, siguiendo órdenes de su aparente jefe, el horror de la familia acababa de iniciar.
Con desesperación en su mirada, Walda atacó al hombre elegante golpeándolo en el rostro, el hombre elegante no se inmutó en lo absoluto, solo la miró sonriente y, repentinamente, sus blancas manos enguantadas le apretaron el cuello, la fuerte asfixia lentamente dejó a la mujer inconsciente, casi al borde de la muerte. Aquel del aspecto elegante y demoniaco, con total indiferencia y elocuencia se expresaba.

—Estuve esperando este momento por muchos años —dijo riendo entre carcajadas—. ¡Esto será un espectáculo grandioso, no puedo esperar a verlo!

Saru, Walda y su primogénito, despertaron amarrados en una enorme estaca de un peculiar pigmento rojo oscuro. La estaca permanecía en todo el centro del reino como si fuera un circo comunal de alto

prestigio, la arquitectura olía a esclavo; pilares teñidos de sedante blanco, en grandes losas de granito y arena blanquecina que yacía alrededor del escenario, era un gran tribunal que rodeaba toda la sala. Había mucho ruido de personas inquietas hablando entre ellas, especulando, juzgando con sus indolentes miradas y, tristemente, algunas emocionadas porque para muchos era la primera vez que verían una ejecución en primera fila.

La pequeña familia empezó a gritar pidiendo explicaciones, pues les parecía que era un grave error lo ocurrido, ellos no comprendían que sucedía y el vislumbre panorama no ayudaba a entenderlo. Los tres, atados de pies a cabeza en dicha estaca, ignorados y ridiculizados eran.

Un mórbido hombre de corpulenta y grasosa apariencia tomó asiento. Los morbosos testigos se quedaron en completo silencio en un acto de respeto al reino y a sus directrices absolutas; se trataba del supremo juez quien hacia acto de presencia en aquella insólita corte.

Su voz era grave y sus palabras alargadas y toscas, dicha tonalidad pesada enjaulaba un eco en la sala. El juez dictó lo siguiente:

—Por la apropiación indebida de bienes materiales valorados en incalculables fortunas, por evadir la ley durante años, por daños a la consciencia de la víctima y, a los descendientes y familiares del principal criminal, como consecuencia heredada, ¡el día de hoy, junto a todos los presentes y sin derecho a un juicio, los sentencio a muerte! —con su gran mazo retumbó la sentencia.

Saru y Walda yacían exasperados, no comprendían, sus corazones latían desenfrenadamente.

Nadie les respondía… el verdugo entraba a la escena preparando la leña alrededor de la rojiza estaca. Pataleando y gritando los padres exigían una respuesta, el niño no emitía ningún ruido, el pequeño no entienda lo que ocurría frente a sus inocentes ojos. Pese a las suplicas, nadie los escuchaba; iban a morir sin juicio ni derecho alguno a defenderse. El ruido ensordecedor de la sala quedó opacado por la risa malvada de alguien del publico quien diría mofándose.

—La venganza es el sentimiento más puro que corre en nuestras venas. ¡Anímense!, somos el poderoso linaje de la venganza —musitó el hombre elegante con aspecto demoniaco.

El verdugo sin ninguna pausa ni duda, sin piedad, encendió su ejecución y empezó el horror. El bullicio del público sonaba excitado por lo que atravesaban sus tórridas corneas; quedaron aterrorizados por los desgarradores llantos y quejidos. Sollozando de indescriptible dolor y angustia, los sonidos producidos, por la carne derretida de los tres condenados, erizaban las duras corazas de la amoral audiencia. Tales observadores no sintieron piedad a la insistente deprecación que solicitaban a gritos, tan solo eran ignorados sus lamentos. Con la adrenalina al límite vociferaban entre burlas y egocéntricas declaraciones los numerosos ojos voyeristas.

—¡Esto no es suficiente para unos ladrones!
—¡Nuestro linaje es irrompible!

La barahúnda era tal que podía escucharse incluso detrás de los muros de la gran Rodinia.

Un soldado que, por el capricho de la causalidad, pasaba por allí en ese instante, no controló su mirada y se dio vuelta para ver la escena… aterrorizado por lo que sus ojos veían en aquel momento, empezó

descontroladamente a soltar un frenesí de frías lágrimas… Era Karl… el hermano menor de Saru, quien se atrevió a correr por entre el denso humo que desprendía un olor putrefacto. La macabra escena era traumatizante, intentó salvar a su familia, o al menos lo que quedaba de ella. Cuando él llegó ya era demasiado tarde, lastimosamente Saru y Walda ya no mostraban ninguna señal de vida; sus cuerpos fueron consumidos casi en su totalidad por la lumbre, el primogénito aún se encontraba respirando a pesar de tan graves quemaduras, pues sus padres lo protegieron hasta el último segundo con sus ya huesudos cuerpos. Con lo que llevaba de ropa, Karl cubrió al niño y se lo llevó de ese demente lugar; entre interminables lágrimas corrió despavorido… sus manos no paraban de temblar, su mente se encontraba en conmoción, destruida y traumatizada… la rabia le apretaba las venas y su cordura danzaba en los bordes del abismo.

«¡¿Por qué… por qué demonios tuvo que pasar esto?!».

Karl regresó a casa, habían pasado dos años desde que se marchó, aun sabía perfectamente la dirección. Cuando visualizo el pequeño pero acogedor lugar que se ubicaba en una de las callejuelas de mármol, lo primero que notó fue la puerta de madera clara que yacía destruida, se mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar, pues la rabia e impotencia que sentía en su interior podía incluso llevarlo a la locura… Temblando de pánico subió las escaleras, buscó en cada habitación alguna pista que pudiera conducirlo al culpable… la venganza sería lo único que calmaría su disforia. En una de las habitaciones se detuvo en silencio y sonrió entre lágrimas al ver que el recién nacido de su hermano dormía cómodamente en su cuna, pudo sentir la voz de Saru pidiéndole que cuidara de sus dos hijos en su nombre. Karl se llevó todo el botín que escondían bajo la escalera, le prendió fuego a la pequeña y acogedora casa para borrar cualquier rastro de ellos, y se llevó a los dos niños de ese lugar, no sin antes llevar al primogénito con un curandero; al menos

quería intentar reparar el daño que el terrible fuego le había causado. Eso fue lo último que hizo en aquella lóbrega noche en la gran e indiferente Lascelles.

Karl adoptó y cuido a los dos huérfanos del rencor, su convicción jamás abandonaría la única familia que le quedaba. Al menor lo nombro Harl y al mayor le puso Darl, este último, por desdicha, acabó con las cuerdas vocales desgarradas e inservibles, y como consecuencia de las quemaduras todo su cuerpo permanecería vendado de por vida. Por siete años vivieron en Mons Nihilo, una pacifica ciudad de calles empedradas, de medianas moradas de maderas coloridas y de gentes impasibles. Un día regresarían a la ciudad de los burgueses debido al ascenso de Karl, pues ahora era el comandante en tercera división de Radamés, no podía vivir demasiado lejos del reino, dentro de su voluntad se escondían buenos deseos.

«Volviendo a la actualidad, Karl se despidió de sus dos hijos de trece y quince años de edad.
Sin más preámbulo, salió de cacería recordando los viejos días con Saru, su semejante».

Antes de ir a la ciudad de abajo primero se dirigió al famoso puesto de Ed para pulir su espada verdeante y reparar su desgastada armadura de acero ennegrecido.

A las afueras de un pueblo llamado El Lahun se encontraba dicha tienda, la entrada está hecha de una piedra caliza completamente blanca rodeada de finos azabaches, es una de las tiendas oficiales del reino, usadas para la reparación, venta y compra de arsenal o material de guerra.

El comerciante parecía amigable, aunque su capucha negra cubría todo su rostro, su voz era suficiente para entender que dicha persona era confiable y reconfortante. Ed había sido el vendedor de aquella tienda durante casi veinte años, por lo que conocía a todos los habitantes del pueblo de plata, e incluso interactuó en el pasado con muchas personas de su condenado vecino, Xeclios.

—¡Ed, lo de siempre!
—¡Claro! ¿Aun sigues usando esa vieja espada verde? Con el dinero que el rey te paga, de seguro podrías comprar un mejor arsenal —opinó Ed.
—Si, ¡lo sé! podría comprar una mejor, pero… tengo que llevar comida a casa y como sabes, después de la tragedia perdimos el abastecimiento de muchos pueblos aledaños al reino, por esta escasez… el alimento se convirtió en un privilegio hoy en día.
—Ed, mirando al suelo, le respondió—. Si, comprendo… no le digas a nadie, escuché algún rumor de un sitio en el mercado negro donde venden comida muy barata, dicen que viene de la ciudad de abajo, suena raro pero tal vez te pueda interesar, te recomiendo preguntar en El Lahun, tal vez allí sepan más de ese rumor, si es verdad lo que dicen, de seguro se estarán aprovechando de ello.
—El asombro de Karl era evidente—. Espero que hayas escuchado semejante rumor de una fuente fiable, porque realmente me interesa… de regreso pasaré por aquel sitio —pensando en sus dos hijos—. Cuídate, Ed, tengo una misión pendiente, volveré pronto.
—Desde luego, en unos días traeré unas espadas antiguas, fabricadas antes de la Era idílica, ¡vuelve pronto y te daré un buen descuento! —se despidió afablemente de Karl.

«En la ciudad de abajo, Keb continuaba buscando una salida, pero su curso no iba dirigido por ningún mapa. El ser de las pupilas escarlata se encontraba atrapado en la sombra de algún oscuro bucle, en el páramo de la maldad misma creada por su propia disonancia».

La hora relativa se escabulle entre la pesadez, y el tiempo se desvanece, pero no al transcurrir los minutos; parece que la oscuridad cambia la percepción de las personas: no saben si es de día o de noche, por lo que ellos, los que sobrevivieron, pronto serán solo sobras: sienten que su ilusorio tiempo es totalmente estático, no se mueve, pero a su vez, ya no existe, o solo es infinitamente idéntico. No quieren ni pueden ayudarse los unos a los otros, escampar a su pronta e inevitable muerte es lo único que deben hacer. Alucinan que la suerte, si alguna vez existió, los abandonó por completo, los desechó cuan vorágine cósmica liberando su flujo de inmenso caos y atrayendo el orden geométrico en su incierto centro.

El desconocido continuaba persiguiendo a Keb. Él planeaba una forma o alguna manera de establecer una comunicación positiva con el ser de las pupilas escarlata, pero no era tan fácil mantenerse de pie ante su abrumadora presencia. Acercársele demasiado provocaba que su corazón latiera de manera descontrolada y sobresaltada, por consecuencia, se le dificultaba seguirle el paso.

La ciudad de abajo está ubicada al final de cuatro valles negros. Centelleantes y griseases tonalidades opacas chocan en lo alto con el firmamento natural, dejando entrever la dicotomía de dos mundos atados por un mismo destino físico. Entre más te adentres a este sitio, verás que la luz pronto será expulsada de tu pequeña visión. La oscuridad es tal que nadie puede describir los pequeños detalles que esconde el pandemonio que habita allí, en lo profundo de las callejuelas antinaturales. El seudónimo que acobijó esta ciudad surgió por dos razones muy simples: la primera razón fue el principio del fin de la corta Era idílica, o como algunas personas le llaman, el siglo corrupto. Miserablemente, Xeclios fue destruida sin previo aviso, un acontecimiento que fue el golpe más duro y letal que ha padecido toda

la humanidad desde su existencia, ya que dicho lugar era el único registro de importante avance que durante siglos ayudó al linaje a enfrentar cualquier adversidad. Por ende, fue un valioso y fundamental pilar de acero metafórico para el funcionamiento de la gran utopía. Definir con peor denotación a un sitio solo basta con indicar que se encuentra abajo. La segunda razón es, como su nombre lo indica, el lugar; la ciudad yace literalmente en lo profundo de cuatro valles. El fotograma lógico o intuitivo que primero se piensa e imagina cuando alguien observa tal peculiar sitio es: «seguramente fue devastada por un meteorito». Pero ese hubiera resultado siendo un final muy benevolente… la cruda realidad supera las teorías de los aledaños, más aún cuando no es posible describir la escena desde la otra perspectiva… Ahí abajo ocurrió algo que no debe ser narrado; algo inimaginable, indecible, e indescriptible.

Son más de diez mil metros de profundidad. En la frontera de la oscuridad se asoman algunas estructuras albas, lisas, reflejantes, talladas de manera inmaculada; propias de la arquitectura de Xeclios. Pese a su insensata altura, por milagro no se desplomaron. La manera más fácil y segura de salir de aquel singular sitio posiblemente sea caminando cuesta arriba por uno de los cuatro valles negros, valles que antes del inopinado declive no existían.

El corcel de peculiar alazán no fue capaz de guardar calma y en una brusca maniobra producto del terrible pánico, tiró a su amo al suelo y se dio a la fuga. Karl, después de días de viaje, ya estaba ante el abismo de la ciudad de abajo. Aunque el ambiente era angustiante y hostil, se adentró a dicha enorme e intangible masa oscura. Bajaba por el valle a pie de tortuga… pues no distinguía muy bien donde debía pisar; entre el húmedo suelo, el frio aire y la poca visión que tenía, la nictofobia le invadía, pero el cenit regía. Un paso en falso podría significar caer desenfrenadamente por la empinada y escabrosa pared negra a gran

velocidad, a pesar de esto siguió la dirección que fue estipulada en la carta enviada por Thea.

Karl escuchaba gritos provenientes de muchas direcciones, intentó hacer su mayor esfuerzo para ignorarlos. Las voces de sufrimiento por si solas eran una prueba deductiva de la clara pérdida del sentido, de la razón. No coinciden con la cordura los gritos estridentes que salían a flote, no para intentar levantarse de aquel trauma que vivieron. Su enojo por dicha tragedia lo llevó a reflexionar en los aromas destilados del rencor y de la nula redención.

«No entiendo qué tipo de circunstancias tuvo que afrontar este lugar; sea cual sea el motivo, estoy seguro que las partículas en el aire tienen un agrio aroma a venganza».

Finalmente llegó al sitio indicado, salvo por la densa bruma que acosaba su mente, no resultó ser un camino difícil. Por suerte, solo tenía que seguir la carne mutilada que habían dejado los gigantes con sus pisadas. Lo primero que notó, aparte del terrible aroma que desprendían las calles, fue una tonalidad amarillenta como si de pintura se tratase, entre más se adentraba, más se asombraba por el desfile de opacos colores mezclados en el gélido suelo.

Karl miró detenidamente aquella escena, abrió sus párpados hasta el pliegue palpebral. Tales ojos resecos fueron golpeados por el cortante frio. Primero debía confirmar si realmente lo que observaba era real y no una desagradable, nociva, pero reconfortante, verdad. No lograba entender lo que había sucedido; ahí yacían los cuerpos inertes y destrozados de los gigantes. Su pálido rostro tuvo dos expresiones en ese momento; una de felicidad porque su peligroso y mortal trabajo ya estaba milagrosamente hecho, y otra de pánico; de forma llana, implicaría que en alguna parte de la ciudad debe habitar algún enemigo

temible y tenaz, por ende, no puede bajar la guardia ni un breve segundo. Analizó a brevedad la situación lance presentada por la satírica conclusión que razonó. Era necesario calmar su hostil tensión; tan solo la alivió inhalando lo que parecía ser un calmante y adictivo puro. Sin más, usando su pesada espada de aspecto verdoso, rebanó de tajo las cabezas de los gigantes y prosiguió a regresar por el mismo camino atestiguadas por sus pisadas.

Intentando relajar su inquietante lucidez, sus nervios controlaron sus cuerdas. La alteración le haría caer en la locura que propiciaban los sobrevivientes y sus derruidas casas. Suspirando al vacío y empuñando su ficticio albedrio, se reiría a carcajadas de la heterodoxa situación.

—¡Sigo respirando! Mi dulce espadón, sin duda se habría quebrado… soy afortunado, ¿no?

Al mismo tiempo que trascurría la misión de Karl, los peculiares planes del reino encajaban con la justificación del cerebro, dado que se dirigen con rigurosidad, por debajo del pigmento carmíneo de la mesa. El rey ordenó la reconstrucción del olvidado y oculto proyecto Hapux. Con la ayuda de los mejores ingenieros del mundo, y todas las razas esclavas que tiene a su disposición, traerá a la vida un arma del primigenio, un arma que, a leguas, por su oxidación y suplantación natural, lleva reposando durante milenios. La gran torre espera ser reactivada, espera ser la causante de los últimos estragos de irredimibles proporciones. La desesperación es la peor enfermedad cuando la subversión se halla solo a un espinado botón.

En las friolentas, desdeñables e insanas calles de la ciudad de abajo, el desconocido se llenó de valor para romper el incomodo silencio que azolaba el nebuloso vacío.

—¿Quieres salir de esta profundidad?
—¡Si sabes la manera, dímela ahora mismo! —respondió Keb.
—Si lo pides educadamente podría decirte —murmuró con cautela.
—¡¿Y si solo te saco la información?! —dijo Keb con una sonrisa macabra.
—Si lo pones de esa forma, no tengo elección —desvió su mirada.
—No lo decía en broma —Keb mostraba sus dientes—. Podría empezar a destrozarte en este momento… tal vez, hacer un blanco abrigo para el frio con tu pálida piel de insecto sería útil.
—¡Parece que tu sentido del humor es muy retorcido!, pero… te entiendo, estar en un incierto y recóndito ambiente, trastornaría a cualquiera —tenía la voz quebradiza y los ojos llorosos.
—¿Crees que soy uno de ellos? ¿Crees que estoy deambulando cual si fuera un maldito débil? No quiero que mal intérpretes mi actuar, tengo un deseo muy vigoroso que carcome mi mente a cada segundo… simplemente no voy a descansar hasta lograrlo, o hasta morir intentándolo. Soy el único cuerdo; veo a la perfección en la oscura oscuridad. No quiero relacionarme con los malditos humanos, prefiero la indiferencia… guardar silencio… no otorgarles nada más que el odio que merecen —la extraña determinación de Keb era impresionante.
—El desconocido, asombrado por aquel sermón, le mencionó un importante detalle—. Eso realmente me tranquiliza, comprendo que eres un ser racional y consciente de sí mismo. Creo que al final todos perseguimos deseos, aunque en el fondo el deseo mismo de desear es eterno, cuando creas que terminaste con uno, aparecerá otro, dejándote en las mismas ansias. Pero… eso último que dijiste, no logro comprenderlo del todo. Sé que no eres humano, por tus ojos, claro, pero tu anatomía no se diferencia mucho a la de los, como dijiste, malditos humanos… Seguramente tenga algo que ver con la extraña atmósfera que persigue tu ser, pero si no fuera por esas pupilas…

Keb frenó por un momento, su rostro se tornó triste por un par de segundos… las venas que brotaban en su frente y la presión de su mandíbula, dejaban entre ver que algo muy malo debía estar escondiendo aquel extraño ser. El drama no duró ni un minuto, pero parecía inagotable. Se quedaron en silencio y siguieron vagando.

El desconocido no pudo evitar sentirse afligido. Se preguntaba en lo profundo de su psique:

«¿Cuál es la carga que lleva Keb? Debo tener más cuidado con mis palabras, percibí por un segundo que tuvo deseos de matarme. Su expresión de tristeza de seguro fue provocada por algún recuerdo, algo terrible debió que ocurrirle… Siento y escucho como el peligro no para de latir constantemente en mi pecho, no obstante, quiero saber que ocurre dentro de su razón y el porqué de su presencia. Tal vez fue mala idea involucrarme en su camino».

Volviendo al asunto inicial del conflicto, el desconocido se llenó de voluntad, cerró los ojos y suspiró varias y arduas veces. Enfocó su vista hacia el concreto envolvente que rodeaba su área, atrás de él se encontraba la luminaria de la respuesta. Desplegó su voz con sutileza.

—Conozco una salida, si quieres salir, confía en mí y sígueme.

«Los papeles se invirtieron, ahora Keb está siendo guiado por el frágil desconocido».

Transitando en la espesa tiniebla y en completo silencio, el misterioso ser de pupilas escarlata y el pálido hombre reflexivo, se dirigían a la salida más cercana.

Son calles con viviendas dispares en tamaño, pero similares en forma. Algunos objetos de oro puro ornamentan delgadas terminaciones, bordillos y faroles. De no ser por la oscura bruma del momento, el cenit del medio día sería tan intenso que los habitantes deberían evitar fijar la mirada en tales decorados para no lastimar sus corneas. Aunque yace la ciudad destruida y agrietada, la excentricidad en su arquitectura es innegable. Además, las distinguibles y raras estructuras, que aún siguen de pie, rebasan la espesa nube que duerme en la superficie. Para ser exactos, son tres torres las que sobrevivieron al declive; no son visibles a lo lejos, pero si alguien osa toparse ante una de ellas, imposible resulta ver su final; la densa oscuridad impide ver allende del límite físico. En otros tiempos debió ser una majestuosidad visual. Reinaba la desigualdad arquitectónica, las casas no aguantaron la desgracia, hasta la eternidad caerán y su historia censurada será por las huellas del tiempo. El poco oxigeno que hay en dicho sitio, ensució de forma escalonada deformando la mente de los débiles, ya sea con alucinaciones terroríficas o pánico extremo, el hecho es que sus cráneos terminaron con la sustancia gris inanimada. Desligarse del yo precisamente no es difícil cuando lo visible se oscurece y lo oscuro permanece. Incluso la desestimada respiración se convirtió a celeridad en insoportable fatiga; la inmensa pesadez de cansancio físico y mental se puede adueñar de cualquier ser vivo, pese a que dicha distinción en realidad pertenece al mismo anémico ente.

El bucle martirizaba. Los dos intrépidos sobrevivientes cruzaron por la misma calle en donde ocurrió el percance con los gigantes. Notaron de inmediato que sus cabezas desaparecieron de su lugar natural, y lo más misterioso emergía por la ausencia cárnica, pues el grupo asesino de hormigas ya no vestían con restos biológicos; un armazón de titánicos huesos descansaba en su lugar. Otro evento inexplicable se visualizaba e incomodaba; se trataba de los cadáveres humanos que yacían no hace mucho decorando aquel sitio, como si alguien hubiera limpiado aquella

mórbida escena, fueron engullidos por la nada. Viendo el anodino suceso, detuvieron sus pasos por un momento, y en silencio se enfocaron en su alrededor, asegurándose de dicho modo que ningún animal les atacase por la espalda. Como si no le bastaran los problemas y dilemas, el inconexo y peculiar momento ensordecería la psique del desconocido en estados paranoicos y alterantes.

Cerca de la salida, el tacto les indicó la ausencia del concreto. Singularmente solo podían ver y sentir bajo sus pies la arenosa grava de negro color que abundaba en la zona. Es ascendente ahora el camino. Keb y el desconocido subían por uno de los cuatro valles.

—Estoy muy seguro que la salida estaba por aquí —los nervios en su voz aguzaban el sentir desalineado—, no entiendo de donde salió esa inclinada pared carbonizada, se supone que ya deberíamos haber salido de Xeclios. Infiero que de seguir subiendo veremos pronto la salida.
—¿Xeclios? Dime, ¿a qué te refieres con esa palabra? —sin titubear inquirió Keb.
—¿Acaso no lo sabes?, huimos de ahí, o al menos de sus vestigios. El principal orgullo de la humanidad, el lugar de la cúspide, del progreso posible. Ninguna ciudad, pueblo, y ni siquiera el reino, se equipararán jamás al mismo avance. ¿Qué le deparará al mundo ahora? No tengo idea de qué acaeció para terminar de tal trágica forma. De existir algún culpable, estoy seguro que ya fue ejecutado… —contestó el desconocido con franqueza.
—¿Reino? Ya que lo mencionas, dime, ¿cómo funciona la jerarquía de tu miserable y patética raza? —los aires despectivos eran evidentes.
—No deberías involucrarte con el reino, son personas muy peligrosas… Entenderlo es fácil, para empezar, el rey es el único y máximo líder mundial, él tiene una gran cantidad de leales subordinados a su disposición. Si alguien sabe que ocurrió en este lugar, de seguro él tiene la respuesta —advirtió el desconocido.

—¿Qué tenga cuidado? Son ellos los que deben cuidar sus pequeños pasos… si se despistan, los degollaré, uno por uno… el de la corona perderá las entrañas… —sonreían sus comisuras
—No deberías decirlo, de seguro los gigantes eran subordinados del rey, no debiste matarlos, el reino jamás ha perdido ante ningún oponente, si te vuelves enemigo de ellos, entregarás tu vida en vano… no cabe duda.

El valle desprendía infernal calor de su interior. El horizonte de sucesos helaba, el bálsamo de la locura se observaba en aquella insondable profundidad. Evidente rabia perenne retaba.

—¿Acaso eres estúpido? Esos gigantes te hubieran asesinado si yo no los hubiera destrozado. ¿Estás de acuerdo con eso? Despreciable humano.
—¡No, no estoy de acuerdo, eso te lo aseguro! Te doy las gracias por alargar mi vida un poco más, pero… no tenemos elección, si el rey ordena nuestra muerte… no podemos negarnos, además, si nos oponemos a eso, de todas maneras… nos cazarían tarde o temprano, es mejor no involucrarse con fuerzas culminantes a uno. Y, por cierto, deja de humillar a mi linaje, yo seré débil, pero en conjunto créeme que no existe nada por encima —replicó el desconocido.
—¡Haré que repitas esas mismas palabras cuando en esta garra escurra la espesa sangre sucia e infecta de tu rey, lo juro! —muy seriamente respondió Keb.

Pasaron las vertiginosas horas. Visualmente se percataron del inusual fenómeno, la valiente luz intentaba penetrar la densa oscuridad, pero le era imposible ganar esa infinita pelea… Ya avistaban la cima, el cuadro gradiente transmutaba de pigmento. El frio incisivo empezaba a disminuir considerablemente, el oxígeno aumentaba a gradualidad y, aunque el suelo de color antracita seguía humedeciendo. El vapor que desprendían sus pequeñas y grandes rocas, no continúan

experimentando aquella extrema saturación como lo eran las de abajo. Mirando el vertical horizonte pudieron ver dos cosas; la primera era la cegadora luz del día natural, y la segunda era una enorme señal cuadrada, obviamente era un cartel, aunque no se distinguían las palabras talladas en su madera; se enfocaron en llegar a dicho sitio de referencia.

—Keb no dejó pasar el impactante momento e interrogó al desconocido—. ¿A qué te referías con eso de, "mi linaje"?
—Nosotros los humanos levantamos con orgullo nuestro linaje, pues a lo largo de la historia hemos aprendido a subsistir. Se dice que fueron numerosas las ocasiones en las que el destino se puso en nuestra contra, las desgracias nos empujaban directo a la inexorable extinción. El progreso nos demostró que la vida siempre nos pone en la cuerda floja. En el universo ya no existe ninguna otra raza inteligente, no como nosotros; todos perdieron, no pudieron soportar la supremacía humana. Siempre el linaje se fortalecerá, o eso es lo que conozco de la historia que me han contado desde niño. Hay muchas cosas que desconozco, los enigmas me afligirán, pero pienso que, de seguro, algún otro humano del pasado ya consiguió resolverlo todo. Veo la importancia de mi sangre y no la niego. Somos el único linaje irrompible, por ende, nuestro lema mundial es como es —el desconocido expresaba entusiasmo, tenía la frente en alto.
—¿Afrontaron retos difíciles? ¿Aprendieron a sobrevivir? Y la estúpida conclusión que al final justificaron, ¿fue esa? Sin duda, volverán a experimentar la inestabilidad de una cuerda floja… y esta vez… se romperá —suspirando levemente le respondió Keb.
—¡No lo entenderías! Aunque los libros hayan sido prohibidos en todo el mundo, la historia que conocemos lo manifiesta; nuestro linaje es especial, emana algo único —el desconocido excusaba su verborrea sin pensar demasiado en sus alienadas lexemas.
—¿Libros? ¿Por qué deberían estar prohibidos? —el desconcierto en su fruncido ceño lapidó.

—Hace cien años, al principio de la Era idílica, fueron declarados por el reino como la fuente más nociva de desinformación. A raíz de ello, ejecutaron a todos los escritores y divulgadores de errónea información. Supongo que el rey de aquella época tomó una buena decisión…
—¿No te das cuenta de tus palabras? ¿No dudas de tu propia historia? Tienes que aceptar que son hechos que te deberían hacer dudar por un segundo de tu realidad. Te lo preguntaré una única vez ¿Quién crees que escribió la historia, los lacayos como tú, o el reino al que aceptas y temes? —la ironía de Keb resultaba avasallante.

Un inmenso nudo en la garganta acongojo al desconocido… Él solo miró a su espina, vio esa enorme y cautivante oscuridad y sintió que su mente se revolvía en preguntas; cuestiones que nunca habían tenido respuesta alguna, a su vez pensó por primera vez que algo no cuadraba. Se juzgó a sí mismo; aquella frágil percepción que él había refutado hasta el momento tal vez era la incorrecta. Al final el desconocido no respondió a dicha pregunta. El punto ínfimo de absoluta inflexión que apresaba las tráqueas, provocó que el desconocido entendiera un poco mejor la retórica de Keb. Llegó a una conclusión coherente y obvia; aquel ser de las pupilas escarlata, aquel con quien se topó entre semejantes y temerosas calles de Xeclios, desprendía tal terrible presencia de ira no solo por los factores instintivos de venganza, sino que también este mismo portaba en sus puños sus propios motivos para seguir en pie. El subconsciente de origen reflexivo deslucido aquellos miseros sesgos que perpetuaban su vacío.

«Soy patético… soy mediocre. Toda mi vida pensé en preguntas complejas para debatirlas y descubrirlas, llegar al borde lógico realmente me entusiasmaba, pero nunca me cuestioné lo que me condicionaba. Nunca me detuve a cuestionar el origen de la verdad, qué era real, no tengo los dotes que pensaba —la luz le cegaba—, toda mi vida se suma al triste engaño».

Continuaron subiendo en total silencio hasta que finalmente llegaron a la cima. Presenciaron el inmenso y denso engullimiento que sometía el sitio del que provenían, el alivio les condujo al firme deseo de existir. Dejaron atrás lo ocurrido y se enfocaron en aquel horizonte opuesto que les inducia. Sus corneas aún no se acostumbraban al borroso y embriagante espectáculo, para ellos, ahí afuera todo deslumbraba. El primer lugar al que fueron, fue al gran letrero que apuntaban camino atrás. Inesperado resulto verlo de cerca, ya que aproximadamente veinte metros de altura y anchura pactaban su área. A pesar de la fuerte ofuscación, se podía leer lo escrito en su madera; un gran nombre tallado y recién pulido delimitaba en su centro algo de nombre El Lahun. Acompañado de una notoria e inusual característica; una enorme flecha sugería un camino estrecho de adusta tierra gusanera y de árboles enjutados.

—No sé su significado. Además, tal parece que fue colocado hace poco tiempo en este lugar. Soy inculto en geografía y jamás me atreví a salir de la cómoda Xeclios Algo me dice que es de un pueblo cercano —diría el desconocido con jocosidad.

Keb no lo dudo ni un ápice y se adelantó al largo sendero que indicaba el gran cartel. Gracias al astro luminoso invadiendo el poniente, se contemplaba su salvaje apariencia de sui generis estantigua. Su espalda erguida y su mirada cabizbaja ponía en jaque la intuición. De alguna antinatural manera los destellos solares parecían querer evitarlo; hasta su sombra se escondía, le temía a sus pisadas. Una enorme cicatriz con forma de rayo recubría su espalda, la cicatriz atravesaba su nuca y cuello cual soga, se escabullía por entre sus escapulas y terminaba en la parte baja del lumbar; sorprendente era verla, pues no cualquiera sobreviviría a semejante cortada, o lo que la hubiera provocado. ¿Qué habrá tenido que ocurrirle para terminar con tal terrible marca? No solo se notaba la

forma de un temible relámpago tatuado con profundidad en su pálido cuerpo, también unas misteriosas ramificaciones puntiagudas, como si saliesen espinas de su llamativa y sempiterna herida. Otra metáfora podría ser usada para su peculiar distintivo; un árbol seco de gris primavera, cuyas hojas no tuvieron la fuerza para nacer, más elección no había que caer y dejar salir afiladas ramas cortantes en su defensa. Esto se lograba apreciar por su ropa rasgada. Sus finas prendas vestían de finas fisuras, cuán brutales grietas emergiendo a descontrol por el suave revestimiento de alguna lujosa madera palisandro. Un despampanante color burdeos envolvía toda su ropa. Su rostro era muy intimidante y a simple vista se notaba en su mandíbula una fuerza sobrehumana. Sus pupilas carmesíes opacaban sus marrones iris con la dilatación de sus esferas, un desolado exoplaneta se igualaría. Casi todo el tiempo, en su rostro una expresión de enojo gobernaba, pero en casuales ocasiones parecía no transmitir emociones. Tal vez, habitante era del alto inframundo; sumergido y asfixiado a voluntad por alguna vil estigia. De su ser desprendía indecibles auras, su refugio no permitía que cualquiera se le acercase, y su fisiología similar a la humana era discordante ante aquellas perfidias sensaciones. La presencia dimanada era similar a la de una bestia sedienta, y seguía igual que su despertar intimidante y terrorífico, pese a ser hostigado por benignos fotones.

El desconocido quedó estupefacto, su impresión primera fue verosímil. La inhumanidad de Keb le condujo al frio abismo de las cuestiones. Después de analizarlo detenidamente, pensó algo curioso en aquel momento, algo que solo fue posible por su lucidez con los hechos.

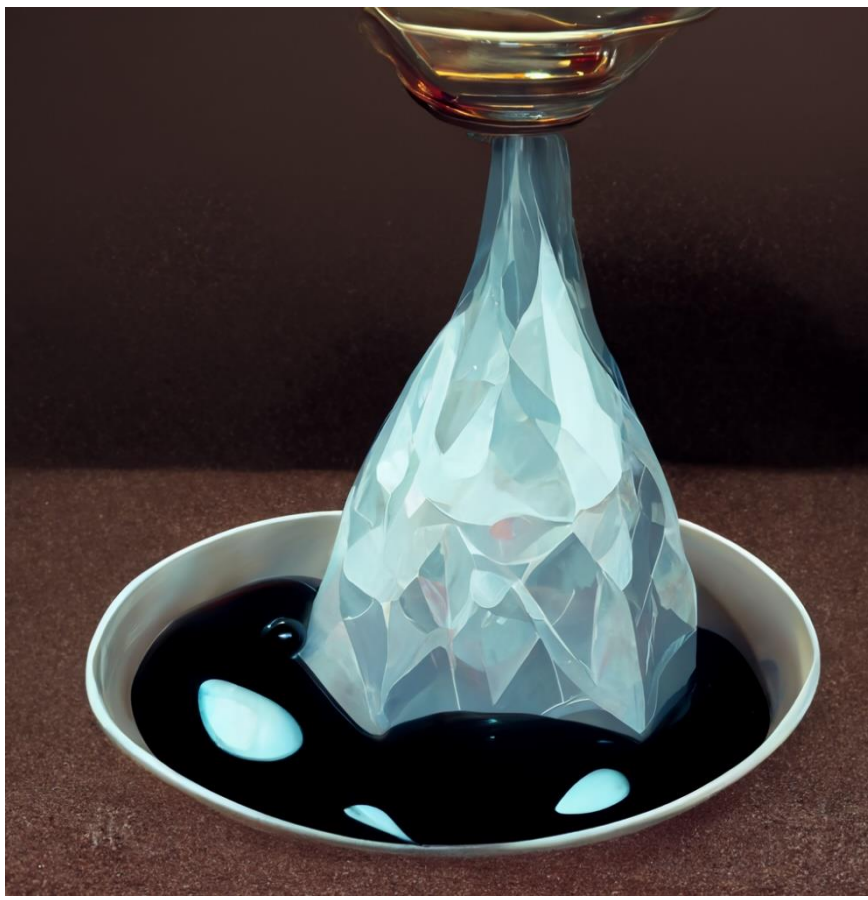
«¿Cómo hizo para acabar con esos gigantes? No lleva ningún arma encima… nunca imaginé que se defendiera solo con sus manos desnudas».

Por fin dominaban los sentidos; ver y sentir el cálido clima era como renacer de la maldita e insana podredumbre que cernía las calles y las psiques allí abajo. Keb no tuvo interés alguno en disfrutar por un ápice la vasta diferencia que había entre la ciudad de abajo y tal ecuánime lugar. El lineal camino de polvorienta tierra es rodeado de verdeantes árboles, los albos rayos solares coreaban centelleantes entremezclándose con las delgadas hojas clorofilas; haciendo de aquella vista un espectáculo visual. Se percataron que podían ver, a lo lejos del camino, a una rara persona que a paso lento marchaba por la misma dirección, apreciaron que llevaba consigo una colosal y antigua verde espada en su espalda; no le otorgaron mucha importancia. A impresión intuitiva no parecía ser alguien que podría generar problemas, por tal motivo lo ignoraron no cesaron su recorrido. Por el mismo rumbo de dicha persona se proyectarán.

«Ahora el desconocido sigue a Keb y, sin saberlo, Karl es seguido por ambos».

La apariencia robusta Karl se distinguía de su fuerza, su seriedad era resultado de su empírica solidez. Tenía una gran espada de esmeralda y una imponente silueta que conjeturaban aires desafiantes Aprehensivamente veían su peculiar y contradictorio andar que de forma decaída y sin ganas se visibilizaba cabizbajo, deprimente, infausto y desdichado. Arrastraba las suelas de los escarpines, caminaba lento por aquel sitio. Keb y el desconocido entendieron, a leguas, que aquella persona no portaba ningún tipo de voluntad ni hostilidad en su presencia.
Por consiguiente, era cuestión de tiempo. Tarde o temprano los pasos de Karl alcanzados y amenazados serían, y de seguro alguna disputa estallaría. La raíz seguirá tensionándose…

En el reino, miles de personas sistemáticamente se dispersaron por todo el mundo. Seguirán u optarán por sobrevivir como mejor puedan hacerlo; acomodarse al problema, solventarlo o ignorarlo. Otras tantas continúan el arduo trabajo reconstruyendo al denominado Hapux, solo saben de su nombre, pero no entienden cuál es el propósito de revivir semejante monstruo arquitectónico. Tristemente la mayoría perecerá durante el proceso. Los alienados destinando sus vidas a este proyecto son algunos ingenieros de alto renombre y prestigio, además quienes fueron afectados por la destrucción de Xeclios, pues, para no morir de hambre, vender aquel reloj interno era la solución. La mano de obra, en mayor proporción, son razas esclavizadas cuyo yugo los condicionó al inhumano y simbólico distintivo. Es reflejado arriba de sus cejas; todos los esclavos tienen un gran costurón de color rojo en forma de circulo en toda la frente. Por desgracia estos últimos se vieron sumidos a terribles torturas tangibles e intangibles. Las causas de ello eran incontables, pero la más nociva de todas era ocasionada por la oscuridad que devoraba aquella luz natural de sus corneas; desaparecían los filamentos del iris a raíz de la existencia agónica que les perturbaba; era cual presenciar el vacío absoluto de la desdiches.



OSCURA OSCURIDAD

Keb pasaba por una intensa confrontación en lo profundo de su mente. Peculiar librada de la realidad le inducia al sótano de las voces atormentantes, contradictorias y del origen puro de la instigación y de la angustia incesante. Son manifestaciones de su propio ser, alteraciones del síntoma que su pensamiento creó, cual mecanismo de defensa, en el segundo primero donde emergió su nueva vida. Él no sabe y no quiere indagar cómo parar el martirio continuo que sufre en su psique. Arbitrariamente, esto no es producto de ningún alter ego, pues solo uno en sí mismo es; no tiene desdoblamientos de personalidad ni formas alteradas de consciencia. Solo intenta lidiar con la estructura triádica del yo, tal vez sea una manera de controlar sus salvajes impulsos, o más bien, lo que sucede es causado por algún consecuencialismo subjetivo de su ser, de sus causas condicionadoras y de su interpretación.

«Se enfrentaban sus voluntades en su abstrusa e insondable metafísica».

—¿Quién es el malo? ¿Soy yo? ¡Raikergard!
—Eres el bueno, el salvador del frágil mundo.
—Pero… presiento que mi camino se ha desviado… huelo la sangre del inocente.
—¡Cállate! Deja de hablar y actúa tú escena. No hay retorno… las punzadas seguirán allí.
—Solo tengo que acabarlos… debo acabar la plaga.
—Es la única manera de terminar tu misión.
—¿Misión? ¿Cuál misión?
—La misión por la cual sufres, la primera vez que respiré… ¡me lo dije!

—No me subestimes, yo no siento ningún dolor.
—Yo sé que no hay nada que temer, solo haz temblar al mundo con tu voluntad.
—La primera vez que respiré… también sentí tranquilidad, mucha tranquilidad…
—¡Ya lo recordé! La misión que el destino de las probabilidades me impuso a cumplir.
—La visión que tengo es infinitamente pacífica.
—Pero… para ser honesto, no me quiero ensuciar las manos.
—Y si yo no lo hago, ¿quién lo hará?
—¡Tienes razón!, soy el único que puede hacerlo.
—Para acabar con la plaga, primero debería empezar desde arriba.
—En efecto, si empiezo de uno en uno… sería interminable y el tiempo es reducido.
—Podrías agilizar el proceso… podrías ir exterminando a los que se crucen en mi camino.
—Puedes empezar por el insecto que tienes pegado atrás tuyo.
—Después de todo, hacerlo no me representaría ninguna dificultad.
—¡No… no lo mataré aun! El insecto que me persigue parece no tener ocultas intenciones.
—Sería poco honorable de mi parte empezar por los débiles.
—Ya me dije que primero tendré entre mis manos la cabeza del líder.
—Tienes razón, lo mejor es usarlos, manipularlos a conveniencia; la información es valiosa e indispensable en la guerra, no obstante… si alguno discordara, no dudaré en borrarlo.
—Pese a eso, no tengo idea de cómo obligarlo a enfrentarme.
—¡Lo sé!, solo piensa un poco, debe existir alguna manera de empezar el festival.
—Tienes que demostrarles tu poder. ¡Demuéstrales tu voluntad!
—Por esta dirección, de seguro, encontraré un lugar cuyo significado debe ser relevante para los insectos, y ese letrero recién pulido es una prueba fehaciente de ello.

—¡Les destruiré su falso sosiego!
—De esta forma, les declararé la guerra sin esconderme. Sería muy aburrido si todo lo hago en silencio, quiero que sepan que yo soy la razón de su final.
—¡Si, es buena idea! Y si no actúas pronto, la paz se estancará junto a los mitos burdos.
—Pero, estaría contradiciéndome… ya dije que preferiría no empezar por los débiles.
—¿Habitarán solo los frágiles en ese lugar? ¿Qué debería hacer?
—Bueno… un golpe contundente no sería empezar con solo uno. No quería tener que hacerlo de tal forma; aun así, no tengo elección… Tendré que ensuciarme las manos.
—Recordaré lavármelas después de esto, la maldita sangre se me impregnará si no lo hago.
—No puedo desperdiciar la oportunidad que me fue otorgada por los Existenciales.
—Ellos también me parecen despreciables de cierta forma ¡Que no me escuchen!, o empezaré a reírme en sus viscosas caras…

«Después del fútil apotegma que tuvo lugar en la quimera de su maldecida consciencia, Keb empezó a correr a gran velocidad dirigiéndose hacia El Lahun. Se fugó a brevedad de la vista del acompañante desconocido, y al pestañeo, desintegró el aire liviano del costado de Karl».

El desconocido muy preocupado por aquella pronta y repentina acción de Keb, intentó correr detrás de él para alcanzarlo, pero, por desgracia, su velocidad y resistencia eran muy inferior; su debilidad casi explotaba en inanición… Afónicamente gritó desgañitándose:

—¡Keb! ¿A dónde vas? ¡Espérame!

Acto seguido, Karl se detuvo en brusquedad y se giró sagazmente empuñando su gran espada; debido al rápido destello que atravesó de soslayo su cornea y el grito del forastero paliducho, su asustado corazón lo golpeó en breves pero peligrosos choques adrenérgicos. El arma larga ocultó la sombra del desconocido, quien frenó abruptamente poniendo la palma de sus manos descubiertas. De manera agitada y temblorosa, derramando gotas de helado sudor, exclamó:

—¡Tranquilo, baja esa cosa, no soy ningún peligro… te lo aseguro!
—¡No te muevas! ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? —Con firme autoridad preguntó Karl.
—¡No moveré ni un dedo, te lo prometo! Soy solo un transeúnte. Vengo de Xeclios; si es que aún se le puede llamar de tal forma.
—¿Dijiste Xeclios? ¡¿Como rayos saliste de la ciudad de abajo?! —levantando gravemente la voz y en completa guardia, Karl, apuntándole con la verdeante espada, no podía creerle.
—Caminando cuesta arriba, claro —dijo el desconocido con obviedad.
—¡Responde! No es posible que alguien cuerdo salga de aquel sitio, todos los sobrevivientes fueron reducidos a los delirantes síntomas; atrofiados, desconectados de la realidad.
—Te aseguro que ejerzo a la perfección las facultades de la razón. Baja esa peligrosa espada; te ruego que te tranquilices —para intentar ganar confianza el desconocido articulaba sereno.
—¡Mas te vale no hacer ningún movimiento sospechoso! ¡Ahora tú!, dime tu nombre, ¿quién eres?, y responde con certeza; ¿quién o qué es Keb? Hace un momento gritaste esa palabra después de que alguien corriera por esta dirección —Karl empezó a bajar su pesada arma.
—Qué bueno que te calmaste. Pensé que me echarías en esa húmeda bolsa negra que arrastras bajo tus pies… —con nervios se adaptó el desconocido mientras tomaba aire y la escena se tornaba menos hostil—. Mi nombre es Friedrich, soy solo un filósofo que residía en Xeclios, o como dijiste anteriormente, la ciudad de abajo. Pasaba por

aquí acompañado por un extraño ser llamado Keb, pero te aseguro que no tengo ni la menor idea del porqué de repente él salió corriendo. Lo último que supe fue… bueno parecía tener algo entre manos. No obstante, mis sentidos son propensos a engañarme, pero estoy seguro que vi en él una macabra sonrisa que jamás había presenciado. Unos segundos antes de su accionar, su rostro parecía decidido, no sé a qué, pero por su expresión carente de razón, mi intuición me dicta que no es nada sensato.

Karl envainó su espada a morosidad en su espalda. Sacó, de uno de sus bolsillos delanteros, una pequeña esfera metálica que deslizaba entre sus dedos con el propósito de drenar el estrés, desde que se despidió de Harl y Darl, no dejaba el ansia de ofuscarle la visión. El comandante en tercera división, observó en silencio al desconocido quien decía llamarse Friedrich.

—A que te refieres con "ser", ¿acaso tu amigo no era un humano?
—Bueno… estoy seguro que él no es humano. Tiene algo en su mirada que lo descarta por completo de dicho rasgo biológico —el filósofo aun no comprendía de quien se trataba.
—Ligeramente lo vi por el rabillo del ojo… fue anómalo y breve, aun así; llegué a sentir una presencia que jamás había sentido, realmente fue abrumador por unos segundos. Espero que tu amigo no humano, no haga nada estúpido —exhalando dijo Karl.
—Eso no te lo puedo asegurar… Él tiene una fuerza sobrehumana; allá abajo no les dio tregua a los pobres e indeseables Heroberos —de nuevo, Friedrich habló de más.

Inmediatamente, Karl dejó caer su pequeña esfera metálica al polvoroso suelo, sus muñecas empezaron a sudar. Soltó la humeante bolsa negra que arrastraba y de a poco la abrió; moscas fétidas salieron de su interior, introdujo la mano en ella y procedió a sacar la cercenada cabeza de uno

de los gigantes. Hizo contacto visual con Friedrich y, con nervios bajándole la tráquea, le diría con una expresión atemorizada:

—¿Acaso… te refieres a…?
—Friedrich quedó pasmado, sus palabras se estancaron estupefactas en los finos filamentos de los efímeros segundos—. Pero… ¿por qué estas llevando esas cosas contigo? ¡Te juro que yo no tuve nada que ver!, los gigantes lo atacaron primero… él los corto en un parpadeo… yo solo era un asustado espectador. Allí abajo no podía hacer nada más que temer.
—Karl guardó la fétida y goteante cabeza en la maloliente bolsa y procedió a caminar al son que charlaba con Friedrich—. Veo la sinceridad en tus ojos, no te preocupes, no te voy hacer nada, pero vamos a tener problemas si el rey se llega a enterar que, esa cosa que llamas Keb, mató a sus lacayos… Mantengámoslo en secreto por el momento. Mi misión, en un principio, es llevar las cabezas de los gigantes al reino… y por suerte no tuve que luchar para hacerlo. Creo que me he salvado de morir aplastado por la cárnica oscuridad.
—Comprendo, no diré nada, lo prometo. Pero, aun así, una duda sigue perturbándome. Me surgió poco antes… si dices que sólo necesitabas llevar sus cabezas, ¿por qué dejaste sus cadáveres en los huesos? Eso es sospechoso —Friedrich tenía una clara e intrigante incertidumbre.
—¿Huesos? No entiendo a qué te refieres.
—¡Si!, Keb y yo pasamos por esa misma calle una vez más, no solo eran sus cabezas lo que había desaparecido… tampoco tenían ni un poco de carne en sus cuerpos, sencillamente eran huesos gigantes, y no solo eso; los cadáveres humanos que ahí yacían desparramados también desaparecieron sin dejar rastro. Saliste del mismo sitio, pensé que tú lo habías limpiado por algún motivo —haciendo memoria de lo ocurrido dijo Friedrich.

—Si lo que dices es cierto, suena raro, pero, puede que en la ciudad de abajo se esconda algún hambriento animal, asechando en cualquier lado, ¡cuida tu frágil espalda! —burlescamente le respondió.
—Estoy hablando enserio; ¡si tú no fuiste, entonces… tuvo que ser alguien más!
—No te despegues de mí, necesito llevarte al reino vivo, y si solo llevo huesos, me tildaran de loco, al fin y al cabo, eres el único sobreviviente capaz de hablar de lo que paso allí abajo.

«Con una noción de dos cruciales largas horas para alcanzar la velocidad de Keb; Friedrich y Karl se dirigían hacia El Lahun. La confianza entre ambos crecía a solemnidad».

El Lahun es un enorme pueblo que solía compartir frontera con Xeclios, aunque después de la tragedia; aquel sitio se alejó abruptamente unos veinte kilómetros de su gran vecino. El Lahun tiene aproximadamente cien mil habitantes en la actualidad, habitantes cuya mayoría son personas de clase baja y media. Entre estos se encuentran; esclavos, plebeyos, siervos y campesinos, pero también una gran cantidad de burgueses, y los soldados acomodados en el estatus medio alto yacen venerables en el pueblo de plata. Como tal, en este sitio hay una notable diferencia y variedad de personas, personas que de no ser por el devastador final que tuvo Xeclios, seguirían divididas. A raíz de este acontecimiento los habitantes de El Lahun habían encontrado una forma de convivir en paz y armonía; gracias a una repentina y causal unión y fraternización; dirían algunos, tuvieron un choque vespertino con la cruenta realidad.

Las personas que habitaban en Xeclios eran, en su mayoría, personas de alto renombre. Desde nobles de sangre pura, teóricos de nuevos cleros, científicos dogmáticos y soldados de rangos heredados. Ninguna

persona libre con denotación de fruslería ni bagatela hubiera podido vivir sagazmente en dicho idílico lugar.

El rey del mundo habita a unos quinientos largos kilómetros. En un impenetrable y afilado castillo. Paredes gigantescas de violeta amatista negruzca, rodeado de una gran magnificencia arquitectónica, vítreos de hexágonos recorren en circunferencia el gran territorio real. Ostenta la máxima, devastadora y étnica, fuerza militar. Se encuentra rodeado su mandato, operante por excentricidades, por lujos inimaginables, por la angustia del esclavo y la ignorancia de la masa, de la población manipulable. Él domina todo desde lo más alto de la jerarquía.

Cien años atrás, y mucho antes del nuevo registro histórico, El Lahun solía llamarse la ciudad de plata. Tal peculiar nombre se debía, en un principio, por la singular arquitectura alardeada por sus moradores; sus paredes, calles, aceras, faroles y techumbres eran, y aun lo son, de un metalizado y destellante color, y además era considerada una gran ciudad por su cantidad de habitantes, eran más de un millón. Y ahora, farda del título de la comunidad más prospera de los estragos del declive. Durante el primer crepúsculo del día, la luz eclosiona con este sitio, formando en sus estructuras un gran destello de color plata, es cautivante, lumínico, pero para nada cegador, por lo contrario, es adyacente, pacífico y ameno a la vista. Incluso puede ser observado a una cuantiosa distancia a la redonda; el rayo verde de las montañas le envidia.

Keb continúa el trayecto persistentemente. Las palpitantes venas saturan sus pensamientos en bucle y, a su vez, transmiten sonidos estremecedores, de orden lagrimal. Sus dientes están sumergidos en presión constante, una hilera de sangre espesa se asoma y escurre por el borde de sus labios sonrientes, parece que de manera inconsciente él provoca heridas en su boca, la autoagresión no solo es inducida por sus

colmillos; sus manos también permanecen de par ensangrentadas, la fuerza sobrehumana que emplea para cerrar el puño suscita graves lesiones en sus palmas; cualquier persona normal sentiría los angustiantes dolores de la carne abierta, tan repetitivo sería que opacaría su cordura. Pero, lo más grave de todo esto, la autolesión no solo es manifestada en su tangibilidad, también se percibe en sus terroríficas pupilas rojas la represión de emociones. Parece que escondiera, o secuestrara, aquella moral que corresponde a las ambas y opuestas caras de la moneda, tales como el dolor, miedo, felicidad, tranquilidad, tristeza o incluso amor. Su mente se quebrará sufriendo deterioro. El daño que pueda, o no, percibir en su índole naturaleza, no lo siente en lo absoluto, o tal vez no se percata; debe tener una espesa y solida bruma que lo impide atravesarse así mismo. Aunque él no sienta ningún dolor físico, sin duda, en lo más recóndito de su insondable psique, sufre intensa agonía… pero quizás no lo discierne… de seguro, ha interiorizado la maldición de existir.

La fuerza de voluntad es necesaria para poder soportar la presencia de aquel ente, la fuerza de los tendones no es lo único que puede evitar el desplome, desmayo, escalofríos, parálisis del miedo, entre otros síntomas. Aquellos sentires son causados cuando alguien, animal o no, se acerca demasiado o, tan siquiera y sin escrúpulos, se atreve a cruzar miradas. Violentísima, oscura, inquietante, iracunda, son cualidades que desprende el aura misteriosa y vengativa que se oculta en los entramados de su sombra esquiva.

Desde el nacimiento de sus dolorosas pupilas, él ha creado una barrera que lo acorralaría de dos naturalezas incompatibles. De alguna forma, logró subsistir y comenzó a vivir por cuenta propia. La barrera creada por su taumaturgia, es indivisible, al unisonó, es más impenetrable que cualquier objeto tangible, aquella se encuentra en algún lugar cercano…

y a su vez uno muy lejano. En ese mundo esencial, se ha vuelto, cada vez más, irrompible e inalcanzable.

Keb ya podía ver el resplandor plateado que desprendía El Lahun… Sus enardecidos pasos yacían relativos a la frontera. Separado por la dualidad ontológica de un mismo ser.

Cuando por fin llegó al sitio, se detuvo y observó a su alrededor. El ambiente tenía un fervor inusual, un aire acogedor y cálido, las personas transitaban pacíficamente. Al parecer, era un pueblo con suerte, pues salió indemne de la catástrofe que azotó a Xeclios. Son contados los lugares que, en el plenilunio, se han superpuesto al final, que se negaron a perecer ante la vida preestablecida por los mecanismos de control insospechables, operantes y sutiles desde el origen primero.

Hay niños jugando en las aceras, inocencias pasajeras sonríen sin pena. Hay gente comiendo en restaurantes, degustando buenos sabores recién preparados. La abundancia podía verse y olerse a simple vista, parecía que, incluso, hasta los indigentes tenían alimentos suficientes; no pedían limosna, ya no era necesario. La serenidad de las diversas personas, de distintas clases sociales, convivía en matices idílicos, era de admiración. Habitualmente en las grandes sociedades, siempre ha existido una muralla, o pirámide, que separaba los unos de los otros, sin embargo, en El Lahun eso ya eran cosas del pasado, un pasado donde las únicas personas privilegiadas eran los arrodillados; los más fieles y servidores del gobernante. Inesperada era la consecuencia; a cambio de tener mejores comodidades, en aquella vieja época, tenían que obedecer los irrebatibles contratos impuestos por el rey, cuyos atentados fueron terriblemente ocasionados en contra de personas inocentes. Para satisfacer sus codiciosos deseos de poder, no bastaba con mucho, había que tenerlo todo. Los caprichos del destino son pretenciosos; el pueblo estuvo vinculado de lleno con el siglo corrupto, un siglo que, antes de

ostentar dicho nombre, se le conocía por ser una promesa; la Era idílica. Los supuestos líderes más allegados al reino salieron huyendo, despavoridos y lagrimosos, luego de que Xeclios terminara como termino. Los habitantes de El Lahun nunca supieron la verdad, sus pequeñas vidas subjetivas de ilusiones no entendieron qué había pasado, tampoco supieron por qué sus líderes se fueron; por qué abandonaron su territorio natal. Aristócratas que, en la actualidad, y por camuflados e indescifrables decisiones, en cautiverio yacen en el calabozo más profundo de Rodinia.

Las expectativas eran contrarias a la realidad. Lo más lógico era pensar que aquel sitio estaría plagado de apabullante hostilidad, que yacería en llamas y en locura. No obstante, la pobreza no se percibía en ningún sitio. La gran y peculiar tranquilidad no parecía que fuera forzada, probable resultaba pensar que la evidente abundancia de comida amortiguó el pánico en actos dóciles. Aun así, algo raro tenía aquel pueblo, era difícil imaginarlo. ¿Cómo lo lograron? No era pensable que tal estabilidad socioeconómica, después de la tragedia de Xeclios, existiera en la azulada y fría esfera; no parecía encajar en su mente. Él se quedó pasmado, verlos como si nada, le irritaba; los humanos que tanto aborrece no temían, ni en sus venas los sentimientos de zozobra danzaban. La escena que, ante sus pies observaba, chocaba con la cruenta realidad que vivió allí abajo. Esto le afectaría a la sustancia interna a la que llaman voluntad.

Keb recorría las calles de El Lahun. Buscaba una forma de empezar su primer acto, de seguro tendría que iniciar por una inevitable batalla con personas muy fuertes; un pueblo tan grande, de cien mil habitantes; es factible que ostente de una gran fuerza militar, y más aún si se trata de un colectivo que pudo prosperar ante tal cambio global. Observaba con actitud flemática, las esporas envenenadas le engullían el pecho. Por una de las calles principales trazaba el aire sus prontos relámpagos. Las

personas que lo veían actuaban de tres maneras diferentes; unas valientes lo ignoraban y volteaban la mirada, otras se apartaban de su camino y se alejaban con algo de hormigueante pánico, otras tantas afortunadas del previsto horror, no soportaban su presencia y se desmayaban en plena acera. El proscenio parecía como si un mortífero virus hubiera entrado en territorio incólume, afectando el ambiente sosegado. De repente, un alma caritativa se le acercó a lentitud, ofreciéndole algo de comer y algo de beber; ya era la segunda vez que una persona se le acercaba con buenas, y trasparentes, intenciones, provocándole, de ese modo, que otro clavo más se acabara de incrustar en su amígdala palpitante. Las acciones indulgentes de los humanos lo hacían sentir dolor mental, sus voces que le atormentaban y se burlaban, se aprovecharían de cualquier situación para reprocharle su pronto accionar.

En cuestión de soslayados parpadeos, algo terrible aconteció. Keb sonreía con inmanencia e indiscutible maldad. Levantó su mano a brevedad y, con sus nudillos y en un acto psicopático, atravesó el pecho de la persona que le ofrecía comida. De un suave retorcijón en su interior, le sacó el vivo corazón y lo arrojó con gran violencia hacia una plateada pared, estrellándolo a tal velocidad que la sangre salpicó unos varios metros de distancia. Las personas que yacían cerca, presenciaron aquella aberración, sintieron el corazón latiendo sin control y casi un paro cardiaco ahogándoles la tráquea aparecía, pues los instintos de supervivencia les gritaban que corrieran, o atacaran, pero, por el momento, se quedaron consternados en su sitio y se negaron a mover hasta las pestañas…

Un hombre que estaba a unos pocos metros, al ser salpicado por la espesa sangre en su mejilla y ver la escena en primera fila, derramaba lágrimas de sus ojos; sus cuerdas vocales picaban.

—¡Asesino… monstruo! ¿Qué demonios acabas de…? —el empedernido hombre se acercó a él sosteniendo en su mano un diminuto pero filoso cuchillo que traía entre su ropa, actuando impulsivamente por instinto e inmediata venganza desesperada, sollozó perturbaciones en un lamentable acto de supervivencia—. ¿Por qué…? ¿Qué le hiciste a mi esposa? ¡Maldito…!

Acto seguido, y en cuestión de nada, Keb se le acercó a gran velocidad arrancándole la cara de un solo tajo al desesperado hombre. Una poderosa ráfaga de viento distorsionó el aire de su alrededor… él avanzó unos cuantos metros en un parpadeo… El propósito de su repentino desenfreno fue fatal; se desencadenó. Sin consideración, atravesó al acto a tres personas más que se encontraban cerca… había empezado una terrible masacre. El altercado desató, en un segundo, un espanto y bruma colectiva. Los espectadores gritaban y corrían despavoridos de aquel sitio. Una persona se dio cuenta de lo que pasaba y sagaz pero definitoria acción pulso; tocó la campana de alerta que permanecía incrustada en una farola esquinera, dicha campana retumbó en frecuencias graves por todo el intranquilo pueblo. El sonido de sus vibraciones e instigaciones de miedo, eran tan estremecedoras que alteró y ahogo la paz que allí prevalecía. Mientras resonaba el ensordecedor artefacto, la multitud corrió hacia la misma dirección para resguardarse en algún sitio seguro. Keb persiguió a la desdichada multitud acabando con la vida de innumerables personas en un breve chasquido. La expresión que poseía en su fría piel no reflejaba ningún sentimiento de arrepentimiento o duda frente a sus acciones; incapaz era de distinguir, aunque sea por contrato social, entre lo malo y lo bueno… sonreía ferozmente y la depresión se agilizaba. Pese a sus empapas y desgarradas vestiduras color burdeos, no le incomodaba la caliente, goteante y espesa viscosidad ensangrentada que cubría su fino toque.

El gentío irrefrenable y sobresaltado, escapaba pasando por encima de los demás, personas y animales pequeños que no se estabilizaban a la turba, al suelo caían y pisoteadas sin piedad alguna por la estampida eran. En solo un día la supuesta integridad de aquel pueblo se había quebrado. Se podía discernir la verdadera naturaleza de aquella sociedad, nunca les importó nada más que no sea su propia y frágil parcialidad. La cantidad de muertos causados por el atropellamiento masivo era superior, por mucho, al que provocó la ira de Keb; último hecho que sumaba puntos positivos a su oscuro deseo inajenable.

«Han pasado cien años del inicio de la Era idílica, seis meses de la destrucción de Xeclios, y transcurridas tan solo dos horas de caos en El Lahun».

La agonía toxica de este pueblo se escuchaba en la cruel brisa del aire cálido. Keb continuaba haciendo lo que él creía que era la mejor y correcta opción para restablecer el orden cósmico y ver un nuevo amanecer. Para él, el fin justifica los medios, para encontrar la paz es necesario primero romperla, quebrarla, restablecerla, crear una nueva paz que no sea reflejada por solo unos… al final, de ese modo, funciona el choque dialectico entre poderes, perpetuar el poder y mantenerlo es lo único que buscan quienes pretenden ser la resistencia de la resistencia.

Un importante oficialista estaba muy cerca del sitio; observando el exterminio que se apodero del pueblo, decidió tomar nota de los innegables hechos barbáricos que ocurrían frente a sus ojos, y con las manos temblorosas, reportó lo que sucedía en aquel momento y lo más lejano que pudo se posiciono. Llevará la información intacta a las máximas autoridades; es el reino el destino de su queja, pues él está seguro que la fuerza militar del pueblo no será suficiente para detener dicha presencia tan terrorífica, emanada por el ser de las pupilas escarlata.

Eros es el comandante de la primera división del rey, y bajo sus pies permanece todo el poder militar de El Lahun. Evidentemente, él escuchó el repetido retumbar de la campana, aun así, no demostraba absoluto interés, no lo necesitaba, pues está convencido que los monstruosos Imperium pueden encargarse del problema, decidido está a preservar el aire en sus pulmones. Refrescaba su garganta, entre sus dedos yacía una copa de perfecto diamante puro; copa que desbordaba de un peculiar liquido negro… aquel inconveniente será solucionado de manera casi automática; como siempre lo ha sido, y siempre lo seguirá siendo, para los sobrevivientes fundadores del linaje, o eso es lo que aseguran sus pensamientos confianzudos.

Los Imperium se conocen como mutantes creados por el reino, creados al principio de la Era idílica. Tienen grandes cicatrices que recorren, sin un orden en específico, sus corpulentos y grises cuerpos. No tienen fecha de caducidad fijada en el alma, se dice que son inmortales. Debido a que nunca envejecen, llevan alrededor de cien años viviendo para cumplir con su trabajo, cuidar la paz y seguridad de los humanos. Este precepto fue implantado abruptamente en sus mentes; la idea inyectada es dogmática, pues amaestrados hasta el nervio fueron; era necesario usarlos bajo el control absoluto para imponerlos cual trofeo. La coraza, o piel, que los envuelve, es tan dura como el metal, pero no porque hayan sido creados por tal material, sino porque las células de sus carnes, de maneras inimaginables, dejaron de reproducirse y empezaron a evolucionar drásticamente. Tal mutación transformó a estos seres en completos monstruos, sin libertad ni alma. Se relata el brillo en sus ojos como algo que fue borrado del tiempo, algo que alude a lo inexistente. Sin más, los Imperium se dirigían a velocidad hacia el epicentro del incidente. Tocaron grandes trompetas de rojizo color y por las agitadas calles y callejuelas, cabalgaron a brusquedad, retumbando el suelo empedrado, los conmocionados sacos de carne andante abriendo paso

a los Imperium. Nadie se atrevía a fijarles la mirada a los ojos descubiertos… Dicen los mitos de los oriundos que, si miras fijamente el incomodo y vacío antinatural de esas cuencas, tu cordura se deteriorará. De vez en vez, sin pelos en la lengua, verbalizan la siguiente leyenda:

«Quien se atreva a presenciar la profundidad de la absoluta nada, puede volverse loco en cuestión de un fugaz e insignificante pestañeo; el vacío es algo que no debe ser entendido ni mencionado por nadie que no estudie las máximas consecuencias y envolturas del ser».

En cuestión de minutos llegaron al sitio; ya habían transcurrido más de dos horas desde que la criatura empezó con su desenfrenada matanza. La negligencia de Eros ocasionó demasiado tiempo muerto en donde la reacción fue nula. Pero ya los corpulentos grisáceos pisaban.

La desagradable escena que presenciaron los Imperium fue, sin lugar a dudas, catastrófica y sórdida. Desenas de miles eran los cadáveres hemorrágicos reposando a espaldas del peculiar ser cuyas ropas yacían bañadas en tonos malignos, opacando, de alguna manera, aquel suave color burdeos que poseía hace unas cuantas horas de su advenimiento. El Lahun perdió su característico brillo plata, su gran resplandor se fue deslustrando aceleradamente por el fuerte lóbrego que cargaba Keb. El clima era realmente triste, a pesar del pleno día, las pocas nubes en el cielo producían una densa y solida oscuridad. Aquella leve llovizna chocaba contra el suelo rojizo, la sustancia heredada se evaporizaba por los matices del caluroso ambiente sin sol, y los pliegues del viento penetraban los taponados tímpanos de los inertes morados.

«El aroma tenue de la materia gris… un futuro ciego augura».

Keb detuvo su paso… tenía una sonrisa exagerada y temblorosa en su medio ensangrentado rostro… a pesar de la oscura silueta en su mirada, caían lo que parecían ser gotas; sus pupilas rebozaban en lágrimas… por lo visto, era una expresión facial contradictoria. Los Imperium iniciaron el pronto ataque; cabalgaron sin voltear, hicieron uso de un mangual para arremeter a su presa. Al parecer la mente de Keb estaba poco lucida en aquel momento, porque no tuvo reacción al inminente impacto. Zigzagueando retumbaba su visión de arriba hacia abajo como si el mundo onírico le drenara la conciencia; no era por los brebajes, tal vez otra insana cosa le afectaba. Por consiguiente, el tenaz Imperium lo golpeó, la velocidad y fuerza desdobló el aire a su alrededor, por lo que fue arrojado varios metros y, a posteriori, destruyó un plateado muro de una ecléctica morada con el lateral de su costillar. Los Imperium corrieron hacia él, y brutales ataques empezaron con sus inmensos mazos de cadena con pinchos, repetidas y aguzadas heridas le atravesaban sus desmedidas carnosas. Contundentes y eficaces, acertados de lleno directo al pecho de Keb. Pasados varios interminables tictacs del intenso castigo, los manguales impregnados escurrían. Los Imperium se detuvieron un momento para comprobar si su misión completada estaba; uno de ellos se acercó a él y tomó el pulso de su carótida; no sentía entre sus yemas ninguna palpitación, al parecer, su objetivo yacía muerto a rotundidad. Prosiguieron a levantar el cadáver para llevárselo al comandante Eros. Le observaron algunas características, primero notaron que no poseía mirada humana, pues, de insólita leyenda, con los párpados abiertos había perecido. También, hondas quemaduras en sus antebrazos, y una enorme cicatriz en forma de un rayo con puntudas raíces, cubriendo toda su espalda dormía. Un sonido de indetectable origen emergía, el cadáver empezó a convulsionar. Lo soltaron en el aire… imprevisible acción les asusto a los imperturbables plomizos. Se desató una perversa risa ahogada que revoloteaba en el insondable mar frenesí… Keb, quien supuestamente había muerto a manos de los monstruosos Imperium, era quien

disfrutaba del don de la burla. La presencia que sintieron, entre sus huesos, era tan hostil que la primera reacción que tuvieron, casi en inconsciente colectivo, fue alejarse de aquel ser. Se suponía que los Imperium jamás debían de transitar por sensibles o fuertes emociones, pero incluso, su poca autonomía podía reconocer el peligro cuando se acercaba. Ellos atacaron de nuevo para intentar rematarlo. Se impresionaron al verle al instante de pie, él, viéndolos con el tiempo pausado a los ojos, no les aparto la mirada; los Imperium sintieron un latido en sus pechos, latido que, sin duda, no podía pertenecer a ningún corazón, ya que ellos carecían de tal particular órgano. Se tocaron el pecho para asegurar que no se había metido algún animal dentro, sus frías manos siguieron derecho en ese momento. Yacía un agujero vacío dentro de ellos. Aunque no sintieron dolor alguno, sabían que no cualquiera podría atreverse a tocarles y menos atravesarles, al fin y al cabo, son soldados de la primera división de Eros. La violenta pelea se desató a unos pocos segundos de lo ocurrido, los cinco Imperium, a pesar de tener un enorme agujero en el centro de sus compactos pechos, atacaron sin dudar. Keb dejo de reír y su seria mirada se disponía a pelear. Pese a que poseían un musculoso, corpulento y tupido cuerpo, eran bastante agiles… pues rápidamente esquivaron los violentados ataques propinados por el ser de rojas pupilas, a quien herían constantemente haciéndole largos cortes pasando por sus ya desgarradas ropas color burdeos; atravesaban su piel con sus afilados manguales, debido a eso, él se posicionó a la defensiva alejándose, unos cuantos pasos, para intentar pensar en una respuesta rápida.

«Esto es malo, estoy perdiendo la conciencia, poco a poco pierdo la visión… —cavilaba Keb con su rostro y delgado cuerpo ensangrentado—. No puedo rendirme, no ahora… no, no de esta forma, no puedo morir aquí, no en tan pálido lugar».

La fuerza de voluntad de este anti alienado, era capaz de dar hasta un último aire para lograr su objetivo. A pesar de la sensación de desfallecimiento que él tenía en aquel frágil momento, no flaquearía y tomaría el destino de las riendas, apretando dientes fuertemente y sangrando gravemente miraba hacia el cielo y, levantando su helada voz, decía lo siguiente entre dientes:

—*Solo yo decidiré el lugar y el momento de mi solitaria muerte.*

Acto seguido, Keb repuso su casi quebrada compostura y lanzó un feroz golpe a uno de los Imperium, la onda expansiva eran tan ensordecedora que tal vez rompió la barrera del sonido por unos instantes. El ataque fue tan contundente que hizo explotar en muchos pedazos a uno de los cinco, evidentemente ya estaba completamente muerto; por primera vez, alguien había asesinado a un inmortal subordinado del comandante Eros.

Las personas que con morbo presenciaban dicha pelea, no podían creer lo que asumían sus atrevidos ojos. Transcurrieron unos pocos segundos de completo silencio, mientras sentían un temor y una grotesca presencia malvada que engullía toda la pestilente zona… El ambiente era caótico y muy confuso, los osados que ahí se encontraban plantados en la desbocada calle, corrieron desesperados; intentaban resguardar su arcaica supervivencia, supervivencia que ya habían puesto en las manos de los monstruosos Imperium… Jamás pensaron que alguien siquiera podía enfrentarse a uno de ellos, al menos no de esa brutal y poco creíble manera… Dicen que la vida que poseen, la vida que les fue otorgada en gratitud, pero acosta de antiguas y terribles humillaciones, perduraría mil años… inusual era que, al momento, solo cien largos y simples inviernos había drenado el imparable devenir de aquellos Imperium.

Sin ninguna expresión ni temeridad, los cuatro restantes lo atacaron de nuevo. Pese a que son bastante fuertes y rápidos, siempre repetían el mismo patrón, era realmente extraño la manera anti estratégica con la que peleaban. Demostraba ello que carecían de un verdadero y vivo propósito; cual cascaron completamente hueco sin ninguna voluntad e independencia lucían. Keb aprendió fugaz los consecutivos movimientos y arremetió contra dos de ellos; saltó por una abertura que reposaba en medio de ambos y, con la palma abierta, apuñaló sus cráneos duros. Curiosamente un poco de brillo volvió a los muertos ojos que tenían; al mismo tiempo se desplomaron y al instante murieron. Algo raro escondía la creación de los Imperium, pues, se infería que el propósito que les fue implantado hace un siglo se efectuó sin sus voluntades.

Keb se fijó en la profunda nada que transmitía la mirada de aquellos monstruos, por lo que les diría lo siguiente intentando buscar una respuesta digna igual que sus prontos desaires:

—Ustedes no poseen el control ¿Verdad? ¡Yo solo veo unos malditos títeres bailando! Si no fueran tan predecibles, yo ya habría muerto. Sin duda, tienen una gran fuerza física, pero de nada sirve eso si sus ciegas mentes son tan débiles —inhalando y exhalando, dirigiéndose a los dos Imperium restantes decía—. ¿Ni siquiera pueden hablar? Que miserable existencia… ¡Tengo una idea! ¡¿Qué les parece si los golpeo hasta que despierten?! O, hasta que sus deseos mueran… ustedes deciden.

Keb abrió la palma de su mano derecha y apretó su puño con tenacidad. Se acercó muy veloz hacia uno de los Imperium, de una patada voladora le quitó el mangual de sus manos, sonreía macabramente golpeándolo en su gris cráneo; lo redujo al suelo y repetidos e intensos golpes eran dirigidos a su grisáceo rostro inerte. Si un enajenado viese y escuchase tales y espantosos puñetazos, se estremecería de pies a cabeza, pues

sonaba como si estuviese triturando huesos a diestra y siniestra. El brutal momento duraría varios minutos. Un fino, dictante y delicado reloj de plata que, clavado en un mediano torreón, minutaba los eternos y efímeros segundos, triste era verlo… realmente su soneto no era percibido. El otro Imperium restante, por algún extraño motivo, se había quedado atingido, pasmado. La rabia que desprendía Keb en aquel momento era incomprensible e indescriptible; el ser de extraña presencia perdía la razón, se estaba autolesionando. Los golpes cáusticos ya habían pasado la barrera orgánica, la cabeza del Imperium que yacía en el suelo, simplemente ya no existía; ahora era una esparcida masa liquida mezclándose en la plateada acera junto a verdes lechos decorativos. La locura de Keb por fin se detenía, él se puso de pie… viendo sus sanguinolentos puños, risueñamente decía:

—Parece que la cabeza de tu amigo era tan dura que la confundí con el asfalto. ¡Ahora es tú turno! ¿Ya tomaste tu decisión, o también terminaras como este maldito cascaron?

Solo quedaba un enemigo. Quitándole el mangual de su posesión, Keb repitió el método que hizo con el anterior. Pero, esta vez, algo raro pasaba en la mente del Imperium; no se movía, no reaccionaba, solo estaba ahí parado. Keb se fijó en ello, aun así, le dirigió un golpe en el hoyo del pecho tirándolo al suelo, aunque no empleó la misma fuerza, ni sus afiladas garras que utilizó en la primera ocasión que se defendió, pues no quería atravesarlo de nuevo, Keb sabía que algo había cambiado en ese lapso de tiempo. Cerró el puño, feroz aguzada con los nudillos en el centro de sus ojos, la cabeza del Imperium rebotó contra el suelo, Keb se asustó por un momento porque pensó que ya le había decapitado el interior. El grisáceo ser yacía tendido en la calle mirando al oscurecido cielo con sus ojos completamente carentes de vida, una gota de lluvia le cayó en su rostro, la leve llovizna se convirtió en lluvia. Keb se preparó para darle un segundo estruendo… por fortunio, algo

ocurrió, algo muy poco probable contra todo pronóstico: el Imperium empezó a derramar un sinfín de cálidas lágrimas, el insondable brillo de sus pupilas regresaba de su inmanente cárcel psíquica… por primera vez el monstruo habló, dijo una sola palabra:

—¡Gracias!

Súbitamente, Keb alteró su repetitiva expresión: a pesar de seguir sonriendo, se le elucidaba una tranquila y prudente sonrisa.

—¡Qué bueno que despertaste! Un segundo más en aquel gran reloj, y habría terminado con tu miserable sufrimiento —señaló las manecillas cual si hubiera sentido su onomatopeya.
—¿Por qué tanta compasión con un debilucho como yo? —Preguntó el Imperium.
—¿Compasión? Ese agujero en tu pecho dice algo diferente… También ejecuté a todos tus compañeros. Acepto que por un momento pensé que perdería, pero luego me di cuenta que solo eran insignificantes hormigas de acero —Keb expresaba la contrariedad de los hechos.

El Imperium lentamente se levantó, temblorosas eran sus rodillas, examinó su pecho con sus grises manos, luego las subió por su cuello, y con suavidad posó cada palma en su rostro, sus endurecidas mejillas por fin las sentía. Al son que apreciaba el lluvioso firmamento, sus ojos lagrimearon cual infante, él empezaría a reír de alegría. A simple vista se podía notar que su mente se encontraba satisfecha, parecía muy sobria… no cualquiera soportaría, durante cien inmateriales años, ser cautivo dentro de sí mismo.

—¿Quién eres? —inquiría—. Quisiera saber el nombre de la persona que me liberó.

—Yo solo te di una paliza, lo demás fue pura coincidencia —cruzaba los brazos—. ¡Ahora dime! ¿Cómo tú especie termino siendo esclava de la escoria humana?
—No lo sé, al principio pensé que se trataba de un largo y tortuoso sueño, en mi mente llevo contando veinte lustros atrapados en la completa oscuridad. Podía verlo todo a mi alrededor, pero, en lo absoluto, nunca tenía control sobre mis acciones, aun siento cadenas invisibles en todo el cuerpo. Durante años me apresaron, aquellas cadenas de carne nunca me permitieron escoger mi propio destino. No logro describir el aterrador vacío que sentía dentro de mí ser, pensé que jamás retomaría el control. Lo último que recuerdo antes de ser engullido por mi propia mente es… es algo que no debería ser recordado; el intenso sufrimiento que estábamos padeciendo fue demasiado para nosotros. También, pienso mucho en una roja esfera en el cielo que destelleaba muy hermosa… el horrible sentimiento de recordar dichos fragmentos de memoria, me hacen querer vengarme hasta quedar satisfecho… mi raza solía conquistar mundos… es una historia de antaño…

—¿De quién quieres vengarte? —Keb retomó su macabra sonrisa.
—¡De los malditos humanos! —rugiendo furia respondió—. La terrible humillación que siento es, es abrumadora, ¿cómo mi estirpe termino siendo esclava de unas malditas larvas…?
—Muy fácil, tu raza no evoluciono… realmente es muy patético —reía a carcajadas; creaba protervia en el ambiente, Keb no paraba de burlarse.
—Puedo tirar un muro con mis propias manos, antes que me unieran estas partes ajenas a mí, era incluso más fuerte, más ágil, sin objeción, soy más fuerte que cualquier humano.
—A eso me refiero, no entiendes ni lo que digo, evolucionar la fuerza bruta no equivale a ganar la pelea —replicó mientras reía.

Los pasos de Keb se disponían a dejar el lugar. El Imperium observó la grandeza que envolvía a su salvador, incluso la lluvia intentaba esquivarlo. El ser de pupilas escarlatas era capsulado de intrigante, oscura, tenaz y, sobre todo, vigorosa voluntad. El sobresalte que tronaba el aire, no le permitiría escapar al Imperium, la libertad era algo idílico para él… pero, más lo era la venganza… una ventana de oportunidad se abrió en su frente… una ventana que no dejaba atravesar esa molesta y recalcitrante luz artificial.

—Aún tengo la vista borrosa, pero, puedo ver que no eres humano; también estoy seguro que eres igual a mí… una bestia… una muy hostil. No cualquiera es capaz de borrar a miles de humanos y hablar con tanta tranquilidad… A pesar que mataste a los últimos de mi especie, te pido una cosa: déjame seguirte, quiero vengarme de esas alimañas, no soy tan fuerte como tú… pero de seguro podre ser de utilidad —dijo en gran sumisión.
—Te equivocas en una cosa, no soy una simple bestia como tú… tal vez… soy infinitamente peor —suspirando—. Muchas larvas se nos escaparon mientras peleaba con tu cascaron, ponte a mi espalda y no te acerques demasiado, veo que no tienes corazón, pero todavía tienes una dura cabeza que podría dejar de serlo en cualquier momento.
—¡Prometo que no estorbare! Para demostrarte mi lealtad, desafiaré al humano más poderoso de la zona: el maldito Eros, él debe seguir aquí… ¡Casi lo olvido! No me dijiste tu nombre.
—¿Eros?, si se cruza en mi camino, lo eliminaré. Mi lucidez se encuentra demasiado sensible, tal vez debería dormir unos cuantos días… Y, mi nombre… solo dime Keb.

Extrañamente y de manera arcana, él simpatizaba con el Imperium, un hecho bastante insólito para la difícil e inexplicable psique soportada por su misma presencia. La masacre que había cometido abrió una herida que el mundo no estaba preparado para curar, ni él mismo ni

nadie podría salvarlo nunca más del frondoso y espinado camino que había escogido… ya no hay retorno, lo que empezó siendo un profundo sentimiento de odio e ira, se convirtió en carne desparramada en las cálidas, ahora oscuras y asoladas, calles de El Lahun. Por suerte visual, la densidad que emitía el pueblo aquella tarde era semejante, o similar, a la fría noche.

La inconcebible malicia naciente en la ciudad de abajo, fue transmitida, ferozmente, por un ente desconocido para el mundo en aquel momento. Solo con revisar la trayectoria recorrida, podía distinguirse el profundo abismo que seguía el paso de Keb… este mismo insondable vacío no fue causado por un único ser… es obvio que la quemadura de la frágil moral en este mundo, fue inducida hace mucho; desde la antigüedad yacía podrida… El enmohecido árbol ya no era verde… no tenía frutos, anómalamente fue empoderado por ramas nudosas, espinas insensatas y entrelazadas con vagos lamentos, lamentos de mortecinos seres en situación de zozobra; el complejo veneno se esparció por el tronco hipotético del espíritu de voluntad, ni las raíces podrán ser salvadas del exánime polvoriento tierrero llameante, negro y solitario universo… que la irreconocible nada se apiade de lo que una vez fue y lo que nunca será.

«Keb y el Imperium ahora se ayudarían a reciprocidad, se podría decir que el destino les condujo a una alianza sin doctrinas. Antes de seguir por aquel camino, Keb primero decidió descansar por unos días en una de las casas del pueblo; las terribles heridas que ha sufrido, durante su resbaloso trayecto, supondrían una pequeña, momentánea y necesaria pausa para sus lastimados tendones».

La fuerte y relampagueante lluvia había cesado, provocó un delgado cauce que recorrió todas las calles y callejuelas, bañando con rojiza pintura natural todo a su paso… puede que ahora tal sitio empiece a ser

llamado la ciudad rubí. La noticia del desastre de El Lahun se expandió, como el oro ante el crisol, por todo el mundo, como si se tratase de un virus; en cuestión de días, rumores y hechos eran transmitidos pasando de persona a persona, llegando desde arriba de la realeza, los nobles, soldados y plebeyos, hasta en los callejones más sucios, en territorios donde gobierna la penuria y desolación completa; donde es más fácil olvidar el hambre y la escasez, pues al ver el caos que se había formado en el mundo, de un modo u otro, es mejor sentir menos al saber la existencia de la desgracia de otros para no distinguir la propia. Todo esto solo generaba más incertidumbre, temor y desesperación. El oficialista que presencio los primeros hechos de lo ocurrido, también recopiló varios testimonios de personas que allí, y hasta el final, estuvieron presentes, él no podía creer lo que decían aquellos sobrevivientes sobre la derrota de los Imperium, sería una noticia peligrosa de difundir. Y eso no era lo único que había ocurrido después de la feroz masacre que soporto aquel devastado pueblo, pues se aproxima que son ocho mil los refugiados que ahora se encuentran habitando a las afueras de las murallas del reino, y, para colmo, la crisis empeoraba, ya alimentos suficientes no había y la inestabilidad moral cegaba corduras convirtiéndolas en poderosas y desconocidas fuentes de violencia. Patologías mentales reinaban sobre razón de los pensantes. El Lahun solía ser un territorio importante para el equilibrio que sostenía de un filo hilo al ya quebrado mundo.

«La información y los hechos fueron transmitidos al reino en tiempo récord».

—Su majestad, lamento decirle que acabo de recibir un informe enviado por uno de nuestros oficialistas —Thea la de verdes iris informaba de todo lo sucedido al rey.
—¡¿Qué?! —tirando la copa de diamante contra una pared y, de alguna manera, rompiéndola en pedazos, el rey muy exasperado dijo—. ¡No

puedo creer lo que me dices!, ¡¿quién se atrevió a romper la paz en un lugar tan importante para mí?!
—Con franqueza, yo tampoco puedo entenderlo. Según el reporte, es un peligroso monstruo capaz de hacerle frente a los Imperium, también asesinó a miles de personas, provocando un terrible e indiscriminado caos en El Lahun. Además, los sobrevivientes dicen que aquel sujeto llegó por el camino que va hacia la ciudad de abajo, por lo que, según mis cálculos, es posible que tenga relación con la muerte de los gigantes.
—¡¿Dices que los gigantes también fueron asesinados por aquel monstruo?! ¡Tráeme a Karl! Necesito que él mismo me diga que rayos paso allí abajo —entre dientes exclamó el rey.
—Lo siento su señoría, tal vez me precipité a los hechos, Karl aún no ha llegado, pero, como dije, es muy probable, pues los gigantes no se han movido de la misma posición en muchos días, si hubieran tenido una pelea con Karl, sin duda se hubieran movido, pero no, aún siguen estáticos en el mismo lugar… a priori supuse que era lo más lógico —explicó Thea.
—Hasta que Karl no lo confirme con sus propias palabras, te recomendaría que no supongas demasiado, si me haces quedar como un completo estúpido de nuevo, supongo que te podría colgar frente a tu irreverente familia —dijo Radamés con tirria en su mirada—. Mejor ve a supervisar la construcción del Hapux, no podemos distraernos de nuestro enemigo principal, dile a Eros que se encargue de ese pequeño asunto y, por último, no quiero que habrás las puertas del reino a esos repugnantes plebeyos, son solo un asqueroso estorbo.
—¡Entiendo! Lo haré en seguida, nuevamente reitero mis disculpas —hastiada se excusó Thea—. ¡Con permiso su majestad!

«Por consiguiente, Thea ordenaría la ilustración del ser que atacó El Lahun, con la ayuda del oficialista y los temblorosos testigos, harían dicho retrato para exponerlo en cada esquina y acelerar su captura. Fuseli (pintor muy reconocido en el reino por sus grandes obras) será el

artista encargado de recrear la apariencia de Keb. También, enviaría una carta con la orden directa, a Eros, de capturar y, si es necesario, matar al causante de todo lo ocurrido. A su vez, desplegaría soldados a resguardar las puertas del reino para no tener que lidiar con la masa de sobrevivientes. Después de todo lo anterior, Thea seguiría supervisando el Hapux, aunque ella sienta un ahogado desprecio y espeso odio hacia su jefe, no va a dejar de cumplir con sus obligaciones. Ella tiene la fachada perfecta y ella sabe que aún no es el momento de tomar la iniciativa reaccionaria (la estratega más leal y tercera subordinada más importante del rey)».

«Unos días antes, en paralelo con la leve llovizna y la pronta lluvia».

Friedrich y Karl por fin habían llegado al dichoso pueblo, ante ellos se encontraba el horror plasmado en una imagen. Mientras más se adentraban por las callejuelas, la dura visión que tenían a sus pies era muy desagradable, de seguro la peor escena que presenciaron en toda la vida. Estos dos receptores no decían ni una sola palabra al respecto, sus cuerdas vocales no podían expresar algo de tal índole indescriptible, tan solo estaban allí, caminando de a cortos pasos entre los repulsivos cadáveres que empezaron a ser profanados por virulentas alimañas.

La gran calle repleta de inertes cuerpos desfigurados, desbocaba hacia una muy estrecha y cóncava salida. Tal peculiar sitio denso, tiene la arquitectura excéntrica propia de su exvecino Xeclios. El centro es relativamente grande y bastante espacioso, se podría decir que tiene las medidas necesarias para meter a toda la población en aquella limitada área. Inhóspito es el futuro cuando un gran número de personas se encuentran en un mismo lugar, a la misma hora y justo el mismo día del inesperado apocalipsis… dicha entropía solo demuestra la balanza desequilibrada de la inexistente suerte. La tragedia fue llevada a cabo por un ser desconocido: con apariencia antropomorfa, pero con pupilas

de un algún singular mundo fuera de nuestro entendimiento. Volviendo al asunto, nadie esperaba que aquella triste tarde alguien sería capaz de atacar un sitio tan fundamental e importante para la estabilidad social, material y comercial, a fin de sostener el reino y al mundo. Las personas no pudieron escapar del terrible y violento ataque que detonaría la muerte de miles de inocentes… solo intentaron correr, pero el sinnúmero vulgo presupondría el atascamiento masivo. La supervivencia resultó trágica para los desesperados. Muchas personas ya estaban refugiadas en sus casas, pero al ver que cientos de miles corrían por las calles hacia la estrecha y cóncava salida, por un simple efecto de rebaño, decidieron, pero no por libertad, salir de sus viviendas, ignorando de ese modo las leyes de la causalidad, se sumaron al nihilista e irreformable caos.

—Eres un filósofo, ¿verdad? —dijo Karl—. Dime, qué debería pensar o cómo debería actuar e interpretar la imagen que tengo en este preciso momento…

—Friedrich pensó bien sus palabras, pero no encontraba una respuesta acertada, intentó llegar a un punto flexible del fatídico problema y reflexionó—. Primero, es claro que esto fue obra de Keb, estoy seguro que nadie más podría, aunque mi supuesto a priori resulta subjetivo, sin fundamentos ni manera de demostrarlo… confiaré en mi intuición, pues la última expresión que vi en su rostro era suficiente para saber que algo andaba mal en su materia.

—Cuando pasé por aquí, debí preguntar sobre el rumor mencionado por Ed… nunca pensé que de regreso me encontraría con sangre en la suela de los zapatos —pensando en sus dos hijos respondió—. En fin… dime tu punto, no te desvíes.

—No podíamos prevenir nada, como tal, el futuro no existe, aunque tengamos una hipótesis replanteada y basada empíricamente en las posibilidades, nunca sabremos cual de todas las tangentes podrá ser la

correcta. No sabría explicarme, pero lo que quiero que entiendas es que la muerte es atemporal e inevitable —planteó Friedrich.

—¿Me estás diciendo que esas personas que yacen ahora cual barro en mis suelas, igualmente morirían tarde o temprano? Tú amigo acaba de declararle la guerra al mundo entero, esto es un problema muy, muy serio —suspirando al terminar las palabras, decía Karl.

—Bueno, si lo pones de esa forma puede sonar que la vida no tiene relevancia, pero el prisma que yo veo es simplemente relativo a la realidad, tal vez solo me siento culpable por no ver lo evidente, debí desentrañar la mente de Keb, no puse mucha atención a lo que me decía, pensé que él estaba hablando sin pensar en aquel momento —declaró Friedrich observando hacia el oscuro cielo—. Al fin y al cabo, creo que toda mi vida he vivido con una negra venda alrededor de mis ojos, desde pequeño pensé en pensar lo que nadie piensa. Nunca le tomé mucha importancia a mi entorno, ni a mis orígenes, pues nunca pensé que me podían estar engañando, y eso ultimo no va solo para mí, también va para ti.

—¿A mí? ¿Quién me engaña?

—En mi vida he leído muchos libros, pero ninguno habla sobre la historia de hace un siglo, no conozco ninguna fecha importante, todo lo que sabemos se siente como una delgada capa de pintura blanca. ¿Por qué perdimos ese tipo de información? Si te pones a pensarlo, no sabemos cómo llegamos a este punto tan avanzado. ¿Nosotros los humanos dominamos todo el cosmos? Todas las razas, u otra vida ajena a nosotros, han perdido y ahora se supone que están a nuestros pies. No me gusta pensar en esto, pero… creo que el reino nos escondió la historia del origen, de seguro por algún oscuro motivo… —respondió Friedrich con muchas otras incógnitas en mente que quería añadir.

—Entiendo tu punto, yo pensé en eso hace mucho, pero supuse que vivir sin saber nada era el precio de vivir en la supuesta Era idílica… me sorprende que te hagas llamar filósofo y nunca te hayas preguntado algo

tan evidente. Cuando vi morir a mi hermano, supe que algo andaba muy mal con la moral de este maldito reino.

—Keb fue el primero que hizo mover mi crítica de la realidad hacia otro sitio, alejado de las superposiciones que, por defecto, ya tenía impuestas en mi mente. Por cierto, lamento lo de tu hermano.

—No te preocupes, mi hermano fue asesinado hace ya trece años… a manos de una injusta decisión de un juez del reino, lo quemaron vivo junto a su esposa e hijo, el niño fue el único que sobrevivió… —Karl le narró su pasado—. Te juro que, si tuviera a ese maldito juez al frente mío, la espada que llevo a mis espaldas estaría clavada en sus entrañas.

—Que crudeza, no sabía que tuvieras ese tipo de conflicto con el reino, pensé que trabajabas para el rey, por tu apariencia, claro.

—Estas en lo correcto, evidentemente trabajo para el reino. Soy el comandante de la tercera división del rey, llevo quince años siendo parte del ejercito real. Aunque tenga un enorme resentimiento hacia el gobierno y hacia sus nefastas leyes, no puedo oponerme a ellos, veras, entregué mi vida por completo a Radamés, es un contrato que solo se puede romper hasta el día en que yo muera —explicó Karl.

—Nunca pensé que fueras alguien tan importante. Tal vez sea muy apresurado de mi parte hacer esta pregunta, pero, ya que tienes un alto cargo dentro de la jerarquía, ¿sabes el motivo por el cual no sabemos la historia antes del inicio de la Era idílica?

—Lo siento, no tengo idea, ni siquiera sé quién rayos atacó a Xeclios, de hecho, ¡nadie sabe! Ahora que lo pienso, el rey nos ha estado ocultando demasiadas cosas. Las personas actúan como si nada pasara, pero, en el fondo, yo sé que saben que algo anda terriblemente mal, incluso mi hijo de tan solo trece años dijo que el mundo se está yendo al piso.

—Creo que deberíamos discordar con el reino. Por nuestra charla, es obvio que no queremos ser parte de ellos, ese lema que tanto nos implantaron desde que nacemos hasta que morimos, es la prueba

fehaciente de que nos adoctrinaron con severidad —propuso Friedrich pisando huesos al caminar.
—Desde el inusitado día que el mar se detuvo, siempre pensé en desertar del reino y empezar una nueva vida, empezar de nuevo en algún pueblo pequeño alejado de tanta basura, pero no podía arriesgarme a que mis hijos aguantasen hambre —reflexionaba Karl—. Siendo honesto estoy de acuerdo, nos han mentido y nos siguen mintiendo… ¡Prefiero morir que vivir en la ignorancia! Ya no hay un lugar al cual escapar, y Xeclios ahora es el símbolo del final.
—¡Espera un segundo! ¿A qué te refieres con lo del mar?
—Poco antes del incidente que ocurrió allí abajo, el mar se detuvo por completo, como si el viento hubiera dejado soplar, lo último que escuche fue que ya no fluye el aire en el océano.
—Hay tantas cosas que aun no entiendo… me estoy abrumando… —dijo Friedrich con una palpitante y repentina migraña.

Relampagueando el momento, de gran altitud gotas de lluvia caen con intensidad, se avecina una feroz tormenta.

«Friedrich y Karl caminarían en la tempestad por unos pocos minutos, mientras buscaban un refugio para abrigarse y evitar pisar, en las friolentas calles, el fango rojo antinatural, ellos entrarían a una de las desoladas casas de El Lahun. Por razones del destino quizá, entraron justo en la casa de al lado en donde, más tarde, después de la lluvia, descansarían Keb y el Imperium. Una gruesa pared con deteriorada y amarillenta tonalidad, separaría a estos cuatro pero pequeños mundos de algún posible enfrentamiento. Eros mantendrá la guardia en su torre hasta que el camino sea apto para cabalgar, pues él tiene pensado abandonar el pueblo y dirigirse al reino tan pronto las nubes se despejen. Al final, tal peculiar escena se cerraría con un destello azulado en lo alto del inquieto firmamento, alumbrando la ya temprana noche y

terminando con un estrepitoso trueno que anunciaría una segunda llovizna».

«Fuseli se encontraba meditando a son del lienzo, trazando delgadas y suaves pinceladas».

Estaba recreando el complejo, raro, desconocido e inimaginable retrato solicitado. Su pecho se llenaba de varios sentimientos: enojo, tristeza, miedo y preocupación. Sus delicadas manos de pintor temblaban desenfrenadas. Sirviendo de guía para Fuseli, la apariencia del ser fue detallada a pie de letra por los testigos y el oficialista, haciendo más énfasis en su mirada; los que no sabían expresar lo que vieron con palabras, dibujaron su versión del mismo, aunque eran versiones cuanto menos regulares, eran descripciones e ilustraciones muy raras para él, pues, no comprendía como plasmar dichas características en su cuadro. Al saber el contexto de lo que había pasado en El Lahun, no comprendía cómo esas cualidades tanto físicas, como emocionales, fueron transmitidas hacia los sobrevivientes. La mayoría decía que tenía una profunda mirada de enojo e ira, otros dijeron que parecía que él no estuviera dentro de sí mismo, algunos nombraron que estaba riendo la mayor parte del tiempo, distintas personas detallaron que, en vez de enojo o felicidad, percibían una ahogada tristeza en su mirada. Estas afirmaciones, y contradicciones, llenaban a Fuseli de enredos emocionales. Sus temblorosas y sudorosas palmas danzaban, como si de un violento párkinson se tratase. Derramaba gotas de sudor incontrolables, intentaba pasar saliva sin tener éxito… Fuseli tenía un terrible nudo en la garganta, él ya había pintado las profundas pupilas rojas, iguales a como dijeron y como su ilustre visión intuía, pero algo no parecía tener sentido para él, su corazón le empezó a palpitar tan rápido cual si fuera una feroz taquicardia. Sin discurrir demasiado, Fuseli se dirigió tambaleando al cercano fogón, desquiciada disociación

despersonalizada le sedujo, agarró un afilado cuchillo y optó por apuñalarse tres veces en su propia pierna para calmar su intemperancia.

UN ANTIGUO EXORDIUM

Año cien del nuevo calendario solar: es la fecha de los acontecimientos más recientes que protagonizan el no anunciado final (declive de Xeclios, incidente en El Lahun e inestabilidad actual a nivel mundial). El registro de historia solo contiene cien años de trayecto e información disponible. Antes de dicho lapso, los hechos fueron censurados en algún momento de la historia. El principio de la corta Era idílica podría ser denominada como el inicio del calendario solar: la transición de un desconocido siclo, de un lejano año cero.

El año cero dio apertura a la cúspide del avance humano en su máximo esplendor, en aquella época las leyes de dependencia humana empezaron a girar en torno a un nuevo reino con su respectivo rey. Al parecer, la conclusión de poderes a la que llegaron en tal tiempo era más ordenada cuando había una monarquía autoritaria; es decir, el poder político se concentraría únicamente en un rey. A partir del año cero, el rey de susodicha época dejaría un legado muy avaricioso. El difícil legado básicamente era la promesa del inicio de la Era idílica, él había decretado que a partir del año cero empezaría el inicio de la transición más importante en la historia: una era de paz y armonía que llevaría al mundo al siguiente peldaño, pues se crearía un paraíso ideal. Esto, según palabras del mismo, tendría una duración fijada de por lo menos mil años en adelante, o eso era, al menos, lo que se suponía. No obstante, por motivos de la inevitable causalidad, la paz fue arrastrada del huesudo cuello tan solo cien años después.

El rey que modifico los hilos de la historia es diferente de quien en la actualidad ostenta del poder. Se conoce que tan solo han existido dos personas que llegaron a sentarse en el trono real; en el centro del basto mundo. Quien ahora goza del privilegio es nuevo a relatividad, y no comparte ningún lazo con el primer gobernante.

Este sistema de gobierno, por extraño que suene, no es tiránico, no es heredado por sangre ni decendencia real, ni tampoco es un sistema democrático, tal vez la definición más cercana es la de una monarquía electiva, aunque el mecanismo de elección no es realizado por el pueblo ni por ninguna persona. Los humanos son poco fiables cuando se trata de imparcialidad, todos tienen en sus venas raíces que los denotará, quieran o no, por toda la vida, pues atrapados por dogmáticas nociones fueron y serán. Hasta en la corteza más profunda se ensobran los sesgos.

Existe una complejísima prueba, cuya raíz no es para nada frágil como la anterior. Adjunta tal dificultad que tan solo pueden realizarla personas que tengan una trayectoria intelectual muy avanzada. Esta prueba define quien será el próximo rey de entre todos los humanos que se postulen. En teoría, cualquier individuo puede hacerla, pero casi nadie se atreve, ya que es más fácil poner en duda las propias capacidades que las de un sagaz genio. En definitiva, se supondría que era un sistema perfecto; dice la leyenda que, la creación de tal prueba involucró miles de años de continuo y arduo desarrollo: se necesitaron de muchos estudios, debates e incuantificables textos cuyos orígenes se remontan hasta la mismísima antigüedad humana; esa a la que el primigenio vio crecer. Solo figuras históricas, leyendas del intelecto, sabios, e importantes nombres del avance en algún área o campo de las ciencias, son las únicas mentes que podrían resolverla. Por estadística, se necesitaron de generaciones para ver nacer algún ilustre que resuene por su musculo cognitivo. Gracias a los genios, aseguraron el impecable prestigio y acogida por parte de la

humanidad en su totalidad, jamás nadie ha puesto en duda aquella semejante aberración del conocimiento: es la última fase inteligible del linaje.

«Durante el preludio del paradigmático y emblemático año cero, un placido auge solar venia destelleando caucásicos colores en la pronta madrugada de un monótono día. Situando todos los relojes un poco antes de que empezara el supuesto deleite de un milenio, se regocijaron e intensificaron las sutilezas del control gubernamental. Menos que una realidad, pero en supra fantasía se elevaban los acordes, no significa que sea imposible la metáfora incomprensible».

Tan solo faltando un mes para declarar la nueva y vertiginosa etapa, el reino ya poseía los oscuros preparativos listos para empezar la nueva era. Los opositores ya no se opondrían, los divulgadores ya no divulgarían, los pensantes ya no pensarían. Si alguien metía las narices en asuntos de carácter clasificado, sería ejecutado y empalado en público. Con la excusa de ser los significantes los fundamentales pasos para el inicio de la nueva era; la terrible censura de información estaba siendo un éxito a nivel mundial. Necesitaron la armonía y sincronía de masas; es decir, resulta mejor tener a todos felices pero ignorantes, que en guerras por un ideal. La manera más fácil de unir a toda la raza humana, tan solo, era borrar las cosas que la separaban drásticamente… de poderes surgen resistencias y las resistencias también son una forma de poder: toda la historia pasada que tenemos tallada en nuestras espaldas, cual camello antes de ser un león, debería ser simplificada con un sustancial lema… empezar de cero, pero esta vez sin divisiones ni objeciones.

«Los portadores del linaje por defecto se conciben a sí mismos cual entes subjetivos, e ir en contracorriente de tal doctrina, infectaría las

nociones lógicas con abstrusas y huecas capas existenciales que ahogan la voluntad libre de los presos idealistas».

Jano era el nombre del primer rey, se sabe que era la personificación de la intrepidez. Dicen sus allegados que él contenía y ocultaba dos caras, pero, por lo general, solo podían verle una de ellas. En pocas o nulas ocasiones perdía los estribos; él nunca flaqueaba frente a la toma de decisiones. Aunque un gran número de personas de la actualidad consideran que él fue el principal causante de las innumerables desgracias, pues prometió una era que solo duro cien años. A pesar de que su visión futura no fuera acertada, siempre tuvo buenas intenciones en pro de un futuro, no obstante, los métodos que forjó podrían ser altamente cuestionados.

Para llegar al punto sin retorno, fue necesario cortar cualquier arraigo que provocase choques, problemas, fragmentaciones o desunión. La percepción de Jano consistía en unir a la raza humana en una sola, por supuesto, para lograr tal objetivo no solo iba ser necesario empezar de cero. Los estándares no podían ser cumplidos dibujando una línea en el aire y esperando que todo cambiase, así que, no tuvo más opción que ensuciarse las frígidas manos.

Los humanos siempre fueron la raza dominante en el cosmos, como consecuencia el nivel de guerras era impresionante; formas de vida eran arrasadas en un chasquido por la sed de poder humana. El linaje, por completo, dominó a dichas especies en gruesas cadenas, la mayoría se extinguieron en el proceso, pues algunas se negaban a ser controladas con poca sutileza, usar solo una mano supondría perderla. Las que no se extinguieron fueron arrodilladas de formas viles y brutales; amaestradas y esclavizadas. Entre estas lamentables víctimas se destacaron: los gigantes, los Imperium, los Cercopes, seres alados y viscosos, cuyo nombre quedó entre cenizas de viejos libros, y entre otras

ilusas hormigas que cruzaron hacia el árbol equivocado. El rancio abolengo que arrastraban los humanos a sus pies era muy pensado, muy denso como para algún día llegar a pensar en una Era idílica. Por ende, la mejor solución sería unirla casi que de manera forzada, cegando su pasado. El único pasado que se mantendría vigente hasta el día de hoy sería el dominante y poderoso linaje de vigor desbordante, el lema mundial es un claro ejemplo de la soberbia que corre, cual caudal, en las palpitantes venas rojas.

Los días transcurrían lentos y agobiantes para Jano, a pesar de estar en un trono de cómodas telas y puntiagudas terminaciones con extravagantes colores, él estaba seguro del incomodo camino que tendría que llevar arrastrando a escondidas. Enervante podría ser lo más acertado a sus lentos segundos esperando respuestas, respuestas de subordinados que no sabían ni su propio destino; pues pactado por los epitafios artificiales ya era un hecho. No eran las aves cantando afuera una señal positiva del furtivo y ominoso plan de Jano, tal vez eran delgadas tonadas rehuyeras y suaves, e incorpóreas melodías tristes, casi imperceptibles para un ciego con vista de halcón, un ciego concentrado en su presa más que en su entorno.

«¡Nuestro linaje es irrompible!».

Este fue el lema que habría impulsado una nueva generación de frívolos dogmáticos, con las agallas en la cima de la jerarquía sanguínea, es una vil especie que evolucionó por el espinado camino del único e inigualable "yo". Pero, ¿qué se podía esperar del fatídico año cero?, todas las posibilidades giraban en torno al ramaje de historia pasada; si no hay nadie por encima, será mejor unir la individualidad, que plantarse a esperar que alguien o algo intentará ponerse delante o tan siquiera a unos pocos pasos atrás.

Largos y finos peldaños de basalto pulido, cubiertos de rojizas telas bordadas en moradas y delicadas, perfectas y caras terminaciones, es la entrada al imponente reino. Quien caminase por aquellos peldaños no podría tener las suelas embarradas, más vale por bien que nadie quisiera profanar con malas intenciones el territorio central del mundo, pues la importancia no solo radica en lo visual, también existe una veneración de respeto hacia Jano. Las gruesas y brillantes vidrieras de la entrada dejaban entre ver que este sitio no era para tomárselo a la ligera, se puede percibir la reminiscencia de la antigüedad e importancia humana; dicho esto, nadie que no sea poseedor del linaje, no debería ni acercarse demasiado al reino. Los cuentos lejanos y rumores de antaño dicen que, en el subsuelo del castillo, seres alados y viscosos les susurran a las paredes y a las puertas mohosas que se retuercen.

Los gigantes muros amatistas, durante el alba y el cenit, destellan colores vividos que chocan contra los vítreos hexagonales que envuelven los bloques de mármol alrededor; uniendo de extremo a extremo el excéntrico y afilado reino, desplegando una enorme y vertical luz etérea e imperante; puede verse incluso desde la lejana, oscura, inhabitable, intranquila y friolenta luna. Cualidades difíciles de describir, a pesar de la poca cantidad de habitantes de este lugar, su tamaño presupondría que deberían habitar, con objetividad, miles de poseedores del linaje.

Gruesos y coloridos pesados anillos con gemas muy costosas yacen en cada uno de sus dedos, botas delgadas de cuero blanco sujetadas por cordeles plateados con acetatos dorados, túnica con un despampanante y delicado azul sujetada con largos hilos de oro, collar de perlas muy relucientes, rojas y azules, barba limpia y blancuzca, oscuros e indescifrables ojos, frente arrugada y negro cabello con raíces canosas: Jano posee poder solo con su refinada presencia.

Varias partes del mundo son golpeadas y masivamente llenadas de intensa violencia, aunque rápida, oculta e indiscriminada. Pasaban subordinados del rey, de casa en casa, de esquina a esquina, hasta en pobres lugares donde prevalece el analfabetismo, allanando, buscando y no respetando nada a su paso. Cientos de miles de libros eran cruelmente quemados, con la orden directa y estricta de no permitir ninguna divulgación de información pasada; los más jóvenes, que poseían algún libro de índole histórico, eran llevados de manera obligada a reformar su mente, los más adultos, ancianos o incluso jóvenes problemáticos, no corrían con la misma suerte; se infiere fácil la dificultad de enderezar una vieja rama; así que, eran llevados al reino para nunca más volver a verlos, desaparecían misteriosamente al entrar a ese viejo lugar. Este vil método de censura duraría alrededor de un largo y afligido mes, mes lleno de horrores inimaginables e indecibles, sucesos que acorralaron miles de años de historia que cargaba la especie humana en sus ya maldecidas espaldas… Tan solo era el primer paso, una sociedad nueva emergería sin divisiones. Si había personas recias, que se negaban a formar parte del inicio de la Era idílica, serian esclavizadas y silenciadas, cercenándoles la lengua y tendones reventándoles; despojados de la vida usando su mundo somático a favor de un poder. *"Únete al cambio o estarás en contra"*, dichas palabras eran usadas para generar masivo pánico.

El cruento método que galopaba el destino danzaba sin tosco tierrero, pero enmohecido era el futuro que empezaría a ser cultivado en bloques de venenosa hiedra. El rey Jano no parecía mostrar ninguna sonrisa en su ya envejecido, pero cuidado, rostro. Los furtivos planes iban en perfectas sogas sujetadas con seguridad. Suscitaban los subordinados resultados fríamente positivos, el mes transcurrió bajo la penumbra del tiempo. Endebles hormigas eran separadas, despojadas, algunas perseguidas y pisadas, atrapadas por planes trascendentales y superiores a cualquier mente pusilánime.

Días tristes para los no ciegos, a un molde de negra cera la nueva generación ya estaba siendo sometida; en las nuevas semillas la violencia física no fue utilizada, pero si una agresividad mental de ideologías superpuestas, por un fin tal vez justificado para algunos descarriados de la razón. No solo era controlar las próximas fichas, también significó, en grandes rasgos, la manipulación mediática de toda la especie humana en conjunto. Sin desmeritar su irreflexivo plan, Jano debió ser elogiado y marcado en la historia como un humano extraordinario, él estaba enfrentando la subjetividad con gruesas pinzas de acero, hecho que debió ser insólito en otros tiempos… La verdad es que cien años fueron los primeros y últimos pasos que estuvo el último linaje, aunque tambaleando, de un idílico tiempo.

Pero algo estaba faltando en aquella mesa de plano ajedrez, el proyecto no estaba completado hasta su máximo final. Jano pensó, pensó, pensó y pensó… y en una conclusión bastante vil culminó. Alebrestado, se le escapaba una misteriosa y leve sonrisa.

—A nuestro lema le falta algo. ¡Quiero que sea reflejado y palpitado como una identidad!

No había razón para no estar de acuerdo, la supremacía se ve reflejada cuando el débil esta indiscutiblemente por encima; pisando con limpias suelas, ridiculizando y humillando a otro ser, ser que no debería estar por debajo, o eso se supondría. La cadena alimenticia enfrasco diversos mitos en la historia, uno de ellos era la existencia de animales salvajes y peligrosos, animales que, cautivados sin libertad, eran deleite visual para muchos antropocentristas. Ellos atisbaron, sin saberlo, los soberbios pilares del oscuro linaje. Se camuflaron en la sociedad de los hipócritas, frecuentaban tales sitios solo observando la forma y no el fondo, y aunque cuidados y limpios sus suelos, eran sitios inmorales y farsantes;

engañaban con artificialidad a seres enfrascados en fríos hábitats naturales que, enrejados en grandes y gruesos barrotes de acero, yacían en plena y transcurrida jungla de concreto y de rojas bacterias.

¿Qué es la libertad? Es una pregunta que por eventualidades se esfumó de la historia; una vez alguien dijo que el pasado condiciona cualquier efecto precedido por una causa. Lo cierto es que pasó inadvertida, en cenizas de polvorientos y viejos libros, el intento de comprender los entramados ontológicos. Jano hizo todo lo contrario, pues condicionó el futuro eliminando el pasado, se pretendió adelantar al efecto antes de transitar por una causa, lo cual es paradójico.

El fuerte sentimiento de unión y superioridad sería impulsado, mecido y abanderado, con las razas más orgullosas haciendo parte del nuevo escenario. En menos de nada, ya eran sus entes esclavos, encerrados, tristes y desmotivados. Parpadeaban entre desalientos, solo preveían la espera de su pronto exterminio. Jano les dio tres opciones; aparentaban sutileza por la fácil y plausible salida: la primera consistía en unirse, de manera pacífica y obligada, a las normas y leyes del reino, y, a posteriori, convertirse en subordinados puros del rey; solo de esta forma podrían experimentar un poco de libertad real, pues como soldados serian, pero jamás podrían desacatar ninguna orden, o eso presupondría su brutal extinción. La segunda sería demasiado agresiva y sin ningún freno moral que regule tal tesis; era controlar sus mentes cual si fueran marionetas de un espectáculo; en lo lejos ubicarles, se sumirían en la oscuridad absoluta, esto prolongaría sus vidas de manera considerable asegurando que su especie sobreviva y no fuera exterminada. Y, como tercera opción, sus materias para siempre se borrarían, su decendencia terminaría en ese mismo sitio, provocando la completa desaparición, tanto somática e ideal, como de orden histórico su vetusta especie se desvanecería. Claro parecía que la mejor opción posible pisotearía su orgullo, pero lo más sabio supondría transitar por la primera. Para ellos,

confiar en la palabra de un gusano inteligente, era insoportable. Así que, solo dos especies fueron escogidas para efectuar aquel trato, las excluidas poseían, dentro de sus naturalezas, un carácter de superioridad inagotable, o tan solo no deberían ser liberadas adrede debido a la voluntad de sus psiques. Los gigantes y los Imperium fueron los únicos con la posibilidad de escoger sus terribles y ya, en una fría bandeja huesuda, planeados destinos.

«Es terrible pensar en una posible inmortalidad sumido en la infinita agonía del no saber».

Macabra ceremonia estaba ocurriendo en el reino, los primeros en decidir su futuro fueron los gigantes, quienes dejaron su orgulloso y valiente pasado de lado, por suerte, y a sabiendas de la segunda, ellos no serían tan ingenuos de escoger la honrada muerte como valida opción; prefirieron agachar su cabeza y prosternarse frente al evidente linaje vencedor. Al terminar la humillante escena, que estaba siendo para ellos un trauma envuelto en falso regocijo, bajo la roja luz de la luna, aceptaron su tenue y condenado destino, tal hecho demostró la valentía y firmeza de su especie, pues escogieron vivir bajo condiciones casi esclavistas y no terminar su progenie. El rey prometió que su decendencia no llevaría la circular costura roja en lo alto de sus frentes, pero, a cambio, tendrían que colocar un gran collar de acero en sus cuellos.

La compleja mente de un Imperium no era tan fácil de descifrar, dado que arriesgaron todas sus probabilidades con la tercera opción. Prefirieron su extinción a tener que seguir ordenes de sus esclavistas. Listos para morir, cantaban su indescifrable himno, en antiguas lenguas era recitado a empedernida y peculiar tonada, extrañamente estaban felices, pues convencidos de su fin, levantaban a orgullo su pasado. Unidos en un frenesí de emociones miraban al rey y a los encapuchados

humanos que allí hacían presencia con largas, viejas y grisáceas túnicas, los veían de burlescas y superiores maneras, por supuesto, semejante acción solo provocó el brote de venas psicóticas en la fruncida frente del rey, la rabia y celos era lucida en su rostro, ya que veía algo que lo volvió loco por dentro. Lleno de ira y desasosiego, decidió empezar a reír como jamás nadie lo había visto o escuchado. Era una tonada malvada que salía de sus cuerdas vocales; estremecían a todo aquel que la escuchase. Los Imperium pararon de cantar su antiguo himno y, en silencio, esperaron que Jano, el furibundo, dejase de carcajearse. Pues lo que pasaba en la psique del rey en ese intenso momento, fue un quiebre de cordura, él tenía raros síntomas que le estresaban; palabras contradictorias le chuzaban, eran preguntas que lo atormentarían durante toda su existencia… Fácil de entender para los perspicaces, la antítesis del rey tenía como el centro del problema la historia pasada; eliminarla por completo sería la mejor manera de iniciar la Era idílica en nombre del último escalón. Las ideas que chocan e interfieren en las estrategias, terminan polarizando a gravedad la frágil conducta humana.

Él tenía una pregunta de la cual jamás hayo alguna pertinente o facilista respuesta:

«¿Por qué actúan tan orgullosos, tan unidos, a pesar de su patético pasado y final?».

Los Imperium rompían su visión del mundo, no lograba comprender cual era la diferencia que separaba el poderoso linaje humano de los fuertes pero ignorantes Imperium. En su lecho de muerte, varias décadas después, Jano concluiría con arrepentimiento:

«Tal vez, era porque todos compartían un mismo nombre… debí de haberles preguntado… me recuerdan al dúo legendario, Raikergard y Radamés, hacían buen equipo en combate».

La renuente decisión de los Imperium terminaría en el obvio resultado, los gigantes ya habían sospechado previamente que eso podría llegar a pasar… Tortura tras tortura, métodos crueles y dolorosos fueron empleados para cegar sus mentes y destruir cualquier rastro de orgullo, a fin de someterlos hasta la esencia. La ejecución de la gris materia fue agonizante, empíricos científicos desmembraron sus partes, para después reponerlas con carne ajena a sus azulados sacos. La extrema perturbación soportada produjo mutaciones somáticas; duras y grises capas darían forma corpulenta al vivo experimento. Llevaron la tenaz resistencia que poseían hasta el punto de quiebre, de inflexión. Durante el indecible proceso, cantaron y cantaron, al menos su antiguo himno los acompañaba… a pesar del dolor, compartieron su entonado sufrimiento.

Bajo la luz de rojiza luna, la noche transcurrió, insensatos los oídos que soportaron el friolero aire nocturnal. Las decisiones ya fueron pactadas, no habría marcha atrás, el estupor de los Imperium estaba siendo reflejado en sus moribundos ojos colgantes. Las vidrieras del gran sitio permitieron el triste y enrojado visual panorama, luminiscente era la luna, el poco reflejo de las víctimas, del endemoniado plan del reino, yacía en sus tenues pupilas a punto de llegar al completo marchite; y lo último que recordarían de su lucidez sería aquella infausta pero muy hermosa semi esfera menguante, resplandeciente y solitaria.

La sonrosada aurora ya estaba empezando a marcar territorio, amaneció solo en cuestión de un pequeño pero eterno parpadeo. Los gigantes, quienes ya estaban asolados y terriblemente afligidos por la humillante página que seguiría la marca desdichada de su antiguo orgullo, no solo ocultaron sus emociones cual cofre con agua sepultado bajo el mar, su raza sentía la peor de las penas, dejaron a su suerte a los Imperium, no pudieron ni intentaron hacer nada para evitarles su fatídico final y su

denigrante comienzo. Tendrían que cargar con su cobardía y transmitir a sus prontos hijos tales barbáricos hechos que ocurrieron aquella rojiza noche, de esta manera, se aseguraron de prevenir que alguno de sus párvulos jamás se atreviera o llegará a interponerse, bajo ninguna extrema condición, a la malvada y peligrosa raíz humana.

Unos días después, ya casi todo estaba preparado para dar el inicio, aún faltaban detalles que podrían ser transcendentales para el destino. Las calles de Xeclios, Mons Nihilo, El Lahun, Rodinia, Lascelles, y todos los pueblos aledaños que compartían historia e importancia en el gran mundo, yacían infestadas de ignorantes subordinados, quienes ya habían completado su papel. En multitud se dirigieron al reino como lo indicaban las instrucciones, el mundo quedó despoblado aquel paliducho mes… los jóvenes ya habían terminado de aprender la nueva y distorsionada historia, al progreso regresaron a sus vacíos y cómodos hogares, aunque para muchos fue triste y preocupante el saber que jamás volverían a ver a los mayores y longevos de sus familias… la cotidianidad volvería a la normalidad, pero en esta ocasión tendrían que empezar sus vidas desde el cero absoluto, a fin de cuentas, para ellos, los que no regresaron, simplemente fueron a una misión de gran importancia para la humanidad, esto de cierto modo les hacía enorgullecer su sangre, pues los mitos alivianan la terrible carga de lo desconocido.

El engaño fue el método antiético que el reino escondió cual polvo bajo la alfombra, ominoso y eficaz era el plan que oscureció los ojos bondadosos de Jano, pero nunca dejo que sus pocas emociones lo derrumbaran, solo pensaba repetidamente en el lejano futuro y lo bien que sería tomado en venideras generaciones si se llegase a descubrir todo lo sucedido aquel cambiante y borroso mes. La mayoría de los soldados y subordinados del rey, son muy confiables, leales, firmes, protocolarios y experimentados. Algunos otros solían ser presidiarios

cuyos crímenes fueron borrados de la historia, condicionados por su atroz pasado siguieron las ordenes al pie de letra. Unos pocos eran científicos antimorales, ellos se encargaron de establecer las pautas necesarias para saber con exactitud qué información debían agarrar con pinzas y eliminarla por completo; además, formaron parte del proceso psicológico de miles de personas, de forma que podían asegurar quien tendría probabilidades de convertirse en una inminente y peligrosa bomba que estallaría en un par de años, sus métodos fueron a priori de los hechos. Para lograr los fríos planes era necesario la ayuda y el partícipe de aquellos cautivados por la demagogia.

En centenares, los subordinados finalizaron su determinista libreto y se dirigieron a Rodinia, dentro del impresionante castillo entraron en fila a ese lugar. Una vieja puerta de enmohecida y chirriante madera separaba la lujosa fachada de excéntricos ornamentos y costosas pinturas de una extraña, mediana y humilde entrada con características antiguas. Tal vez tan solo se trataba de una reliquia del pasado que contrastaba con el ambiente del reino. Este sitio era el último paradero conocido y desconocido que albergo el misterioso final de toda una vieja generación de mentes, mentes que vilmente fueron sepultadas en la historia pasada… Al igual que las ramas torcidas que no quisieron formar parte de la gran nueva era, ya sea por su edad o por su inquebrantable conocimiento, jamás volvieron a salir de aquel sempiterno sitio, nadie nunca supo quien había hecho parte del plan de Jano y quien no, pues sus nombres y rostros desaparecieron en el infinito e intangible mar del tiempo. Algunos quedaron desfigurados y con los pulmones hiperventilados de miedo de por vida, al final, era preferible que fuesen las emociones más duraderas las que reinaran, el miedo produce que los rebeldes se mantengan a raya y que las divergencias sean casi nulas cuando el respeto y el temor son lo mismo.

«Transcurrieron los últimos días del rutilante último mes».

La puerta dejaba de chirriar… la menguante luna apenas estaba siendo observada horizontal y llanamente insignificante para las vacías cuencas de ojos malvivientes, era la invidencia la de sintomáticas huellas grises, cuyas prioridades evocaban mares oscuros y tal vez sin fuertes propósitos. Ignorada y menospreciada era aquella fría menguante y luminiscente obra de arte natural. Las nubes mentales opacaban el hermoso desfile de verduscas auroras. Dicen que la oscuridad de la madrugada es útil para pensar más allá de la banalidad humana y la vehemente conclusión de la misma, su inútil significado en muchas ocasiones es la clave nihilista que es despertada y concebida por quienes rompieron las telarañas inmateriales de acero.

Ojos rebotando de la opaca pero sedante luz nocturnal, pobres reflejos… Jano estaba viendo el desfile sin percatarse del mismo, pues su mente estaba concentrada en objetivos difíciles de explicar incluso para alguien como él. Las acciones hablaban por si solas, solo hacía falta un día para dar inicio al primer año de la nueva y ya planeada historia, aún quedaban algunos pequeños problemas por resolverse, pero eran tan insignificantes como para pensar tan pronto en eso… Sin más, Jano, quien parecía agotado, desbordaba seguridad por donde se lo mirase, aun así, su meditabunda madrugada se quebró temiblemente al escuchar sonidos disonantes, entremezclados y desconcertantes, eran gritos, cuyo estruendo sonoro rompería la rara pero concentrada mente del rey, resonantes, desgarradores y llameantes eran dichos gritos, su fría espalda desorbitadamente se prendió en chispas estremecedoras que recorrerían todo su fino y viejo cuerpo… era el escalofrió más violento que sintió en toda su vida.

—¡Salgan de mi cabeza, sé que no son reales, malditas voces…!

Dijo Jano, quien alterado explotaría cual volcán en llamas. Rompiendo su propia habitación, de manera descontrolada arrojaba hacia todas las direcciones todo objeto que estuviera a su alcance, lleno de furia destruía sus propias y lujosas posesiones. Los gritos no dejaban de sonar, chirriantes, escandalosos e insanos para cualquier débil mente que llegase a escuchar las tonadas inciertas que estaban pasando por la cabeza de Jano. Él no paraba de quejarse de sí mismo, gritaba fuertemente para opacar el ruido que estaba siendo atribuido a su mente, él se había convencido de que su cordura había empezado a envejecer. En algunas ocasiones se golpeaba la frente con cualquier muro que estuviera cerca, y arremetía las paredes con sus ya huesudas manos. Su cura era el dolor, entre más sentía dolor, menos notaba el estremecedor aullido de aquellas traumáticas e infernales voces.

El mundo en silencio, cerrando las puertas que conectaban dos etapas del tiempo, como si se hubiera borrado para siempre el prefacio de una compleja historia, la metáfora semejante tan solo sería explicada con el contexto que conlleva el no saber. Leer un libro cuyo lamentable estado es irreversible, quemado fue desde su portada hasta casi su final, por consiguiente, el desconsiderado acto de leerlo sería irrisible.

Las pupilas del demente se escondían entre sus delgadas y decrepitas cuencas. Los seres que desprendían aberrantes aromas mortecinos y sonidos desquebrajados entre la maldita noción de perpetua oscuridad, eran acosados por las blancas luces que quemaban sus monstruosos e incoherentes cuerpos provenientes de una gravedad desconocida incluso para los astrónomos. El plasma que se derretía de sus blancas esferas detonaba en ellos una infinita agonía que no era propia ni natural de su especie, los seres viscosos sentían lo indemostrable que tanto eco incierto repiquetea entre las explicaciones racionales del todo.

Susodicho amanecer del frondoso preludio, los pasillos del reino yacían vacíos, ni un alma y ni una respiración leve transitaba por las gigantescas construcciones del amatista y solitario castillo. No obstante, de cierto modo, se podría decir que fue algo muy positivo que la citada madrugada no concediera a nadie el placer o el dolor de presenciar los terribles chillidos que sacudían, atravesaban y retumbaban cualquier pesada vidriera. Por suerte, casi nadie evocó su frágil cordura, a excepción de Jano, quien seguía convencido que su mente era la causante de todo… casi parecía que disociaba junto al tabú del solipsismo. Jano empezaba a drenar su realidad con el raro trastorno de la despersonalización. Y lo peor era que la antigua puerta de vieja y enmohecida madera, aún seguía chirriando sin cesar, sin cesar y sin cesar… hasta el caótico presente aquella maldita puerta jamás dejaría de chirriar junto al estático mar.

LA PINTURA SOÑADA

Frio, demasiado… es demasiado, no siento las piernas… siento un mortífero y voraz vacío en el pecho, insondable, maleable, indescifrable e indecible… no comprendo el motivo de tan inmensa oscuridad. ¿Dónde está el sol?, no quiero estar aquí… malditas cicatrices que palpitan sin fin. Pero de cierto modo me siento tranquilo, debe ser porque esto es una pesadilla. ¡Es verdad!, solo estoy soñando, ya debería despertar… aunque las sombras que pasan a mi alrededor se sienten muy reales, ¡¿por qué están lamentándose?!, ¡oh!, claro, debe ser porque no encuentran una salida de aquellas laberínticas y hostiles calles.

Todavía no soy capaz de moverme, pero quiero levantarme de este maldito letargo, no quiero seguir echado en este terrible y pestilente sitio, tampoco recuerdo muy bien cómo demonios llegué a estar en este lugar, y estas palpitantes cicatrices de mi cuerpo… tampoco las recuerdo en lo absoluto. Cosas raras siento en mis debilitadas pupilas… entre más observo la oscuridad de estas intransitables e interminables calles, más me duelen las pupilas, arden, bailan de un lado a otro deseosas de danzar al son de la insondable negrura de mi entorno, me roen la fina vista sentimientos sensitivos y erráticos. Lombrices gigantes y fervorosas son terriblemente dolorosas, reverberan mis sangrantes pupilas con un peligroso y bizarro escarlata. No puedo gritar pese a tan graves sensaciones que profanan mí ya moribundo cuerpo; si bien, este dolor se siente tan real como la mismísima muerte. La horda de lombrices inyecta mis oscuros ojos de manera abrupta, rompen mi cordura, pese a que en el fondo sé que no existe ninguna plaga royendo mis frías

cuencas, creo que son hostiles lianas de mescladas emociones. El tiempo me resulta demasiado lento, cada vez que parpadeo puedo saber que estoy muy cansado, pero no puedo dormir ni despertar: es cual si contara los segundos de un reloj sin manecillas. Y lo peor, esas contaminadas, palpitantes y malditas cicatrices no se detienen… siguen y siguen.

Llevo, tal vez, cientos de días en el mismo lugar, cada vez puedo ver mejor, pero esto es raro, intuyo que soy presa de mi mundo onírico, pero no puedo salir de aquí. Ya casi no requiero parpadear, pues las lombrices de mis párpados probablemente jamás se detengan, seguirán perturbando mi desconocida mente. He llegado a pensar que estoy muerto, o estoy sumergido en una eterna vigilia… y esa niebla cada vez tiene un aroma más terrorífico. Hace unos días fui testigo de la locura de este profundo sitio. Una de las supuestas sombras que algunas veces veía pasar, devoró terriblemente a otra para alimentar su carnívoro y angustiante hambre, son peculiares, algunas agresivas y espectrales. Creo que, la intensa oscuridad del ambiente debe ser la culpable de que enloquezcan las sombras que transitan por estos malsanos sitios.

Estoy seguro que escuché el sonido melódico de una hermosa ave, aunque es imposible que, en este pestilente y derruido sitio, puedan habitar animales, sin duda emigrarían a un verde y soleado prado lejos de aquí. Ya puedo ver a la perfección en la oscuridad, mis pupilas fueron lo suficientemente inteligentes para evolucionar a una gran y ventajosa habilidad: ver donde no se puede ver. Aquellas deambulantes sombras siempre fueron cabizbajos, y desconectados del origen de su intelecto, humanos casi cadavéricos buscando algo que los saque del temible sufrimiento que surge del no poder ver en la oscuridad, por lo que vi, la mayoría simplemente mueren de extrema y violenta inanición. Los más fuertes se alimentan de los más débiles en un antiético acto de supervivencia, el canibalismo en tales situaciones puede ser

entendible… pero, estoy muy seguro que la culpa de tal enfermiza realidad fue causada por ellos mismos, los humanos… malditos humanos… porqué osan de seguir viviendo pese a que su tiempo y su gloria ya debió de haberse acabado hace un millar de años.

El aire sigue siendo escaso, mi frente está a punto de estallar de inmensa rabia, esa palpitante cicatriz… ahora que recuerdo… un ser me atacó antes de caer en este sitio. ¿Por qué?, ¿cuál fue la razón?, no logro recordarlo… «*Abriendo los ojos lentamente*» ¡Lo recuerdo! Fue esa cosa la causante de mi maldita cicatriz… ese gigantesco ser viscoso y alado…

Aún siento demasiado frio… demasiado frio… demasiado…

—¡Pensé que nunca despertarías! Apuesto a que fue por el canto del pequeño granívoro —el Imperium exclamó después de unas cuantas largas y tormentosas noches.

La destellante luz solar reflejó todo a su paso, melódicas tonadas de aves levantando el telón de la madrugada eran escuchadas en esta extraña ocasión. Después de mucho tiempo las aves empezaron a cantar como solían hacerlo antes del declive, aunque aún siguen sin querer volar por los frescos aires de la soleada y colorida mañana.

—Pensé que jamás despertaría. Más que un sueño, fue un recuerdo de algo que no debería ser recordado nunca jamás —dijo Keb, quien levantó la cabeza y observó por la ventana, él se resignó a respirar con demasiada apacibilidad.
—¿Qué recordaste?, pareces tranquilo, de seguro no es nada grave.
—Digamos que recordé la primera vez que desperté en este mundo…
—¡Vaya! No es habitual recordar el nacimiento, los Imperium solemos tener mala memoria.

Paralelo a ello, Friedrich y Karl yacían descansando a solo una pared amarillenta de distancia, con vigilia de manera intermitente, parecían medio listos para partir de El Lahun y dirigir sus pisadas a terreno vertiginoso. Friedrich, durante las relampagueantes noches, estuvo febril e intensamente martillado por una fuerte y casi mortal migraña, dicha migraña le fue provocada por la enfermedad del filósofo (sobrecargar su mente pensando demasiado), aun así, logró sobrevivir a su propia conciencia. Por su parte, Karl estuvo con la adrenalina tensa por su peligrosa decisión previa, aunque permaneció en la noche llano y reflexivo, él ya tenía claro que su decisión ya estaba tomada y no cambiaría de parecer. El objetivo de tales insurgentes ya se había trazado en una línea recta, estaban a punto de retar al rey y al poderoso reino sin flaquear, sin miedo a la dolorosa y venidera muerte que les vigilaba sus suertudas espaldas.

—Deberíamos comer algo antes de partir —dijo Karl pensando en sus hambrientos hijos.

Karl se dirigió a la cocina de aquella típica casa para buscar algo de alimentos, su impresión fue abismal cuando de manera desprevenida abrió la nevera sin imaginar lo que encontraría ni tan siquiera llegar a pensar lo que supondría semejante hallazgo; era cual si un disparo de lógica le hubiera llegado a su cerebro brutalmente… Redondo, enorme, húmedo, de verduzca apariencia, gelatinoso, gomoso y brillante, era el arrancado ojo de un gigante lo que habitaba en esa fría nevera, acompañado de grotescas y desmembradas piezas humanas. El revoloteo no se hizo esperar en el estómago de Karl, vomitiva era imagen, algo andaba mal en ese sitio, él siempre lo pensó, la correlación de incógnitas fue resuelta con obviedad por dicha escena.

—Debí suponerlo desde un principio después de la destrucción de Xeclios, ¿cómo rayos fue posible que este misero pueblo pudiera

subsistir? He aquí la respuesta. La manera con la que decidieron sobrevivir me resulta repulsiva.

Cuando la frágil etapa humana fue quebrada, el inicio del declive marcaria para siempre los problemas mundiales que surgieron tan solo unos meses después del incidente de Xeclios; el hambre fue el principal de ellos. El caos se convirtió en un estandarte; caos que controlaría un sinfín de pequeños y medianos pueblos. La supervivencia emergió de manera atroz en el delicado mundo. A nadie se le hubiera ocurrido la semejante barbaridad de alimentarse de lamentables y débiles cadáveres, cadáveres que perturbados y asediados por la locura caían desplomados en aquella ciudad de abajo, debió requerir mucho valor para adentrarse a tal sitio en busca de prolongar la vida de la prole de la antiguamente llamada ciudad de plata.

La soleada y húmeda mañana daría paso a un peligroso encuentro, después de muchos días y noches de lluvia, este sería el primer soleado y abrigador día. El Imperium acompañando a Keb saldrían rumbo al reino, cruzarían las calles y callejuelas endelinadas de agua estancada y débil neblina ya disipando sus nocturnales vientos. Karl y Friedrich, quienes se encontraban reflexivos y un tanto callados, centraron su dirección de igual manera al reino, endemoniado era el aroma que acechaba sus fosas en lo presente para ellos, pues ahora no sabían si aquella masacre que ocurrió en tal lugar fue merecida por sus inmorales actos canibalescos, por suerte no se toparían de nuevo con aquella traumática escena. El Lahun se convertiría en un lugar del cual ningún humano quisiera ir por voluntad, debido claro a las leyendas y rumores que se expandieron a gran velocidad sin ser una veraz investigación del hecho… los mitos surgen a raíz de la razón de una coherencia inexistente, los supuestos a priori gobernaran la verdad.

«El cruce de miradas provocó una áspera y prolongada tención, la dura voluntad de Keb fue esparcida con tenebrosidad por el ambiente. Como era habitual, Friedrich volvió a sentir su corazón latiendo de manera descontrolada, Karl por su parte se paralizó por un momento, el sentimiento de miedo se apoderó de su cuerpo, se podía ver el frio sudor cayendo de su frente, con dificultad tragó saliva y esperó a que Friedrich hablara con el ser de roja y dilatada vista».

En el basto mundo entero, los sobrevivientes de El Lahun esparcirían el pánico cual tormenta de incontrolable arena. «*El ser de pupilas rojizas desatará el caos de nuevo*». Tensas palabras que resonaban con frecuencia en los frágiles oídos humanos, causaron en consecuencia que el miedo se apoderara de una gran cantidad de rígidas masas semi huecas e idealistas.

El rey, quien yacía despreocupado en su trono, tenía la sensación de que algo anda mal, pero no podía inferir con exactitud cuál era aquella espina que punzaba en su sentido común. Sabia y estaba al tanto de las noticias que hicieron temblar muchas partes del mundo, una de ellas incluso le resonaba de incontrolable y terrible manera: «la Era idílica fracasó estrepitosamente y solo durante su primer siglo». A pesar de que la noticia fuese verídica, el rey no se quitaría la venda de su fino rostro, él no quería ser representado ante el mundo como el responsable del caos, ni aunque él mismo haya ocasionado gran parte de los detonantes de tal entropía.

—Aquel desgraciado que originó el desastre en El Lahun nos acaba de hundir como no te lo imaginas, Thea —oscureciendo la mirada—. La subversión que provocó ese monstruo no tiene ningún precedente, las personas están empezando a dudar del perfecto sistema creado por Jano, debí suponer que esto podría llegar a pasar. Como quisiera que aun siguiera vivo…

—Estoy de acuerdo su señoría —respondería Thea volteando sus ojos con real desprecio.
—Lo mejor será que me relaje un poco, al fin y al cabo, son ellos los que no saben mantener la calma ni la postura, con certeza se ve que débiles son en la crisis —diría el rey con un aire de liberosis exagerado para el contexto histórico en el que estaba viviendo y liderando.

Thea continuaría con su arduo trabajo supervisando el titánico proyecto Hapux. Por otro lado, el territorio de Rodinia seguiría acarreando graves problemas de inestabilidad a causa de los sobrevivientes, pues en millares intentaban, de alguna manera, escabullirse para lograr pasar al otro lado del gran muro puntiagudo, oscuro y amatista que rodeaba el reino.

«Volviendo al pueblo de plata que soleado emanaba una neblina de pútridos restos».

Las miradas que cruzaron eran tan intensas que incluso el agua encharcada evitó reflejarlas para no evaporarse tan rápido. Keb vio a Friedrich como alguien similar a él debido al simple hecho de haber compartido pisadas en aquella envolvente oscuridad, pues fue acompañado por un razonable humano que por algún extraño motivo también logró salir de aquel lugar y no perdió la cordura. Keb jamás, o al menos por el momento, se atrevería a propinarle algún tipo de ataque a tal estimado ser que fue tan amable con él. Friedrich fue el primero en hablar: con total sinceridad y sin pelos en la seca lengua, decidió adentrarse a terreno peligroso con las declaraciones que soltaría, y aunque leves eran las palabras, fuerte era la profundidad.

—¿Te sientes orgulloso de lo que hiciste? Solo me pregunto si en tu pequeña mente existe alguna voz pensante que distinga los actos justos de los injustos.

—¡Empezaré a calentar con estas dos hormigas! —exclamó el Imperium quien se acercaba con hostilidad en sus pisadas y en su voz.
—¡Detente! No tendría ningún sentido, sus muertes no significarían nada en lo absoluto… ¿de que serviría cortar las ramas si no cortas el tallo primero? —añadió Keb en serenidad.

El Imperium se detendría ante la clara afirmación de Keb, el respeto que aquel ser gris tiene hacia su salvador es realmente más grande que cualquier otro deseo. Karl empuñaría su verde y pesada espada, un acto de supervivencia se reflejaría en su mirada; listo para ejercer su gran autoridad como el comandante de la tercera división del rey, encaró la nociva silueta de Keb.

—¡No lo hagas! —Friedrich le advirtió gritándole— No eres rival para él: derrotó a un grupo de gigantes y, además, ese corpulento soldado gris parece que está siguiendo sus órdenes.
—¡Soy un comandante! ¿Quieres que ignore los atroces actos que cometió este no humano?
—¡No lo entiendes…! ¡Tan solo mira sus ojos!, solo míralos…

Un fuerte latido fue desplegado en su pecho, retumbó su cordura y vio su propia muerte que hubiera ocurrido en menos de un segundo si él no hubiera detenido sus pisadas en aquel lento y tenso minuto de discusión. Karl vio una pequeña visión impulsada por el inminente peligro que estuvo a punto de sacudirlo con un agujero en el pecho. Sus ojos se tornarían aguados en dicho momento… de no ser por las palabras de Friedrich, su muerte sería insignificante para el mundo, salvo por sus dos hijos, quienes muy de seguro hubieran muerto de hambre al final de cualquier callejuela, callejuela olvidada, recóndita y sin suma importancia para nadie.

—Dijiste, ¿comandante? —recalcó Keb demostrando lo macabro de su mente en su sonrisa.
—¡Escucha! Nosotros estamos en desacuerdo con el rey. Él es uno de sus comandantes, aun así, planeamos una manera de infiltrarnos al reino para buscar la información que por algún motivo perdimos hace más de cien años… por ende, ahora Karl y yo somos enemigos de todo el reino… de Radamés… probablemente del mundo entero también, así que…
—¡Lo que dice es verdad! Mi puesto de comandante podría resultar ventajoso a la hora de adentrarnos al reino, de lo contrario si van por esta dirección jamás podrán pasar el gran muro amatista que rodea ese territorio —explicando Karl bajaba su espada—. Pero, algo tiene que quedar muy claro: dinos por qué hiciste lo que hiciste en este pueblo.
—¿Qué porque lo hice? Esa pregunta es fácil. Los humanos son terribles, sin importar quien, todos son iguales, cuando están en crisis pasan por encima de cualquiera con tal de salvarse, ¿por qué tendría que sentir empatía con semejantes bestias? Yo hice lo que hice por una fácil estrategia… quiero arrastrar a tu patético rey al abismo —respondió Keb.
—¿Bestias?, ¿estrategia?, ¡que rayos estas tratando de decir! La única bestia que está aquí presente tiene las manos manchadas a causa de una repulsiva estrategia.
—¿Acaso me equivoco?, ¡respóndanme!, recuerden sus pisadas, ¿acaso no vieron todos los detalles? —Keb ponía su perspectiva sobre la tallada mesa—. ¡Díganme!, ¿a cuantos humanos vieron atacados por mis garras, y cuantos vieron atacados por miles de indiferentes pisadas…?

Como si un rayo hubiera atravesado la sapiencia de Karl y Friedrich, un terrible choque de recuerdos trastocó una fibra de moral que hasta ese momento no podían observar ni imaginar con todo su esplendor. Recordaron la primer mórbida escena que vivieron cuando pisaron las calles de El Lahun: miles de humanos yacían cadavéricos en la gran calle,

pero el detalle de sus prontas muertes reflejó el punto que aludía Keb en aquel momento. Las primeras víctimas tenían lo que parecían ser evidentes garras, pues sus carnes separadas en cortes lucían; aunque era la peor imagen posible, mientras más se adentraban, el número de similitud de tal muerte empezó a disminuir en consideración, los signos de violencia fueron mutando a mayor, pero era notorio que era una violencia muy distinta y diferente a la que causo la acción del ser de las pupilas escarlatas. Cual agua cristalina la respuesta se vio desde la plana superficie… La cóncava salida dio una respuesta clara, la balanza de maldad se fue alivianando por parte del causante del incidente, pues la gran mayoría de víctimas no fueron precisamente atacadas por él, más bien fueron empujadas hacia la locura. La peligrosa estampida que ocurrió en el lugar del incidente recalcó lo dicho por Keb. Cual bestias sin control, ellos mismos, aunque de su misma especie y manada, atravesaron en brutalidad la empatía propia de la adaptación social, pues por encima de cualquier individuo igual o no ellos, pisaron hasta drenar y deformar los entes somáticos. Un claro acto de egoísmo yacía en las venas humanas, sencilla y llanamente, y a costa de nada, cavaron su tumba de manera inconsciente desde un principio.

Es difícil enmarcar o encasillar la mente con tan solo el reflejo de los actos. La explosión del entender que retumbó en la mente de Friedrich fue notable y más profunda que la de Karl, el filósofo logró comprender lo que sucedía en la justificación de Keb frente a los actos que se excusaba con la poca importancia de las vidas humanas. Desde un principio, cuando conoció su presencia en la oscura ciudad, jamás pensó como resultaría todo al final, pero recordó algo muy crucial que ocurrió allí abajo, la prueba de que, tal vez, este ser tenía una visión diferente pero entendible. El sesgo de encuadre de Friedrich ocasionó una bruma de inferencias que se escapaban de los hechos a posteriori. No era tan barbárico, su estado de cordura lo conducía a cometer actos de pura locura, pese a lo evidenciable, la palpable maldad en su presencia no

debía ser del todo opacada por las innatas sensaciones superficiales propias de los creyentes, es decir: él tenía un trasfondo mucho más profundo e insondable y, debido a eso, analizar sus actos desde arriba no podrían responder ni podrían entender el porqué de sus acciones, era el prisma de lo contraintuitivo lo que era necesario contemplar desde afuera. Friedrich versaba el asunto una y otra vez, y notó que la moral humana es demasiado frágil incluso para intentar debatirla de alguna manera no humana… la simple supervivencia de un individuo desbocaría encima de cualquier ser que se le asemeje o que se le presuma inferior o superior.

En una conclusión acelerada de lo acontecido, Friedrich pensaría y epilogaría: «Es claro que las aseveraciones absolutistas no son fiables teniendo en consideración las contingencias que nuestro entender ético o moral suele especular, y podría decir que, al menos a forma de una simple metáfora, tenemos la sangre egoísta como reflejo de la solitaria muerte. Y eso no soy capaz de afirmarlo de forma universal, porque comprendo que no existen ideas sujetadas ante algo esencial, todas las ideas que existen, existen porque son posibles dentro de lo somático y lo somático es lo que verdaderamente es evidenciable. Al final, aun no puedo entender qué significa el bien o el mal si no son solo medios sociales de conducta ontológica».

—Karl, ahora comprendo una sola cosa. Es sencillo, Keb tan solo dio el empujón necesario para lograr mover el engranaje por sí solo, tal vez no sea mala idea formar una alianza.
—¿Formar una alianza con un despiadado asesino? —cuando Karl dijo tales palabras su sique dio un paso para atrás, en una mirada detenida, hacia el suelo especto y empezó a soltar una serie de lágrimas involuntarias. Sus puños se tensaron en aquel lapsus. La rabia que vio en el espejo de su casa antes de partir, seguía presente en su conciencia, tan solo no había puesto mucho énfasis en su identidad, por lo que se

desmoronó; sintió un terrible nudo atravesándole la voz que ya sonaba desquebrajada— También soy… yo también soy un… asesino maldito.

En sus ojos podía verse la culpa, lagrimales sentimientos no pudieron contenerse. Los vientos soplaban muy fuerte, la ventolera empujaba las ramas de los árboles hacia atrás cual palmera de playa, el sonido del ventarrón fue abrumadoramente cálido y de alguna manera liviano a pesar de la potente velocidad con la que venía. En este paraje Karl se enfrentó, se quitó, o al menos aliviano muchas de sus cargas emocionales, sus cadenas se aflojaron con el húmedo aceite de sus ojos… lloró después de más de trece años que no quebrantaba su apatía de sí.

El precedente que marcaría este crucial punto para la historia sería tan importante como para definir un antes y un después del inicio del fin. La alianza de los cuatro insurgentes provocó la inflexión del destino; su alianza no fue del todo clara al final, solo con ver la voluntad en sus miradas, marcarían una tregua algo discordante en ideas pero clara en objetivos. Por su parte Keb tendría la flecha clavada al extremo del pilar, es decir: él tendría un propósito muy poco razonal, uno que supone una exagerada dificultad. Radamés es la máxima e indiscutible autoridad del mundo, la determinación de Keb es suficiente para llegar a pensar en algo tan descabellado tal como querer enfrentarlo, con total seguridad, el rey podría simplemente ver desde su lujoso trono como todo se ira resolviendo a su merced. Friedrich y Karl compartirían el propósito de saber más de lo que no saben; ir en contra de la voluntad del rey, conocer el motivo de la tragedia que le sucedió a Xeclios: qué paso hace cien años y porque no se sabe nada sobre la historia milenaria que ocultada fue y empezada de manera artificial con la tan aclamada y diluida Era idílica. Por último, el Imperium no estaría totalmente de acuerdo con estar cerca de aquellos humanos, pero él no pondrá en duda su respeto y admiración por el ser que lo salvo del oscuro encierro

que torturaba su mente, así que, sin ordenes claras, él nunca haría nada a voluntad propia, él tendría la clara venganza como estandarte. Saciar su sed de profunda venganza hacia los humanos, en especial hacia el rey y a los encapuchados que observaron la tortura que sufrió hace más de un siglo junto a toda su ya exterminada raza.

Después de lo sucedido, los cuatro se dirigieron hacia el reino por el camino de verde pasto, empedrado y arboleado estéticamente en línea recta, dejando pasar la necesaria luz para estar en un clima calibrado en el aroma armonioso de la calidez. Huellas de lo que se especulaba ser algún tipo de vehículo eran apreciadas en lo visual por aquel cómodo sendero, y en dicho momento fueron capaces de prestar atención al panorama y dejar un poco de lado la seriedad con la que lidiaban unos minutos antes. Observaron a lo lejos lo que parecía ser una calesa, o mejor llamado un carruaje, era de cuatro ruedas doradas y finas, con el armazón abierto en la parte de adelante y con una cubierta rojiza que bordeaba el techo plegable, a su vez tirada era por dos caballos negros que lucían una cabellera pulcra, suave y refinada que empezaba en lo alto de sus nucas, pasaba por sus cruces y terminaba en sus lomos. Sin duda, eran dos caballos que simbolizaban al pie de letra todo el significante que constituía yacer en el rango superior de la jerarquía. Quien conducía este ostentoso carruaje era el comandante en primera división del rey. Eros se encontraba dirigiéndose hacia el reino de manera tranquila y serena. Quien primero se fijaría en aquel detalle fue el comandante Karl, él aún seguía abrumado por sus emociones, pues no dijo ni una sola palabra a pesar de saber del inminente peligro que el encuentro o la cercanía con el desquiciado Eros supondría. Por suerte, el Imperium no lograba recordar toda su vida con lucidez, pero sí recordaba ferviente las caras de sus esclavistas, por ende, no le dio demasiada importancia a dicho elegante carruaje, pues nunca se imaginaria que la persona que lo mantuvo por un largo y martirizado tiempo, controlado por sus órdenes innegables, se encontraría tan solo

a un par de minutos de distancia. Sin más dilación, todo el trayecto que separaba El Lahun del reino es alrededor de quinientos kilómetros, y por buen tiempo durarían caminando por aquel bello, solitario, y a su vez, imprudente camino.

«El azar por naturaleza terminará en un insoluble precipicio… uno sin posible retorno».

«El día soleado cedía sus colores a la materia oscura que gobierna el gran cosmos: situando el tiempo unas horas más tarde durante el inquieto ocaso».

Balbuceos desconcertantes eran soltados por la seca garganta de Fuseli el pintor. Encontraba el lienzo a un ser pintando un retrato sin su permiso, el retrato demandado por Thea a petición del rey, escurría sudor tanto del sujeto animado como del objeto inanimado. Y ya tan solo le quedaban unos cuantos detalles menores por plasmar en su nueva obra. A causa de la mirada que había pintado, él quedaría hipnotizado por el don de su propio talento, probable resultase que correspondiese a la mirada más misteriosa, a los ojos más llenos de inciertas maldiciones creados por su metafísica. Las palabras que desplegaba su demencia, en aquel momento, eran asociadas a un cumulo de galimatías en confuso desorden. Se esforzaba en que su soplo algo transmitiese, o tan siquiera intentase comunicar algún tipo de lenguaje encriptado. Una larga escalera de incógnitas astilladas, sin duda, era lo que más le atormentaba y rebotaba en pro de atravesarle su corteza cual pelota de incontrolable y de dura goma cayendo en un delgado cristal. Su pierna azul aún seguía goteando y manchando la alfombra que blanca fue en algún momento… Esto no solo significaba que sus manos de artista eran las más valiosas para el reino, sino que también influía en su intriga fenoménica que se vio detonada por el desespero causal del ser que retrataba: claramente escondía algo que solo él podía ver y percibir.

Ya no tenía paz en su mente, así que decidió curarse la herida como mejor pudo y salir de inmediato del castillo a fin de buscar a dicho ser y poder verle de manera más vivida, verle y analizarle con sus propias retinas, para de esta única forma, calmar su enorme agobio y estrés emocional que conlleva el no saber ni quien está en su obra ni porque transmite, solo mediante un inerte tejido de lino manchado de un retrato hablado, una presencia tan peculiar.

Observaba la mirada de rojizas pupilas, eran extrañas y letárgicas, y dejaban entre ver cosas que su orgullo prefería guardar y censurar con la dorada cerradura de su conciencia. Sin llave la acorralaría en un neutro estado, uno sólido e inamovible. Su corazón se recuperaba, a latir de manera normal empezaba. La catalepsia que padeció, durante aquellas noches, tan solo se acabaría en el momento en que aclarara su mente, por eso decidió coger sus finos pinceles y su tabla de madera vieja que usaba como un soporte pictórico, además de un caballete de arce reluciente para poner su lienzo, una fina tela de lino que poseía en su propiedad, y hace parte también de su artístico equipaje, unos guantes de suave algodón blanco. Él guardó todo como mejor pudo de manera abrupta y afanada. Sin más, saldría de su colorido taller con un pobre intento de sigilo en busca de aquel ser que lo dejo en esa terrible y disfórica situación.

Hace unos años, Fuseli no era ni de lejos un pintor reconocido, su prestigio duró solo un par de décadas en constante desequilibrio, pues él nunca llegó al arte por y para intereses banales, más bien su recorrido fue impulsado por un motor invisible, por uno de sensibilidad, quizás las ganas de crear lo que su mente imaginaba o tan solo quizás nunca le tomo importancia a nada en realidad. El incierto destino puede ser paulatinamente postergado, en especial cuando la marca de recios logros no es reflejada en tu mismo reflejo. El primer cuadro que él saco a la luz, ya hace cuatro lustros, por algún motivo, nunca fue de su total

agrado, nunca lo dudaría ni un segundo, el desprecio a sus primeras obras era rencoroso, incluso las ve con chirriantes y recalcitrantes recuerdos en la actualidad pese al grandioso talento con el que nació.

La primera vez que alguien reconoció su talento fue por simple casualidad y anacronismo, pues se aludió a una de sus obras un significado que no era propio de lo que pretendía pautar como verdad. Es importante recalcar que, en la actual Era idílica, muy pocas son las personas que conocen del arte. Algo de la subjetividad que les fue apresada y arrebatada, sin saberlo, de alguna manera les imposibilito la sensibilidad y la agudeza para reaccionar con algún tipo de emoción frente a cualquier obra de arte. Como consecuencia de ello, las expresiones que Fuseli plasmaba en el lienzo, no eran del todo transmitidas e interceptadas por las diversas y relativas opiniones del apreciador, por lo contrario, sus obras eran fatalmente despreciadas; se consideraban obras raras, cuadros carentes de lógica creados por algún pobre enajenado e incomprendido de la sociedad. La oscuridad con la que llenaría su joven mente no era para nada normal. Hablamos de hace veinte años de la creación y publicación involuntaria del cuadro que dio vida al nombre de Fuseli… un cuadro peculiar, singular e indescriptible para mentes comunes y pusilánimes, verlo podía ser inspirador y a su vez deprimente. Dicen que Fuseli fue exiliado de Lascelles y por eso vive en el territorio de Rodinia, nadie sabe el motivo de su exilio, pero se especula que tiene que ver con un hecho barbárico que cometió.

Hubo una frase que dijo Fuseli en su tiempo, dicha frase marcaria a este personaje como un símbolo importante en la nueva historia humana. Un retorno de pensadores sin ninguna duda había regresado a imponer preguntas, tal vez complejas para el corto trayecto que ocurría cual desenfrenado motor sin disipador de calor, y a punto de estallar en mil y miles de pedazos incuantificables e irreparables. La verborrea que

replegó en respuesta a la pregunta que quería dar con su misteriosa inspiración, y poniendo mayor énfasis en su frase final, fue la siguiente:

—Intentando hallar una respuesta que me acobijará del mar sin fondo al cual nuestra gran y casi perfecta capacidad de pensamientos es constantemente engullida. Siempre me pregunté si de alguna manera era posible transformar nuestra más profunda psique, aquella que uno ni siquiera considera posible de plasmar o asimilar con el mundo tangible que nos rodea, simple pero importante fue mi pregunta para desembocar la creación de pinturas que jamás pensé que saldrían vivas de mi cabeza. Verlas me dejo ver la respuesta o al menos una parte de ella, y tan solo quisiera que esos lienzos salgan de su plano mundo para demostrarnos que todo es posible más allá de lo imposible… aunque, si soy realista, darle algo de vida a lo que pienso no es del todo correcto. ¿Qué objeto puede ser el menos tangible de lo tangible para nosotros, a pesar de poder verlo con enorme lucidez? ¿Una estrella? ¿La oscuridad? ¿O solo un simple cuadro? Un minuto me tomó pensar en lo que dibuje el día de ayer, fue un minuto demasiado real para mí. La incógnita, la duda, el misterio en cuestión fue: ¿Mi mente… es real?

Una pregunta que a primera vista puede sonar, para los incautos, como algo carente de sentido y de razón. Con simpleza podríamos trazar y reducir una eficaz línea que separe los muchos ejes que determinan de lo se piensa como real e irreal, de lo que dice ser comprensible y de lo incompresible o inconocible, pero cuando partimos de algo tan abstracto como la relativa e incontenible mente humana, me resulta imposible querer razonar con lo irrazonable.

Poco antes de que Fuseli sacara a la luz su primera obra, él ya había intentado un sin número de veces recrear un singular sueño; fallidos tras fallidos pintando lo que él llamaba soezmente "la incógnita de la muerte", pues no podía resaltar con real pasión la pasmosa sensación

que significa la vida invertida. Cual hormiga al tratar de entender porque su ecosistema fue de vil manera remplazado por enigmáticas y frías superficies sin vida. De esa forma experimentaba las erráticas pinceladas que zigzagueaban sin propósito… sin alguna inspiración. Vacíos, toscos e insignificantes eran los intentos fallidos que, inefablemente, solo derrochaban botes de pintura… Pero, más pronto que tarde… una madrugada sacudió la sensibilidad de Fuseli, hasta las fibras, una gigantesca inspiración; se trataba de un feroz volcán, de una luminiscente chispa. Una explosión de sentimientos encontrados e inmortalizados por toda y para toda la eternidad… la famosa incógnita de la muerte fue por fin terminada gracias a un raro sueño.

Para ser exactos, el cuadro del que se habla necesitó, en dos ocasiones distintas, de la zona subconsciente de Fuseli: su estado más puro fue requerido. Y es que el mundo onírico fue la única manera que tuvo para lograr escabullirse al invertido plano real y buscar la respuesta en su material inmanente que habita en el interior de su somática y única materia. Necesario era buscarla sin sucumbir al creativo desasosiego reflexivo que, por lo usual, los individuos perciben conscientes pero en plenos pensamientos. Detallando la pintura, se notó que carecía de los matices necesarios que se requerían para darle sentido a lo observado, pues carecía de los patrones regulares, y es común asociar, clasificar, dividir y alinear todo el mundo que nos rodea de una manera estructurada y muy ordenada. Darle sentido a la vida con el sistema de clasificación lógico y practico propio de la abstracción de la idea de la matemática: el sistema de lenguaje matemático es el mayor diferencial del humano animal al humano racional.

El punto al que llego Fuseli era ese, si la vida humana es representada por leyes, símbolos y signos, y en su mayoría por un conjunto de subconjuntos, entonces, la clave era invertir todo lo que representaba el orden en una pintura. Era claro, quien observase el primer cuadro de

Fuseli vera y entenderá, paradójicamente, que la característica principal es del todo imposible de describir. El desorden, el caos y el nulo sentido que conlleva pensar en algo tan abstracto como la incógnita de la muerte, ponían en jaque el título de su obra. El titulo intencional era la subversión a la inmensa creatividad de inventar una explicación a lo desconocido. Después de todo, solo llegó a plasmar en su lienzo muchos colores superpuestos y aleatorios, colores que representaban lo que cada quien quisiera ver representado en ese lugar… en su propio abstractismo, en su propia e infinita estupidez o en su humilde y finita sabiduría.

EL BOSQUE DE LOS RENEGADOS

El paso de los invisibles, de los innombrables, de aquellos despojos, de despreciables y patéticos renegados. Son muchos los rumores que albergan estos antiguos, añejos y extraños árboles. Los aledaños juzgan cual juez sin juicio; ellos no conocen ni siquiera acerca de lo que creen conocer… Seres mal vividos, incapaces de quitar la venda que tapa la real visión, un sitio que huele a debilidad, el bosque de la vergüenza… estos son los términos usados por habitantes del reino, de El Lahun, y de cualquier pueblerino que habite cerca o al menos sea conocedor de dicho verdoso bosque. Quien sea que conozca la desesperación querrá, sin duda alguna, adentrarse a este lugar, ya que la gran mayoría de seres, humanos o no, que por cuenta propia habiten estos verdes territorios, sienten o llegaron a sentir la desdicha de ser perseguidos de manera insaciable e irrisible por sus rencorosos persecutores.

Grandes, algunos pulidos y otros tragados por el natural moho del bosque, carteles, letreros, advertencias que rodean esta enorme superficie gritando a los cuatro vientos el peligro que supone adentrarse a semejante lugar. Cualquier forastero que transite por aquel sitio, apelará a su racionalidad manteniéndose alejado… desviaría su trayecto; preferiría evitar cualquier problema que conlleve el no hacer caso a lo que esas cuadradas señales dictan: «peligro, zona prohibida, aléjese, cuidado, desvíese…», entre otras epígrafes que yacen firmadas con el sello real, que de por sí, indican la gran veracidad y enorme ilegalidad que puede comprometer a quien dirija sus huellas a terreno que por

algún motivo fue, y es, prohibido por el mismísimo reino de manera oficial.

Existe una antigua leyenda sobre este lugar; desde el origen, hace cien años, palabras poéticas fueron talladas en una gran piedra que arena es ahora… alguien dijo una vez:

«Quien tome el rumbo equivocado… lo tomará por el resto de su herida vida… Si de manera distraída, caminas por estas frías y con salida diluida, praderas frondosas, peligrosas, borrosas y escabrosas… no podrás salir, tu vida se va a teñir, de tinta profunda y olvidada, te vas a arrepentir de confundir tus pisadas, pisadas destinadas a las sagradas negras alas, del fin… Procura evitar entrar, quien intenta averiguar lo que esconde el gran ramaje, se perderá por siempre en el verde paraje, ya que el oleaje del follaje no permitirá que nadie salga jamás de estas ramas en llamas, cuyas lianas son de acero, solo serás un triste prisionero, así que, no camines por este sendero, te lo dice el bosque verdadero».

Enigmáticos versos, nadie supo nunca quien fue o por qué escribió aquellas palabras, quien sea que fuese de seguro con rabia está danzando bajo tierra, pues la cantidad de seres que han entrado a este sitio es impresionante a pesar de su aparente peligro, nadie nunca ha salido, y tal vez nadie nunca quiera salir, los que entran a este sitio entran para morir. Si alguien quiere escapar de su vida, por cualquier complejo motivo que tuviese, nadie se atrevería a emprender una mortal búsqueda en aquel misterioso bosque con acechantes propósitos. Incluso, hace un par de placidas décadas, Jano decidió mandar a un pequeño grupo de gigantes a explorar la zona… por causas desconocidas, los gigantes desaparecieron… nunca regresaron. Dicho lo anterior, este es el lugar perfecto para esconderse de quien sea.

Indicando que se aproxima una tormenta, gotas de brisa caen del claro y poco nublado cielo, o tal vez solo se trate de una lluvia pasajera. El viento ruge en el ya clasificado bosque, quien en silencio logre estar, sintiéndola en perfecta sincronía, analizando y respirando junto a la madre natural del todo, podrá escuchar como nacen, como mueren y como se reproducen, nuevos biomas, nuevas vidas y nuevas muertes. Un riachuelo atraviesa de norte a sur, en su interior se observan lisas piedras pequeñas, otras medianas y grandes recorren sus delicados costados, el gran reflejo cristalino que resalta el enorme espejo natural, es gracias a su pureza, tal castidad hace posible ver el movimiento de las nubes en su interior de precisa forma. Los árboles, pinos, cerezos, nogales, cedros, sauces y mil y cientos de miles más son los hermosos seres habitantes del sitio que casi perfecto es. Hace poco se empezó a escuchar las aves cantar, aves que por algún motivo entraron en fríos e insensibles comportamientos, anti naturales se podría decir; ocurrió cuando el mar se detuvo, ellos también lo hicieron junto a las extintas mareas. Los animales dejaron de hablar con el mundo que les rodea, aire melancólicamente solitario, los oídos del verduzco prado, de pobladas y desérticas montañas, de los ecosistemas cuya remota existencia seguirá perdida, de indiferentes asentamientos humanos, de lluviosas selvas, de largos y calurosos litorales… no volvieron, ni volverán a ser los mismos después del horroroso declive. Inclusive las ratas de los sucios callejones dejaron de salir, quizás algo les impide volver a la normalidad, aunque en este mundo ya casi nada puede ser considerado normal… especialmente si se trata de aquel peligroso bosque atisbando artificialidad.

«Después de tanto, oigo las aves cantar, y pese a ello aun no sé cómo están los seres marinos, ¿qué extrañas cosas les ocurrió en su propio habitad? ¿Acaso la tierra nos castigó con una poco piadosa ley del hielo? ¿Acaso tal indiferencia fue otorgada por el odio cultivado, durante millares, por el oscuro linaje que llevo en las venas? ¿Acaso existen

respuestas que puedan saciar mis dudas? ¿Acaso he tomado buenas decisiones? ¿Por qué siento que tengo un enorme precipicio que no deja de observarme? Probablemente falleceré antes de saberlo».

Estas últimas preguntas fueron divagadas por Friedrich, quien desconcertadamente cavilaba por el sendero repleto de carteles y de señales, cerca de toparse en la entrada de aquel peculiar bosque de los renegados. Sus pasos iban acompañados junto a los de Karl, Keb y el Imperium.

—Karl, este sitio es extraño, pero me resulta muy familiar, es similar a un estrafalario cuento que solía escuchar cuando era niño —leyendo aquellos carteles dijo Friedrich.
—Deberíamos evitar entrar a ese lugar, no sabemos que pueda pasar si entramos, las historias que recuerdo acerca de este bosque son muy negativas —seriamente respondió Karl.
—¡Piénsalo mejor, Karl! Nuestra misión exige sacrificios. Ya sabes, tenemos que saber más de lo que no sabemos, y a Radamés no le gustaría, ¿verdad? Por lo menos, Keb nos protegerá con su desbordante hostilidad si llagase a pasar algo.
—¡Es cierto! Solo ver el sello real en tantos avisos, me incita a querer desobedecer al reino, ¡no podemos arrepentirnos de nada! Prácticamente ahora somos enemigos de todo el mundo, tal vez sea un buen comienzo averiguar qué pasa en este lugar. ¡Keb!, ¿no te importaría cuidar nuestra espalda? Pues supongo que somos del mismo equipo después de todo, ¿me equivoco?
—¡Vaya!, pensé que sería mucho más difícil convencer a un comandante —con ironía añadió Friedrich.

Keb empezaría a sonreír con poco ímpetu, gesticulando palabras entre dientes, esforzando su respuesta, sudando frio y peleando en su cabeza, entre nudos sarcásticos soltó lo siguiente:

—¡Claro! Estaré atento a cualquier peligro, solo recuerden que ahora mismo no hay nada ni nadie que pueda protegerlos de mí, su humilde cuidador —su tonalidad reflejaba un insano enojo—. Pero no tienen de que preocuparse, si me da por cambiar de opinión, prometo aquí ante este frio bosque, que jamás les atacaré por la espalda.
—Supongo que quiso decir que ahora hace parte del equipo… —con nervios dijo Friedrich.

Empezaría a llover con notable intensidad, cernía la oscuridad anunciando la pronta tormenta que, a juzgar por la hora, terminaría a media noche. Los cuatro distintos y disparejos mundos se adentraron con nula serenidad en sus pisadas, la agresividad en su andar trastocaba la paz del puro ambiente, cuya profanada naturaleza nunca podría volver a ser llamada pura después de la intromisión que estos nuevos renegados proclamaban. Aquellas desprovistas acciones erizaron las cortezas de los robles que dormían con calma en la entrada del supuesto peligro de color verduzco y cálido.

Al fin y al cabo, después de todo lo que han vivido, no puede haber nada peor, al menos eso era lo que sus corazones declaraban con certeza. El trauma vivido desde la ciudad de abajo ya era el tope del terror para Friedrich, ya nada podría derribar su moralidad, al menos no tan fácil. Karl por su parte, es un comandante con muchos años de experiencia en batalla, cual si fueran grandes y quemadas piedras en su espalda, él solo piensa en lo más interno que habita en su cordura, cordura que una vez casi fue quebrada por completo; Saru marcó su mente por y para siempre, incluso en algunas ocasiones ha sentido como el infernal fuego le consume desmedidamente desde sus manos hasta el fondo de su pecho, incinerando la paciencia en lo más onírico de él. Keb, por más que intente doblegarse ante el miedo, jamás se lo permitiría debido a su innata, pasmosa y peligrosa fuerza de voluntad,

tan feroz es cuán oso hambriento y torturado por el muerto caudal que pasa por sus pies, sin pez que apacigüe su odio generado del sentimiento del vacío. Semejante a Keb, el Imperium no pretende ni puede sentir miedo ni nada parecido, dichos letreros para él no significaban nada, no por irracionalidad, más bien por el desafío que supone empezar la gran y peligrosa aventura de venganza, más que nadie, él sabe lo que aun siente con terribles e indelebles memorias de vagos recuerdos, recuerdos que desintegraron su mirada en aquella lejana ocasión bajo la rojiza luz de la menguante luna.

Las gotas de lluvia no logran atravesar el denso ramaje, las pocas que pasan por entre magnos y húmedos troncos de madera, de alguna manera, o por algún capricho natural, caen delicadas encima de las grandes hojas de alocasia, que parece que tomaran el agua entre sus agrandadas y verdes aráceas con total apacibilidad. De esta manera, el bosque genera la sensación de una gran y útil sombrilla, pero con la gran desventaja de algunos sectores oscurecidos a tal punto que daría escalofríos adentrarse sin una antorcha o muchas agallas. Algunos recurrentes ojos vislumbran el escenario de vez en vez, por el pequeño tamaño que aparentan, de seguro, son solo búhos y animales inofensivos, lo extraño es que no se inmutan ni cambian de posición.

Friedrich no podía dejar de pensar en el significado de este bosque y el motivo de los rumores que ha escuchado desde que era un infante, no tiene ninguna teoría que acobije sus dudas, ni tampoco quiere molestarse en lanzarse al mar de las conspiraciones, él está convencido que especular de mala manera lo podría llevar a un terreno de lamentable paranoia, así que, estará atento a todo lo que pueda ocurrir, sea bueno o malo, intentará estar en una postura objetiva, o cuanto menos era lo que él realmente quería. Lastimosamente el ambiente fue quebrado de un segundo para otro, inesperado, inimaginable, ensordecedor y altamente preocupante, gran y feroz fue el sonido que

escucharon a lo lejos, lo primero que pensaron fue que alguna bestia salvaje acechaba estos terrenos, a juzgar por el eco, de seguro venia de alguna cueva, incluso Keb puso cara de sorpresa por un pequeño instante. Todavía era más inquietante pensar que ningún ave quiso emprender vuelo por puro instinto de supervivencia, al parecer incluso ese rugido, pese a que podía helar la sangre de cualquiera, no parecía representarles algún peligro.

—Supongo que tendré que ensuciar mis manos de nuevo —Karl empuñaba su vítrea brillante hoja verde al son que suspiraba—. Todo parecía tranquilo…

Lo más lógico era ir en dirección opuesta del peligro, pero estos cuatro se encaminaron sin dudas ni penas hacia el epicentro del perturbador rugido; aquel sonido no les había intimidado en lo más mínimo. La clara diferencia de situaciones dejaba entrever quienes eran los que se disponían a cazar y se negaban a ser cazados primero, pues del rey y del reino nadie estaba intentando escapar. Ellos estaban persiguiendo a su presa, ya sea en forma de venganza o en forma de verdad, quien representaba el peligro en tal brumoso lugar, son tales cuatro bestias.

Una extraña presencia furtiva inquietaba el bosque aquella semi noche, entre más oscurecía menos era la visibilidad lejana, y aunque Keb parecía no tener ningún problema en caminar entre las sombras, los demás intentaban esquivar las zonas más oscuras e ir lentamente por el leve pero útil vislumbrado del firmamento. Las estrellas daban la luz necesaria para no perder los estribos, la luna aun no llegaba a su apogeo para ofrecer la claridad nocturnal que requería aquel momento. Así pasaron unas tres horas de andar y andar, la dura resistencia era notable visto que no parecía haber cansancio en los dos humanos de esta inusual expedición. Durante todo ese tiempo casi no se mencionó ninguna palabra, la seriedad recaía con firmeza en la expectativa de que algún ser

saliera de repente y les atacase, lo cual, por suerte de quien los vigilaba entre las sombras, jamás llego a suceder.

Un increíble agujero gigante que yacía tragado por la profunda oscuridad, se toparía súbita e irremediable con el camino que estaban siguiendo. Simétricamente redondo, indefinible sería el término que se usaría para semejante hallazgo, como si fuera un enorme y misterioso túnel o una sutil cueva tallada, diseñada para no dejar pasar la luz tan fácil. Las paredes poseían un aspecto antinatural, tal que era difícil identificarlas con alguna roca o una de las obras de la geología. Retroceder ya no podía ser una buena opción, pues ese grotesco rugido era probable que, en un inicio, se hubiese propagado desde aquella cueva. Después de muchas horas, nadie podía negarse a saber la certeza de lo que estaba pasando en ese bosque y cuál era su relación intrínseca con el reino, y si es que algún hecho existía y desembocaba en una vil conexión.

Las negruzcas nubes estaban dejando entre ver delicados y finos rayos lunares y, a pesar de su cuarto creciente, los hilos blancos lograban iluminar la gran entrada de la cueva y a sus alrededores. Una vez entrasen en dicho lugar, ni siquiera la luna más llena podría concederles el don de la visión, por lo menos para los que no han logrado la taumatúrgica habilidad de ver en la oscuridad. La locura puede detonar en quien no es capaz de mantener la viva lucidez al margen y no es participe del mundo sensible a pesar de su materialidad inmanente.

Friedrich y Karl no se contuvieron al ver el claro problema que estaban a punto de afrontar, pues era obvio que su visión no sería suficiente para lidiar con la enorme y perfecta cueva. Sin impedimentos, en simultaneidad, con total libertad dijeron en voz alta y al mismo tiempo:

—¡Después de ti, Keb!

Por suerte no había ningún animal cerca, ya que su aura de hostilidad replegó toda la zona con un sentimiento agridulce pero que ciertamente podía ser considerado amigable hasta un punto, Keb no dijo ninguna palabra y simplemente guardo la compostura, compostura que por milagro no fue quebrada por dichas palabras, pues él sentía un terrible odio hacia la raza humana, y eso se mantenía a sabiendas que los herederos del linaje podían ser diferentes, ser iguales entre ellos o incluso ser parecidos a su postura en cuanto a filosofías. Su odio tenía matices razonales, como si él supiera con exactitud el porqué de sus sentimientos. De lo que su certeza le aseguraba, no era ni estaba relacionado a su reciente actuar que de manera casi inofensiva le provocaba bajar la guardia con los dos humanos que le acompañaban, sino que era su pulsación e inferencia la que le susurraba sobre la fecha de caducidad que, de manera implícita y cicatrizante, yacía marcada en la roja sangre, y cuyo irrompible linaje aparentaba la inmortalidad como si de un malviviente virus se tratase.

Sin más dilación… entraron lanzándose al completo vacío del no saber, incluso el Imperium no lograba ver prácticamente nada en la oscuridad, aunque tenía muy buena agudeza auditiva, sus demás sentidos tambaleaban, pues afectados y envejecidos yacían. Karl, de forma literal, no visualizaba nada en lo absoluto, cada pisada que daba le hacía sentir que se acercaba, cada vez más y más, a una inevitable muerte, y cuanto menos sabía que había alguien adelante que poco probable sería pensar en que algo le atacaría. Friedrich, por causas que anteceden, había evolucionado sus corneas; ahora él podía apreciar los detalles mucho mejor y, aunque no veía el fondo de la cueva, si era capaz de ver las paredes que rodeaban sus costados. El miedo se quería intentar apoderar de su cordura, ya que no era capaz de comprender cual era aquella formación rocosa que no parecía pertenecer a este mundo. No se necesitaba ser un geólogo para reconocer que ese sitio tenía algo que

no cuadraba con la existencia. Por suerte la cabeza del grupo en esta ocasión era Keb, quien lideraba con sus pisadas aquella cueva, él podía ver todo con nitidez, como si nunca hubiera oscurecido, tan impecables eran sus ojos cuán felinos saltando al desgarre del cuello de su presa, con la misma facilidad de día, en la negra noche.

Keb sentía la presencia de cuantiosos seres esperando al final de la cueva, un final que nada de cerca se veía. Ellos continuaron escudriñando el túnel a un ritmo pausado. En una ocasión Friedrich notó algo que le helaría la sangre: observó con lucidez uno de los laterales de tal peculiar cueva y vio una gran masa que exudaba en el suelo un líquido que, a juzgar por la poca visión del lugar, parecía ser profundo y oscuro. Esta vez el miedo le estaba ganando la batalla y, por lo tanto, sulfuró lo siguiente:

—¡¿Qué demonios es eso?! No quiero seguir jugando este estúpido juego; entramos aquí de noche y a sabiendas del peligro que supondría adentrarse a lo desconocido.
—¡Cálmate! Solo enfócate en no desviarte, la salida no debería estar muy lejos. ¿Acaso no lo sientes? —mencionó Karl.
—¿Sentir? Solo siento miedo…
—¡El viento! Estamos cerca del final, solo siente el aire golpear y escucha con atención como agitan las ráfagas de viento las ramas de los árboles.
—Claro… lo siento, solo que también tengo la sensación de que algo en este sitio no es para nada natural, solo mira como las paredes no parecen venir de este mundo —dijo Friedrich.
—Por cierto, ¿qué fue lo que viste? Parecías nervioso —con tono burlesco preguntó Karl.
—Te aseguro que no quieres saberlo, porque yo ni siquiera podría describir lo que vi…

Algo que no solo llamo la atención de Friedrich fue el suelo. Todos podían sentir las varias irregularidades que el tacto de sus pies dejaba claro, pues la incólume estructura se ondeaba en varias partes, unas con tierra natural y otras con algún tipo de piedra completamente lisa y semioscura. La incongruencia del terreno podría indicar que la cueva se estaba hundiendo en algunas partes, o tal vez, solo estaba mal formada.

También, algo más pasaba en ese lugar: el olor, era extrañamente amargo y maleable, ya que, de alguna extraña manera, recordaba al terrorífico perfume que propiciaba la ciudad de abajo, aunque no era igual; pero la similitud era innegable… Los traumas atormentaban al de los rojizos ojos, los peores recuerdos de Keb llegaban como flechas envenenadas a su conciencia.

Friedrich volvió a ver algo extraño en el otro lateral, esta vez decidió calmarse e ignorar por completo el confuso miedo que se acrecentaba cada vez más en su tenso pecho. Unas motas rosadas, inequívocamente viscosas y gelatinosas, yacían reposando en un redondo costado, por obviedad, parecía ser algún tipo de organismo vivo o al menos ser perteneciente a uno desconocido. Esas motas no parecían ser del todo redondas, más cercano a la realidad, se asemejaban a un grupo de panales de profundos laberintos con rosáceas terminaciones.

La luna en su cuarto creciente ya reinaba en el firmamento. La salida de la cueva esta vez no lucía en un redondo perfecto, como si lo era su entrada, al contrario, se percibía escabrosa y disforme. Notable su diferencia, era mucho más amplia en todos sus ejes, incluso yacía en la parte de los laterales unida a la selvatiquez verdosa y voluminosa del bosque. Unos cuantos metros para salir, y enfocando la vista un poco mejor, se apreciaban luces a lo lejos, naranjas y brillantes: eran dos antorchas de estillada madera que portaba poco más de dos verticales

metros, su evidente utilidad consistía en marcar el camino hacia algún sitio en concreto.

Una vez salieron de la cueva vieron algo desconcertante, incluso Keb no supo de qué manera reaccionar; los cuatro se quedaron en silencio, estupefactos e inconexos. Observaron algo de poco creer… era la inofensiva y tímida mirada de un par de niños que jugaban por aquel sitio. Los niños salieron corriendo hacia lo que parecían ser más luces en lo profundo del bosque, ya que al parecer se asustaron al sentir la presencia del ser de pupilas escarlatas. Nadie sabía que decir al respecto, hasta el Imperium sintió el aire hogareño que aquella aldea desprendía, similar a la inquebrantable unión y fraternidad emanada por su antigua raza.

—Te pido que guardes la compostura. No hagas nada estúpido, y te lo pido como un amigo, por favor, pues este parece ser un lugar pacifico, Keb —dijo Friedrich con honestidad en sus palabras, él no quería que sucediera lo mismo que paso en El Lahun; la zozobra incrementó.

Keb no respondió, una palabra lo dejaría muy confundido, tan confuso que incluso su andar fue frenado de golpe por un par de segundos… él pensó: «¿Amigo? ¿A qué se refiere?».

Avanzaron lentamente hacia la pequeña pedanía, cruzaron con ceguera por entre las casas de diferentes tamaños, viendo lo que podría ser llamado, o considerado, como una civilización del todo ajena, una escondida, diversa, incomprendida, poco imperiosa, desordenada en unos lugares y ordenada en otros. Y, sin que se diesen cuenta, ya profanaban la mitad del pequeño pueblo: observados eran por múltiples seres que empezaron a sentir un gran miedo. El miedo en dicha ocasión no fue infundado por la presencia de Keb… pues, esta vez, se asociaba

a la vestimenta de Karl; el supuesto a priori hizo que lo reconocieran como a un soldado del reino.

El silencio se apoderó de la escena, nadie sabía si atacar a esos cuatro en multitud o huir sin mirar hacia atrás. Lo que parecía ser el líder, o uno de los lideres del bosque, empezó a recitar algunas palabras en voz alta:

—¡Tranquilos! —llamando a la calma de los habitantes del bosque—. No se apresuren… no saquen conclusiones antes de tiempo. Dejemos que ellos expliquen por qué entraron a nuestro territorio —su buena agudeza hizo que no solo se percatara de la armadura de Karl, también se dio cuenta del peligro que suponía la presencia de Keb, ya que en su mirada presencio algo que le resultaba indecible.
—Me llamo Friedrich, vengo de Xeclios, venimos a este sitio buscando respuestas, nosotros cuatro somos enemigos del reino por motivos que son difícil de explicar, queremos saber que pasaba en este bosque, y el por qué la razón de sus leyendas.
—¿Enemigos del reino? ¿Por qué deberíamos creerles? Vienes de una ciudad privilegiada, tu compañero porta vestimentas del reino y, a juzgar por sus insignias, es de alto rango y…
—¡Varus!, perdón por interrumpir, pero aquel corpulento y grisáceo monstruo es un enorme peligro para nosotros… se le conoce como Imperium —un gigante que tapado estaba siendo por el gran ramaje, le alertó al jefe del bosque, al son que Lilith, una humana, frio sudaba.
—¿Qué dices?, ¿un Imperium? ¿Qué hace un Imperium en este sitio?, jamás había visto uno, conozco las antiguas historias… pero, si eso es cierto, no podemos confiar en ellos.

El silencio atacó de nuevo. Unas palabras alertaron de forma desmedida a todos los habitantes del bosque… empezó un estrés agobiante, era

demasiado miedo, tensión y angustia colectiva, los organismos se empalidecieron hasta las raíces más profundas que ocultaba la fauna.

—¡Es una lástima! ¿Quién desea morir primero? —su terrible naturaleza fue acompañada junto a su típica y maldecida sonrisa macabra. Sin escrúpulos, Keb amenazaría la paz.
—¡Solo está bromeando! —levantando la voz dijo Friedrich—. ¡Nosotros somos enemigos del reino, lo juro! El Imperium es inofensivo, solo seguirá las ordenes de él —señalando a Keb—. Nuestra intención no es la hostilidad… podemos compartir información como señal de nuestra buena voluntad.

Varus, el líder del bosque, rascándose la gran barba que poseía y mirando hacia el nubloso firmamento, reflexionó durante unos segundos. Él no logró percibir mentiras en las palabras de Friedrich, pero tampoco percibía mentiras en lo que menciono el ser con pupilas rojas; la situación en definitiva se balanceaba hacia el pánico que producía la macabra sonrisa que era capaz de representar una feroz disposición con el potencial de empezar un caos inimaginable. Decidió, por supervivencia más que por voluntad propia, concederles el goce del privilegio de la palabra y entablar un ineludible dialogo.

—Bien… ¡Escuchen todos! Ahora ellos son parte del bosque… ignoren sus apariencias o sus presencias y escuchemos lo que tienen para decirnos —ordenó con autoridad Varus.

Friedrich notó la desinformación que consternaba sobre la debacle que azota, en la actualidad, al mundo entero y a los renegados. Las palabras que dijo el líder: «ciudad privilegiada», dejó muy claro que no tenían ni la menor idea de lo que ha ocurrido en Xeclios. Por ende, decidió explicarles de la manera más clara y concisa lo que había acontecido en los últimos meses y porqué ahora estaban en contra del rey. Las crudas

explicaciones de Friedrich infundían un terrible miedo que revolvía las entrañas a quien escuchase esa casi infernal y trágica historia. Algunos empezaron a sentir compasión, otros no creían que eso fuera verdad, pocos fueron los que lloraron lágrimas de tristeza y otros tantos soltaron lágrimas de risueña felicidad, pese a las diversas reacciones, aun reinaba una mayoría, quienes tan solo se dispusieron a ignorar todo lo relacionado con aquel mundo exterior al que tanto desprecio y rencor le tenían.

Mientras Friedrich ponía en contexto a Varus y a los curiosos espectadores del bosque, Karl vio a lo lejos lo que parecía ser un viejo puesto de reliquias y arcaicas armas, por tal, decidió acercarse a esa semiderruida tienda para ver si encontraba algo que le sea de alguna utilidad.

Una bella mujer, pelirroja y caucásica, se encontraba al final de la tienda de armas que Karl vio a lo lejos. Cuando él entró, pese a la cantidad de objetos que brillaban en los mostradores de la tienda, lo primero que vio no fueron los peculiares productos que denotaban un gran valor. Se quedo viendo, como si estuviera hipnotizado, a los negros ojos de aquella pelirroja dama. La reacción que tuvo la mujer en aquel momento despertó a Karl del trance; ella había cogido una rara espada flamígera de una vitrina, y por su mirada asustada, era claro que sabía que él era un soldado del reino. Acto seguido, Karl le mostró las palmas e intentó explicarle su integra inocuidad; venia en son de paz. La explicación fue tosca y confusa debido al franco nerviosismo que desataba en su garganta, el tartamudeo lo dominaba… De alguna forma la mujer le comprendió, puso la espada flamígera en la vitrina de nuevo y, pretendiendo que nada había sucedido en aquel momento, procedió a ocuparse de él como si fuera un cliente común y corriente. Karl se quedó en silencio escuchando a la mujer ofrecerle varios artículos de la tienda, ella habló por un buen rato, pero el comandante parecía tener la

mente muy lejos y dispersa. Mientras ella le explicaba por qué debería comprar un raro escudo proveniente de las lejanas tierras de Mons Nihilo, él la interrumpió abruptamente con la siguiente pregunta:

—¿Por qué te asustaste?

La mujer cambió a levedad su convincente expresión y volteó la mirada hacia un agrietado suelo; la amargura del recuerdo se apoderaba de ella. Por fortuna, Karl se daría cuenta de sus ocultos sentimientos, ella tendría sus propios motivos, motivos que seguramente él no debería desentrañar. Esa aguda tristeza que reposaba en el negro reflejo de sus ojos, incitó a Karl a decir, pensando en lo pactado con Friedrich y en un sereno y reflexivo tono, lo siguiente:

—Escucha… no sé cuáles sean tus cargas… pero, te aseguro que en un futuro todo cambiara.

El comandante de la tercera división del rey tenía una convicción pasmosa, la seguridad que sus palabras expresaron hacían pensar, una vez más, que su extenso camino ya estaba trazado. Karl dio media vuelta para salir de la tienda… pero la mujer lo detuvo con su pronunciar.

—¡Espera!, ¿quién eres? ¿Cómo esperabas que no me asustara al ver tu negra armadura…?
—Me llamo Karl… solo soy un soldado que tomó el camino de la insurgencia. Esta armadura solo significa que pertenecí al lugar incorrecto durante muchos años.
—¿Insurgencia? Conozco esas insignias… Perteneces al ejército real, ¿no?
—Estas en lo correcto, siendo franco, preferiría quitar tales insignias de mi armadura, pero, como vez, fueron talladas con ella —palpando los profundos moldes de marcas en su pecho.

—¿Cómo es que sigues vivo? Pensaba que el contrato era inquebrantable, ya lo sabes, si lo rompes, te ejecutan… ¿O acaso escapaste de la muerte? —la mujer indagaba ante la duda.
—No, aun no… —Karl reflexionó sobre los escenarios que podían llegan a pasar cuando él relevara al reino sus intenciones—. El rey aún no sabe que lo he traicionado…
—¡Vaya!, ya veo… —la mujer vio algo en él que la hizo sentir identificada, la veracidad no hacía falta ser comprobada, su persuasión no la engañaba, por esta razón decidió contarle el motivo verdadero del porqué reaccionó de esa forma cuando él entró por esa puerta… era su pasada historia la que soltaría su necesario y melancólico desahogo—. Por cierto, casi me olvido de presentarme, mi nombre es Evelyn.

«Mientras Evelyn preparaba algo de café, sin tapujos, le contaría una preciada historia a Karl, una muy personal, y pese a que fue corta y muy resumida, eso bastaba para entender un poco mejor la situación que afrontaron muchos de los renegados del bosque».

Toda mi vida viví alienada, nunca entendí a las personas, los de mi familia parecían no tener ni la menor idea del mundo, ellos estaban atrapados en una toxica burbuja: nunca quisieron preguntarse qué escondía el horizonte, solo pretendían existir sin preocupaciones; ellos nunca salieron de ese pequeño pueblo y aun así creían saberlo todo… Yo solía vivir en una villa costera, rodeada por la vista de hermosos litorales, y aun puedo sentir, en mis sueños, como la brisa del mar choca con mi rostro. Desde siempre quise surcar los mares, a pesar de saber que, de seguro, nunca llegaría a ninguna parte… pero, pensaba que tal vez encontraría nuevos paisajes, paisajes donde nadie nunca ha podido llegar, donde nadie nunca ha soltado lagrimas o risas. Pensé y pensé, mucho tiempo tuve para pensar, hasta que un día decidí que mi más anhelada meta era recorrer todo el mundo. Para hacer mi sueño realidad tuve que dirigirme al reino; era una lástima que en mi pequeño pueblo

no existieran los recursos que necesita un barco para ser construido. Le di la espalda a mi familia y fui a cumplir con mi destino… La vida puede dar, de formas radicales, vueltas y vueltas… y es injusto no poder controlarla. Al poco tiempo lo entendí. Cuando llegué al reino no podía creer lo que veían mis ojos, era la primera vez que podía darle un significado real a la palabra desigualdad, mi pueblo siempre tuvo alimentos de sobra, y la paz perduró, pero nunca tuvimos los conocimientos, ni el dinero, ni el derecho para poder construir, aunque sea, una pequeña almadía. Aquella imperiosa e innecesaria arquitectura que se alzaba en aquel detestable castillo, exponía algo abrumador, en especial para alguien que nunca había salido de su territorio natal. Sin más, me dispuse a subir los escalones y me dirigí al trono del rey; ahí conocí posiblemente a mi mejor y única amiga que tuve… la extraño demasiado, quizás la conozcas, su nombre es Thea, solo espero y solo deseo que se encuentre bien.

Cuando le solicité al rey un barco para navegar los mares, me dijo que eso era muy inseguro y tal vez podría morir, pero que yo era libre de escoger mis decisiones, así que, él aceptó, lo prometió, por supuesto dijo que no sería gratis, me dio un trabajo, un trabajo que odie cada maldito segundo transcurrido. Estando en ese castillo pude ver realmente la maldad en carne viva. Mi trabajo era fácil, solo tenía que llenar una tabla de asistencia cada día de pasaba, aun así, repudiaba los métodos que usaban para mantenerlos controlados, siempre quise ser libre, por eso odiaba ese trabajo, no toleraba la agresiva opresión que estaba sucediendo, hasta hubo un momento en que llegue a pensar en una manera de ayudarlos, pero era imposible, ellos ya estaban condenados por su pasado hasta el cuello… ya sabes… hablo de los esclavos.

Entre ellos corrían rumores de un lugar que les prometía la libertad, donde nadie se atrevería a buscarlos nunca jamás, pero con la

consecuencia de ir a ciegas y no saber que podría llegar a pasar. Entendible era su pensar, preferían morir buscando la libertad a tan solo marchitarse hasta desfallecer. Los que creían con frecuencia en dicho rumor, se decía que podían sentir un poco de felicidad en lo profundo de su psique, los que no querían tener ninguna esperanza en los antiguos y estúpidos cuentos, no les quedaba otra opción más que sucumbir a la tortura intratable de la depresión. Yo me informé al respecto y encontré que la leyenda provenía de un sitio lejano… tanto se hablaba de ella y resultó ser verdadera. Cometí un irreversible error del cual no me siento arrepentida en lo absoluto, tal vez el mejor error que cometí en la vida, de no ser por Thea nunca hubiera tomado esa decisión… Ella me contó que el rey jamás iba a cumplir esa promesa desde un principio, principalmente debido a las normas que Jano había impuesto poco antes de morir. Esas políticas, que aún desconozco, a grandes rasgos eran el mayor impedimento. De igual forma, el rey me arrebató tres largos años de mi vida, años rutinarios en un absurdo trabajo. Y, al final, heme aquí, ya sabrás lo que paso… poco después de recibir esa noticia, no pretendía tan solo irme sin más, mi venganza fue casi perfecta, liberé a un grupo de esclavos y logramos llegar hasta aquí… lamentándolo en lo profundo de mí, en el camino perdimos a varios; inocentes perecieron por mi capricho. Cuando por fin nos adentramos al bosque, nos topamos con la diversidad de las razas juntadas en un mismo sitio, todas han vivido por generaciones, viven asustadas de que algún día se sepa la verdad.

—¿La verdad? —interrumpió Karl.
—¡Si!, ya lo viste, ¿no? —dijo Evelyn.
—¿Te refieres al pueblo? Sí, me sorprende que habiten con tanta tranquilidad en este sitio, creía que la leyenda dejaba claro que quien se atreviese a entrar… moriría de forma terrible.

—¡No!, bueno, si tiene algo que ver… ¿Entonces no llegaste por la cueva? Qué raro, pensaba que era la única entrada —respondió Evelyn tomando un sorbo de café.
—¡Si, entramos por la cueva!, pero, ¿qué relación tiene? Siendo honesto, no te entiendo…
—¿Acaso, no lo notaste? —dijo Evelyn entre risas.
—No sé de qué hablas, por favor explícate —dijo Karl mientras pensaba en retrospectiva su recorrido antes llegar hasta aquella vieja tienda.
—¡Me refiero a la entrada! La cueva por la que llegaste… era un gigantesco cráneo —Evelyn no aguantó la risa, pues se preguntó: «¿Quién, en su sano juicio y en sus cinco sentidos, no vería que eso evidentemente no era una simple montaña hueca?».

El café de Karl empezó a tener un sabor amargo, esa revelación lo dejó helado. No esperaba que llegara el momento de regresar por el mismo sitio para corroborar que fuera cierto lo que Evelyn afirmaba.

Los dos continuaron su charla, Karl le contaría todo lo que había pasado allí afuera durante los últimos meses, por algún motivo, él no quería tocar el tema del cráneo gigante hasta poder verlo con sus propios ojos.

Evelyn no podía creer lo narrado por Karl, tanta información en tan poco tiempo y, peor aún, con pocas respuestas, le causaron un sentimiento inextricable, indigerible y casi que ficticio; muchas cosas no podían ser imaginadas en su cabeza. Una terrible ansiedad la quería domar, ansiedad que reventaría en una vehemente e ineluctable erupción, en especial, por una insólita oración. Las palabras que había escuchado opacaron todo lo demás que le contaba Karl, como si se tratase de una inmensa neblina en su visión, un bucle empezó a martirizarla repitiendo la misma frase una y otra vez…

«El mar se detuvo».

Era claro que de alguna manera necesitaba desfogar su conciencia para no caer en un espiral de interminable angustia. Con un impresionante mareo, logró salir de la tienda tambaleándose y posteriormente cayendo de rodillas en su agrietada fachada. Vislumbro un panorama muy borroso a su alrededor que la hizo desubicarse, ella miraba hacia el oscuro y frágil horizonte del bosque iluminado por los delgados grisáceos y blanquecinos del satélite.

Karl de inmediato salió para ayudarla a recomponer su quebrada postura.

—¡Evelyn! ¿Estas bien? Respira con tranquilidad… te hiperventilabas.
—Lo siento… necesitaba algo de aire.
—Escucha —suspiraba por su empolvada empatía—. Entiendo que debes estar asustada… tal vez no fui cuidadoso con mis palabras… pero todo lo que te dije es verdad. Lo único que podemos hacer es pelear por ella… por la verdad, eso o morir intentándolo…
—¡Necesito regresar a mi pueblo natal!, no podría vivir tranquila si me quedo acá, sin saber cómo se encuentra mi familia… —Evelyn respondió con dificultad.
—¡Únete a nosotros! Nos dirigimos al reino, supongo que podemos hacer un pequeño desvió.
—¿Nosotros? ¿Hay más soldados?
—Es difícil responderte, pero espero que no te asustes al verlos, porque somos un grupo muy extraño: un filósofo, una antigua marioneta, un ser cuya naturaleza aun no puedo describir, y por último yo, un excomandante.

Evelyn no tenía palabras en aquel momento, ella lo único que quería era desentrañar la verdad que giraba en torno a eso que le ocurrió al mar, la

preocupación que aumentaba por su familia resultaba innegable, si todo concluía en torno a ser cierto, significaría que les tuvo que afectar de formas inimaginables dicho suceso.

—Voy por mis cosas —devolvió sus pisadas a la tienda para sacar una vieja mochila con sus pertenencias, aun no estaba del todo segura de lo que depararían sus prontas acciones… en lo que ella cerraba la tienda Karl la detuvo.
—¡Espera! No cierres aun, te compraré el escudo del que me estabas hablando, estoy seguro que hay alguien a quien le será muy útil —pensaba en el debilucho de Friedrich. La decisión de Evelyn se incrementó cuando envaino su flamígera espada en el tahalí de su cintura.

Evelyn y Karl fueron hacia donde yacían los demás. Poco grata fue la escena con la que se encontraron: la tristeza en la mirada de muchos renegados era notoria, se retiraban del sitio rumbo a sus pequeñas casas y sin una pizca de esperanza en sus cansados hombros. Karl le preguntó a Friedrich un tanto preocupado.

—¿Por qué esas caras? ¿Qué ocurrió?
—Cuando les conté sobre la tragedia que le ocurrió a Xeclios, todos se entristecieron.
—Veras, muchos de los renegados que aquí habitan son originarios de Xeclios, la mayoría dejaron a sus familiares, amigos o conocidos en aquella ciudad —mencionó Varus.
—Es una pena… si tan solo supieran la agonía que deben estar sufriendo los que aún siguen con vida, los que aún continúan transitando por esas maldecidas calles… —riendo dijo Keb.
—En fin… Te llamas Varus, ¿no? Dime con exactitud qué es este sitio, pensaba que nadie podía entrar ni salir del bosque —Friedrich necesitaba respuestas.

—La historia que conocemos de este gran bosque data de un siglo. Todos los que habitamos en este lugar, investigamos a que nos enfrentaríamos antes de que ignoráramos los avisos y las señales que duermen alrededor del verde territorio… juntamos todas las hipótesis de las que pudimos relacionar con coherencia, y con la ayuda de cientos de renegados, logramos un consenso, logramos una conclusión muy particular, pero sin duda la que más se acercaba a la verdad. Pero debes tener en cuenta algo de suma importancia, tan solo hace cincuenta años la primera persona en pisar este sitio lo hizo sin morir, antes de eso, los mitos eran ciertos.

Varus les contaría la historia del origen del bosque, historia que, y mencionado por él, es la mejor hipótesis que pudieron concluir. Solo fue posible lograr dicho argumento con toda la información recolectada por los renegados que fueron apareciendo al pasar los años. Era una realidad que fue contada y perfeccionada de generación en generación. También, fue gracias a la clara evidencia que el denso y frondoso bosque albergaba en su interior, cuán si fuera un recuerdo vivo de lo que sus hojas secas fueron alguna vez…

«Los verdes retoños de hace un siglo, aun sienten la misma gravedad a pesar de los enormes choques solares que causan como efecto tales ramas musgosas y troncos de cien metros».

El bosque fue cerrado por las estrictas ordenes de Jano. En ese tiempo, las anécdotas cuentan que cuando los soldados clavaron, uno por uno, los carteles alrededor del bosque, podían oír a lo lejos lo que parecía ser el rugido de algún peligroso animal, por supuesto nadie se atrevió nunca a poner en duda las ordenes de Jano; la curiosidad humana era espeluznante, pero nada era tan terrorífico como desobedecer las excéntricas políticas del reino. A su vez, la nueva y perfecta generación ya estaba empezando a emerger, millones fueron los alienados que

dieron forma al irrompible linaje. No obstante, y por estadística, se preveían errores, errores que a como dé lugar debían suprimirlos. Hubo una persona muy peculiar, una persona que lograría escabullir su pensamiento a nuevos horizontes, se le reconoció como el ultimo poeta maldito. Su nombre era Gilgamesh, con franqueza se conoce poco de él; las hazañas que trascendieron de su borrada historia fueron especialmente las que más hicieron enojar al rey Jano. Primero, hizo un poema blasfemando al reino en su máximo esplendor, escupió la agresividad en sus prosas, por supuesto esta acción solo provocó que su trágico final se acercara de golpe a su vida. Sus poemas causaron graves problemas al masivo control que Jano estableció, desenas de personas fueron silenciadas para siempre por intentar esconder, apoyar o incluso aplaudir dichas frases de Gilgamesh. Hoy por hoy, dichos poemas fueron eliminados de todo el mundo y solo quedaron algunas frases regadas de su repertorio, aunque a conveniencia del reino solo permitieron conservar uno de sus poemas, uno que fue tallado en una gran piedra, uno corto y críptico, pues al fin y al cabo eran buenas palabras para impedir que cualquiera se atreviera a entrar al sendero prohibido. El bosque de los renegados fue acuñado con tal nombre a modo de recordar e inmortalizar la lucha que impulsó el último poeta maldito. Muchos conciben a este lugar como la primera resistencia moral que existió; esa fue su segunda y más importante hazaña, él fue el primer renegado que la sociedad idílica vio nacer y perecer…

Aún prevalece una vieja historia sobre la muerte del poeta: cuentan que fue arrastrado por un enorme caballo blanco durante varios días, y ocurrió en la gran ciudad de Xeclios. Nadie sabe si fueron órdenes del rey o si él quiso suicidarse dando algún tipo de mensaje, lo que si era claro era que Gilgamesh marcaria un antes y un después en la esperanza de miles de esclavos; esclavos que esperaban la llegada del día en que lograsen escapar y entrar al bosque. A raíz de la trágica y violenta muerte de Gilgamesh, se conoció a nivel mundial como a un ejemplo del

acérrimo y terrible escenario que podría llegar a ocurrir si alguien se revelaba, de alguna forma de resistencia, en contra del poder establecido, o sea: su muerte sirvió de escarmiento para evitar el surgimiento de nuevos rebeldes. Aun así, el rey Jano cometió un error fatal que nunca pudo solucionar: dejar los versos que el poeta plasmó en esa piedra durante años. Jano se dio cuenta que dicha leyenda solo incitaba a miles de traidores a desertar y escapar a dicho bosque. La piedra que había sido tallada por el gran poeta fue, posterior a su muerte, reducida a polvo. Pero su mensaje trascendió el tiempo y nunca jamás pudo ser víctima de la abolición infúndanle sobre la historicidad.

Aunque esta historia solo era el principio de una trágica realidad. Gilgamesh siempre supo lo que pasaría si alguien entraba a ese lugar. De alguna manera él sabía que la muerte acechaba en esos ramajes, no sabemos de qué manera logró entrar y salir del bosque sin ser devorado por aquella bestia, pero lo hizo… lo plasmó en su obra y luego murió acorralado por la bestia más peligrosa que esta paradigmática esfera apremia. Probablemente él murió con un enorme nudo en la garganta… ¿Por qué enviar a la gente a morir?, esa fue una de las preguntas que nos hizo cuestionar si de verdad Gilgamesh tenía buenas intenciones, pero, reflexionando un poco al respecto, concluimos que era el mejor antídoto contra la insoportable ponencia que significaba ser un objeto sin derecho a la sensibilidad. Solo en este verdeante y solitario lugar podrían morir con la frente en alto… y con la fisurada dignidad que les fue arrebatada.

Fueron cincuenta largos años de innumerables renegados siendo devorados sin fin, sin nada que pudieran hacer para evitar ese fatídico destino. Sabemos que aquella bestia era enorme, su cabeza tenía el impresionante tamaño de una montaña. Lo que sobró de ella fue sepultado en lo más profundo de la tierra. Y según la opinión de varios

expertos en la medicina, lo más seguro es que murió aquel gran animal por algún tipo de enfermedad degenerativa.

Cuando Hatcher cruzó este bosque, el monstruo había fallecido, él cuenta que su impresión fue tal, que estuvo a nada de sufrir un espantoso paro cardiaco. Entre otras cosas dijo que, en aquel tiempo, el suelo del bosque yacía impregnado de alguna sustancia viscosa. Hatcher fue el primer esclavo que vivió en el bosque, por ende, él se encargó de recibir a los demás, les explicó que era un lugar seguro y que podían empezar una nueva vida en tal sitio. Hatcher nunca quería hablar de la apariencia real que tenía esa bestia antes de ser devorada por los hongos del bosque. Una cosa en particular llamó la atención de todos, por algún motivo, se guardó un secreto que solo relevaría poco tiempo antes de suicidarse… añadió que, aquel ser que habitó el bosque durante cincuenta años, siempre tuvo la capacidad de, y aunque suene extraño, emprender vuelo en cualquier momento: aquella bestia siempre tuvo la opción en su lomo, siempre pudo volar, pero nunca quiso hacerlo.

Su último legado sería una arrugada nota, una nota mal escrita y con atisbos divagantes:

«¿Cuál era la razón que tenía para quedarse en este lugar? ¿Por qué nunca desplegó sus alas? ¿Acaso no era libre? Yo tampoco lo era… y con franqueza nunca lo fui, al igual que tú, yo tampoco pude volar… aunque sí quería hacerlo… nunca experimente de la anhelada y falsa libertad de la que todos se jactan, pero la desconocen…». Las últimas palabras que escribió antes de colgarse, usando espigas de metal oxidado alrededor de su autolítico cuello en la alta copa de un acrimonioso roble, sonaban existencialistas y atormentantes.

Al final, como pueden ver, estamos rodeados de pretéritos muy parecidos. Cada quien tiene un incognoscible recuerdo que simplemente

no puede ser olvidado. Todos escapamos de lo mismo… la opresión, el sometimiento, de una injusta tiranía infundada por los arrogantes y detestables humanos… mi raza fue esclavizada solo por existir… ¿eso es justo acaso?, o es que nos topamos con la tempestuosa furia de un linaje que no puede aceptar que el centro no existe. ¡No hay tal cosa! Nunca hubo mayor equivocación que un ego sin fundamentos…

Esas fueron las últimas palabras con las que Varus terminaría su historia, tenía un sentimiento acido, diáfano y rencoroso. Sin haberse dado cuenta, el tiempo transcurrió acelerado, pues ya estaba amaneciendo, la neblina empezaba a desaparecer del húmedo pasto y los rayos de luz daban vida al bosque; por fin podían ver con claridad todo a su alrededor, y la impresión que tuvieron fue algo inesperada. Los ojos iridiscentes y cristalinos de Varus eran el único rasgo notorio que podían percibir a primera vista, y tenía una cola de finas rayas amarillas y grises amarrada a su cintura, que con facilidad podía ser confundida con un costoso cinturón. Él no es un humano, muy distinto a los instintos sensibles impulsados por la razón, él es uno de los pocos sobrevivientes de los Cercopes. Su desconocida especie comparte muchos rasgos con diversos animales, desde felinos hasta humanos, pero rasgos que no por necedad no físicos.

Friedrich, Karl e incluso el hueco Imperium, parecían comprender todo lo que sucedió en ese lugar, por sus miradas de honesta empatía se podía distinguir la clase de personas que decían ser. La motivación de los tres mencionados fue impulsada hacia el cielo, ahora tenían aquella historia clavada en sus espaldas. El contexto es importante para lograr llegar a un conveniente acuerdo mutuo.

Una lastimera sensación de odio y enorme angustia no dejaba de atormentar el aire húmedo del bosque. Todos intuían de donde provenían aquellas corrientes de inmensa tensión, varios renegados no

aguantaron esa carga emocional que sacudía el entorno… solo sucumbieron al inevitable desmayo. Las miradas se reposaron sobre el culpable, era Keb, quien con sutileza contraía una expresión vacía e incomprensible que desencajaba al contexto momentáneo, era dominado por la anti exaltación que sus sentires atribuían a un enrome sinsentido. Él tensaba su mandíbula como si fuera un gran y feroz lobo, se veían sus colmillos sobresalir de su seca boca, a levedad tenía la cabeza inclinada hacia abajo y observaba fijo al cascajoso suelo con un recelo impresionante. Tales pupilas rojas, maldecían en lo profundo de lo dilatadas. Nadie sabía cómo reaccionar frente a la compleja naturaleza que representaba aquel iracundo ser.

Evelyn no se dejó intimidar y decidió sacar lo que parecía una oxidada ballesta de su bolsa, era claro que cuando ella apuntó esa arma directamente a Keb, estaba preparada para lo peor. Un acto de supervivencia casi que involuntario desató el revoloteo de corazones de todos los que permanecían allí presentes, en especial Karl, quien sintió su cuerpo del todo paralizado e indudable era su asustes por la acción que Evelyn acababa de realizar.

La puerta del tiempo se frenó de abruptes, Karl solo le gritaba en su cabeza a Evelyn, puesto que no consiguió pronunciar las palabras en aquellos efímeros segundos: «¡Detente!», insistía en su mudez lo que quería advertirle. Desespero y miedo sentía el corazón Karl. Todo pasaba en cámara lenta, Keb sacó sus garras y atacó sin previo aviso. La velocidad a la que se movió el ser de pupilas rojas no es para nada cercano al del inconsistente tiempo humano, solo Varus pudo apreciar el rápido movimiento de Keb; fue tan rápido como un rayo; aun así, el Cercope tenía ganas de salir corriendo en ese corto lapso, pero sus agiles pies no le respondían. Varus tiene unos sentidos increíblemente agudos, pero no como para moverse a esa incomprensible velocidad de la cual estaba siendo expectante, pues sus reflejos son más que sus tendones.

La ballesta oxidada de Evelyn ya no podría ser considerada un arma de ningún tipo. Quebrada fue a la mitad por las garras de Keb, un corte perfecto pero de extrema agresividad. Todos en el bosque sintieron la atmosfera descontrolada… producto de aquellas ráfagas de viento que fueron suficientes para hacerlos entender la realidad. Nadie querría comparársele, ya que el hecho de intentar defenderse de tal hostil entidad, tan solo significaría la acción imprudente de cavar la propia fosa de un nuevo huésped. «Esa bestia es de otro mundo», pensaría Varus.

El tiempo siguió moviéndose según la relatividad que cada quien suele atribuirle.

—La próxima vez que intentes atacarme… no voy a contenerme — Keb lo dejó estipulado al unisonó de las potentes ráfagas ventoleras sacudían las ramas de los altos robles blancos.

Keb solo había cortado el arma de Evelyn, pero no intentó atacarla a ella. A excepción de Varus, nadie más pudo ver el panorama completo. Keb no tenía intenciones reales de matarla. Era una lástima que solo el líder del bosque hubiera presenciado y percibido todo lo ocurrido.

—¡Maldición! ¡¿Evelyn, estas bien?! —Karl se pronunció con la terrible adrenalina apunto de cegarle la razón, ella casi a nada yacía de soltar lágrimas de impotencia al ver que puso en riesgo su vida para defenderse y, en cambio, él solo se quedó paralizado del miedo.

Desde la perspectiva de Evelyn, la mitad de su ballesta estaba hecha pedazos en el suelo. Un parpadeo fue el tiempo que le tomó a Keb moverse varios metros y realizar tal hazaña. Ella derramaba lágrimas cuán herida, como si ese efímero segundo representara para sus sentidos la cercanía con la irremediable muerte; lagrimas espontaneas, si no fuera

por la borrosa visión que reposaba en sus ojos no se habría dado cuenta que su cuerpo había empezado a llorar.

La voluntad de Keb era incalculable. Hubo otro sentimiento que Varus quería recalcar, él vio algo más lejano, un rayo con otro significado, era una benigna predicción que se proyectaba en el ignoto horizonte. El grueso caparazón del destino golpeaba desde la profundidad, voces desconocidas le indicaban que podría estar presenciando un inigualable milagro. De tratarse de una verdad, sería perfecto para lograr los anhelados deseos que tiene, le sudaban las manos a Varus. La hostilidad en esa expresión representaba una indomable autodeterminación, a su vez, podría significar la grave consecuencia de poner al mundo de rodillas, incluyéndolo a él y a cualquiera de los Cercopes que siguiera con vida. Aun así, el riesgo valía la pena, o eso era lo que el agudo instinto de Varus dictaminaba.

—¡No se preocupen, él debe tener sus propias razones, estoy seguro que las intenciones de aquel ser, de las vestimentas rasgadas y de las cicatrices, no son las que creemos!
—¡Es una maldita amenaza, Varus!, ¿no lo ves?, ¡no traerá nada bueno su presencia… huele a bestia, huele a demonio! —Lilith postulaba sus corazonadas, era una renegada con agallas.

Varus miró fijamente a sus pupilas escarlata, y sin cobardía le preguntó.

—¿Cuál es tu verdadero propósito? Quisiera saberlo antes de que el bosque sangre.

Todos quedaron expectantes ante una respuesta, respuesta que nadie podía predecir. Para la paz del bosque, lo más preferible era desear que fueran palabras razonales y no imprudentes. Ya suficiente tenían con la

inclemencia del reino; la desagradable experiencia que la mayoría vivió en carne propia, solo les provocaba un malestar repulsivo y deplorable.

—Desmalezar la oscuridad… esas malditas cicatrices no me dejaran tranquilo si no lo hago. ¿Qué crees que pasará si solo ignoro, si solo tengo piedad? Nada bueno traerá el perdón, eso te lo garantizo. Los débiles no actuarán, bajo ninguna circunstancia lo harán. Morirán siendo lo que son y lo que siempre serán… Corregir el cauce de esta tierra corrompida. Es probable que ese sea mi propósito: obligarlos a darse cuenta de la insignificancia de sus vidas…

Evidenciado en sus angustiantes caras, nadie le había comprendido. Aun así, no podían dejar de sentir ese extraño e inquietante sentimiento de venganza que acobijaba el alma de vitalidad insaciable del oscuro Keb. Fueron un par de suspiros que se lograron percibir en el ambiente, por intuición y sentido común, todos se dieron cuenta de una cosa muy importante, un detalle que Friedrich notó desde un aciago inicio. Aunque aquel ser de las pupilas escarlata es de un escalofriante y misterioso origen, era bastante claro que tenía la perfecta capacidad de pensar; sus causas anteriores no lo inhibieron del don peligroso y virtuoso del conocimiento. Pero la contradicción se daba cuando la reflexión encaraba lo que había ocasionado en El Lahun, sus previas acciones le denotaban un carácter inverosímil, su puño albergaba algo incontrolable que aludía a una potencial bomba que podría estallar en llantos de nula irracionalidad.

—¡Estoy seguro de tu determinación! ¡Te lo pido, sé nuestro aliado! —dijo Varus, él estaba en completo convencimiento que tal sendero era el único camino al que podrían apuntar.
—Ya tengo suficiente con estos tres insectos —Keb se refirió a Friedrich, Karl y el Imperium.

—Keb, siento mucho decirlo, pero… ahora somos cuatro insectos —señalando a Evelyn, el comandante Karl intervino.
Lilith y varios renegados asombrados, al mismo tiempo expresaron: —¡¿Ah?! ¡¿Evelyn?!

«Una palpitante vena estuvo a punto de reventarse en la ferviente frente de Keb».

Después de todo lo sucedido, todo lo contado, lo dicho, lo no dicho y lo que faltaba por decir, ahora las fichas se habían armado de una peculiar forma. El líder del bosque quería empezar una nueva era, una donde nadie debería arrastrarse para poder sobrevivir; terminar como un condenado renegado no resultaba dignificante, al revés, resultaba ser una vida alienada y casi empujada por el frio nihilismo y la crisis de identidad; prefería morir dejando un legado como lo hizo Gilgamesh, el ultimo poeta maldito, y ese era su más grande ideal, pues, por nada del mundo estaba dispuesto a terminar viviendo en su futuro como un segundo Hatcher. Él tenía dos caminos que escoger, los dos enmarcaban la palabra muerte como estandarte final, pero solo uno sería digno de ser recordado. Varus, el Cercope, ya no quería más demostraciones de poder ni fuerza, o alguna otra característica más allá de la voluntad que había esperanzado en esos valientes renegados. La platica fue corta pero concisa. A pesar de la gran cantidad de habitantes que el bosque albergaba, realmente pocos eran los capaces de pelear. Varus, por naturaleza no natural, ha demostrado un buen liderazgo; ni de lejos quería intentar imponerles sus ideales a la fuerza. Contándolo a él, solo eran trece, trece renegados que sin duda serian de gran ayuda en un acaecedero e incierto futuro. Con valentía y gallardía se postraron frente a sus maldecidas sombras y quitaron el veto que sus mentes les imponía; ya no querían seguir atrapados en su letárgico pasado…

La peligrosa misión dependía solo de la contingencia, del destino, de una hoja en blanco, de la inmensa fortuna o de la irremediable ruina. En efecto, el furor de los renegados se alistaba para perecer arriesgándolo todo en el camino. Existía un factor determinante que concluiría el triunfo de la misión. Solo si eso llegaba a ocurrir, podrían tener una oportunidad de invadir fácilmente el castillo y sin tener que lanzarse por aquel abismo sin fin que supone ir a ciegas. Ellos llegaron a la conclusión final que representaría, por primera vez, una total ventaja. Un nuevo mundo pronto emergería de la podredumbre que había cultivado durante cien largos y condenados años, y tal vez muchísimos más, el reino y su indómito rey. La misión llevaría por nombre algo fácil de recordar, algo acorde a las decisiones firmemente pactadas.

«Los primeros cinco y los últimos trece».

Keb, Friedrich, Karl, el Imperium y Evelyn, se reencontrarían en treinta días con Varus y los doce renegados que se le sumarian a la venganza, habiendo de ese modo un total de dieciocho guerreros de agallas incalculables. Los primeros cinco serian el detonante primordial para el ataque, ellos se encargarían de infiltrarse en Rodinia y, de alguna manera, abrir las puertas principales del castillo… si lo logran, significará que la misión fue un rotundo éxito. Cuando los primeros cinco lo hayan conseguido, los últimos trece entrarán al pavoroso reino, y por supuesto entrarán atacando; un gigante del grupo de Varus se ocupará de lanzar una gran roca en las puertas, de esta forma se espera intentar detenerlas. En esto último, todo dependerá de la especulación, pues cuando eso ocurra, no podrán saber si los causantes de que las puertas se abriesen fueron por los primeros cinco o, por su contrario, fueron órdenes del rey. Dicho lo anterior, Varus y su grupo estarán escondidos en la cercanía de las puertas unos días antes de que se cumplan los treinta pactados. Cabe recalcar la suma importancia que significa el día treinta, pues si por algún motivo aquel día no abren las puertas, la misión se

cancelará, representando el fracaso de su insurgencia y la posible muerte de los primeros cinco…

En resumen, el plan empezará en treinta inciertos días, el reloj se encantará desde el momento en que los primeros cinco salgan del bosque y se dirijan directo al reino; ellos deben infiltrarse y, desde su interior, abrir las pesadas y labradas en una extraña madera de ébano, incólumes puertas. De esta forma los trece renegados podrán invadir. Cuando esto ocurra, lo que surcará en la misión a raíz del éxito, será una arriesgada apuesta por la infartada supervivencia.

Los primeros cinco ya tenían claro los objetivos iniciales, a pesar del indudable desacuerdo reflejado por la oscura mirada de Keb. Ellos partieron por el mismo camino del cual llegaron, llevaban la grata experiencia del saber, pues la información puede ser, en muchas ocasiones, más letal que cualquier arma. Además, se le sumó al defectuoso grupo una ventaja importante e incalculable, Evelyn es posiblemente la mejor ayuda concedida por el destino del bosque.

Evelyn contextualizaría, aunque resumiendo solo algunos puntos, narrándole a los demás la misma historia que le expresó a Karl en su pequeña tienda, desde dónde provenía ella, el por qué y cómo llegó a protagonizar tal escenario, hasta la verdadera naturaleza de esa supuesta cueva por la cual habían llegado… El día les otorgó la verdad de la existente malformación natural, podían ver en versos lucidos la craneal forma que sobresalía enormemente del agreste bosque; era un hecho sin precedentes. La estupefacta expresión drenada por Karl, Friedrich, el Imperium y hasta el mismísimo Keb, era la adecuada para tal momento sin dudarlo; desde luego nadie hubiera imaginado que, en algún punto de la diluida historia, existió un ser con tales características dimensionales.

La perspicacia de Friedrich no dejaba, ni por tregua de serenidad, olvidarlo de los vacíos que existían en su conciencia, ya que aún había numerosas incógnitas carentes de respuestas. Por aquel tenso momento y por la ansiedad de su pecho, solo decidiría decir tres de ellas… tres agudas espinas clavadas en lo profundo de su corteza sapiencial.

—¡Evelyn! Tengo tres preguntas relacionadas de forma implícita a nuestra llegada al bosque de los renegados —mientras caminaban rumbo a la salida, el filósofo Friedrich se detuvo por un apabullante lapso—. Estuvimos andando durante horas, atravesando la espesa y afilada maleza, hasta que por fin llegamos al pequeño pueblo; en el transcurso de nuestro recorrido fuimos bastante agresivos en nuestro andar, como si fuéramos unas bestias atacando el verde paraje, y tal vez fue por eso, pero… siempre sentimos la presencia de alguien asechando a lo lejos… ¿quién era? No solo fue eso, pues yacían un par de malformaciones dentro de aquella gigantesca anomalía, me refiero dentro de la calavera que confundimos por una oscura cueva, en los laterales para ser exactos: tenían tonalidades rosáceas, gelatinosas e inquietantes, ¿qué era? Y por último el efluvio, el olor o el ambiente que desprendía aquel profundo cráneo, era indiscutiblemente similar al terrorífico aroma excretado en las profundidades de Xeclios, de la ciudad de abajo que fue sumida al horror por motivos que aun desconozco, ¿qué relación tiene la criatura que alguna vez vivió hace cincuenta años, con el acontecer actual del mundo?

Evelyn sintió que su capacidad de entendimiento aun no sabía nada, nada que pueda asimilar; sus lejanas fronteras no correspondían a su reducida cúpula de conocimiento… ella solo tenía una respuesta ante la triada de preguntas que arrojaba Friedrich sin tapujos.

—No tengo ni idea de quien los estaba persiguiendo, pero estoy casi que segura que no pudo ser ningún renegado, ellos nunca se atreverían

a merodear por el bosque arriesgando la poca libertad que les queda. Respecto a las extrañas cosas rosáceas que dices haber visto, son solo partes de lo que alguna vez fue: un enorme, viscoso y laberintico cerebro. Y, siendo franca, no estoy informada respecto a los eventos que acontecen allí afuera, no sé nada sobre Xeclios y lo que le ocurrió, y tampoco sé, ni sabemos, que era ni como era aquel gigantesco y alado ser del pasado, pues su gigante cuerpo habitó este bosque en soledad. La última persona que parecía saber algo sobre esa criatura, por su egoísta acción, prefirió llevarse a la tumba el secreto para siempre… el difunto Hatcher…

—¿Un… un cerebro? —Friedrich se arrepintió de haber preguntado sobre las motas rosáceas, a su vez, sintió nauseas como síntoma de su psicológico tartamudeo del nerviosismo.

Para alivianar un poco el denso ambiente que empezaba a formarse, Karl le hizo una pequeña broma a Friedrich.

—¡Ten, es un regalo, es muy probable que con este escudo seas capaz de protegerte si algún cerebro te intenta atacar! —Karl le entregó el escudo proveniente de Mons Nihilo que había comprado en la tienda de Evelyn.

Cerrando el caluroso cenit, los cinco saldrían del bosque rumbo al reino. Eran sus pisadas de cazadores furtivos, potentes y similares a cuán león ensartando sus garras en el blando cuello de una burlesca cebra. Tenían ya un trayecto recorrido de aproximadamente cien kilómetros desde El Lahun, aun les faltaba en su mapa trazar en línea recta cuatrocientos más. El tiempo estimado para su llegada era de alrededor de diez a quince días, dependiendo las causalidades que surjan gracias a las raíces de los efectos de previas causas causales.

Haber ingresado en ese bosque, delimitaría para siempre, un antes y un después en la trágica historia que el eterno, indescifrable y determinista destino material tiene para ofrecer.

Tal vez, por primera y única vez, los cobardes renegados reivindicarían su honor y valentía…

Hundirse en el fosco fango color carmín, no era una opción… al menos no debería serlo en esta extraña ocasión… La esperanza es plausible cuando la desesperación es prevalente.

LOS SEMEJANTES

Los planes del rey seguían en marcha, no había tiempo para detener los indetenibles y afilados engranajes de la nueva era. El proyecto fue la única opción sobre la mesa para remediar el indigno desastre que ocasionó su necrosis y vil incompetencia. ¿Su metodológica y sórdida síntesis, acaso, podrá ser justificante suficiente para revertir su gran y absurdo idealismo?

Solo una imagen mental hacía falta para lograr ver su grave error, error que cometería si no repetía la misma historia que su predecesor Jano. El horizonte reflejaba, con colores oscuros y tonalidades rojizas, el ahogado futuro que tendría el magistral reino. La entrada del mismo ya era una prueba fehaciente del hecho, pues, los sobrevivientes aún permanecían a la espera de una supuesta ayuda. Mas valía por bien de todos, que la apacibilidad de aquellas carnes y de aquellas sangres, fueran capaces de aguantar hasta la ejecución del proyecto Hapux.

—¿Dónde está Eros? Necesito su fuerza en este momento —dijo el rey airado.
—¡Parece que aún no ha llegado! ¡Pero no tienes de que preocuparte, Radamés, de seguro él llegará en cualquier momento…! —respondió Benjiro, uno de los dos nobles de la guerra.
—¡En cuanto aparezca, dile que se encargué de los patéticos cobardes de la entrada! Son una completa molestia, pretenden que gastemos recursos en sus frágiles e inútiles vidas.
—¡Perfecto!, pero si así lo desea, yo puedo encargarme del problema —se ofreció Benjiro.

—¡Haz lo que sea necesario! —con tales palabras el rey le daría su peligrosa aprobación.

Las dos personas más peligrosas del mundo son, probablemente, los dos nobles de la guerra, ellos por si solos son capaces de lo inimaginable; devastar hasta las incorpóreas cenizas a un cuantioso ejército, no representaría una tarea precisamente difícil para dicho dúo. Nadie sabe con certeza de donde vinieron y porqué ostentan de un título tan particular, después de todo la humanidad vivió, durante cien largos años, en una paz que parecía ser inquebrantable. Se conoce que, el imperante Radamés, durante la compleja prueba que realizó para su elección, los llevó hasta las puertas del reino como sus escoltas personales. Se puede asegurar que los dos nobles de la guerra son las únicas personas que conocen, y sin miedo a represarías, cómo piensa Radamés y porqué hace lo que hace.

«A manos de Benjiro empezaría una nueva tragedia para la ya devastada humanidad».

Toga blanca y larga, manos desnudas, un sorprendente collar de pequeños huesos humanos, una mirada completamente centrada y seria, una delgada cicatriz en uno de sus ojos, anteojos delgados y cristalinos, con una altura de casi dos metros y una sed de sangre impresionante. Benjiro caminaba descarado por los escalones del castillo, dirigiéndose a la gran entrada, sus pasos eran obra del producto de una sincronía abismal con su autómata vocación; las órdenes del rey eran su único aliento de vida. Al parecer, consigo solo portaba una pequeña daga, una daga negra que a duras penas se veía rebozar debajo de una de sus blancas y esbeltas mangas.

Como si el sonido se hubiera detenido por unos intensos minutos, todos los sobrevivientes de El Lahun que se encontraban en la entrada

principal, de repente escucharon el escalofriante andar de alguien que se les acercaba, lo primero que pensaron, de forma inocente, fue en un noble caballero que por fin se dignaba a brindarles ayuda. Todos se quedaron en silencio en ese momento, al son que sus egos esperaban la hospitalidad que creían merecer.

Lentamente las puertas se fueron abriendo, la luz que salía de ellas era casi divina. La persona a la cual esperaban no lograban percibirla con facilidad, pues su blanca ropa no ayudaba. Los sobrevivientes empezaron a caminar hacia dicha luz, en sus corazones sintieron que debían avanzar por ese camino. Los blancos rayos hacían desaparecer de la vista a quienes entraban; como si se tratase de una mismísima transmutación humana… tan solo era un efecto visual, nadie estaba desapareciendo, solo eran engullidos por los finos hilos blancos que arropaban la escena… Por supuesto, esta luz no duraría para siempre, y tan solo unos minutos pasaron. La visión ya empezaba a esclarecerse, ante sus ingenuos ojos pálidos, se encontraba la verdad plasmada en una erizada imagen; sus corazones fueron del todo manipulados, de formas que incitaban a la locura, fueron engañados, hipnotizados, trastocados y ridiculizados a gravedad.

Lo primero que pudieron percibir no fue visual, fue un terrible olor a sangre capaz de asustar a cualquier mortal del inminente y desconocido peligro. Antes de poder decir una palabra ya podían ver lúcidamente lo que había pasado en esos pocos minutos… Incalculables eran los destruidos e inertes cuerpos que yacían de par en par en la entrada del reino, los espeluznantes peldaños, en tal episodio, dejaron de ostentar su imponente afinidad con el costoso poder.

Teñidos de la oscura y rojiza sangre humana, ahora el camino de salvación se había cerrado de golpe de sus idealistas conciencias. Los sobrevivientes tan solo deseaban saborear algo de su arrebatada

clemencia. Y, de nuevo, el pánico se había apoderado de aquellas frágiles almas que experimentaban lo mismo que ocurrió en su tierra natal; la sensación de que morirían sin una digna razón de juicio a sus espaldas. El significante para ellos era inexistente, pues como si nadie los comprendiera, una vez más equivalían a un triste objeto. Benjiro no les dio ni un respiro y solo una terrorífica sonrisa fue apreciada en su rostro; a juzgar por la velocidad con la que su cuerpo se movió, se podría decir que era similar a la utilizada por Keb, por lo que solo uno de los pocos Cercopes podría haberlo visto todo con diafanidad. Y es que era natural el despertado instinto de supervivencia que empezaba a desencadenarse, cual manifestación eléctrica enchispando un estático charco de polucionada agua, entre todos los desplazados de El Lahun por las manos de la bestia de las pupilas escarlata y de los ropajes burdeos.

Empezaron a correr, a huir en sentido contrario escapando de lo presenciado: una muerte sin fundamentos, morir por la fina hoja de la cobardía no era un final digno, al menos tenían que intentar pelear antes de sucumbir. Los más cercanos a la cruda escena decidieron devolverse para defender su casta, pelear con los ojos vendados era la única forma de lograr que alguien sobreviviera y, con valía, otorgarle algún tipo de sentido al sacrificio de sus carnes…

Lastimosamente el roto mundo no cambiará solo por buenas intenciones. La fría disonancia del agrio ambiente, exhibía la conclusión que fue obtenida por los que tuvieron las agallas de renunciar a su propia integridad. El ultimo linaje humano aún permanecía vivo en sus venas, el orgullo tenía que perdurar hasta las máximas del pronto final. La fragancia produjo que el de blanca túnica se enorgulleciera por ser un humano igual a ellos, pues, pese a la diferencia de voluntades, compartían ese inquebrantable sentimiento de venganza que corre cual caudal enfurecido y desbordante por entre los conductos del fluido vital.

Tal vez, eran latidos que renunciaban a seguir en la eterna tortura de la incertidumbre… nadie sobrevivió aquella plañidera y marchitada tarde…

Benjiro dio media vuelta, sus difusos ropajes ya no tenían ni un ápice de blancura. El apócrifo silencio solo permitía escuchar como el aire chocaba con el largo pastal del camino. Su seria mirada no lograba enfocarse en lo que habitaba bajo sus pies. Prefirió observar en dirección opuesta… de alguna manera se notaba que existía cierto grado de arrepentimiento dentro de él. Cuando regresó a los escalones de la entrada, lo que reflejaban sus corneas no era la cima del castillo, se trataba del cerúleo cielo. Allí permaneció, concentrado en las caras ocultas de las borrosas y lejanas nubes. Pese a su intachable seriedad se le veía muy abstraído, fue quizás el nudo de la duda el aire en su frio aliento… era tal vez como si quisiera emprender vuelo…

Radamés lleva trece años en la cúspide del poder que el mundo tiene para ofrecer, su invisible cima tiene privilegios que ningún ser puede atreverse nunca a cuestionar, algunos pueden ser terriblemente aberrantes y desafiantes contra toda moralidad existente. No hay límites, todo le es posible, lo único en el mundo que a un rey lo puede detener, es la mismísima e intangible muerte. La historia humana, desde los cimientos hasta la podrida actualidad, pudo presenciar el mandato más longevo que tuvo un gobernante: se trataron de ochenta y siete años en los que Jano se vanaglorio del infranqueable título de rey. La población por lo general no alcanza a vivir más de cincuenta años, y los que lo logran, ni sobrepasan un ápice más que eso. Por tal motivo resulta extraño pensar la edad de la cual Jano pudo superar, nadie sabe exactamente cómo fue posible que aquellas décadas pasaran y él siguiera vivo. Los rumores dictan que de seguro él vivió más de cien años. Se desconoce por completo el pasado de Jano y como llegó a liderar la Era idílica desde sus prematuras raíces; es uno de los misterios más grandes

de la corta historia que existe en la actualidad. El misticismo que recubre su nombre es asimilado, por casi toda la población humana, como un ser casi divino e inimaginable para el intelecto.

No es del todo considerado un dios: la sed de poder, orgullo, egocentrismo puro y cualquier cualidad que se asemeje a la perfección absoluta, no permitiría que ningún portador del único linaje se atreva a pensar que existen formas de vida por encima de ellos. Por eso mismo, Jano siempre será uno de los humanos más importantes que existió, pero nunca atravesará la fina barrera que lo separaba de ser un dios. Bajo la implantada premisa histórica, naciente de las generaciones provenientes del primigenio y mucho antes de la Era idílica, fue establecida una veridicción epistémica que postulaba a la supremacía como un rasgo natural en los humanos. Solo con dilucidar las implicaciones de ello, se puede llegar a la misma conclusión, y es que se sabe que existieron formas de vida en todo el cosmos, formas de vida que fueron sumidas a la vergüenza de perder, a la innecesaria aniquilación y a las constantes humillaciones. Aún se desconoce el motivo verdadero, socavado hasta las huesudas fibras, del radical parangón atrofiado por la oculta historia, que obligó a desdoblar las épocas y generaciones de un mismo hilo. La humanidad cambió con unos sutiles discursos y con una serie de manipulaciones que moldearon las subjetividades de forma sistemática y violenta, con el fin de que se normalizara una determinada forma de entender el mundo para poder mantener y perpetuar una ideología.

La historia suscitaba que, en varias ocasiones, la humanidad estuvo al borde de la extinción, claramente pudieron sobrevivir a los intentos de agresión con los que lidiaron como especie. De alguna manera dieron vuelta al reloj de arena y, contra todo pronóstico, lograron invertir ese último marcador llamado final. Resurgieron de las entrañas de la devastación: una y otra vez salieron a flote del pesado y rojo lodo. El

carácter fue blandido desde antaño por la gran y pesada mano del destino, cuán espada en oxidación, entre más heridas abriera, más brillaba el oculto reflejo que había detrás de aquel débil cascaron. La llamarada cúspide de victorias fue observada, por primera vez, cuando Jano abrió las puertas a una era de paz, una era donde los gigantes, los Imperium, los Cercopes, y todas las demás razas que alguna vez se atrevieron a levantar la mano contra el poderoso linaje humano, se arrastraban por las calles, cual ratas sin propósito más que comer las sobras, la basura, el odio y el rencor que les fue cosido en la maldita cripta para siempre. Solo con ver al más grande de los seres, o al más fuerte, o al más rápido, debajo de las finas y delgadas suelas de cualquier infante humano, infante que, sin la capacidad de sobrepasarse, sin el más mínimo entrenamiento, sin la necesidad de esforzarse a superar dichas poderosas cualidades, llegó a postrarse por encima de la pirámide. El orden optó por la anti naturalidad de la lógica. Aquellas razas solo se convirtieron en moribundos esclavos, con costurones rojos en sus frentes como la señal mundial del sumiso y del incapaz.

La marca de la vergüenza: comúnmente se ha conocido, por generaciones, la abrupta marca que desvela quién es menos que la indefinible nada. En la frente, un círculo rojo separa a los innombrables e indecibles del linaje, estos inferiores seres no solo son ajenos a la humanidad, es más, son en su mayoría insurgentes humanos, humanos que por algún motivo no quisieron ser parte de la gran era. Las anécdotas coinciden en afirmar la existencia de seres cuya vital etapa sobrepasó los confines de la mutación, arrastrando así su naturaleza al transhumanismo.

Cada paso que daba Benjiro estaba repleto de ocultos pensamientos, su seriedad era anormal. ¿Cómo alguien que acababa de ensuciar sus manos de la peor manera posible, no tenía ni una pequeña expresión? Solo fue posible verle una sonrisa en todo el transcurso de su accionar.

Sus lentes reflejaban la desordenada y borrosa observación de las grandes puertas de ébano que separaban la parte superior del amatista castillo, y es que dicha puerta negaba el choche de vislumbres colores, el monopolio era caóticamente oscuro en tal madera. Su tumultuosa e inflamada mente cortó su paso de golpe y quedó inmóvil, divagante y pensante fue atrapado por su intrigante inconsciente… Reflexionó lo que eran elucubraciones… dibujó en sí mismo desconcertantes palabras…

«¿Se suponía que esta fuera la maldita solución? Ahora que lo pienso, debí intentar arreglar el desastre de alguna otra manera… siempre termino inconforme. Solo repito y repito la única historia que conozco. Si tan solo pudiera volar… desaparecer del incomodo sentimiento que siempre he apresado en mi… quisiera dejar de respirar aquel pestífero y solitario dogma».

Benjiro de verdad sentía una presión que, por ningún motivo del mundo, podía dejar evidente; su debilidad no significaba exactamente ser débil, por el contrario: significaba que la única manera de reconocerse a sí mismo era mediante la culpa. Siempre se culpaba por todo lo que sucedía a su alrededor. Dicha afición se escondía en sus sombras… atormentado y perseguido era por la nociva sensación de malestar… de absoluta agonía y de intensa soledad.

Cualquier ser de valentía que lo viera reacio entre los ojos, con algo de dificultad, podría ver la realidad que esconde esa supuesta seriedad y frialdad que predomina en su pecho. Nadie se atrevería a preguntarle las oraciones más profundas e intrigantes, pues el miedo se apodera primero de quien cae al agua del pánico sin fundamentos… ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? Ahora bien, son interrogantes existenciales, pero básicas para un ser capaz de razonar… la dificultad yacería en la peligrosa inestabilidad de a quien van dirigidas.

—Pronto he de morir… ¿renaceré acaso? —se le escapó el suspiro de un pensamiento.
—¡¿Qué dices, Benjiro?!

Por primera vez, Benjiro había cambiado su típica expresión. Él sabía a la perfección quien estaba a sus espaldas, la imprevista aparición de él, realmente lo asustó, pero no por ser quien es, más bien por lo que había dicho. Benjiro no tenía idea de que responderle en ese momento, sus divagaciones llegaron a perturbarlo tanto que, sin querer, dijo una de ellas en voz alta; la situación le resultaba lamentable. Su pequeña daga escurría el líquido rojo por su encurtida y empapada manga. El asombro expuesto en su mirada no debía ser revelado ante ninguna circunstancia, y menos por su semejante. Lo que resonaba en su mente, aparte de la evidente y pronta respuesta que tendría que dar, era el inquietante e inexplicable fallo que cometió en ese instante… bajar la guarida era uno de los peores errores que se podían cometer. Antes de responderle, Benjiro concibió una serie de relativos pensamientos… Después de todo, nunca tendría la osadía de confundir la voz de su propio semejante.

«¡¿Cómo es posible que no me haya percatado de su obvia presencia?! ¿Acaso me vigilaba?, no le veo ninguna gracia. ¡Odio tener que dar explicaciones!, aun así, es mí culpa. Debo dejar de pensar en exceso. ¡Terminaré perjudicando a Rodinia si me distraigo de estúpida manera, jamás me perdonaría un descuido que ponga en peligro a Radamés…! Tengo que ser más precavido, claramente todo se desenfrenó a causa del extraño ser de las pupilas rojas. Aunque quiero pensar que solo es un mal invento de aquellos cobardes. Por suerte, atrás mío hay una intratable persona mucho peor que cualquier bestia que conozca… pues no existe ni existirá nadie más peligroso que él… podría haber sido peor… que aburrido… solo es mi semejante».

—¡No debes preguntar cosas que no quieres escuchar! —mientras suspiraba a brevedad, dijo Benjiro a su semejante—. ¡¿Acaso no ves lo que yo veo?! Pobres almas que mueren tristes y en amargura… no tienen el derecho divino de renacer… pero… ¿acaso nosotros lo tenemos?
—¡Benjiro! —levantando su enfurecido tono, se pronunció su semejante—. ¡No te atrevas a olvidar nuestra promesa!
—¡Jamás la olvidaría! ¡¿Por quién me tomas, Sanjiro?! ¡Mi determinación sigue intacta!
—Ya sabes lo que pasará si la llegas a perder… ¡No te atrevas a dudar de ella!

Los dos nobles de la guerra se toman muy enserio sus emblemas. Nadie se puede interponer en los deseos de aquellos que sintieron el inhumano terror de las llamas del vacío… ese calor infernal puede dejar estragos sumamente taumatúrgicos en quienes lo experimentan… dichos privilegios condujeron a Benjiro y a Sanjiro, a ser los portadores más peligrosos de la versión más oscurecida del linaje que llevan en sus venas. Ellos arriesgarían su vida si es necesario, no por nada la determinación que acarrean sus puños es del todo terrible y orgullosa.

Dicho lo anterior, nadie puede obliterar su pasado, ni siquiera Radamés se atrevería a intentar negar lo que son y lo que siempre serán… fríos seres engullidos en la peor de las bestialidades humanas. No existe, ni considerarían jamás, un ápice de piedad que salve a sus objetivos de representar lo que reflejan: fichas de un mortal y simple tablero.

—Lo sabes, ¡¿verdad?! Últimamente muchos esclavos han muerto por el arduo trabajo que representa la reconstrucción del Hapux —susurro Sanjiro a Benjiro con un toque de malicia.
—¡Claro que lo sé! —respondió Benjiro quien se encontraba subiendo las escaleras.

—Entonces… ¿Por qué demonios desperdiciaste sus vidas? —él no podía creerlo.
—Lo siento, pero fue necesario lo que hice, pues una extraña sensación me invadió… por un momento sentí que esas personas serian un peligro. ¿No lo viste?, se atrevieron a entrar sin que nadie se los ordenara primero; entraron con los ojos vendados y, en ese momento, lo supe todo, supe que ellos ya habían superado el miedo. No hace falta ni que te siga explicando.
—Entiendo… un esclavo sin miedo es igual a un soldado con libertad… no serviría. Solo un completo idiota no se fijaría en el enorme riesgo que representaría la insubordinación de un grupo de civiles. Supongo que tomaste una buena decisión, Benjiro —aplaudió Sanjiro.

Los dos nobles siguieron subiendo las escaleras, mientras las grandes puertas empujaban los desparramados restos que obstruían la entrada. Entre ellos se resentía algún tipo de oscuro e inhóspito pasado que esconde aquel frenetismo; ambos poseen una aborrecible reciprocidad.

Las horas se desvanecían, la luz del cenit se redujo hasta el lejano afelio. Thea se encontraba en un hipnótico estado. Ella no podía dejar de ver ese horizonte desde lo más alto del castillo, grandes y frondosos eran aquellos árboles que memorizaba cada solitaria noche; los bosques, praderas, pueblos, casas y carreteras, provocaban paz en su inquieta y verde mirada.

Desde una de las lujosas habitaciones más altas del castillo, reflexionaba la estratega más leal de Radamés. Melancolizar su pasado a través de una delgada y reluciente ventana no parecía generarle laxitud… por lo que sus cuerdas pensaron en vivida voz:

—¿Me pregunto… cómo estará Evelyn? —viendo allende de su reflejo—. Quisiera ver qué esconden las montañas, los prados, los

bosques, los ríos o los desiertos… Debería encargarle a Fuseli que pinte ese paisaje, ese que nadie es capaz de presenciar con sensibilidad. Justo al frente de todos… pero siempre ignorado por todos… hasta que desaparece e hipócritamente por fin alguien se digna a recordarlo…

Thea ha experimentado de una extraña emoción, sensación que involucra sus augurios. Desde que ocurrió el debacle de Xeclios, ha sentido que algo saldrá terriblemente mal. El futuro que ella predice es oscuro, fulminante, borroso e incierto… Ese día sintió, con fatales estruendos, un martillo golpear al mundo. Símbolo de la total desvinculación con la moral; era el martillo de la culpa que cargan los humanos. El infierno que recayó después de eso, fue solo achacado a los menos privilegiados, y a pesar de tener el mismo linaje, no tienen los mismos derechos.

La desesperación vivida por los más cercanos con Xeclios, indiscutiblemente, tuvo resultados deleznables… el canibalismo es uno de ellos. El hambre es más fuerte que cualquier miedo, hasta la muerte pasa a segundo plano cuando de prioridades se tratan, y ante lo evidente, era el pronto accionar lo único que mantendría cuerdos a decenas de miles, quienes sufrieron la perdida de la gran ciudad. Xeclios Mantuvo, por generaciones enteras, el orden y la seguridad del primer siglo de la Era idílica, y tal vez ocultando el dolor que constituía mantener a flote del tal sistema idealista, o al menos esa era la hipótesis que sostenía Thea.

Ella sabe que la culpa la tiene Radamés, pues los imperdonables actos que cometió, llevaron al mundo idílico soñado por Jano, al deforme nido de maldad que es hoy en día… Desde el primigenio, el inquebrantable linaje ha sido portador de intrínsecas cualidades; son tan fuertes que diluyen por sus venas todo a su paso… y solo los que han visto lo que sucede y lo que ha sucedido durante años, décadas, siglos,

y tal vez milenios, al reverso del histórico tapiz, son testigos… la verdad se oculta tras los muros… pero pocos se atreven a razonar del origen.

Existe un particular dicho creado por antiguas y poderosas familias, proverbio que incluso se ha llegado a oír en bocas de semimuertos, abusados y degradados por la jerarquía. Representa el más de los terribles orgullos. La unidad aflige, ahoga y retrasa a quien de la libertad sondea, cuán si se tratase de un lobo solitario intentando encajar en ideales que no corresponden a su individual materia contingente, pero se estrellará con el hecho de que su materia ni suya es.

«Quien tenga la osadía de negar su linaje, jamás sentirá el dulce fervor de la victoria. No te atrevas a olvidarlo, siempre recuérdalo: si quienes yacen en la cima se hunden, nosotros solo de amortiguador serviremos. Lo primero será preservar nuestra impecable sangre… vive por su pigmento, no la pongas en duda… levanta tus pestañas, bebe de ella y jamás mires atrás».

Antes de su repentino cambio, la madre de Thea solía decirle lo siguiente:

«Si observas al pasado… te quemaras la retina».

Lo decía en un nostálgico tono desesperanzador, como si supiera algo que nunca debió saber. Furtivamente solía destrozar, desbaratar y revolver cada esquina, cada casa y cada habitación del gran territorio de Rodinia, en busca de lo que ella denominaba "la vieja puerta". Llegó a obtener valiosa información clasificada que, por tragedia, la conduciría directo a los tortuosos planes de los semejantes. Ella condujo, de forma indirecta, a su única hija a ser arrastrada del virgen cabello por las garras del sometimiento. Desde temprana edad, Thea fue la víctima de las desafortunadas decisiones de su madre, a eventualidad, sus causas

anteriores la llevaron a ser participe del principio del fin, y para ella, esa será para siempre su oxidada cadena.

La culpa carcome al ser desde lo más profundo del mismo, tanto es así que, ha aguantado un largo y tedioso periodo en equilibrio. El reflejo que ella ve en la ventana, no es otro más que el de su madre; siempre detiene sus intenciones cuando piensa en ella. Ha dejado desarrollar, por etapas, el atrofiado circulo de la culpa, que hasta parece que su lealtad al reino es legítima, y nadie más que Radamés puede sentir lo contrario… él sabe que los humanos pueden oprimir su rencor por mucho tiempo… pero también sabe que sin rencor no existe voluntad que sea capaz de aguantar su tictac, no al menos sin tener una redención que haya valido la pena.

Inesperadamente alguien golpeó la puerta de la habitación; parecía que iban a tumbarla, ese alarido de madera solo ponía en duda el estado mental del implorante, de seguro sucumbió a la locura aquel desesperado. La velocidad de los golpeteos transformó a celeridad el sereno corazón de la mujer, en un motor descarriado, descontrolado y transido.

—¡Thea, soy yo! —tenía la voz quebrada y angustiosa—. ¡Ábreme, te lo pido!

Sin dudarlo dos veces, se dirigió hacia la puerta y la abrió de par en par: ojos desorbitados, expresión empalidecida e indecible, portaba una venda ensangrentada en una de sus piernas, se notaba que no tenía fuerzas suficientes para mantener la razón… por tal, en cuanto Thea respondió al llamado, el hombre lamentable se desplomó en el acto cayendo en un profundo sueño en lo seco del frio suelo.

Thea quedó estupefacta, incluso la adrenalina le subió a la cabeza cuando se percató que era muy posible que alguien lo estuviera siguiendo o, dado a su estado, cazando. Inmediatamente se asomó por el borde de la puerta y confirmó todo lo contrario, pues al parecer nadie seguía las perturbadas pisadas de Fuseli.

¿Pero qué le ocurrió? ¿Cómo terminó Fuseli en su puerta? Se preguntaba Thea. Ella le dio primeros auxilios y lo dejó descansar en su habitación. Estaba ansiosa por saber qué rayos le había pasado, la duda en ella se expandía incluso al punto de querer despertarlo con una suave cachetada o, sin consideración, arrojándole agua helada… por suerte no sería tan insensata.

Las horas transcurrieron, la temperatura bajaba sin control ostensible. Ya era muy tarde en la madrugada, la luna se fue esfumando de aquella ventana. Por el denso ambiente de las nubes, se pronosticaba una llovizna en la mañana. Thea vio algo que le preocupó bastante, se trataba de su inesperado invitado; influían en él inquietantes y anormales reacciones; Fuseli revelaba en su profundo sueño un profundo estrés. Era notorio que se encontraba acorralado por una terrible pesadilla. El sudor salía de su frente como si estuviera a un par de segundos de caer en la boca de Uróboro: la serpiente eterna, leyenda que devora la infinitud del ser hasta agotar su existencia. Sus articulaciones se movían cual escorpión en la danza de la última batalla, la tensión en su cuello era brutalmente observable, como si alguien o algo, de alguna dimensión más allá de la tercera, intentara separar aquel cuerpo de aquella conciencia. Por consiguiente, Thea se daría cuenta que debía actuar de inmediato, era eso o la metafórica serpiente de la vida y de la muerte, solo dejaría sus pinturas en su nombre y se llevaría a Fuseli para siempre.

Ella lo agarró de los hombros y lo sacudió un par de veces mientras gritaba su nombre. Los lentos párpados de Fuseli, cual pesada y oxidada

sombrilla, paulatinamente se abrieron. Sus chicas pupilas sufrían de miosis, irritada tenía su esclerótica; un par de lágrimas salieron para alivianar esa resequedad ocular que le trastocaba. Al parecer no solo se trataba de un síntoma físico… sus lágrimas no pararon de salir por un buen rato… Esa madrugada Fuseli lloró como nunca antes lo había hecho.

«Los dos nobles de la guerra, Sanjiro y Benjiro, se encontraban conversando en lo que parecía ser un marchitado jardín en la planta baja de Rodinia, con un refinado conde. El tercer sujeto tenía un aspecto demoniaco, largos y finos guantes blancos, un traje negro indiscutiblemente costoso y un par de azules gemelos, de diamante puro, en los puños de su roja camisa. Nadie podría asegurar que tipo de conversación versaban, pero por la malévola presencia de aquel elegante hombre, de seguro no era una charla apta para los inocentes y para los ajenos».

Volviendo a la habitación de Thea, Fuseli ya había recobrado la compostura, su inconforme corazón lo llevo a tales extremos. Mientras permanecía sentado, levantó la cabeza y con total honestidad le dirigió algunas palabras de agradecimiento.

—No sé cómo expresártelo. ¡Pero de verdad, gracias, Thea!
—Estabas pidiendo ayuda, no me dejaste otra alternativa —ella volteó su rostro avergonzado al son que sus sonrojadas mejillas brillaban.
—Fue un horrible sueño, estaba seguro de que sería mi fin… pensé que moriría…
—¿Un sueño? ¡Casi mueres por la herida que tienes en la pierna y, a juzgar por el rastro de sangre en el pasillo, debiste perder mucha sangre!
—Thea se encontraba preocupada por los eventos que casi matan al pintor—. ¡Ahora dime! ¿Quién lo hizo?

—De verdad lo siento, yo ocasioné todo este desastre. Es probable que la herida se infectase y empezará a tener alucinaciones, pues sentía que algo me acechaba, que algo me perseguía y, de alguna manera, terminé en tu puerta.
—Pero responde a mi pregunta: ¿Quién te atacó y por qué?
—Es difícil de explicar… Todo empezó cuando me asignaste la tarea de retratar al causante de la masacre de El Lahun: el supuesto ser de pupilas rojas. Tuve problemas al momento de pintarlo, algo no cuadraba y empecé a dudar de mí mismo. Puede que haya sido un ataque de ansiedad, o mi cerebro empezó degenerarse rumbo a la locura… honestamente no sé qué me ocurrió —él no quería recordar aquellas desdichadas pinceladas—. ¡Yo… planeaba irme del castillo para verlo con mis propios ojos, tenía que hacerlo… tengo que hacerlo…!
—Fuseli… —Thea seguía muy desconcertada, la explicación del artista no fue muy concreta.

Los sucesos del pintor fueron explicados por él mismo y con mayor claridad. Con valentía le contó sobre su autoinfligida lesión, se dejó de rodeos y confesó el brutal descontrol que atacó su enardecido corazón. Le resulto difícil explicar dichos extraños sentimientos. Cual si fueran pequeñas y a su vez grandes burbujas, de algún gas nocivo, le exprimieron el ser de un modo casi inhumano sus trastornos obsesivos. Esa pintura lo arrodilló a la hipnótica locura. Al final solo salió de su estudio para tocar la puerta de la estratega, al parecer, deambuló por todo el castillo sin conseguir encontrar una salida alternativa a la principal. Le resultó hilarante a su introspección recordar su absurdo comportamiento y su desmedida manera lidiar con su yo.

Ella pudo entender algo muy particular, algo que no podría explicar a cabalidad, no hasta ver o sentir lo que él vivió… y eso tendría que cumplirse en un futuro dado. Sin dejar de lado los hechos que han ocurrido desde el inicio del declive, Thea yacía sedienta de respuestas,

pese a su confianza con Radamés, aun no logra conectar los hilos sutiles, y aun no lograba descifrar los matices que escondían los misterios no escritos. Algo no le parecía cuadrar, algo carente de sentido se reposaba en su ventana… cuanto menos su deber como estratega era impulsar una furtiva planeación en contra del culpable, o culpables, según el último discurso del rey.

—¡No te preocupes Fuseli, yo te creo! —le dijo Thea con total transparencia—, y vamos a solucionar esto ahora mismo, llévame a ver el retrato.
—Claro, pero esperemos que amanezca —el atolladero de saliva era una roca en su garganta.

«El escenario se trasladó, en simultaneo, hacia la cima del elevado castillo: el último nivel».

Daba la impresión de ser un lugar sin fin, como si las paredes y las puertas fueran algún tipo de ilusión, la realidad lucía desquiciante, la luz era tenue y bastante cálida, esa larga alfombra se notaba muy esponjada cual extraña almohada. En una tranquila caminata, sin determinada dirección, se encontraba el rey Radamés en un pasillo del castillo. Por su andar, era evidente que su itinerario permanecía vacío, más bien, parecía que tan solo daba un pequeño y solitario paseo antes del frio amanecer. La energía emanada por él, es de alguien que sufre del extremo aburrimiento, la pesadez cargada en su esqueleto haría dudar de su estado: es uno que le hace apretar la creatividad hasta abstraerse del mundo que le rodea. De un segundo, Radamés cortó su paso de golpe e improvisto su actuar, pues cayó al gomoso suelo. Por suerte, ese acolchado y delicado pasillo artificial, provocó que rebotara varias veces su cuerpo en el supuesto piso que, sin duda, no estaba hecho de duras baldosas. Al parecer, el rey no se encontraba aburrido en lo absoluto; tan solo tenía sueño… o desde un principio ya se encontraba dormido

per se. Por razones desconocidas, el rey padecía de un terrible sonambulismo, rara condición que, a la hora de la somnolencia, le juega su destino con frecuencia una mala pasada. Por suerte, su nombre tiene el poder necesario para recrear un enorme recinto donde su sonámbulo somático pueda andar con llana libertad. La solución es un poco excéntrica… pero para él… es la más divertida de las soluciones.

Radamés tenía una rara particularidad de encontrar en la actualidad… una que realmente no corresponde a la sensibilidad… se trataba del sentido del humor que apretaba su garganta, un sentimiento burlesco perteneciente a otros tiempos. La sátira más grande en la historia, para él, era el declive de Xeclios. Ver la frialdad tan arrogante de esa ciudad y ver su fatídico final, lo hizo pensar en lo gracioso que fue para el mundo sentir como, por primera vez, fueron las víctimas del caos los más privilegiados.

«La vida puede cambiar en cuestión de un simple chiste, nada se puede presenciar si no se visualizan todas las aristas que obliteren la sonrisa de unos en detrimento de otros».

Aquel pensamiento recurrente lo sentía palpitando en señales tronadoras, provenientes de sus inquietos puños. Su caracterizada burla insana, es desproporcional y terriblemente malévola. Se puede decir que su mente es como un cubo de Rubik cuyo final no representa una solución, pues todas sus caras carecen de algún color diferencial, todas son incoloras e inmovibles.

Hace siete años, el nombre perdido del comandante de la segunda división, le preguntaría en Lascelles y durante una informal cena en donde había un ambiente amistoso junto una familia importante de burgueses, lo siguiente: «*¿Qué sueñas cuando éstas sonámbulo*?»

La única respuesta ante esa singular pregunta, fue tan inquietante que el mismísimo rey dijo, poco tiempo después, no recordar haber dicho eso nunca. Las personas que presenciaron esa respuesta, aún recuerdan y cuentan, en confusos sentimientos, la forma de un ahogado nudo en sus entrañas; el insondable subconsciente de los expectantes martilleará para siempre. No olvidarán la misteriosa e indecible sonrisa replegada en su rostro cuando dijo lo que dijo…

—¡Cuando mueras lo sabrás… es muy gracioso! Si te lo dijera en este momento perdería la gracia, y la comedia que disfruto es la que no se dice —dijo Radamés en tal extraña, intrigante y muy oscura situación… y esa sustancia liquida negra no paraba de escurrir por sus manos.

«Volviendo al escenario en donde se encontraban los semejantes».

Ya habían terminado de realizar un pacto del cual, hasta la fecha, ni siquiera Radamés estaba enterado. ¿Cuán peligroso significaba dicho encuentro?, debido eso a que, durante la reunión, en todo momento permanecieron juntos. Era realmente extraño presenciar a los semejantes compartir de un pequeño espacio por mucho o poco tiempo. Incluso cuando el rey hace algún tipo de mitin u evento, ellos mantienen una distancia bastante notoria y peculiar. Como si no pudieran coexistir muy cerca uno del otro. Por eso mismo, resultaba extraño el hecho de que los dos nobles de la guerra, mantuvieran una compostura estoica en aquel anticuado lugar.

El hombre con aspecto demoniaco y elegante vestir, dejó en los semejantes una expresión de enorme inconformidad, y a su vez, de un ligero pero latoso miedo. La conversación del trio monstruoso de seguro no resultó ser como ellos lo deseaban. La apacibilidad se fisuraba.

Sobre el misterioso conde se conoce poco. Eran suaves pasos lastimeros que emanaban de su andar, pero no precisados por su ser, más bien, daba la triste sensación de fulminante muerte. ¿Qué personas tuvieron que toparse con tales macabras pisadas? De seguro acabaron en un deplorable estado agonizante, o de ser estratégicas, nunca se atrevieron a cruzar por la senda de la locura que se desprende furtiva de su mirada contagiosa. Si antes alguien se atrevió a retarlo, y arriesgarse a representar un obstáculo en su camino… inequívocamente no sabía en lo que pensaba, o… su alma llameaba lágrimas desesperadas… desorbitadas hacia la anti razón descomunal… hacia la vorágine caótica del vacío insoportable.

Benjiro y Sanjiro, se encontraban caminando en serenidad, por un llamativo sitio de aspecto antiguo y de extremo nostálgico. Había cientos de, o tal vez miles, estatuas de piedra y arcilla, incluso algunas de madera, metal y cobre. Otras tenían elementos costosos, quizás era marfil u hormigón. En medio una gran alfombra morada conducía a un viejo trono, atravesaba desde la entrada hasta el final de esa tétrica sala. El trono yacía en mal estado, sus finos acabados engullidos por el grueso y corrosivo deterioro, astillarían la espina de un gigante. Las estatuas poseían un impresionante detalle; de seguro quien las creó tuvo aquel raro don, ese que reluce de vez en vez, cuán mitológico cuento, al pasar los efímeros y longevos siglos… La mayoría se hallaban agrietadas, y otras trasmutaron en antiguas cenizas de lo que una vez fueron…

En cuanto al trono, se percibía algo oscuro, como si la luz no quisiera interferir con la rojiza madera que le caracterizaba. Era seguro que esa tonalidad no fue implantada por su carpintero ni por su diseñador; ¿qué tuvo que acontecer en este lugar para que terminara sepultado por su lamentable tiempo? Algo descansaba en tal trono, algo sin vida… la particularidad yacía en la parte baja del asiento. Debido a la poca

iluminación del entorno, no era posible dilucidar aquella incierta seguridad que demuestre la existencia de un final en aquel espaldar.

—Es realmente asqueroso… —dijo Sanjiro con total repulsión.
—Si lo detallas lo suficiente, parece que tuviera vida… —Benjiro se mofaba.

La brisa alrededor del castillo empezó a cambiar de forma drástica. Un gran torrencial cayó de golpe, la acústica emitida por los choques de gotas, al impactar con tal brusquedad en el frio suelo, y en sus puntiagudos techos, monopolizaba el sonido del área. Precisamente no era solo una lluvia que acobijaría la frontera de esas enormes paredes amatistas, por la rara dimensión que aquellas negras nubes aparentaban, con certeza a priori, se podría decir que el aguacero sacudiría al suelo y a sus cimientos, alrededor de por lo menos cinco kilómetros. El castillo celebraba el fenómeno natural que le bañaba de forma artificial, lineal y perfecta, el gran cubo trasparente y sus terminaciones anómalas y victorianas que se alzan en su interior.

La imagen sería desvelada gracias a un estrepitoso relámpago: esa descarga eléctrica también electrificó a Sanjiro y a Benjiro, aunque no literalmente. La poderosa luz iluminó el trono sin rincón que se escondiese de su naturaleza, la podredumbre que allí permanecía no era ni para menos un bonito espectáculo visual. En ese gran salón de viejas estatuas, los gruesos cristales eran una sucia reliquia, la dejadez era notoria, difícilmente un rayo solar podía atravesar esos paneles, e incluso el metal del marco encorazado estaba del todo asfixiado por la herrumbre. Por ende, aunque fuera por un corto lapso, resultaba impactante verlo todo con claridad… de seguro la gran tormenta contenía algo diferencial.

«El trono ostentaba de su rojizo color gracias a su pequeño y nauseabundo profanador: una masa cárnica bastante reluciente, pese a su obvio estado de catalepsia, respira sin órganos».

No era prudente intentar razonar ante semejante aberración. Qué motivos impulsaron a querer inmiscuirse en tal deprimente sitio… era un lugar de otro tiempo, esas paredes permanecieron perdidas y atrapadas, cual si fueran una gran tumba de añejas y borrosas historias. Benjiro y Sanjiro tenían en mente algo mucho más complejo de lo que aparentaban. Los semejantes se arrodillaron ante aquel tumulto inerte que dormía en aquel trono. El ensordecedor torrente de agua no permitía escuchar lo que estaban diciendo. ¿Acaso se trataba de un ritual? O tan solo querían dedicarle alguna inútil oración a la incompletitud de la insondable nada.

Estas fueron las únicas palabras que pudieron escabullirse de las garras tormentosas e insanas de la excitante sinfonía fluvial:

«Destino lúgubre… Ocultaron la suerte… Las alas del fin».

De alguna manera la lluvia se convirtió en una leve llovizna. Benjiro y Sanjiro se miraron el uno al otro, y asintieron con la cabeza una señal decisiva. Nuevamente atravesaron ese largo y morado camino rodeado de viejas y extrañas estatuas. Salieron de ese lugar como si nada, la entrada estaba escondida entre frondosa maleza, largas raíces espinadas funcionaban como una incómoda envoltura; como si fueran las antiguas ruinas de alguna recóndita civilización. La arquitectura, con prominencia, era diferente a la de Rodinia pese a residir en sus entrañas.

Las zonas conservadas del primigenio arcaico, se fusionan y se ven inyectadas por lo que se estandariza como valioso; son los modernos

acabados dictados por la sociedad plástica y por la sed estética, o esa mezcolanza de historia insinuaba un irrisorio recuerdo vengativo.

Otro particular sitio que ostentaba la dicha de no caerse pese a su arraigades, era esa chirriante puerta de madera, puerta que al parecer todo el mundo ignoraba… o nadie poseía la capacidad auditiva para escuchar esos aullidos crujientes carentes de humedad y de virtuosa ataraxia.

AFLICCIÓN

Pocas son las veces que un lobo te cruza la mirada con intenciones inocuas. Los ojos de quien no sabe observar solo están condenados al desorden y a la infinita penumbra. En muchas ocasiones lo mejor y lo necesario será dejar de fantasear con la supuesta moral, la veridicción jamás simbolizará, salvo a los improbables sobrevivientes del intrínseco final, un dignificante a los mortales cuyos deseos inagotables perdieron el instinto de cordura.

El cansancio destrozó la convicción de los primeros cinco. Transcurrieron veinte días y veinte noches desde su pactada partición. Hace cinco lunas, el renegado grupo de Varus emprendió su desquebrajado viaje hacia Rodinia. Los últimos trece portaban anticuadas armas, escudos de húmeda madera, ropas desgastadas y emparchadas. Sin importarles su apariencia, la moral de sus corazones seguía intacta. Es una noble unidad cuyos deseos de venganza, en el fondo, representan buenas y benevolentes intenciones, impulsadas según una contingente justicia.

Deducían los cálculos que los primeros cinco debieron haber llegado al reino hace un par de días; el clima ha interferido en el trayecto. La lluvia repentina y el despreciable calor, hicieron que el agotamiento fuera mucho más severo de lo que tenían previsto. Ya se lograban ver los grandes muros amatistas, ese destello violeta imponía un poder abismal. Aun así, la sensación de paz era innegable. Relativamente están a solo un par de horas de toparse con la gran puerta de ébano. Las nulas bajas aliadas solo serán posibles gracias a la suerte, una muy gentil.

Evelyn no pudo evitar detenerse y observar fijamente al occidente; sus ojos estaban al borde de soltar un rio de esperanza. Por fin se encontraba ahí, tan cerca de su tierra natal, ese punto de partida al cual ella le tenía tanto apego emocional, el sentimiento de un posible reencuentro con su familia le causaba una inmensa felicidad. Pese a su positivista e incrédula actitud, no dejaba de pensar en aquello que le dijo Karl en su tienda, el pesimismo la acosaba de lejos.

«El mar se detuvo».

Lo que ella más temía era la veracidad en tales palabras. ¿Qué pasaría si fuera verdad? Evelyn meditaba en un silencio angustioso la posibilidad de que esa afirmación les hubiera afectado de lleno, después de todo, los costeros se sustentan por la pesca. Los bellos recuerdos vividos en ese hermoso litoral, no eran precisamente pocos, esa villa la vio crecer, su familia siempre estuvo presente, ya sea para consolarla en los momentos más inoportunos, o abrazarla en los mejores, e incluso tenían una pequeña y reconfortante granja de conejos saltarines.

—Karl, lo siento… hasta aquí podré acompañarlos, primero debo despedirme de mi familia, pero… ¡Prometo que los alcanzaré antes que llegue el grupo de Varus!

Todos se detuvieron junto a ella, las palabras de Karl saldrían de impulso para evitar dejarla ir sola, no sin antes establecer contacto visual con Keb, esperando su necesaria aprobación.

No había pasado demasiado tiempo desde la primera vez que él experimento empatía por otro ser, esto lo llenaba de terribles conflictos internos que eran mejor que allí se quedasen. Keb había hecho un progreso importante, esta vez no se precipitaría a ser engullido por la oscuridad de sus contradicciones. No extraviaría el rumbo de sus

acciones, y se dispondría a resignarse, a comportarse como un ser cuya experiencia ha sido aprendida y no desperdiciada.

—Todos iremos… deberíamos tomarnos un pequeño descanso, al fin y al cabo, aún quedan diez días para que se cumplan los treinta pactados… nos sobra el tiempo… —pocas veces se materializaba esa luz de racionalidad pura en esas pupilas escarlata.

Friedrich, Karl, Evelyn e incluso el Imperium, quedaron impactados al oír esas palabras, sin duda esto provocó en sus corazones un sosiego pasmoso… por fin tranquilizaran sus pulsos; la misteriosa cordura de quien los lideraba, al parecer, no es del todo irracional.

—¡Es por esta dirección! —Evelyn sonreía, ella redireccionó sus sensibles manos hacia un elevado prado en forma de montaña.

«Los primeros cinco tomarán un breve desvío antes de llegar a Rodinia. Paulatinamente el vigor regresó a sus huesos, el ambiente lo hacía rebozar, pues el orbe del cielo era hermoso».

Esa tranquilidad se rompió de nuevo, en solo cuestión de segundos… al parecer no era nada grave, pero aun así causó un circunstancial pánico las palabras de Keb, quien frenó de golpe su paso, ensancho sus pupilas por el camino que conducía al reino y dijo con seguridad:

—Esperen… alguien viene por esa dirección a gran velocidad. A juzgar por sus latidos, no es ninguna amenaza.
—No logro ver a nadie… ¿Por qué crees que no es una amenaza? Me parece peligroso esperar a que nos vea, deberíamos ocultarnos —Friedrich sonaba nervioso.
—Impresionante… ¿acaso puedes oír sus latidos pese a la gran distancia?, apenas puedo ver como una pequeña silueta se asoma en mi

rango de visión —Karl no estaba seguro si aquello era una silueta humana o simplemente era la delgada rama de algún árbol.
—Parece que acaba de pasar por algo traumático… puedo oler como el miedo le carcome su interior —Keb seguía insistiendo que esa persona era inofensiva.
—¡La veo! Su llegada es inminente, no creo que podamos escondernos a estas alturas —la valiente mujer del grupo colocó su palma en la empuñadura de su flamígera espada.

Ya se veía lo que se acercaba por el camino, Karl dio un paso al frente para confirmar lo que sus ojos presenciaban.

—¿Acaso es…? —se reincorporo a la senda y dijo con asombro y felicidad—. ¡Es… es un buen amigo… el gran Ed!

Era el comerciante de aquella tienda situada a las afueras de El Lahun, por lo visto, presenció de primera mano algo que lo impulsó a correr como si un depredador lo estuviera cazando. Los primeros cinco esperaron a que llegase… la intriga les hizo arriesgarlo todo, pues si el amigo de Karl resultaba ser alguien peligroso, tendrían que silenciarlo sin piedad.

En cuestión de uno o dos minutos, Ed había llegado, la capucha negra que siempre llevaba consigo le seguía tapando el rostro. Al parecer ni siquiera se había percatado de la presencia de Karl y los demás. Solo unos pasos más de distancia le bastaban para toparse de lleno con los primeros cinco.

—¡Ed! ¡Si no miras al frente, resultaras lastimado! —a todo pulmón, la voz de Karl frenó en seco su agitada marcha, por milagro escuchó esas palabras.

Su mirada estaba pegada al suelo, completamente decaída, como si no existiera nada más que valiera la pena voltear a ver. Alrededor de él todo era borroso y carente de color… Ed había sucumbido a un abatimiento desmesurado. Lo que experimentó de seguro le causó un grave dolor. Un dolor que solo él podía detectar; la sensibilidad que sentía el ser de pupilas escarlata le estaba martirizando de alguna manera.

Ed subió su cabeza al cielo, sus párpados seguían decaídos y sus ojos delirantes… Fijamente observó esas blancas y esponjosas nubes, casi parecía que eran comestibles. Sus sentidos no cayeron por completo; logró enfocar su mirada en Karl. Vio al frente y pudo sentir las miradas que lo asediaban. Era obvio que acababa de pasar por algo perturbador. Su mente no fue tan débil como para desmayarse en ese momento. El miedo aun lo mantenía despierto y muy a la defensiva, su inestabilidad era capaz de cometer perjurio a su relativa moral.

—Ed… dime que te sucedió… —Karl necesitaba respuestas o el pánico se le apoderaría.
—Todos… todos murieron…
—¡¿Qué… qué dices?! —se le hizo un nudo en la garganta, el pánico que sentía precisamente lo relacionaba con sus dos hijos… si algo les llegase a pasar… Karl no lo soportaría.

La capucha de Ed cayó por su nuca, por fin se podía ver la aspereza de su rostro empalidecido, cuanto menos, a pesar de su agudez el marrón de sus ojos retomó algo de tinte, pues el gris que le intento tapar la vista se fue borrando junto a sus rápidos parpadeos.

Ed aun procesaba lo ocurrido, por su canosa barba se podría deducir que las reacciones de su trauma eran exageradas, pero en este fragmentado mundo era lo más natural; probablemente se trataba de la primera vez en su vida que presenció la fría muerte respirándole al

cuello. Su tienda no se encontraba con exactitud dentro de aquel pueblo, la ciudad de plata conocida por algunos, o El Lahun de manera oficial. Para él no eran las fronteras… eran las personas que conoció por más de veinte largos años. Trágico, pues la mayoría de sus allegados, conocidos o amigos, no salieron con vida, pues devorados fueron para siempre por las estrechas y sucias callejuelas. Para colmo, el gran reino los recibió con la ejecución absoluta en las infames entradas: como hizo Ed, algunos presenciaron lo ocurrido en tales puertas, despavoridamente corrieron hacia todas las direcciones… los sobrevivientes ya eran historia para este punto.

Sorprendente que la cordura de Ed se equilibró por la delgada línea de la lucidez, y por suerte se dio cuenta de lo que allí acontecía. Sus adormecidos ojos se enfocaron, con desaire, hacia esas rojas e insanas pupilas. Sus palabras fueron secas, serias, trágicas y amargas.

—¡Tú… maldito! ¡¿Eres esa descerebrada y monstruosa alimaña de la que todos hablaban?!

La tensión generada por ese vocablo fue descomunal. La sonrisa de Keb destrozó y hundió por completo cualquier atisbo de racionalidad. Ed dio un paso apuntando directo al cuello de Keb; se encontraba a nada de explotar en ese momento… esa sonrisa no era tolerable para él, no después de lo soportado. Su expresión estaba decidida, y aunque no habitaba la hostilidad en su accionar, era como si quisiera golpearlo con su profunda mirada. ¿Acaso le recriminaba todo lo ocurrido? Incluso, Keb apretó los dientes fuertemente después de observar sin tapujos como sin palabras ponían en juicio su designio. Sería preocupante que, de nuevo, Keb dijera o hiciera de dicha escena un mar de sangre u odio perpetuo. La profusa pugna de miradas tal especulación inducia que, a favor de perdurar, alguien debía desarmar la bomba que mutaba.

—Esto es muy… muy aburrido —suspiró súbitas palabras que salieron de aquellos malsanos e inciertos pulmones, al menos amortiguaron el sentir de ambos, pues Keb le habló al viento.

Karl no permitiría que esto escalara a más, por ende, decidió ponerse en medio de la tensión y abrir su corazón de peculiar manera:

—Ed, mírame a los ojos. Ruego que calmes esos oscuros deseos de venganza y nos escuches.

Después de decir eso, Karl abrió los brazos de par en par y le dio un fuerte abrazo a Ed, esa fraternidad fue tan cálida que sintió, cuán ajuga de coser haciendo de las suyas, una punzada en el corazón… El dolor se materializo en gruesas y a la vez livianas gotas lagrimales, secas y húmedas, felices y tristes, eufóricas y disfóricas. Finalmente, Ed logró explotar… de formas honestas en tal sensible ocasión.

Lo que sucedió después de este improvisto fue, ni más ni menos, el dialogo por parte de Karl, Evelyn, Friedrich y el Imperium; dirigido hacia el famoso comerciante de aquella tienda a las afueras de El Lahun.

Mientras ellos le explicaban el necesario contexto propio de lo que había ocurrido durante los últimos meses; desde que Friedrich se topó con Keb en la ciudad de abajo, hasta el actual rumbo al occidente. Al son de la conversación, caminaban con Evelyn a la cabeza, y Keb a un costado sin decir ni una palabra, rumbo al litoral.

Por una lógica estratégica, no le dijeron en detalle lo pactado en el bosque de los renegados, ya que lo primero era asegurar que Ed no sería ninguna amenaza para el plan. Por eso dejaron que hablara sobre lo ocurrido en el reino, el porqué de sus palabras y de su latente pánico…

«Todos murieron».

Lo explicó a cabalidad, se trataba de una grave acusación. Todos se detuvieron en la cima de aquel prado montañoso. Pudo decirlo con naturalidad, pues las cadenas que arrastraba fueron quebradas gracias al anterior rio salado abrazado por una gran brisa apaciguadora. El choque de emociones golpeó a los primeros cinco: Evelyn no podía creer lo que escuchaba, era muy descabellado para ser cierto… Por su parte, Karl no dudaba en lo que su amigo afirmó, al fin y al cabo, ya era consciente de las cosas que el reino era capaz, no por nada aún recuerda el fuego ahogante de aquella estaca roja. Friedrich era el más escéptico en todo esto, pensaba que debía existir una explicación lógica, pues le resultaba imposible creer que el reino actuó de esa atroz manera, nada parecía tener sentido para él; las palabras que subrayó fueron las de Keb en aquella insondable oscuridad. El Imperium recordó el aura maligna que le torturó aquella noche eclipsada. Atípicamente Keb prefirió no pensar en ello… de igual forma no necesitaba saber nada de nada… lo que tiene planeado es por lejos mucho peor. Ed termino con la voz quebrada, exiliado de por vida al mundo de la desconfianza y de lo absurdo.

Prosiguieron su desvío, el litoral se apreciaba desde ese elevado punto, era cuestión de tiempo para que Evelyn pudiera liberar la preocupación que le martillaba. Se veían las casas costeras caducas y desoladas… el mar… al parecer era cierto… yacía completamente estático; no hay nada que se le asemejase, era como si, de alguna singular manera, se hubiera solidificado. A simple vista se concluían dos cosas: tuvo que acontecer algo extraordinario para que aquel e improbable fenómeno sucediera y, sea cual sea la razón, el planeta fue condenado a perecer.

—Es como… un gigantesco espejo en el medio de la compleja nada —opinó Friedrich.

Descendieron con cautela. La mente es un pequeño y a la vez gigantesco sitio, repleto hasta el indescifrable infinito, las perspectivas pueden variar según a quien le preguntes. Son solo opiniones… frases que despiertan ecos de incertidumbre. El asombro es subjetivo, ¿o acaso amerita una clasificación universal? El hecho es que la aclamada verdad nunca hizo parte de la realidad intrínseca de las cosas. No hay motivos donde no hay deseos, por eso es mejor no entrometerse en los caminos de la conciencia individual.

Es, sin dudas, el grupo más disparejo. Todos piensan en cosas distintas; se siguen sus pisadas por consolar sus ambiciones, mas no por la lucha de una misma. En este momento solo tenían una tarea en común, a excepción de Ed, quien por cierto aún dudaba de su valía.

Acompañaran a Evelyn a su tierra natal. Donde el mar la vio nacer, donde el viento le sirvió de abrigo, donde el sol fue su alimento y la luna su aposento.

Karl alivió su intranquilidad al saber que sus hijos de seguro estaban bien, ya que Lascelles aun yace fuera del foco. A pesar de la nueva conmoción que significaba el genocidio ocurrido en el reino, él sabía que no había manera de evitar lo que el destino escribirá cuando llegue aquel ansiado día. Friedrich necesitaba drenarse de todas las respuestas, su retorcida presión lo arrinconaba hacia una desconexión del mundo que le contemplaba. El Imperium tenía sed de venganza, y pensaba una y otra vez, en aquella posible escena de estrangulamiento severo propinada por sus grises manos al Jano de su mente. Ed perdió, para siempre, el propósito de su existir. Evelyn era quien peor lo pasaba, se tornaba tan ansiosa e impaciente que empezó a tener recurrentes episodios de mareo.

Finalmente ya habían llegado, y la imagen no era nada favorable. Las pequeñas edificaciones se encontraban en deplorables condiciones: las grietas de los muros, los techos disparejos y las huertas, carecían de vida, los corrales emitían una peste indescriptible, no se escuchaba ni una sola pisada, ni una sola risa y ni un solo lloro. Los indicios daban como culpable a un posible terremoto que sacudió todo el litoral, y en cuanto a las personas… aún no se puede concluir lo que ocurrió con ellas. Evelyn ignoró por completo las viviendas de sus vecinos y no despegó la mirada de su antigua morada. Los prudentes sintieron la innata necesidad de detenerla; ya intuían y casi que sabían que nada bueno acaecería, y aunque no hubiera pruebas de ello, solo un mal observador tendría fe al esperar que detrás de esa semiabierta puerta de madera se encontraría su familia sana y salva. Por desdicha nadie fue capaz de frenarla.

Las pulsaciones de Evelyn empezaron a elevarse en desenfreno, tanto sudor dejó sus palmas lisas y temblorosas; colocó las manos en la puerta de la casa y la empujo hacia adentro, era una terrible rigidez, como si fuera una gran roca en medio del camino, y a pesar de no haber nada obstruyendo la misma, sintió una exagerada pesadez… obvio era que esa liviana y frágil entrada no era la que se asemejaba a un bloque de hierro, se trataba más bien de su interior ente somático, pues su misma conciencia le quería evitar lo que fuera que viese allí dentro.

Sin más dilación abrió la puerta de par en par y vio a su familia abrazada, de pie y esperándola a ella, todos estaban sonriendo, no habían cambiado prácticamente nada. Su madre le habló, le contó sobre la felicidad que sentían en dicho momento, pues poder verla de nuevo en casa, era lo que más deseaban. Su padre fue a la cocina y exclamó enérgicamente: «¡Pueden pasar a la mesa, la comida está lista!». Su hermana mayor y sus dos hermanos menores, fueron a darle un cálido abrazo de bienvenida, de verdad estaban felices. El sol penetraba las

delgadas cortinas de la sala e iluminaba con su calidez toda la casa. También tenían una mascota, era un pequeño felino montés, bostezaba como si la noche anterior no hubiera podido dormir, se acercó a Evelyn y frotó su suave pelaje con su pierna, acto seguido, y con delicadez, saltó y se acostó en una de las sillas donde la luz del sol más chocaba. Su hermana y su madre fueron a la mesa para acomodarla y arreglarla un poco, el padre llevó los platos, sus dos hermanos fueron corriendo a sentarse, jugaban entre ellos con una pequeña pelota bajo el mantel. La unión de aquella familia era formidable. Una vez todos tomaron asiento, vieron a Evelyn allí parada en la entrada, la vieron con apacibilidad y le sonrieron. Y su hermana dijo en voz alta:

—¡Evelyn, cierra la puerta, la brisa del mar espantará a Veritas! —refiriéndose al felino.

El sonido del mar… el mar se encontraba un poco agitado. Cantaban los pelicanos, gaviotas y gorriones, tales frecuencias cargaban consigo el significante de la palabra vida…

—¡Evelyn! —su familia voceó en sincronía y en bucle emergían galimatías.

Cuentan y aseguran los más sabios, la inigualable paz que pueden llegar a sentir los oídos de quien escuche con atención las ondulaciones marinas. Las emociones explotaron a la inversa en tal vil y tenue ocasión.

—¡Evelyn! —en repetidas ocasiones, Evelyn pudo escuchar y sentir la lejana voz de quien se encontraba tocándole el hombro en ese momento… se trataba del comandante Karl.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la cruda realidad… tendría que afrontarla tarde o temprano. Sus sentidos la engañaban, no con perfidia, pero si con honesta piedad, al fin y al cabo, un mecanismo de autodefensa innato en el ser, es la imaginación. El choque de realidad atravesó, muy agresivamente, todas sus emociones internas. Evelyn no quería verlo, pero fue gracias al llamado preocupado de Karl que pudo quitarse el velo que le obstruía la verdad.

Las telarañas escondían las paredes, las ventanas se hallaban quebradas, la oscuridad se había apoderado por completo de aquella casa… los muebles, cuadros, estanterías, puertas u otros objetos, ya eran cosa del pasado. La mesa donde solían cenar, ahora pertenecía a una trágica escena; desde la entrada hasta el rincón más oscuro se extendía una mancha en forma de rio; sus colores obedecían a un poroso y mohoso caoba, madera húmeda y rechinante. Al enfocar su triste mirada, observó a Veritas bajo el comedor, el gato montés tenía la cola esponjada y las pupilas rectas y delgadas, yacía despedazando los restos de su hermano… le ensartaba la carne con sus filosas garras y colmillos… de tajo en tajo… el felino lo devoraba con desdén.

Evelyn intentó tragarse sus sentimientos por unos minutos, ella necesitaba saber qué ocurrió en profundidad, y adentrarse de lleno en su hogar era lo único que podía hacer en un momento como ese. Su cara de horror no desapareció. Caminó un par de pasos solo para darse cuenta que la mancha en el suelo no era producto de la vieja madera, pues sus suelas ahora pintaban sus pisadas. La valiente Evelyn no aguantó, por fin se veían caer lagrimas por sus blancas y suaves mejillas. Inspeccionó todo con celeridad, las habitaciones parecían estar vacías, salvo una de ellas que, de no ser por esa sombra, no se había percatado lo que esperaban sus ojos por ver. Una carta que adrede fue colocada en medio de una pequeña mesa. Pero no era dicha carta blanca lo que precisamente le asombró. Lo que vio fue tan impactante que no tuvo

otra opción más que agarrar esa carta como pudiera y correr hacia la salida… Su hiperventilación llegó a niveles mortales, las lágrimas no parecían tener fin… una vez afuera cayó al suelo arenoso, Karl no logró detener su caída… todo sucedió demasiado rápido… Lo último que Evelyn escuchó, fue a su familia decir su nombre a la par que lo decían Karl, Friedrich y Keb.

Seis días y seis noches transcurrieron después del suceso. Evelyn cedió al desmayo durante aquel determinado tiempo. Cuando despertó, se encontró con la grata sorpresa de un ambiente cálido y sereno. Nadie puede asegurar con perspicacia el motivo que mantuvo a Evelyn en tan profundo y etéreo estado de somnolencia. Había cómodos muebles de telas cuyas costuras pertenecían a la más alta de las jerarquías.

«¿Qué me ocurrió? Lo último que recuerdo es… aquel estático horizonte sin final». Pensó Evelyn observando las suaves llamas provenientes de una chimenea de roca.

—¡Evelyn! Qué bueno que despertaste —Friedrich le dio la grata bienvenida a la realidad.
—¿Cómo llegue hasta aquí? ¿Qué sucedió?
—¿Acaso… no lo recuerdas? Te desmayaste… después de todo debió ser muy duro para ti.
—Entonces… mi familia está… muerta… ¿me equivoco?
—Realmente lo siento, Evelyn.

La frialdad que Evelyn empleó para referirse a la tragedia que presencio, fue tan desoladora que incluso Keb decidió salir un momento a respirar. No obstante, daba la impresión por su hinchado rostro, que durante todo aquel tiempo de sueño, lloró sin cesar. La determinación de Evelyn fue suficiente… de no ser por tal cualidad, era probable que jamás

hubiera podido despertar del coma. Ella se sentó en la cama y procedió a exigir comida casi a gritos.

Friedrich llamó a Karl para informar el estado de Evelyn, eran buenas noticias, despertó seis días después del suceso en el litoral. Cuando él entro a la cabaña, no pudo evitar sonreír de alegría. El tema ahora giraba en explicarle a detalle qué fue lo que ocurrió y en donde estaban refugiados, el cómo llegaron a dicho lugar era clave para pactar lo que en días acaecerá.

Karl tomó asiento e inicio la charla con franqueza. Friedrich salió de la pequeña cabaña para hablar con Keb, quien se encontraba profundamente aislado, pero no en lo externo de si, pues él tenía siempre compañía, pero no dijo ni una sola palabra durante los seis días, salvo en una breve ocasión que involucra su bonancible y actual estadía. El Imperium prefirió no interferir con los portadores del oscuro linaje. Ed mantuvo su mente ocupada cocinando a unos metros de la entrada trasera, en una gran fogata de vieja leña y quemada caldera.

Evelyn escuchó al son que suspiraba trágicos, lamentables e indigeribles ecos de desaliento.

—Ese día, todos supimos desde un principio que nada saldría bien… ¿acaso no viste el estado deplorable que carcomía esas casas? Cuando abriste esa puerta… fue como si dejaras de ser tu misma. Lo que sentiste… lo comprendo. Creo que no hace falta recordarte lo que percibiste en aquella desolada villa costera. No me quiero enrollar, el caso es que estuvimos llamándote, no queríamos entrometernos del todo, pues tal vez hubieras reaccionado con arbitrariedad. Todo ocurrió muy rápido, saliste corriendo muy agitada… muy asustada, intenté detenerte, pero no pude hacerlo y por mi culpa caíste al suelo y te golpeaste la cabeza. Después de eso, tan solo perdiste la conciencia.

Llevabas una carta sumamente arrugada en tu cerrado puño… pero no te preocupes, no la leímos. Por razones obvias nos adentramos a tu casa, al menos queríamos entenderlo todo con claridad… lastimosamente no llegamos a ninguna conclusión, admito que la escena era espeluznante. Una vez salimos, te cargamos y nos dirigimos hacia el camino de nuevo. Por suerte, Ed conocía este sitio, de no ser por él, estaríamos a la deriva. Es solo una pequeña cabaña entre el bosque; estamos a unos pocos minutos del reino, casi se podría decir que hoy mismo podríamos infiltrarnos; reconozco que eso sería muy arriesgado, hacerlo sin un plan, supongo que se llamaría suicidio. Por cierto, deje la carta sobre esa mesa.

Evelyn mantuvo su mirada en los ardientes trozos de leña que armonizaban el ambiente. Fue una decisión rápida y severa. Le dijo a Karl, con la convicción decidida a superar y saber lo que le sucedió a su familia, que leyera aquella carta sin tapujos, ni objeciones y en voz alta.

Karl no quería hacerlo… pero respetó su peligrosa decisión, así que, leyó la carta al pie de la letra y no paro hasta terminarla… el fuego siguió devorando la madera de esa elegante y rara chimenea… Evelyn escuchaba la voz de su padre en todo momento e imaginó gráficamente lo escrito por él… aquel blanco, pero percudido papel era similar a una llama cuya luz carece de fuerza, una que entre más lucha por no extinguirse… más rápido lo hará.

«Querida Evelyn».

Si estas leyendo esta carta… lo siento… observaste la inmensa cobardía de tu patético padre, no tengo la suficiente autoridad para decirlo… pero nuevamente… lo siento, perdóname, no soy ni seré objeto del perdón por lo que hice… no me reproches… tú nos abandonaste…

Todo empezó una fatídica mañana, fue como si todos olvidáramos el sonido del mar. Un gran estruendo golpeó nuestra tierra, pensé que era el fin del mundo, pero, por infortunio, solo era el fin de nuestra frágil cordura. El aire empezó a contradecir nuestra razón, pues no entiendo que fue lo que nos arrebató el oxígeno: por buena o mala suerte, no del todo, pero lo suficiente para provocar el terrible malestar de la familia, de los vecinos e incluso de los animales. Los animales… ese fue el primer problema… tuvimos que sacrificar la granja de conejos para alimentarnos, pero cuando agotamos ese preciado recurso, empezamos a perder de vista los sentidos. Claro que antes de la amargura, intentamos pescar como lo hacíamos desde antaño, intentamos cazar, incluso intentamos comernos a Veritas… Nos estábamos convirtiendo en seres cuya naturaleza no está escrita… Nada funcionaba, era como si los animales del océano hubieran desaparecido, o los animales del bosque no existieran. La violencia del silencio nos llevó a la hostilidad, el mar no quería responder nuestras plegarias, ¿y realmente valía la pena seguir sobreviviendo? Nada tenía sentido, ¿por qué tuvo que pasar?

Poco tiempo después, fuimos a ver como estaban los vecinos… tu hermana, tu madre y yo, estábamos preparados para invadir la privacidad de las otras familias, y entrar sin permiso y aprovechar sus cuerpos antes que se pudrieran. Lastimosamente ya se habían asesinado entre ellos, no quedaba nada… Recurrimos a la desesperación y empezamos a beber el agua salada que reposaba tranquilamente a nuestros pies… esa fue, tal vez, la peor decisión, a raíz de eso, caímos en un espiral de extrema debilidad, ya era muy tarde para intentar dirigirnos al castillo y pedir ayuda… hubiera sido un suicidio pretender hacerlo.

No entiendo nada… ¿En qué momento murieron los dos pequeños? ¿Por qué nadie se fijó en su inquieta quietud? Tu madre enloqueció

después de eso, intenté calmarla, pero nada servía, su mente estaba llena de gusanos, y creo que vi uno pequeño asomarse por una de sus orejas.

Las noches frías no cesaron. Veritas es el único que puede alimentarse… es injusto… solo se aprovecha de nuestra debilidad, pues lastimosamente no logramos detenerlo; se escabulle por toda la casa esperando a que cerremos los ojos para masticar a mis hijos… Lamento que no pude atraparlo… me perdí el grato manjar de un insolente traidor.

De alguna manera tu madre convenció a tu hermana de hacer una vil locura. Por algún motivo esa mujer se empeña en culparme por todo, dice que perdí el control… pero no lo creo… no tiene sentido, soy el único que mantiene algo de cordura. Incluso sugerí aprovechar la comida que teníamos a nuestra disposición… ellas se negaron, me atacaron y cortaron mis tendones, yacían pálidas y locas… Ese día no pude detenerlas… salieron de la casa, vi lo que hicieron… Evelyn, si lees esto… no mires el horizonte del mar… creo que ellas observaron por mucho tiempo la insólita realidad… Caminaron hasta desaparecer, el agua las devoró por completo, ¿acaso encontraron algo allí abajo que amerite el no retorno? Esa fue la última vez que pude verlas, no lo soporto más, realmente las extraño… ¿Dónde estás, Evelyn?

Estoy solo, ya no queda nadie más… ¿Por qué he de seguir viviendo? Las alucinaciones ya no me permiten diferenciar lo que es y lo que no es… evolucionaron en desenfreno.

Ahora que lo pienso… ellas hicieron lo correcto, lo que me salvará. Voy a ponerle freno a este penoso acto de supervivencia… Me remuerde las entrañas morir colgado por la soga de la ignorancia… anhelo verlas del otro lado, aunque sé que es fantasía desearlo.

«Adiós… espero que estes bien, navegando en algún lejano mar, mi querida hija… Evelyn».

Con dichas palabras terminaría la peculiar carta. Sus lágrimas dejaron de sentir dolor, seguían saliendo, pero eran frías y secas, cual espina clavada en una inerte fiarme. Su rencor empezó a brotar, las pequeñas raíces se convirtieron en gruesos y mortíferos tallos. En su rostro, ella expresaba en la profundidad de su iris, un odio que solo era comparable al emanado por Keb.

Lo que experimento Evelyn en aquella habitación, era el reflejo de la desesperación misma; quien decide quitarse la vida es el representante máximo de la suprema valentía. El sacrificio de su familia significaba la ruptura de la confianza misma, su furia correspondía a la venganza no premeditada, algo que por lo usual no trae buenos resultados… pero más vale, en pro de su cordura, que desahogue su fuerza en contra de los causantes. Tal vez sea sensato empezar por su rey, pues su negligencia también representaba una severa culpabilidad de los efectos, y al igual para quien o quienes orquestaron el fatal declive en aquella ocasión, y ante los ojos de ella, nada que no sea la sangre de sus entrañas escurriendo en su filo, aliviará sus lamentos.

La conducta transformó emociones en actos de proporciones grotescas, e intenciones ocultas gobiernan las acciones del individuo. La sevicia atrapó a los seres victimarios cuyas víctimas reprocharan su inmensa locura en agrias e impávidas venganzas. No solo los primeros cinco, ni los últimos trece, alardearan de la cruda historia que les fue asignada, pues también nacerán nuevas venas proclamando su reivindicación cuando las resistencias de poderes colisionen.

Ed abrió la puerta, consigo llevaba dos platos de comida caliente, se acomodó en una de las sillas de madera junto a Karl y Evelyn, y comieron con el insoportable silencio asechándoles.

Afuera de la cabaña, una conversación erizaba con repelús los suaves tricomas de ácidos y a su vez hermosos y coloridos botánicos. Friedrich y Keb charlaban a la misma altura, un poco extraño para ser considerado natural, pero en aquella ocasión si era algo propio del momento. El filósofo era el único que comprendía las alienadas ideas del incomprendido vástago.

—Cuando pisemos las puertas del reino, ¿tienes algún plan? —Friedrich sostuvo el contacto visual una firmeza desafiante.
—Eres un gusano bastante extraordinario… de alguna manera saliste del mismo agujero que me observó despertar, y ahora tienes la osadía de retarme, de superarte —a pesar de las duras palabras de Keb, se notaba que se sentía orgulloso de Friedrich.
—No me malinterpretes… quiero decir, deberíamos tener un plan.
—¿Un plan? ¡Lo tengo desde el principio!
—No es muy sensato lanzarse en la boca del lobo sin saber tan siquiera como escapar de ella.
—¡No vamos a escapar! Además… sería extremadamente aburrido pisar tu sombra.
—Bueno… al menos puedo decir que lo intente.
—¡Escucha… los débiles morirán! ¡Como debe ser! Es mejor no interferir con el destino, te aseguro que intentarlo es un despropósito, es un absurdo.

Friedrich no quería intentar convencer a nadie de nada, tampoco entendía muy bien a que se refería Keb, ¿acaso era una alegoría? Era claro que su postura iba en contra del pensamiento irracional, por eso Friedrich lanzó la siguiente pregunta sin miedo al abismo que significaba

lidiar con la mente que absorbía la luz por la estrechez de aquellas pupilas disonantes.

—¿El destino te dijo que asesinaras? ¿Acaso el destino te puso en Xeclios? ¿O es que siempre vas a pensar en tal falacia? El destino es solo una superstición de lo que puede, y a su vez, lo que no puede ser —se deducía su tonalidad pugnaz, en especial por la continua y repulsiva fijación de aquel diminuto granero—. La causalidad solo surge de causas yuxtapuestas, surge como una consecuencia lógica de eventos previos, es una cadena ininterrumpida de causas.

Lo que miraba Friedrich era el reflejo del mundo en su actual caos; atrás de ese granero había ocurrido lo de siempre… el bucle de la muerte era abundante, y pese a sus días en silencio, Keb actuó amoral y sereno. Parece que su franca visión no es aliada de frágiles doctrinas.

«¿No lamentas nada?». Friedrich cavilaba los acontecimientos de los últimos seis días.

Después del episodio que Evelyn sufrió, los primeros cinco siguieron a Ed por su propia y afortunada sugerencia, y dijo conocer un lugar seguro, un lugar que palpable yacía cerca del reino: se trataba de una cabaña donde habitaban algunos detestables campesinos, y por suerte, eran personas que nadie toleraba. Rondaban rumores que aseguraban la excéntrica dieta de sus residentes, decían que quien entrara en esa aislada cabaña, sería completamente sometido a prácticas canibalescas. El reino nunca se involucraría en los problemas de convivencia de los habitantes externos. Y, a pesar del avanzado desarrollo, la época permite, sin excepciones, el consumo de cualquier especie. Incluso antes del declive ya existían dementes; en parte fue signo de una libertad desmedida, cuando empezó la Era idílica también empezaron las ideas libertarias a desorbitar el mundo a conceptos extremistas. Jano se dio cuenta de la

negativa respuesta que tiene la mente humana cuando se le oprime, por ende, la libertad propia es un derecho universal. Aun así, no es correcto pensar que Jano tenía todas las respuestas, él pensó en un mundo libre de crimen, libre de miedo, libre de culpas… obvio era que sería un mundo ridículamente utópico que trastocaría, hasta la espina, sus más profundos y anhelados sueños. Desafortunadamente, Jano pudo ver el abismo cuando ya era demasiado tarde para apreciar su insondable retorno. Los juicios, los robos, los asesinatos… nada de eso desapareció tras el inicio de la Era idílica, la intrínseca barbarie humana seguía envolviendo el sentir del linaje hasta su decrepitud. Inclusive el reino perpetuaba juicios inhumanos, rigorosos, crueles y, en lo que se sabe, sin argumentos que superasen al poder individual. Un caso similar ya ocurrió hace trece años… solo con la palabra, solo con su presencia, solo con su imponente mirada, un prestigioso conde logró condenar a una familia al indolente padecimiento del inferno.

Pero Keb no arriesgaría la misión, por eso decidió manchar sus hormigueantes manos… Las personas que vivían en esa remota casa se convirtieron en abono para las plantas. Los demás no pudieron detenerlo, su velocidad no les permitió hacerlo. Esto en gran medida les afectó, sintieron que al menos debían darles un juicio razonable a tales personas, pues por el color del líquido, compartían la sangre… ¿Fueron los rumores una excusa para la ejecución? O tan solo el extraño ser de pupilas escarlata no quería tener que lidiar, de nuevo, con otros dilemas.

«Lo lamento». Su deprimida voz se pronunció con ello durante la pasada masacre.

Antecediendo el intenso alegato que Friedrich expresaba, Keb no parecía mostrar una postura alarmante, en contradicción se notaba imperturbable. Él respondió impasible y calmado:

—Escucha… alguien tenía que hacerlo… ¡Yo lo hice, y lo volvería hacer! ¿Aun no te quitas la venda? Tan solo recuerda en lo que dije sobre el porqué de mi silencio.
—Pero, si no quieres relacionarte con los humanos… ¿Por qué lamentaste lo que hiciste con esa familia? —mencionó Friedrich mientras señalaba el granero.
—¡No… no lo entiendes! Me lamentaba a mí mismo… Por un segundo casi me detengo, casi pongo en duda mi voluntad… por eso me lamentaba.
—Recuerdo que me dijiste que dudara sobre lo que parecía saber… ¡Lo hice!, y ahora estoy aquí, a pocos pasos del reino… a pocos pasos de arriesgar mi vida por la verdad.
—Te voy a decir algo que no le he dicho a nadie… Tuve un terrible sueño en El Lahun, un sueño que representa mi voluntad, y no voy a renunciar a ella… los métodos son solo eso, no puedo dudar, o el sueño tan solo será una maldita pesadilla que me destruirá, me perseguirá.

De nuevo se repetía la incertidumbre proveniente del subconsciente de Friedrich. Otro paso lo acababa de alejar de Keb, uno que, con certeza, parecía inalcanzable. Su violenta jaqueca lo atacó, retornó, regresó del vacío que siempre ha sentido, ese que lo mantiene en una eterna e inestable vigila… Aquel vacío se prolongaba atado a una causa que no lograba comprender, era proverbial, complejo y contradictorio… su moral seguía desmembrándose nocivamente.

—¿Un sueño?
—Se trataba de un recuerdo.
—¿Recordaste algo en un sueño?
—La primera vez que desperté… aun siento la oscuridad de las calles susurrándome.
—Creo que no logro comprender.

—Ya deberías entenderlo… ¿acaso no saliste del mismo lugar?, ahora que lo pienso… ¿quién demonios eres? —Keb posicionó su mirada asesina en los ojos del filósofo.
—¿A qué viene esa pregunta?
—¿Cómo lograste salir de ese lugar? Cuando te topaste conmigo no parecías estar afectado en lo absoluto… todos los humanos enloquecieron… menos tú… ¿Cómo es eso posible?
—No estoy seguro… pero debe existir alguna explicación lógica.
—De seguro no lo recuerdas… —las pupilas de Keb empezaron a desconfiar de Friedrich.
—¡Claro que lo recuerdo todo!, aun no olvido la sensación que emanabas en las pestilentes y aberrantes calles de Xeclios, y en varias ocasiones estuve a nada de perder la conciencia.
—Pero, acaso, ¿recuerdas como sobreviviste? Yo camine por mucho… mucho tiempo, casi podría decir que ningún humano sería capaz de soportar de aquella profundidad. La cordura de los sobrevivientes se desdobló hacia rumbos descomunales… eran bestias malditas.
—No recuerdo que transcurriera demasiado tiempo… pero si tienes razón en algo… ¡no logro recordar el momento en que la luz se apagó!, es como si nunca hubiera estado encendida en primer lugar… De hecho, cuando salí de Xeclios, tuve la vaga sensación de que era la primera vez que sentía el calor del sol golpeando mi seco rostro…
—Tuve la misma sensación… la incómoda ceguera…
—Fue como si descubriera la luz… tampoco recordaba los colores, ¿acaso toda mi vida se construyó incolora? —la expresión de Friedrich se mezclaba con melancolía.
—Eres el único que puede abogar por mi experiencia… nadie más pudo soportar la oscuridad.

La perspectiva de Friedrich y Keb se fusionaron en un frenesí de emociones. En el interior del filósofo un sentimiento timorato le asediaba. Pero ahora tenía otra duda que resolver, una que lo involucra

con inclemencia. ¿Cómo consiguió sobrevivir al declive? La ciudad de abajo es equiparable al final de la vida en su máximo esplendor…

—En conclusión, somos los únicos sobrevivientes de Xeclios, solo nosotros…
—Al parecer sí que lo son… cuando descendí por aquel empinado valle casi pierdo la cabeza, si hubiera permanecido mucho tiempo en la ciudad de abajo… temo que aun seguiría perdido en su profunda oscuridad —interrumpió Karl.
—Karl, eres un comandante, ¿qué sucedió realmente con Xeclios? —dijo Friedrich.
—Ya te lo dije, nadie lo sabe… fue demasiado repentino… solo ustedes son testigos.
—¿Y qué crees que fue?
—No tengo idea… pero es claro que no fue algo proveniente de este mundo. Xeclios era el principal motor de nuestro linaje. Quien condenó a Xeclios con diez mil metros… condenó a toda la humanidad. Escuche que a falta de alimentos ya no quedan territorios pacíficos en todo el orbe, y a raíz del declive, el linaje empezó a desaparecer, a desvanecerse de la historia.
—También debe tener relación con lo del mar, ¿no lo crees?
—En efecto. Lo planearon a la perfección, el mar, la ciudad de abajo, es como si alguien o algo intentara que, en esta última masa de tierra, nosotros mismos nos exterminemos.
—Lo que paso en El Lahun es una prueba de ello… las personas se alimentaron de cadáveres, pero ello solo fue causa del declive de Xeclios, ¿de qué otras formas hubiesen sobrevivido?
—Es verdad… y además los animales se ausentaron, su carne ya no era una opción.
—El rey… Radamés debe estar involucrado.

—No tengo dudas, pues durante su discurso habló sobre "ellos", refiriéndose a los culpables. Con seguridad él sabe lo que ocurrió, y parece que tiene planeado algún tipo de venganza.
—Mañana, durante el amanecer, asediaremos el castillo —intervino Keb.

La conversación concluyó con un sentimiento inextricable. Todo se desencadenaba rápido e imprevisto; las causalidades se pusieron en marcha… El viento no servirá para empujar del deforme navío, pues solo queda confiar en la incontrolable adrenalina de sus tripulantes.

Empezó a llover robusta ceniza. Quizás se trataba de algún incendio forestal, tal vez las nubes empezaron a incendiarse, o tan solo se maquilaron los moldes trascendentales que han ideado los metafísicos y desorientados idealistas. Tal ocultismo, generado por la abundante neblina, fortificó a los grandes muros, y a los interminables vítreos hexagonales, con una delgada capa de ceniza que al cabo del tiempo se transformará en una gruesa manta de componentes inertes y tóxicos; todo ello se originó solo gracias a unas condiciones materiales específicas, de orden inmanentes e históricas, no de orden esotéricas ni fantásticas. La realidad siempre angustiante es, y despojarse de la mente es doloroso en cuanto se piensa en la unidad del todo, pues creer que el individuo es sujeto único, es creer que las espinas solo están allí por su propia voluntad.

UN ASEDIO ARQUIMEDIANO

Heme aquí… justo en frente de las puertas… justo al frente del fin. Es increíble como nos atrevimos a venir sin ningún plan… Este grupo no llegará muy lejos y menos si continuamos pensando que todo saldrá bien. Ahora dependeremos de la inexistente suerte. No es algo demasiado grato creer que, por arte de magia, no seremos ejecutados nada más entrar… la inmensidad de este sitio me abruma. ¿Cuántos años se necesitaron para poder construir semejante monstruo? Dicen que el territorio de Rodinia siempre ha existido, ¡pero no lo creo!, nada puede tan solo emerger de la nada. Me recuerda al mito de las tres torres, se especulaban los años que deben tener… nadie recuerda quien las construyo… ni el porqué, y al parecer, son más longevas que la civilización actual. ¿Siempre fueron un monumento?, de seguro perdieron el propósito de ser. Mi teoría es que fueron construidas solo para probarle al mundo que tal hazaña era posible… rebasar las nubes y encarar al cielo. No hay nada más humano que el sentimiento de superioridad, el sentimiento que asecha al maestro empírico.

—El suelo yace encurtido en ceniza, y ese olor, es asqueroso, no lo soporto —interrumpió los pensamientos Friedrich, con su seria voz y su perturbada expresión, Evelyn la pelirroja.
—Ed, ¿fue aquí donde ocurrió la masacre? —Karl preguntó.
—Si, de seguro ya limpiaron los cuerpos. Ese bastardo vestía una toga blanca…

—¿Hablas de Sanjiro? ¿Por qué lo haría? Se supone que somos el ultimo linaje… ¿Por qué atacaría a su misma gente?
—Karl, escucho algo del otro lado… creo que alguien te ha identificado —dijo Evelyn.
—¡Ya era hora… no cargo esta pesada y abrazadora armadura oscura solo por gusto!

¡Lo que faltaba…! Es como si alguien nos empujara directo a las garras de una bestia… las puertas se empiezan a mover… se abren. ¿Acaso nos invitaron a un festín…? Por infortunio nosotros seremos el postre. Ojalá piensen que somos prisioneros de Karl… ¿qué podría llegar a suceder si así no fuera? Algo muy malo ocurrirá si nos topamos con la persona equivocada.

—¡Deja de pensar, Friedrich! ¡Concéntrate… si sigues deambulando en tu mente… solo serás un maldito estorbo! —Keb notó su despiste y le traería devuelta de su ahogada angustia.

Cual verdugo escondiendo su identidad para esquivar futuras venganzas, una máscara cubría la cabeza de Keb. Dicha negra bolsa de cuero que envolvía su rostro, daba un confuso repelús, y con franqueza, no ver que ser se escondía ahí detrás, quien de por sí ya emanaba un trágico y terrorífico aura a su alrededor, era similar a estar completamente engullido por la oscuridad, esperando con ansiedad a que un demonio proveniente del miedo te empiece a despedazar.

—Por fin podré vengarme del maldito Jano, la muerte no puede esperarle… mis antepasados lo agradecerían… esas larvas tendrán su merecido —sentía el Imperium el deseo vengativo.
—De aquí en adelante eres libre de hacer lo que te plazca, tan solo no oses de interferir en el camino de estos débiles insectos, pues de igual forma pronto han de morir.

—¿Jano?, él murió ya hace mucho tiempo… —acertó Friedrich.
—¿Qué dijiste?
—¡Lo siento, pero tendrás que pensar en otro objetivo…! En la actualidad es Radamés quien yace en el trono, es quien al mundo gobierna, él es…
—¡No es posible…! Pensaba que… estaba seguro que era inmortal.
—¿Inmortal? —intervino Keb.
—Mi especie fue derrotada ya hace un siglo. Mis ancestros fueron aniquilados por una brutal guerra que durante un milenio perduró… se le conoció como «*la guerra de los diez eclipses*».
—¿Una guerra de mil años? —Karl interrumpió al Imperium.
—Un tiempo poco creíble… La historia cuenta que un soldado humano logró sobrevivir, por extraño que suene, en todas las batallas. Se hablaba de él como a una leyenda viva, el ultimo sobreviviente, Jano. Y ese era el seudónimo que cargaba en su espalda. La demostración que replegaba su nombre resultaba casi mitológica, pues se trataba del único humano inmortal, y nadie consiguió derrotarlo en mil años… ¿pero ahora me dices que murió en su propia era?
—No tiene sentido… ya se especulaba que debió sobrepasar los cien años, ¿pero… mil?, es una total locura… los frágiles humanos a duras penas sobrepasan los cincuenta años, él murió ya hace trece años… ¡¿E incluso dices que era un soldado?! Nunca lo vi blandir una espada.
—¡No es el momento de hablar de la historia, las puertas se abren…! —dijo Evelyn.

La intensa luz del interior del castillo transmitía una ceguera temporal… se visualizaban dos siluetas en lo alto, y los escalones relucían. A simple vista se podría confirmar la impecable apariencia del reino. Además, la ceniza de los alrededores del muro dejaba entre ver que, con certeza, algún tipo de techo transparente recubría a Rodinia y a su amatista territorio. Protege un invisible manto su cielo cual si se tratase de una enorme cúpula.

La sinestesia permitía oler los envolventes colores, ver el sonido de un pequeño caudal, sentir una descomunal calidez. A pesar del apacible ambiente, la distorsión dispersada por Keb era recalcitrante… como si su voluntad empapara los alrededores del castillo con una envoltura de pestilente y envenenada carne. Las rodillas de Ed empezaron a temblar, su inexperiencia frente a situaciones similares lo condujeron directo al desmayo. Friedrich presenció la misma emoción que sintió en la ciudad de abajo; su corazón quería explotar en la llama del frenesí.

Al final de los escalones se encontraban dos sombras. Una de ellas cargaba un gran maletín y portaba en su cabeza un peculiar sombrero emplumado. La otra se trataba de una mujer, lo que era obvio por el cuidado capul en su frente, el largo de su cabello y sus pronunciadas y delicadas curvas. Tal aproximación hizo temblar de incertidumbre a los primeros cinco.

—¿Mil años? No puedo… no puedo creerlo… —las rodillas de Friedrich frenaron al suelo.

La moral se acababa de quebrantar en los más humanos… la revelación que el corpulento y longevo Imperium había soltado, alteraba el orden natural que gobernaba sus paradigmáticos y duros cascos de materia encefálica. La realidad puede ser alterada si se borra el pasado de la misma… Jano logró esconder una línea divisoria de otros tiempos, y creó un linaje carente de razón, carente de duda. ¿Es que pretendía que las primitivas cuestiones, nunca por el bucle, por el eterno retorno, fueran desafiadas de nuevo? El deseo, la angustia demostró lo contrario; y tan solo tres generaciones se necesitaron para el retorno evolutivo del ser que se considera pensante, del que categoriza ontologías… la revolución del débil a marcar territorio a pasos agigantados soñaba, dilucidaba… al final cada ápice de información será crucial, estratégico.

El primero en avanzar fue el comandante de la tercera división, Karl. Al cabo de los segundos, las difusas siluetas que se acercaban desde arriba, empezaron a notarse con vehemencia. Las características de ellos se aclararon… Karl observó de quienes se trataba y, de alguna manera, supo que ellos no pertenecían a ese lugar, supo de su probable insurgencia y sonrió a levedad.

—¡Qué bueno que regresaste, Karl! —la voz de Thea retumbó el aire del pasillo inclinado.
—Thea, capturé a un grupo de traidores —dijo al unisonó que los primeros cinco subían los costosos escalones y las dos siluetas bajaban de ellos.

Cuando Evelyn escuchó la voz de Thea su cuerpo se electrificó, eran fuertes los deseos que le palpitaban el pecho… le impulsaban a brindarle su empatía… a darle un caluroso abrazo.

Una vez se toparon cara a cara, en el centro de la noble escalinata, lo que sucedió fue algo de orden inesperado, de orden lamentable, de orden cínico y de elíptica ansiedad.

—¡Evelyn! —Thea frunció el ceño y procedió a cachetearla… sus ojos se tornaron aguados y brillosos—. ¿Por… por qué…?
—¡¿Pero… qué te sucede?! —su expresión entristecida denotaba desconcierto.
—¡¿Por qué regresaste?! —sus lágrimas empezaron a derrumbarse—, sabes lo que sucederá si alguien se entera que sigues con vida… no solo te quemarán viva por traición… también destruirán el bosque… además…

—¡Es… es él…! —el pintor que la acompañaba puso la tensión sobre la escena de formas indecibles al señalar con osadía, pese a su mascara, a Keb.
—…además no es un buen momento.
—¿No me oyes?, ¡es quien retraté en la pintura…! —intervino Fuseli mientras se sostenía de milagro; sus rodillas fluctuaban, su frente se derretía y sus manos casi se desprendían.
—¡¿Qué dices…?! ¿Cómo lo puedes saber? Tiene una maldita bolsa en la cabeza…
—¡No es una bolsa! ¡Es una máscara negra… y me costó mucho trabajo hacerla! —Friedrich no estaba de acuerdo con la descripción de la improvisada prenda que había creado.

Los escalones de pulcra piedra drenaban un líquido espeso… era tan negro que no reflejaba ni un poco de luz en su interior. Desde lo más alto caía a montones, el rio artificial de materia desconocida tenía un singular aroma… indescriptible… Friedrich y Keb percibieron algo de molestia… esa nostalgia les hacía recordar el hedor desprendido en la ciudad de abajo. Las finas y simétricas talladuras de los escalones se fueron ocultando entre la oscura y densa masa liquida que embudaba un barril de proporciones incongruentes… Al parecer alguien derramó, adrede o por equivocación, aquella sustancia. En lo alto, un delgado hombre con un laurel de intensas espinas en su frente, veía como se desbordaba, entre lamentos, aquel preciado elixir; y sus ojos denotaban un miedo estrafalario… El hombre parecía, en contradicción, estar listo para perecer ante su equivocación. Su enloquecida expresión fue borrada de su rostro en un instante; no reflexionó ni un segundo, parecía un autómata. Con una afilada roca que escondía en sus impuros ropajes, se atrevió y sin respeto por su propio juicio, a cortarse la garganta de tajo… el hombre rodó por los escalones a toda marcha… su retorcido cuerpo fue frenado por los pies de Keb, quien veía en lucidez como, cual agujero negro, la roja sangre del hombre desaparecía

de la vista al ser contactada por la negra sustancia, su cuello cortado lloraba…

La furia de Keb desequilibró la mente de los débiles; su enorme odio lo automutilaba.

—¡Keb…! ¡Tus manos… sangran…! —Friedrich se preocupaba por su camarada.
—¿Keb…? —la voz de Fuseli quería desfallecer no sin antes confirmar su teoría.

Por razones obvias debían avanzar; alguien vendría a limpiar el desastre, y sería catastrófico que en un lugar como ese fueran atacados por la furia del reino; después de todo, no hay lugar para esconderse ni muros para cubrirse. Karl actuó rápido y empuño su verde y colosal espada con una determinación fría y plausible.

—O nos llevas a un lugar seguro en este momento, o terminaras acompañando a este esclavo en el pegajoso suelo —el comandante apuntó su espada directo al cuello de Thea.
—¡No es necesario usar la violencia, Karl! —habló la mujer de blanca piel y de roja cabellera.
—¡¿Qué no es necesario?! O te mueves ahora mismo o te rebanare la maldita garganta…
—¡Detente! ¡Ella no es nuestra enemiga…! —Evelyn saco su flamígera espada y la empuño dirigiéndola, con tenacidad en sus venas, hacia el tercer comandante del ejército real.

Un par de jóvenes soldados veían, con despreocupación, todo el espectáculo. En la parte oeste del castillo, en una pequeña e imperceptible habitación, se encontraban los vigilantes. Usando un desajustado catalejo, se turnaban para teorizar los motivos de tal

discusión… Llevan toda su vida encerrados en un aburrido cuadrado… rara vez pueden espectar escenas tan divertidas como esas. El despropósito del dúo de soldados los llevó al morbo y a la ineptitud, a querer ser jueces y no juristas… es un hecho que no moverán ni un dedo hasta la máxima necesidad.

—¿Deberíamos interferir? —se preguntó uno de los dos vigilantes.
—Ni lo sueñes. Se trata de Karl y Thea… una disputa de tal nivel no se ve todos los días.
—Tienes razón… No nos alimentan lo suficiente para interferir… ellos deberían ser capaces de lidiar con sus propios problemas. Un comandante y la mejor estratega…
—Además, el estúpido esclavo derramó el «*Velheli*». No debemos entrometernos en eso.
—Aunque, no fue tan estúpido, tomó una buena elección al suicidarse —se burló el soldado.

Keb se percató que alguien los observaba a lo lejos. Decidió, con palabras, demostrarles quien lideraba el grupo, quien elegía que debían hacer y como debían actuar.

—Andando, nos asechan a una distancia considerable… Karl, baja tu espada. Tú —señaló a Thea—, no interfieras… veo que tu interior fue triturado por la culpa. ¿Entregarás la vida de los que yacen aquí presentes? —se quitó la máscara de su rostro—, ¿o cooperaras?

Thea y Fuseli lo intuían a la perfección, si en ese preciso instante no movían sus electrificados esqueletos… morirían por las garras de una bestia mucho más peligrosa que cualquier llama combustionada entre risas y entre astilladas estacas de corrupta y ensangrentada madera.

Las escalinatas fueron conmovidas por los pasos de los nuevos moradores del castillo. Thea no mencionó una sola palabra más, sus pisadas conmemoraban un nuevo encuentro que daría lugar en una de las apartadas salas junto a un gran comedor; exactamente arriba a la izquierda de la emblemática plaza central. Un sitio en la primera planta de Rodinia. Arquitectura amplia y geométrica, de seguro fue diseñada para recibir y permitir el paso de cualquier especie que no posea características antropomorfas, pues allí un gigante se sentiría pequeño e intimidado.

En el centro de la plaza, una reluciente estatua de bronce provocaría devoción si no fuera por su extraño significado. Las palabras enmarcadas con agresivas y puntiagudas letras, justo en un mohoso pedestal de antigua piedra, dejaban claro el egocéntrico linaje que gobierna los altos y los bajos del mundo. La forma de aquella estatua puede, a excepción del ignorante de anatomía, hacerte sentir superior si cumples del factor primordial; uno que debe ser heredado solo por los periodos evolutivos que, desde las perdidas eras primigenias, han labrado la gran supervivencia en extremos improbables y eventuales. El fin causal de una especie dependerá de su habilidad para transmutar las perfectas ideas en ideas aún más perfectas e inalcanzables.

«El arma de las armas, la mente de las mentes, la sangre de las sangres, el dios de los dioses, el material más valioso… de sublimidad indubitable. Es menester su preservación, jamás se podrá comparar a nada simulado… solo el linaje se vanagloriará de su saber».

Arriba del soporte prismático formado por el zócalo, el dado y su cornisa. Trona inmaculada e indiferente los vértices imperfectos y laberinticos de la formación orgánica del órgano más trascendental e irrepetible. Ese que ha soportado más de los conflictos internos que externos. Ese que, pese a los obstáculos, siempre sospechara del atajo.

Ese que condujo y conducirá al ser humano rumbo al vórtice entrópico. Ese que habita en los sitios externos al entendimiento, afuera de nuestro control, y lejos de este mundo… Son cuatro lóbulos que componen su masa cárnica e intangibles, pero no deterministas, rayos de luz y sombras de oscuridad chocan en su interior, ordenando dualismos inexistentes, creados por el miedo materialista de la unidad. El cerebro no detendrá sus insaciables deseos, esos que ruegan en el inconsciente a estirar la mano hacia lugares inestimables, esos que fuerzan su naturaleza contingente y adaptativa al borde del colapso. Y si no es capaz de seguir por el trazo nauseabundo y trágico del superyó, capaz será de infringirse dolor a sí mismo, por todos los sentires y por todas las aristas.

—¿Ya casi llegamos? No aguanto las piernas… Ed pesa mucho y yo no estoy en forma.
—Aguanta un poco, no te quejes ahora, Friedrich. Después de aquí no habrá descansos.
—Supongo que tienes razón, los huesos dolerán al final… —le respondió a Evelyn.
—Solo me ausenté un par de meses… ¿A dónde fueron todos, Thea? —de reojo dijo Karl.
—La mayoría fueron enviados al norte, trabajan en la reconstrucción del Hapux. Desconozco el paradero de los soldados, pero sé que el rey envió a un gran número de ellos a una misión de carácter confidencial, y con Eros a la cabeza… tal vez lleguen en cualquier momento.
—¿Y Sanjiro?
—¿Sanjiro? ¿Por qué preguntas? Como es habitual, de seguro deambula en alguna parte de Rodinia. Sabes cómo es… parece que nunca tiene nada que hacer.
—¿Eso es todo?
—Algunos soldados se niegan a salir de sus casas, temen que sean saqueados o incluso…

—¿Incluso qué?
—Últimamente hay muchos desaparecidos… el Blytheae se escapó hace poco y pues…
—¿Y nadie ha hecho nada para detenerlo?
—Perdón te interrumpo, Karl, pero… ¿a qué se refieren?
—Se trata de la mascota de Radamés, un animal terrible y salvaje. Si lo ven, procuren no hacerlo fijamente a sus ojos. Es del tamaño de un gigante, pero es tan ágil como un Cercope…
—Vaya, es irónico, pues me recuerda la descripción de otro animal salvaje que no tolera las miradas —Friedrich volteó a ver a Keb, y Keb prefirió hacer de cuenta que nunca le escucho.
—¡Llegamos, es por aquí! —dijo Thea.
—Parece un lugar seguro para planear la entrada de Varus y su grupo —murmulló Evelyn.
—Solo queda un día para que empecemos con el festín —Keb sostenía una macabra sonrisa.

La sala ostenta de cuadros cuyos paisajes no corresponden a nada que se haya visto. Lúgubre, opaco, sillas empuntadas y negras, el arco de la entrada tiene figuras extrañas; son caracteres propios de la realeza… los visitantes quedaron maravillados ante tal estrafalaria sala. No hay motivos para no aprovechar la estadía; por ende, los primeros cinco y sus tres acompañantes, tomaron asiento y procedieron a observar en silencio su alrededor. A nada de empezar con el dialogo que detonará en futuras decisiones, en destinos cruzados y destinos alterados… todos atravesados por las leyes de la causalidad, las leyes de la materialidad y las leyes de la lógica.

Los cuadros en las repisas retratan en su interior, lo que parecen ser, los escenarios propios a la Rodinia de otras épocas, desde su excéntrica entrada hasta en lugares que solo se han visto contemplados por los lideres de la jerarquía. Uno destaca más que otros: su cielo es opaco y

robusto, tiene pequeñas siluetas devorándose unas a otras en la base de la pintura; en el centro, en el pináculo de una antigua torre, una cabeza incrustada en el pico de plomo, gotea sangre y empapa una rota ventana de bisagras triangulares y de oscuros interiores. El artista detalló con tenacidad lo que su imaginación veía, o sus ojos aguantaron de una disparatada realidad.

—Esa pintura… dicen que es una profecía… —dijo Fuseli señalándola con los ojos.
—¿Dónde escuchaste semejante locura? —en tono burlón la estratega dudó.
—Bueno… es un hecho que el escenario que retrató el desconocido artista, salió de su mente, él o ella vio el futuro… nunca hemos visto que eso suceda, y menos en la habitación del rey.
—Esta pintura retrata como era Rodinia antes de la Era idílica. Antes de que hubiera un orden, existía solo un desmesurado caos. Es obvio, si observas con atención, el material del pináculo hace parte de otros tiempos, y lo digo por sus colores, pues es ese el pigmento de la madera.
—Puede que tengas razón, supongo que cada quien tendrá una teoría diferente y subjetiva.
—¡Basta de charlas y de mediocres fantasías! —se interpuso el ser de las pupilas escarlata.

Keb, Friedrich, Karl, el Imperium, Evelyn, Ed, Thea y Fuseli sostuvieron una conversación poco convencional. Disímiles consciencias se disputaban la verdad. Gracias a la amistad de las dos mujeres no fue necesario atacar el reino desde un inicio. La postura de Fuseli resultaba poco fiable, pues nunca vio a nadie a los ojos: sostuvo su inerte mirada fijo al suelo. Ed quería entender los motivos que impulsaron el derramamiento de sangre de los sobrevivientes de El Lahun, al final no obtuvo respuestas. Evelyn y Thea tuvieron su momento para hablar sobre lo que había pasado y el porqué de su

regreso. El comandante Karl se disculpó con ellas por su desconsiderada actuación. Entre todos, a excepción del Imperium y Friedrich, dialogaron en aquella gran sala de oscuras decoraciones, sobre los hechos que impulsaban sus corazones a sostener dicha conversación; solo se pretendía encontrar un acuerdo y la esperanza de hallar alguna excusa para no ejecutar a los tres ajenos al plan de los primeros cinco y de los últimos trece. El verdugo era el ser de las rojas pupilas, solo él dictaminaría la sentencia de quien será digno de escoger el lugar y el motivo de su muerte y quien sufrirá del abrupto apagón.

El candelabro de la pequeña mesa de antiguo nogal, las simétricas lámparas cuadradas que sostenían las paredes de cafés porosos y acabados en finas texturas de blancas telas, carecían de amabilidad… la incandescencia de los artefactos parpadeaba de más a menos. La tensión, la desconfianza y la preocupación no dejaba de ser transmitida por aquel ser que sobrevivió el declive en aquella ocasión, el ser que destrozó sin armas a un grupo de mercenarios, el ser que aceptó asesinar a inocentes como a culpables por igual, el ser que trajo consigo un grupo capaz de entregar sus vidas a distantes causas. Esa presión atmosférica nunca se detendría… era inalterable. ¿Por qué aceptaron los turbulentos pálpitos de sus pechos? ¿Aceptaron a Keb?

—Thea, antes mencionaste que la mayoría fueron al norte para trabajar en algo.
—Si, es complicado… es algo que aún no logro descifrar del todo —le respondió a Karl.
—No te comprendo.
—Se trata de un arma del primigenio.
—¿Un arma del primigenio?
—Radamés planea vengarse de los causantes del desastre de Xeclios. Utilizará un arma de proporciones colosales para ejecutar su plan. Se llama Hapux, la gran torre Hapux.

—Intuía lo de la venganza, ese discurso estaba lleno de odio. Pero no entiendo eso último, es decir… ¿un arma?
—Lo peor es que muchas personas han muerto en su reconstrucción… es un suicidio.
—¡Esperen un momento! ¿Exactamente de quien planea vengarse?

Karl y Thea voltearon a ver a Friedrich, y en sincronía, soltaron la siguiente atestación.

—Nadie lo sabe.

La expresión del filósofo no pudo evitar sentirse trastornada y confundida. Daba lo mismo asombrarse o no, cada vez perdía una importante cualidad con la que solo se nace y se puede experimentar en su máxima gloria una vez en la vida. Ante preguntas carentes de respuestas, el mejor consuelo es la paciencia y tratar que la incertidumbre no carcoma muy profundo. Se puede afirmar que, para Friedrich, hay dos vertientes en estos casos, la primera consiste en usar la facultad de la creatividad para crear mitos y la segunda consiste en usar la facultad de la razón para fabricar epistemes demostrables y lógicas.

La mente de Keb volvió a desentrañar un cofre de ocultos deseos… esos que sufragan por la que se concibe como maldad… en su mayoría optan por la practicidad del ser. Es una batalla contingente y campal en la que participa solo su consciencia de si y su consciencia de otros.

La siguiente conversación no ocurrió en el mundo fractal del sonido… fue una pelea que solo el ser de las pupilas escarlata podía encarar. Su quark cuántico empezaría a danzar en la cima de un gran y agrietado pilar de acero, material forjado por las muertas manos que rasguñaban

su espalda, y en galimatías susurrantes le acusaban de conductas contradictorias.

—Te has ablandado…
—¿Qué esperabas que hiciera?
—¡Mátalos… mátalos a todos, a todos!
—¡Silencio…! No tiene sentido hacerlo.
—Tiene todo el sentido que se necesita. Ya cumplieron con su propósito… solo actúa, hazlo.
—No hay causas justas que ameriten su transmutación a la nada.
—¿Causas justas…? ¡La única causa justa es que son humanos!
—Tal vez… es solo que…
—¿Qué… más excusas?
—Tal vez no sean tan diferentes a como pensé.
—Es decepcionante.
—Lo siento… seguiré con el plan. Tan solo me opongo a lo innecesario, pues si no interfieren con mis deseos, no hay motivos suficientes para recordar el dolor de mis cicatrices.
—¿Y estas lagrimas…? Realmente eres patético, y este absurdo sentimiento se apoderará de lo que nos queda, de la voluntad. Es difícil aceptarlo, pero siendo francos… en verdad nunca tuvo sentido la voluntad que nos hizo despertar.
—Entonces, si la violencia es el único camino… que así sea.

La existencia de los enrevesados pensamientos disociativos de Keb, eran un hecho que grave reluctancia le producía. Fuseli sintió un cálido escalofrió, el pintor redirigió su mirada hacia lo que él denominó: «lo que no debería ser, es». Él fue el único que se fijó en ese efímero y muy corto detalle. Nadie más en la sala lo vio. Al unisonó dijo las siguientes palabras.

—Después de todo eres humano.

El silencio frenó todo atisbo de tranquilidad. La bruma empezó a destronar esa calidez que se podía llegar a sentir en esa gran sala. Los expectantes con acérrimas experiencias sobre la contrariedad en esa afirmación, pactaron un conveniente mutismo… salvo por uno de ellos.

—¿Acaso no vez sus pupilas? Aparte, su odio hacia el linaje es, de extraño modo, antinatural. No tengo dudas, su fuerza no es ni de lejos cercana a la realidad existente —replicó Friedrich.
—Una sola característica física no es suficiente para determinar su ser… es similar a observar una estática pintura, pues sabes de su intangibilidad, ya que yace en una dimensión diferente, pero sabes que puedes percibirla desde todas sus versiones, desde todas sus capas, y apreciar las pinceladas que son inapreciables resulta hermoso… ese es el objetivo de todo espectador del arte. Pintarrajear no solo lo puede hacer un equívoco artista, también puede ser una forma de sesgo proveniente del mal apreciador.
—Tienes un punto, supongo que habrá que llegar a la verdad usando la razón pura, y desde el ejemplo que propones, la subjetividad se postra como verdadera, pero, apreciar una pintura desde todos sus ángulos, no será suficiente para entenderla, jamás será concluyente…
—Los sentidos son toda la razón que necesitas… —postuló Fuseli.
—Entiendo, los sentidos pueden ser una fuente fiable para conocer, pero para afirmar o para determinar que efectivamente existe humanidad en Keb, habría que cambiar la categoría de humano y llevarla hacia otros territorios, y para definir lo que es, o lo que no es, ser humano, los sentidos solo llegan a la superficie de tal definición; son necesarios, pero no definitivos.

En todo momento Keb permaneció cruzado de brazos, con sus párpados cerrados… como si estuviera durmiendo, como si soñara. Un ataque de rabia repentino, impulsó al Imperium a cometer un acto de

profunda y sincera colera. Se posicionó al frente del asustado pintor, y la cuenca de sus ojos se oscureció como aquella vez… Todo sucedió en cuestión de segundos. Por suerte las palabras de Keb lograron detenerlo antes de una tragedia. Lo sostenía del cuello con solo una mano, levanto su cuerpo tan rápido que parecía ser un despreciable muñeco de mal cosido trapo. El ruido que hizo la silla, en la que se encontraba Fuseli, al caer contra el suelo del recinto, provocó la aparición de una sombra en el frontispicio del lugar. La sombra no fue vista por nadie… la concentración de los nuevos residentes no se desprendía del fervor emitido por sensaciones mortíferas. La actitud adepta del corpulento, injertado y grisáceo ser, no le permitía poner en duda su decisión, definitivamente se aferraba a una venganza dulce y pegajosa. Destripar a los humanos que no paraban de hablar de, presionado por sus viejos y tercos tímpanos, absurdas incoherencias; eran las cosas que anhelaba hacer desde el primer momento que despertó del profundo y cautivante sueño. Y ahí estaban todos, con el sudor en la frente, el cosquilleo en las palmas, el corazón revoloteado y los instintos despertados, aquel pintor casi no podía respirar, la fuerza del Imperium a nada estaba de romperle el cuello.

—¡Detente! —intervino Keb en un tono autoritario.
—¿Que me detenga? ¡La falta de respeto de esta sabandija no debe ser perdonada!
—Perderás el brazo si continúas interfiriendo…
—Te volviste débil… ¿Dónde quedó tu voluntad? —el Imperium soltó al pintor y dirigió sus duras pisadas hacia la salida del recinto—. Siempre estaré agradecido por ese golpe, y si en un futuro nos volvemos a cruzar, espero que hayas cumplido con el propósito que te acorraló, ese que te condenó a recordar aquella pesadilla… la de tu nacimiento.
—Eliminaré al que por un siglo te cautivo, lo torturaré hasta que se muerda la sucia lengua y de no hacerlo por voluntad, se la cortare. Se atrevió a interponerse al orden natural del tiempo.

—¡Aturde al mundo entero! ¡Haz que tiemblen de miedo!

Después de esa última disputa, la senda de Keb y la senda del Imperium, fue dividida por la mitad; el destino de las voluntades causales, cercenó en tal ocasión a dos de los similares. No será hasta dentro de un largo y cenagoso futuro que se reencontraran bajo insignias diferentes y bajo nuevas maldiciones furtivas.

Era claro que debía pasar en algún momento, las acciones de Keb trastocaban el fiambre del antiguo Imperium. El corazón de ambos pertenecía a un mismo cerno, pero sus voluntades, sus determinaciones o sus absolutistas deseos, en volición no podían continuar unidos, ni por los mismos conductos de pálida linfa, ni por el fino pliegue de una veridicción equivalente.

Al cabo de tres horas fue posible llegar a un acuerdo. Consistía en ignorar lo que aconteciera, desde ese punto en adelante, en el territorio de Rodinia. Thea y Fuseli aceptaron la necesidad de llegar a una verdad. Friedrich y Karl estaban llanamente decididos a desentrañar todos los misterios que orbitaban la razón del ser, por tal, la estratega y el pintor no se involucraran en nada que no los involucre directamente. Con la ausencia del Imperium, ahora solo serian Keb y Evelyn los que portarían la venganza como símbolo de sus convicciones. Y, en esto último, es complicado diferir la postura de Thea, pues ella aún no se ha pronunciado frente al sentir de venganza de Evelyn: aun no le ha brindado una respuesta concisa a su amiga. En cuanto a la inminente llegada del grupo de Varus, nadie se atrevió a predecir nada. El comandante de la tercera división se encargará de abrirles la entrada usando de llave su conveniente autoridad. El acuerdo condiciona a Thea, con severidad, a engañar a Radamés con el fin de no alertarlo, y con el objetivo de no producir, en posibilidad, que un cuantioso y letal ejército se organice en defensa de su negra y roja bandera. Si aquello

llegase a pasar, cuán escudo a su alrededor, la estratégica formación de los caballeros de blancas armaduras, que lidera Eros al frente y a los semejantes a sus costados, impedirían que algo se acercase a la corona y pusiera en peligro el poder que significa aquel noble título. Sería fatal que se desencadenara una ardua guerra en todo el reino, y más aún cuando los agresores ampliamente son en números superados por los dueños de la sangre, por los dueños de la historia. Keb planeaba visitar el trono, y en la cima del castillo, tener una audiencia con Radamés… una que nadie olvidaría, ni los plebeyos ni los burgueses lo ignorarían… pues la cabeza del líder significaría la clara derrota del linaje; representaría el derrumbe del siglo corrupto y el inicio de nuevas y oscuras epistemes.

—Escucha… aún hay algo que deben saber —habló Thea dirigiéndose a Keb—. Fuseli pintó un retrato hablado de ti, y ese retrato ya fue enviado a todo el mundo. No hay nadie que no pueda distinguir tu rostro con solo un vistazo… y por lo menos Fuseli le atinó, a la perfección, a tus pupilas. Doy por hecho que, cuando todo esto termine, asumirás las consecuencias que recubren tu existencia… Solo recuerda que es muy posible que te reconozca cualquiera, y es posible que intenten atacarte; tienes una recompensa en tu cabeza. Después de todo, y durante cien largos años, la humanidad vivió sin un inconveniente de esta magnitud —las pupilas de negro profundo y de verdes recubrimientos de Thea, se hipnotizaron por las dolosas pupilas carmesís de negros bordes. Ambos reflejos de iris se mezclaban en turbias aguas bulbosas.
—Estoy seguro que la gente de Lascelles serán los únicos que verán tal retrato con desdén… esas personas son un parasito… uno tan arrogante e indiferente que no les afectará en lo más mínimo lo que ha sucedido en el mundo después del debacle —sumó el comandante.
—Ellos son los únicos protegidos del reino. Los demás territorios, si aún existen, son víctimas del incidente… he recibido cientos de reportes

que indican la reducción del linaje. No quedan más lugares seguros… al menos se decía que el último era El Lahun —la estratega confirmó.
—Te doy un último reporte: esa sostenibilidad, esa prosperidad y esa felicidad aparentada y mal presumida en El Lahun, fue solo gracias al fácil canibalismo… —retrucó el filósofo.

Evelyn volteó su mirada al vacío suelo y frunció el ceño, por lo que acababa de decirse, Thea recibió información sobre el caos que asolaba otros escenarios en el mundo, situaciones que produjeron terribles sufrimientos. Imaginarse tal desespero le hacía recordar el extremo que vivió su familia. Pero lo que más le incomodaba y tirria le daba, era pensar en que Thea nunca hizo nada para proteger a los inocentes afuera de Rodinia, y eso pese a su ventajosa posición. Ed se sorprendió, pues conectó aquel viejo rumor, que había escuchado hace mucho tiempo, con la acusación del canibalismo. Aun así, dudaba sobre la certeza o veracidad en lo afirmado por el filósofo, pero le quedó la espina deambulando en su preconsciente.

Todos salieron de aquella excéntrica sala. Fueron hacia rumbos diferentes: Karl se posicionó en la entrada de Rodinia y se aseguró que el Imperium saliese. El ultimo Imperium se perdió por senderos alternos al camino principal y se fue difuminando su silueta del rango de visión; él grisáceo y corpulento experimento se aventuró a una errante y silenciosa venganza. Evelyn, Friedrich, Ed y Fuseli, formaron un grupo y esperaron campantes y sigilosos a que los últimos trece asediaran. Thea subió a una de las torres laterales y, usando un camino oculto entre las paredes, se dirigió al trono para asegurarse que Radamés no sospechase de nada y evitar que se formara el conflicto antes de que se completase la misión de los treinta días. Levantar nula sospecha era determinante para proteger su cuello. Por su lado, el ser de las pupilas escarlata incursionó por el gran castillo amatista en solitario.

LA DANZA DE LAS SOMBRAS

El día treinta será recordado como el inicio de un nuevo engullimiento. El ambiente era ataráxico, los pasillos del castillo eludían el amparo enérgico emitido por corazones, puesto a que la virulenta soledad galopaba cuán infartado palpito. Pese al tormentoso silencio, sus pilares de piedra retumbaban esporádicos, viles y estremecedores estruendos que tenían algún monstruo de carne, de incuantificables ojos, de pelaje rasposo y picoso, de encarnadas garras.

Las cicatrices de Keb se retorcían, su pálida piel se agrietaba al chocar con esa extraña silueta; gracias a los fotones, se permitió dilucidar. Sus dimensiones pertenecían a cualidades irreales. Su creación debió ser la obra de alguna maligna fantasía. El vengativo ser de ropajes burdeos no sentía ni una pizca de miedo, la adrenalina le sumergía en un profundo estanque de rabia.

En cuanto la luz solar logró acceder, casi a golpeteos, por los verticales ventanales del pasillo, fue posible apreciar la situación que enfrentaban aquellas bestias sedientas de sangre. El gran animal tenía en sus patas gotas de algún liquido verde, y su desproporcional hocico masticaba lo que quedaba de un mutilado soldado; incluso el metal de su armadura también era triturado por los múltiples dientes que recorrían sus cárnicas encías. Y si no fuera por el amplio techo, esa monstruosidad no podría estirar el cuello que, de raro hecho, no contenía ni un solo pelo alrededor de este. Son pequeños, similares a los de un felino, salvo

por la extrema e imposible cantidad: su cráneo debe tener muchos orificios en su interior, de lo contrario, esos miles de ojos serian en su mayoría ciegos. Su melena posee colores amarillos, negros, blancos y grises. Sus patas, extrañamente, no encajan en su fisionomía, es como si se tratase de un raro hibrido de varias y desconocidas especies. Su boca alargada no era la única cualidad terrorífica de la que se pudiese temer, también lo era esa ala negra que se pudría en su lomo. Sus garras eran tan largas que atravesaban, en forma de espiral, sus propias almohadillas rosas, la sangre que salía de ellas fue coagulada ante un mecanismo de supervivencia que impide el sometimiento mortal de quien se autoperpetúa.

Keb sintió algo de pena, tragó saliva pensando en tal dolor que perseguía, sin duda, al ser que era reflejado por sus retinas. El animal percibió esa fija mirada que le sostenía, y aunque la silueta de Keb apenas se dejaba entrever con cada paso que daba, aquella bestia se preparaba para embestirla; al final, tan solo otra presa más se añadiría a su instintiva lista. La velocidad que utilizó era ilógica, y teniendo en cuenta sus titánicas proporciones, no resultaba sensato pensar que algo así sería capaz de moverse como si se tratase de un pequeño insecto. Reflejos vibrantes aguzó Keb, por suerte, los de él son superiores. Flexionó sus rodillas y, usando una fuerza descomunal, salto por encima del monstruo deforme. Reaccionó en acto y el panorama que vislumbraban los ventanales fueron percatados en el aire, la vista encajaba a la perfección con la puerta de ébano: pudo observar como en la lejanía, yacían varias sombras danzando al son del filo; algunas eran cortadas por la mitad, otras tantas pisadas por una más grande, pero la mayoría intentaban escapar de la oscuridad que recubría los amatistas muros. Aquella roja y negra bandera se disputaba en la indiferente entrada. Que sí se trataba de los últimos trece, o si acaso, era ello producto de su imaginación; tales preguntas indignaban a Keb, en especial por la maldición que cargaba su conciencia: si se trataba de una

alucinación, de nuevo empezó a recordar los terribles acontecimientos del profundo y oscuro Xeclios, aquellas sombras se le asemejaban en cierto punto… eran similares… la misma desesperación, la misma soledad.

El choque de miradas enfureció a la gran creatura. A pesar de seguir en el aire, trazó el tiempo los colores en cámara lenta para Keb, quien seguro estaba de que se trataba de lo mencionado por Karl: el Blytheae, la mascota del rey. Resultaba curioso pensar que algo así existiese, su instintiva y vengativa oscuridad le ponía como sentencia la ejecución de ese peligroso animal. Keb reía; su desenfrenada y peculiar burla de nuevo salió a flote. Había pequeñas estatuas de delicados humanos en los costados de las paredes… la decoración del pasillo anhelo tuvo de materializar lágrimas en sus petrificadas mejillas. Aterrizó con brusquedad, en la parte trasera de su presa, y se fijó en otro detalle, uno que su enfado aumentaba: el herido Blytheae yacía repleto de lanzas y espadas atravesadas en su espalda, y su cola no tenía piel; con certeza, ese animal era solo un deleite para el espectáculo del linaje… Los ojos de la bestia, que en miles, encaraban la intimidante presencia que emanaban esos dos globos inyectados en un bermejo brillante e iracundo… La pesadez del ambiente enardecía frio aire.

Afuera se escuchaban los delgados roses del viento, los choques de acero, la carne atravesada, los huesos cortados, los rostros llorando, los cuerpos cayendo, líquidos derramándose, gritos de ayuda, gritos desvaneciéndose, risas de miedo y espadas blandiendo. La sórdida barahúnda no paraba de crecer, y los verticales ventanales reducían el sonido a insignificantes zumbidos.

El Blytheae clamaba, casi a chillidos, la muerte. Keb escuchó dichas suplicas, y él se preguntó si acaso era factible que ese animal tuviera la capacidad de hablar. No era descabellado pensar en tal posibilidad,

después de todo, la pulsión de muerte que carcomía al Blytheae, gritando lo hacía desde lo más insondable de su ser. Su racionalidad era suficiente para reprocharse el motivo de su dolor, pues si ha de seguir respirando, jamás cesaría con su angustia. La extraña bestia no solo era consciente de su efímera existencia, también lo era de su único salvador: el ser que llevaba persiguiendo por su aberrante aroma desde el momento en que piso el reino, era él, quien que se atrevió a encarar a tal terrorífica deformación, el ser de pupilas escarlatas.

La pelea con franqueza no sobrepaso el minuto, la relatividad altera de perspectiva si se habla de cuerpos celestes fuera del homocéntrico control dimensional. El puño de Keb atravesó la cabeza del Blytheae, pero eso no fue suficiente para derribarlo. La viscosidad de sus globos artrópodos le fue tan asquerosa que no se atrevió a replicarle otro golpe en el mismo sitio. El monstruo levantó su garra al cielo y la dirigió rumbo a su antropomorfo rival. Keb no intento esquivarla; la recibió con la palma de su mano abierta, y cual daga cortando el viento, aquel animal fue despojado de su pata desde la base de sus almohadillas rosas hasta su peludo codo. El turbio dolor del vertical y separador corte, condujo al Blytheae a un estrepitoso alarido… las ondas sonoras provenientes de su gaznate, alertaron gran parte del territorio de Rodinia. La ubicación de aquella perdida y descontrolada mascota, provocó el repliegue de soldados enviados a detenerla. Radamés ha querido atraparla desde hace varios días, pero no ha tenido éxito capturándola, debido eso al impecable sigilo ostentado por su descendencia felina.

En un razonal acto de finiquitar la agresión y el reciproco deseo, Keb se deslizaría por debajo del Blytheae y, justo en su vientre, perforaría sus entrañas en repetidas ocasiones. Su accionar no solo recaería en la derrota del imponente cuadrúpedo, también en la satisfacción personal que simbolizaba la sangre de su oponente caer cual aguacero. El impulso

era vengativo pero, de cierto modo, gratificante… Keb diría las siguientes palabras, seguidas de un pensamiento que fue orbitando por su consciencia desde el principio del cruce; y tratándose solo de una cualidad que destacaba por encima de las demás, una que se pudría por su incompatibilidad.

—Siento que seas tan débil como para haber permitido este resultado… Esas miradas repetían parpadeos de infinito odio… lo sé… también lo siento dentro de mí. Pero, a diferencia de la vil cobardía que te impidió lanzarte por la cornisa, ese sentimiento me hace querer levantarme cada vez con más osadía, con mayor desprecio y con menor empatía.

«¡Esa ala…! Aunque es más pequeña… es igual a las de aquella vez…».

Al otro extremo del largo pasillo, un grupo de soldados bien entrenados pisaron con el equipo necesario para detener al Blytheae. La impresión de ellos fue deslumbrante cuando se fijaron que, el trofeo del rey, yacía en un encharcado suelo. Desfallecía ante sus ojos el animal que era por Radamés considerado un importante familiar. Los soldados enlazaron el alarido que escucharon con el ser que tenía el cuerpo en rio bermellón bañado; Keb fue el primer objetivo a capturar después de aquel inoportuno incidente.

Eran seis: portaban relucientes armaduras de duro acero blanco; espadas, escudos y arcos de distintas tonalidades metalizadas. La bandera del reino pintada en sus pechos, aludía a la gran seriedad del nombre de Rodinia en cálidos colores rojos y negros. Al parecer, tales soldados no peleaban de parte del ejercito liderado por algún comandante, puesto a que el blanco color de sus pesadas prendas de acero, indicaban su rango: son parte de la guardia de primera mano de los semejantes y del portante de la única corona. Y ante la obvia culpabilidad, replegaron un mortífero ataque al protagonista del retrato,

al de sucios ropajes desgarrados y al que sus envolturas escarlatas apuntaban, en adrenalínica respiración, al Blytheae. Una flecha impactó directo en su hombro izquierdo, su piel desgarrada lo regresó a la dolorosa realidad. Se tornó un hostil aroma, uno que impulsó a Keb, como si se tratase de un veloz rayo, a escabullirse con recelo por entre los trémulos espadachines. Ellos sintieron tal pesada aura abrazarles, con exaltación, sus frioleros corazones de plata. Reaccionaron bastante rápido y lograron alejarse lo suficiente para evitar morir ante los repentinos cortes del viento, y no parecían tambalear, no pretendían retroceder a pesar de los rumores que vagabundeaban por las temerosas pupilas que les susurraba conjeturadas maldiciones.

«¿Es algún tipo de arte de guerra? ¿O, acaso… es poseedor de las habilidades? ¡Si eso es, yo Benerib, no retrocederé… mente fría… mente fría…!» —pensó el capitán del escuadrón.

—¡Veo que están bien entrenados! —dijo Keb entre quisquillosas y burlescas tonalidades.
—¡Maldito…! —el líder lo observó fijamente a los ojos—. ¡¿Cómo entraste al reino…?! ¡Tú cuello vale una fortuna!, ¿lo sabias?
—Vaya… ese pintor debe tener mucho talento —la mirada asesina de Keb brillaba.
—¡Ahora dime! ¡¿Qué planeas?! ¿Por qué pretendes subir? ¿Qué estas buscando?
—Solo deseo tener una pequeña audiencia con el noble líder de los miserables humanos.
—¡Sobre mi cadáver! —las manos del capitán palpitaban de regocijo; las batallas le son tan cálidas cual una estaca prendida en llamas… para él, blandir su espada lo significaba todo.

Keb notó esa misma convicción que era capaz de mover las temblorosas rodillas de Friedrich, o incluso la parálisis de crisis que atormentaba a

Karl. Aun así, no se frenó por eso. En soslayo fue observado, fue tan poco tiempo que la sangre nunca salió de sus tráqueas. El ser de pupilas maldecidas se movió furtivamente. La brevedad en sus pasos dio un macabro efecto debido a la presta decapitación de cuatro soldados, ellos nunca supieron el motivo oculto detrás de sus disipadas sombras. La piedad escampaba, la crueldad lloraba, las pulsaciones de Benerib, el capitán del escuadrón de plata, se enervaban.

El final del pasillo estaba oscuro; qué clase de espíritu no se quebraría en tan peculiar averno, algunas estatuillas expresaban tristeza y otras, indiferencia. Benerib le apostó a su escudo, él prefirió escudarse casi por completo; aquel brillante y grueso bloque de acero era capaz de detener, con la suficiente fuerza, el golpe de un Imperium. Por suerte la elección del capitán fue la acertada, pues su acelerado compañero tomó el camino incorrecto al intentar rasgar el viento que protegía su área dimensional; Keb no tuvo problemas en esquivar los cortes; pese a la poca iluminación, él ve exquisito en la oscuridad. De algún modo la espada se partió en dos finos pedazos, el miedo se apoderaba de los tendones y de la mandíbula del soldado.

—Lo siento, pero… eso no funcionara si no controlas tus nervios.

La pacifica voz de Keb se expresó a la par que su puño atravesaba el estómago del espadachín de plata. El escuadrón se redujo a una sola persona; el único que prefirió cubrirse que atacar, es claro que su conciencia es capaz de darse cuenta del despropósito que tiene intentarlo, no por nada el violento ser se atrevió a enfrentarse, y salir victorioso, contra el Blytheae. Ni los propios semejantes arriesgarían su vida al pelear contra una bestia tan importante para el rey, no por la fuerza del animal en sí, más bien por lo que supone hacerle daño a su mascota, sin duda Radamés no toleraría la muerte de su preciado monstruo.

—¡Detente…! —clamó Benerib.
—¿Te rindes?, ¿así de fácil? —se burló Keb al unisonó que arremetía un pesado golpeteo al escudo del capitán—. ¡Vaya, que persistente!
—¡Al menos quisiera saber quién eres! ¡Al menos antes de morir!
—¿Qué quién soy…? ¿Acaso eso importa?
—¡Desearía no morir sin saber el motivo!
—El motivo… de nada serviría decírtelo… jamás lo entenderías…
—He pasado por mucho… de seguro puedo entender… morir en la ignorancia es… mi mayor miedo… es una de las razones que hacen que me mantenga vivo.
—Soy solo un enviado de la oscuridad…
—¿La oscuridad? ¿A qué te refieres?
—Cuando desperté… también despertó algo muy profundo en mí… algo indecible.
—Supongo que moriré en la ignorancia de todas maneras…
—Cada vez que me muevo al son de la adrenalina, mis cicatrices palpitan de extremo dolor, me resulta curioso pensar que mis deseos son vengativos… Te propongo un trato… te dejaré vivir si solo respondes a una pregunta.
—Estoy confundido aún más… escuché que saliste de la ciudad de abajo… ¿Cómo escapaste de ese infierno?
—Caminando… tan solo caminé por mucho tiempo. ¡Pero no te sorprendas de eso… no soy el único que escapó!, un humano también lo hizo… incluso me siguió hasta aquí.
—¿Un humano? Es imposible… enviamos tropas y tropas de expedición y nadie regreso con vida de ese maldito lugar… nada ni nadie debería ser capaz de salir de ese sitio.
—Es interesante que lo menciones… después de todo si tengo razones para desconfiar de él.

—Bueno… supongo que tampoco me responderás qué eres o quién eres —mencionó Benerib mientras bajaba su escudo a lentitud—. ¿Cuál era la pregunta? Responderé lo que sea.

Keb señaló al Blytheae, le preguntó al líder del aniquilado escuadrón qué era eso; la intriga le atormentó desde el primer momento, en especial por esa particular ala negra… Benerib le respondió con honestidad la aparición de dicha criatura. Se trataba de un supuesto animal que fue heredado por Jano: "era como una especie de veterano de guerra". Se dice que proviene de épocas anteriores a la Era idílica, las lanzas que tiene clavadas son el símbolo de las guerras que azotó al linaje durante incuantificables y ocultos años. Nadie sabe con certeza de donde provienen sus protuberantes características, pero por lógica, deben ser producto de un atroz experimento, eso o ha sobrevivido gracias a sus injertadas extremidades. Esa ala negra… por palabras de Benerib, fue implantada hace trece años por Radamés… nadie sabe de qué animal o de cuál ser mitológico fue extraída aquella anormal e infausta extremidad. Keb le perdonó la vida, fue una respuesta poco concreta, pero, de cierto modo, le era suficiente.

—Ya te puedes marchar… te recomiendo que no interfieras en todo lo que aquí suceda por el próximo tiempo, tu muerte sería tan insignificante como la de tus patéticos camaradas.
—He vivido por y para Rodinia, pero supongo que… no le debo nada al reino… nada a nadie. Casi siento que soy un esclavo sin un rojo costurón en la frente… creo que es hora de regresar a mi tierra natal, tal vez aquel basurero sea un mejor sitio para vivir, y para defender…

Benerib observaba el panorama actual de Rodinia, el gran ventanal daba un espectáculo muy bizarro, uno que era preferible evitar a toda costa… El último soldado de plata meditaba sus posibilidades; y morir en la ignorancia no era una de ellas. Él, al igual que muchas personas, pensaba

que la Era idílica siempre se trató de un siglo corrupto, uno donde el propio linaje se destruía a sí mismo, donde es más fácil perder el propósito que conseguir uno nuevo; después del declive en Xeclios, el incídete en El Lahun, la ejecución de los sobrevivientes, y ahora, el asedio al castillo por parte de desconocidos, nacieron hechos que destronaron su lealtad al rey, por ende, le fue prudente la elección de abandonar su puesto como líder de escuadrón.

—Sea cual sea tu propósito, ¿qué harás después de cumplirlo?, ¿cuál será el siguiente motivo que impulse a la extraña voluntad que te rodea?

Keb no respondió esa pregunta y simplemente siguió su camino. El ensangrentado pasillo se ocultó en las sombras del mutismo. Benerib se dirigió a la salida del castillo: claro que se fijó en la batalla que manchaba el centro de la plaza, aun así, se escabulló por entre las paredes y consiguió salir de Rodinia. Se robó un caballo blanco para agilizar su largo trayecto; es uno que incluso se encuentra más lejos que la ciudad de abajo. En el sur del gran continente existe una pequeña comunidad llamada Skoupídia, tal sitio es denominado, con desprecio, bajo el apelativo de: «*Los que comen lo que sobra*». Dicho calificativo hace alusión a la situación precaria con la que han lidiado, por generaciones, los habitantes de aquel lugar. Pues se trata de un descomunal tiradero de basura: se dice que es tan inmenso que, si llegas a cierto punto, estarás caminando sobre el mar. Y pese a las insanas atmosferas que generan los abrumadores desechos, hay personas que han vivido durante la Era idílica en aquella repudiada sociedad de alienados. Los susodichos desechos son mayormente expulsados por las ciudades oficiales y protegidas del reino, por ejemplo: Xeclios, Lascelles, El Lahun, Mons Nihilo, etc. Benerib nació rodeado por horribles toneladas de basura. En aquella apestosa Skoupídia, las personas no soportan su existencia, por eso se dice que en dicho sitio se suicidan más humanos que en todo el resto del mundo. Algunos rumores afirman que nunca se ha visto la

cara de Benerib, pues siempre lleva un casco en la cabeza, y tal vez, en su tierra natal, aprendió a sobrevivir ocultándose del mundo a través de un círculo metálico, o tan solo no es capaz de respirar del aire normal, no después de crecer en un ambiente tan autodestructivo y deleznable.

Un trueno sacudió los vítreos hexagonales. Thea no podía creer lo que sus tímpanos aguzaban en perplejidad. Ella se encontraba justo al frente de Radamés, dándole algún par de informes con obvia inocuidad; no quería que el rey descubriera el peligro que corría si eso suponía la muerte de Evelyn. Pero, en un momento dado, Radamés le confesó algo que parecía ficción, no era prudente interrumpirlo en su egocéntrica verborrea. Ella, por suerte, logró engañarlo en su propio trono: le informó que todo sucedía con normalidad… pero para él, todo se había solucionado cuando le confirmó el positivo y terminal resultado del proyecto Hapux.

—¡Su señoría!, el comandante en tercera división ha regresado al reino.
—¡Perfecto!, dile que se presente ahora mismo. El Hapux ya ha terminado y necesito el apoyo de mis dos comandantes, solo falta que llegue Eros.
—¿Ya ha terminado…? ¿Y ahora qué sigue…? Si me permite saberlo su majestad.
—Es simple… empezaremos de cero otra vez… pero primero debemos atacar a los culpables.
—¿De cero? ¿Atacar a quiénes?
—Se llamaban los Existenciales… Cuando me deshice de mi maestro Jano, enseguida supe la historia en su totalidad: las familias fundadoras sólo permiten que contadas personas lean tales manuscritos —dijo Radamés relevando cosas que no deben ser reveladas a los ajenos.

Thea no sabía que responderle, solo dejo que Radamés se siguiera expresando. Es inoportuno pensar que algo como el Hapux ya estaba

terminado, no era buen momento para usar un arma de tales proporciones. En cualquier caso, Keb entrará por esas puertas y nadie sabe qué pasará

—Es fácil, Thea… Son seres que buscan venganza… y admito que son como nosotros en ese aspecto, aun así, el linaje sigue y seguirá siendo muy superior. Ellos hundieron a Xeclios, se atrevieron a repetir la sucia jugada del pasado… de nuevo lo hicieron.
—¿Que hicieron qué? —ella empezaba a sentir el frenesí de la duda picándole la espalda, por tal, sus respuestas resultaban toscas y casi sin ningún respeto hacia el rey.
—Veras, no es la primera vez que sucede algo de semejante magnitud. Mucho antes de que iniciara la Era idílica, ya había acontecido algo similar, y justo aquí, en este mismo lugar… Te pregunto, Thea, ¿nunca te has cuestionado por qué una enorme cúpula protege el cielo de Rodinia? —el rey miró por su cristalera, hacia su fulgurante tronera que apuntaba intranquila al sol—. Esos muros fueron construidos con un propósito en especial, uno que debía proteger nuestro linaje, uno que debía evitar el declive. En la guerra de los diez eclipses fueron ellos los principales antagonistas.
—Pero… ¿Por qué quieren vengarse?
—Porque no soportaron su derrota… no soportaron que nosotros controlemos su sangre, no soportaron que sus inútiles descendientes sean ahora nuestras masas cárnicas de jugo. Esto es simple, Thea, quieren una maldita revancha… pero el Hapux no les permitirá salir libres de nuestra venganza. ¿Dimensionas el daño que causaron? Xeclios sostuvo la paz por mucho tiempo… y ahora pronostico que ellos regresaran hacia su propio infierno. Ellos no saben de lo que somos capaces, no entienden que son solo esclavos… no lo entienden, no comprenden que nuestro linaje es irrompible. Ellos mataron a Raikergard y eso no lo puedo perdonar.

Desprovista fue la visita de un malherido soldado que, suplicando, irrumpió en la habitación del rey alegando la falta de refuerzos que requiere su casi perdida batalla en la plaza central. Thea no pudo evitar esquivar aquel terremoto sacudir sus tendones cual frágil cuerda. Incluso su confiada mirada no era capaz de entablar palabras contra la malhumorada expresión de Radamés. Era evidente que, sabiendo del riesgo, su vida se ponía en peligro. Mentirle al rey se considera un gran tabú; el precepto da indicativos autoritarios cuando se trata de reglas.

El ambiente se desdobló; dejaba entrever dos cruentas realidades que tendrían que ocurrir a raíz de la obvia traición de la estratega más leal: la tercera subordinada principal del rey. Le resultó enervante terminar esa relevadora conversación enterándose del erróneo reporte de la supuesta estratega que, en falsedad, ya no resultaba leal como decía su carta personal. El rey ordenó la detención inmediata de Thea, al menos hasta que se confirme que realmente existía una traición de por medio. En cuanto se supo que algo de suma gravedad trastornaba la paz del reino, se activaron las retumbantes alarmas, eran similares a las de El Lahun. Campanadas tras campanadas golpeaban el aire con su intranquilo sonido. Algo muy malo acontecería en la plaza central, pues Benjiro y Sanjiro fueron alertados por susodicho escándalo. Un nuevo acto atacaría, sin piedad, la escena…

Radamés se movió cual sombra, los pies de la estratega se elevaron al cielo con una abrumada presión rodeando su delicado cuello. Los ojos de Thea se aguaron en un instante… el miedo le indicaba que, tal vez, aquellas serian sus últimas lagrimas antes de marchitarse.

—Eres igual que tu rebelde madre… Me decepcionas… —susurró el soberano.
—Su majestad… por favor… cálmese… —la ahogada voz de Thea se desvanecía.

Cada segundo que transcurría era vital… por suerte la sombra de Thea regresó al suelo en un repentino acto del rey, al parecer decidió soltarla justo antes de que muriera… aun así no fue posible evitar que perdiera la conciencia por un tiempo. Él le ordeno al herido soldado prontas explicaciones de lo que afirmaba. La sombra del soldado se difuminaba ante la prominente e infectada herida que atravesaba su abdomen, escupía sangre con cada oración que drenaba.

—¡Señor…! El territorio de Rodinia está siendo invadido por un grupo desconocido. En total son trece los intrusos… son bastante fuertes pese al costurón rojo en sus frentes… en especial por un gigante y un Cercope, el Cercope es quien los dirige. Y… siento decirlo, pero no es todo… según el reporte de los vigilantes, quien los dejo entrar fue… Karl… el comandante en tercera división llegó esta mañana con cuatro acompañantes más.
—¿Esclavos revelándose…? ¿Un gigante y un Cercope? ¿Karl…? ¿Acaso… se trata de una rebelión? —dijo Radamés observando a Thea en el suelo.

El rey no pudo evitar reírse a carcajadas, su indiferencia era tan absurda y descontrolada que, en un tono sarcástico y un tanto provocativo, sostuvo lo siguiente:

—Tiene sentido… tiene mucho sentido, tarde o temprano esto tenía que suceder. Incluso el linaje no se detendrá solo porque alguien con la misma sangre los someta… lógico. De igual forma esperaré, la paciencia será mi arma, siempre funciona… ¿Qué tan lejos podrán llegar? Los números están a mi favor, pronto se cansarán, se darán cuenta de lo pequeñas que resultan ser sus ideas. Y, además, los semejantes no se quedarán de brazos cruzados: ellos detestan la insubordinación. Eros…

solo queda un comandante… es lamentable que tenga que perder a otro… primero fue Tenyuko, y ahora… maldición… Karl…

Los importantes aliados del rey disminuían en consideración, él meditaba la situación actual, se preguntaba quienes se quedarían a su lado y quienes decidirían interponerse ante la gloria del linaje. Las decisiones de nada servirán si no hay nadie quien las respalde, su miedo es en mayor medida atribuido a la traición. Cada vez que pasaba algo similar, en su peculiar trono reflexionaba lo mismo que, en el pasado, hizo sufrir la mente de Jano… eso que inmiscuía la razón pura con las metafísicas pinzas doctrinales de la intuición.

Thea fue llevada a una prisión desconocida, una que ha sido visitada por cuantiosos seres. El soldado moribundo que dio la información, en el acto y sin juicio digno, fue ejecutado por la daga de Radamés; ello fue causalidad de la disparatada lengua del rey relevando información confidencial. La confianza que tenía en los demás, en los últimos meses se había derrumbado; pero también la confianza en sí mismo, por algún motivo él siente que todo lo que ha perdido, de momento, no significaba nada en lo absoluto, pues no son machacadas sus vivencias a un propósito que signifique retribución. Sin importar su pasado la convicción que tiene su sangre se vincula a lo que es ahora, y no lo que antes era. No resulta sensato horadar su corazón sin primero entender el porqué de sus pesimistas colores, mejor es identificar la anatomía de un animal antes de abrirle con infectado escalpelo, ya que el quebranto de la odiosa incoherencia y de fugaz aseveración, reprimirán su taxidermia en actos que subestimarían su biología.

Son contadas las personas que conocen la historia en su abismante complejidad, uno de ellos continúa atado al vórtice de la perpetua venganza; un elegante conde cuyo actual paradero es desconocido, proviene de Lascelles. Su insano secretismo se atreve a excluir incluso

al rey. El reino sabe de su acechante existencia, los muros conocen su peculiar y atrofiado espíritu, y es innegable que, por lógica, debe controlar los cortantes hilos que mueven esas malnacidas y anilladas manos. No son justicieras, no dan la mano a nadie que no acepte perderla a modo de estipendio; los favores del conde no son para nada favorables, por el contrario, terminan siendo contraproducentes. En el pasado, hace trece años, se hablaba del fatídico desenlace de un corpulento y temible juez que, a raíz de no acatar las órdenes del conde, fue hallado muerto en uno de los pasillos, con la cara completamente desfigurada y sus extremidades volteadas; nadie señaló al malévolo conde, nadie se atrevió a investigar lo ocurrido… al parecer la obvia disputa de aquel soberbio juez, causada por una desconocida petición, lo llevo al injusto fin de su obesa vida. La última vez que retumbó su gran mazo, fue durante una injusta sentencia llevada a cabo para destrozar a un presunto ladrón (supuesto por la falta de pruebas), junto a su pequeña familia. No importó que aquella familia proviniera de Lascelles, el conde está por encima de cualquier mediocre aristócrata u imprudente noble habitante de la costosa ciudad.

Los herederos de la riqueza del mundo no son muy conocidos, casi siempre se accidentan las historias que provienen de fortunas por apellidos y no por nombres, y de hecho es una de las causas que llevaron a postular, al inicio de la Era idílica, que se debían eliminar los apellidos y los segundos nombres de la historia; sería el reino quien se ocuparía de controlar los bienes heredados por la sangre o por la violencia. Y es por tal motivo que nacieron las divisiones poblacionales por territorio, ya que las personas que habitaban Xeclios no eran iguales a las que habitaban El Lahun u otros lugares. Existían diferencias de clases que regían el lugar de cada ente subjetivo de la masa social; aquellos lugares eran homogéneos, y por tal razón la percepción de paz fue lograda gracias a tales separatistas e invisibles fronteras. Jano entendió algo crucial, algo que tenía que ver con las formas morales que trastocaban a

los humanos de vez en vez, una de ellas era la desigualdad. Era claro que, si todos vivían igual bajo la misma nube, no habría motivos para intentar desgarrar su oculto cielo. La clave consistía solo en no agrupar los unos con los otros, al contrario, se trataba de juntar los similares con los similares y, bajo ninguna circunstancia, hablar de otros cuando existen intereses atravesando las venas de la injusticia. Todo lo anterior funcionaba gracias a la gran Xeclios, todo era posible debido al sustento mundial que una sola ciudad cargaba en sus hombros… pero, aquel inusitado día, la paz empezó a girar hacia una incontrolable y agresiva dirección… el camino desapareció del futuro para el linaje. Si tal vez Radamés no hubiera usado su poder para sus experimentos aberrantes… nada habría sucedido como sucedió… el resultante no fue más que un pegajoso charco de singulares y vitales líquidos rojos, verdes y negros.

«En acto la danza furtiva decapitaba alienados, pero en potencia la danza furtiva generaba nuevos alienados. Resulta cíclico el sesgo de encuadre, nunca desaparecerá, pues solo será moldeado a nuevas condiciones estructurales y a nuevos panoramas ontológicos, y eso según las contingentes posibilidades materiales que den paso al origen de un pensamiento o idea».

Regresando al mortal baile que apagaba los cárnicos motores ocultos en sus huesudas cajas, Karl empuñaba su filosa y puntiaguda esmeralda en contra de sus excompañeros. Los novatos no se atrevieron a plantarle cara, tan solo lo dejaban pasar con la esperanza de que existiera alguna explicación para su descarriado comportamiento. Era entendible que no intentaran esa peligrosa acción de apuntarle a un comandante, ya que no solo era su nombre y su experiencia quien lo protegía, sino que también lo era la falta de vivencias de los jóvenes soldados. Ellos no reconocerían la traición ni aunque fuera muy evidente; al parecer la Era

idílica les idiotizó la valentía, los modernos protectores del linaje se habían acostumbrado al confort.

En la mañana, los últimos trece invadieron el castillo; apenas se veían los rayos solares chocar de lleno contra los gigantescos muros amatistas. Karl dejo entrar al grupo de Varus sin nula dificultad. En cuanto se notaron las agresivas intenciones de los trece desconocidos, se supo que algo andaba mal. El gigante no fue paciente, en lo absoluto, pues de inmediato lanzó una inmensa roca de aspecto metamórfico justo en la entrada de Rodinia, de esta forma las puertas de ébano no pudieron cerrarse de nuevo. Todo parecía ir a la perfección: los primeros cinco seguían con vida y los últimos trece llegaron justo el día pactado. No fue hasta aquel fatídico encuentro que encaminó, a los renegados y a los alienados, a mortales hemorragias. No sabía Varus si definir aquella situación con augurios de mala o de buena suerte. Se trataba del sudor emanado por la adrenalina de una pronta batalla; sus espadas cruzaron calientes chispas con el escuadrón de Eros, quienes por infortuna no eran acompañados por su comandante. Fue la primera división recibida con violencia. De Eros estar a la cabeza, sin duda las cosas hubieran resultado lamentables. La coincidencia radicaba estragos de carácter nervioso…

Los últimos trece portaban una peculiar bandera que, agitada de lado a lado, indicaba la raíz de su asedio. Las rectangulares banderas blancas, ilustraban un gran y hueco círculo rojo en su medio, y juzgando sus imperfectos y goteantes efectos pictóricos, hecha fue pensando en deseos inyectados en venenos fulgurantes y sumamente vengativos… esa animadversión era acompañada por una línea roja de esquina a esquina, dando así el significante de negación o disrupción en contra de ese simbólico círculo rojo. Su blanco fondo lo eligió Varus, pensando en el final, un final donde los culpables no podrán presenciar la luz nunca jamás y las victimas perecerán a causa de su maldita quietud. ¿Qué

podría hacer un grupo tan reducido para atacar, y no morir intentándolo, a los lemas del linaje? Se podría decir que es una lucha de voluntades debido a la ridícula diferencia que existe entre el majestuoso reino y unos cuantos renegados.

—¡Avancen…! ¡No se dejen intimidar por lo que ven! ¡Lo que hacen es más valioso que eso!

El enérgico grito del Cercope afloró la determinación de sus renegados compañeros… de tal modo lograron llegar hasta el centro donde se postraba la sombra de la laberíntica estatua; no pudieron los soldados dominar la voluntad de los asediantes. La distracción y confusión, nadó por las mentes de los subordinados de Eros, provocadas sus olas por la disonante presencia de Karl, quien defendía a los invasores cual si de toda la vida fueran camaradas. Y tampoco eran ellos rivales para el gigante, ni para el líder del grupo. Los minutos desenfrenadamente violaban los desgarradores gritos de una feroz bestia; retumbaron los intranquilos corazones de los débiles tales alaridos: en dicho momento inclinaron el cuello asustado, no concebían lo que ocurría allí en lo alto del castillo, puesto a que las sombras que se movieron con tal brusquedad, resultaban casi imposibles de definir cuál de las dos era aquel monstruo.

Transcurrió el tiempo con minuteros malignos anunciando un desastroso acorralamiento. En la puerta del reino apareció una peligrosa sombra encurtida en polvorosa tierra. En una de las grandes y excéntricas salas se escuchaba el deprimente sonido de un viejo piano; alguien tocó la fibra de los últimos trece y de los primeros cinco con absurdas, malditas e irreales tonadas, de donde fuera que surgieran los acústicos ritmos, realmente no importaba… la expresión de Karl era tan desoladora que Varus y sus aliados le siguieron la mirada con la esperanza de no ver algo peor de lo que les acechaba en sus espaldas.

Las columnas derechas de Rodinia, se iluminaban gracias al pronto cenit de aquella esférica, inigualable e incineradora alimentada por fusión nuclear roca. Se acercaba otra sombra cargando una pequeña daga en una de sus manos: tal blanca toga que portaba, provocaba el rebote de luz hacia todas las direcciones, y casi parecía un angelical demonio de alguna fantástica y ficticia historia… En lo más alto un vertical ventanal fue quebrado e impactado por el cuerpo de algún antropomorfo ser, y aquel cuerpo caía a gran velocidad desde dicha y considerable altura… su silueta de color burdeos cada vez se acercaba más y más al iluminado suelo de piedra con aproximación al cerebro de bronce… El delirante choque entre la materia, la sustancia y la forma, dieron un espectáculo que, junto a las insistentes colisiones de blandido metal, las estresantes campanas, los suaves pasos de dos irremediables sombras, las agitadas banderas, los anteriores quejidos de una vil bestia, las expresiones de pánico de las voluntades más fuertes, las carnes llorando de los que besaron la debilidad e inesperadamente, la disipada y trastornada sombra del extraño ser de pupilas escarlata rompiendo de lleno el frio monumento a la egocéntrica cualidad humana, ahora combustionaban el medio día del asfixiado día treinta… Todo fue acompañado del solo de algún tétrico y talentoso pianista… la locura se desquebrajaba en partes irreconocibles.

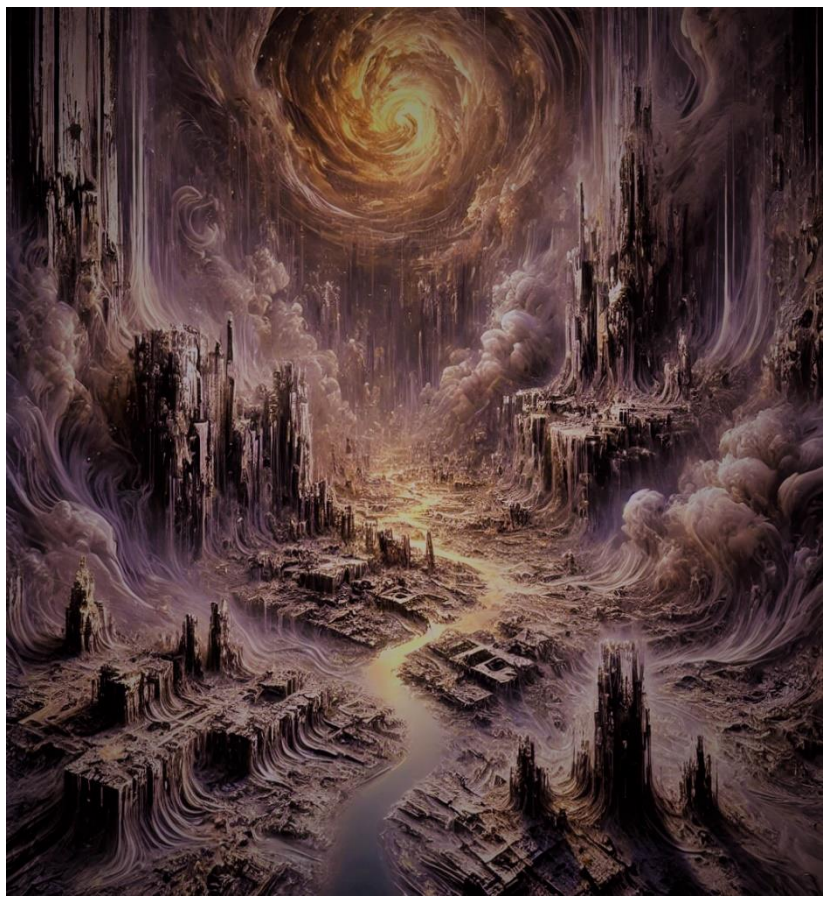
«En alguna oscura parte, donde no perforaban los sonidos provenientes del centro del castillo, yacían aturdidos otros organismos que deseaban la libertad, y la deseaban pese a comprender que tal paradigma no es más que una lamentable e ignorante ilusión».

Las manos del filósofo temblaban… sus palmas no paraban de diseminar esa caliente, liquida y espesa materia roja… La sombra sobre sus párpados daba por hecho un nuevo trauma, uno que invadía su entorno físico… él se encontraba rodeado por una abrumadora oscuridad, solo le acompañaba una pequeña llama prendida en el suelo

y unas telarañas en las esquinas. ¿Qué sucedió en aquel corto lapso? El ajeno Friedrich se inmiscuyó en algún grácil pozo de insana negrura… la duda le sacudió el pecho, le provocó el brote de miedosas venas en su cuello, le introdujo al abismo que siempre intentó evitar a toda costa… le apretó el corazón de la lógica y le arrebató la fuerza con la que por segunda vez nació.

—¿Que… qué hiciste, Friedrich…? —afligió la sombra de Evelyn: su quebrada voz sonaba muy atemorizada y débil. ¿No quería acaso que dicha penetrante oscuridad la escuchase? Sus botas encharcadas por una pestilente capa de triturados huesos, y una petrificada sangre a sus costados y entre sus prendas, le erizó la espina con un electrificante retorcijón…

Varios eventos sacudían el territorio de Rodinia… Las sombras dejaban de festejar en alusión de un nuevo renacimiento… ahora empezaran a materializarse como lo que realmente son… ya no serán solo vagas ideas de lo que pueden o no ser… ahora serán llamadas al estrado del cambio… a un estrado donde los benignos tumores dejaran su punzante dolor… mutaran las pupilas de los que no ven en la oscuridad… se rodearan de lianas sufrientes y bendecidas.



ENGULLIMIENTO

La vida ha perdido el sentido desde que te perdí —pensaba Eros—. Y ahora siempre te visito… cada vez que entro a este sitio me siento abrumado… mi pecho se desborona, aunque intente esquivarlo… siempre sentiré este enorme malestar… Supongo que es lo que merezco… desearía descansar como lo hizo Jano… pero… aun no puedo hacerlo, aun no debo. No entiendo cómo hizo él para soportarlo… el último sobreviviente le llamaban… ¿Pero de verdad quería sobrevivir? ¿Es que nunca se dio cuenta de la terrible maldición que conllevaba la casi inmortalidad? Jano realmente fue un buen mentor para mi… pero no me explicó nada sobre el sentido de vivir… el sentido de levantarse cada helada mañana.

El escuadrón de Eros siguió adelante en lo que su comandante visitaba la tumba de su familia; en una verde, floral y cálida llanura, reposa a plenitud un gran cementerio. Eros llevaba unas pequeñas rocas en sus bolsillos… eran lisas, de diferentes tamaños y colores, lo más seguro es que provinieran de algún litoral. Él colocó las pequeñas piedras en las tumbas, una en cada guarnición; en total eran tres blancas y cuidadas lápidas las que se encontraban rodeadas entre un cercado de colorida y lisa madera. Cual si fuera un día cualquiera, Eros se acostó junto a ellas… su esposa y sus dos hijas… su somnolencia era lo único que podía conectar de manera pacífica y natural con los bellos recuerdos de lo que una vez tuvo. Los sentimientos que posee en su interior no son percibidos por nadie… todos piensan que su neutral y tranquilo rostro solo hace alusión a un desinterés estoico, uno genuino y puro. Las pestañas alargadas de sus oscuros globos marrones, sus párpados medio dormidos y su despreocupada postura, lo hacen parecer todo lo

contrario a lo que realmente es… Siempre lleva esa sonrisa en sus labios que, pese a sus heridas comisuras, se especula honesta e indolora. Detrás de toda esa mascara su sentir existe, y es capaz de hacerle llorar de reflexión en los momentos más solitarios de su carrera… atravesar las entrañas del enemigo con su lanza precisamente no es sinónimo de maldad… no se pueden ni deben definir sus actos con la conjetura de lo que aparentan ser.

En su niñez, Eros desarrolló habilidades de supervivencia capaces de superar las limitadas y desconocidas leyes físicas humanas. Su vida siempre fue solitaria… creció rodeado de rojos y putrefactos olores. Jano lo encontró en un lejano territorio llamado Nekridia, su aspecto era inconcebible; cual inerte animal devorado por los insectos, una de sus quebradas costillas se asomaba por encima de su delgada piel. En este mundo los humanos tienen dos caminos para tomar: uno de ellos relaciona el hecho de la comodidad, la paz, la felicidad, los lujos, las cero carencias de cualquier tipo y la perfecta sincronía con la satisfacción mundana de la vida en sus cuantiosas aristas, con la terrible consecuencia de la debilidad. Por tal, en la Era idílica los humanos no sobrepasan los cincuenta años. Bajo extremas circunstancias se cumplen los requisitos para adentrarse en el segundo camino, uno que, a sabiendas de lo que significa, es mejor evitar a toda costa. La materialización de los peores y más nocivos sentimientos de la mente pueden mutar hacia dones taumatúrgicos. La convicción de sobrevivir bajo poderosas insignias, tales como la venganza, producen grietas antinaturales que sacuden toda lógica.

Cabe recalcar que la moral no es inherente ni circunstancial para romper las intrínsecas leyes de la débil y evolutiva descendencia humana; por ende, las condiciones que alteran la lógica son consecuentes de traumas físicos fuera de nuestra imaginación. Son pocas las personas en el mundo que han superado esa gruesa barrera, Eros fue uno de ellos, la

historia que lo asecha empezó ya hace dos siglos… El comandante en primera división nació bajo la luz de la oscura y cegada muerte, bajo el líquido de numerosos cadáveres mezclándose con su envolvente y amniótica sustancia divina. Los quejidos de un recién nacido en plena guerra eran insonoros, casi imperceptibles para los frenéticos músculos que tensionaban el arma en pro de gobernar los diferentes y ajenos mecanismos de vida inteligente. El poder se mecía en la cuna de carne.

Nekridia ya no existe en ningún mapa, se trataba de un enorme territorio del tamaño del gran y único continente. Hacia alguna dirección del mar yacían diversos asentamientos disputados en guerras de supremacías… los humanos luchaban por la aniquilación de las amenazantes y alarmantes especies. Los destacados solían ser los Imperium, los Cercopes, los Existenciales y los Heroberos; el nombre de estos últimos fue simplificado a solo gigantes pues ya no tenía importancia recordar sus orígenes. Es claro que los protagonistas, al final de los diez eclipses, fueron los herederos del linaje.

Ocurrió un siglo atrás, poco antes del inicio de la Era idílica. La irremplazable familia de Eros fue devastada en Nekridia por los seres alados, los Existenciales. En aquellas infértiles tierras, las nobles familias de la realeza gobernaban con total absolución e impunidad. Jano le brindó el mejor trato posible al comandante en primera división, uno que, a raíz de las buenas pero excesivas decisiones de su ajetreada agenda, obligaron a concretar un límite de protección al finalizar la última guerra. En resumidas palabras, la familia de Eros logró sobrevivir gracias a él y a Jano… gracias a sus arduas y dolorosas habilidades en batalla. Pero en un lejano aire de vientos pasados, la crueldad de las masacres no perdonaba ni a los vástagos con síndromes egocéntricos que nacieran de cualquiera de las especies… la información debía ser capsulada a toda costa o la Era idílica jamás hubiera tenido sentido… solo con pensar qué hubiera pasado si existía más de un Gilgamesh…

la probabilidad de empezar de cero y dejar la fría historia en un profundo y sellado ataúd, sería ínfimamente paupérrima. Al nuevo sistema monárquico le convenia más el silencio de un asustado Hatcher que el de un valiente y maldito poeta. La familia de Eros fue destruida por las espinas vengativas, que cultivadas fueron por un terrible árbol seco; cultivadas por el mismo linaje que tanto defendió. Nekridia terminó solo como el recordatorio que jamás podrá ser olvidado, ni siquiera de la historia, porque sus tierras grises ahondan los vestigios del pasado, las decisiones que se eligieron y las que se desecharon.

En un día como este… el sol brillaba exactamente igual de intenso y bondadoso… nutria las plantas de los prados del mismo modo que nutria las pieles desnudas… los largos pastales de Rodinia resplandecían cual verde espejo… cual cálido tacto en las yemas de los nacientes… La paz perduro tanto tiempo que, ahora, parece extraño pensar en quemar los restos de inertes seres esperando su inhumación… esperando que regresen y se unan de nuevo a la tierra que una vez les otorgó estadía…

Eros se quitó el negro sombrero y subió el mentón al cielo… su pálida piel recibía el sol con un agradecimiento incalculable… con un regocijo indescriptible. Él desea que, algún día, sus ojos reciban el filtro solar definitivo… el filtro de extraños colores que simbolizan su muerte; ese que todo ser anhela sabiendo la poca racionalidad en su significante, pues reencontrarse con su familia es todo lo que quiere y todo lo que querrá. Sus manos percudidas con tierra y sus negras ropas, deseaban entrar bajo tierra para sentir esa misma calidez que sienten los seres anclados allí abajo… lo insondable de algún modo le resultaba ameno.

—¡La próxima vez que te visite…! ¡Prometo traerte rocas aún más bellas…! —habló su alma gritando lo mucho que la extraña… la sensibilidad de Eros es equiparable a su insensibilidad.

Finalmente, los robustos vítreos hexagonales fueron reflejados por los morados pigmentos en su rostro. Lo primero que escuchó el comandante fue la barahúnda proveniente del castillo. Los lujosos escalones yacían empapados del caro Velheli, las puertas permanecían atascadas de par en par, pues una gran roca les impedía cerrarse. Era claro que durante su corta ausencia, el reino fue atacado por algún grupo de marginados y traidores del preciado brebaje rojo.

La tierra de sus manos se resbalaba por el sudor excretado de sus palpitantes palmas… Eros no lo pensó dos veces, empuñó su gran lanza en forma de colmillo y corrió directo al centro del castillo, y no sin antes cerrar las puertas de ébano: destruir el mil pedazos la gran roca fue fácil para su fuerza, nadie se le escaparía de Rodinia. Y cuando subió los peldaños, de pulido basalto y de rojas telas con bordeados y vivos colores violáceos, sus zapatos no se frenaron ante aquel pegajoso liquido negro que humedecía aquellos preciados tergales. En cuanto sus ojos vislumbraron los hechos, los círculos de sus pupilas se ensancharon y se acondicionaron.

—¡¿Qué ocurre?! ¡¿Qué demonios sucede?!

Un soldado que sostenía sus viseras con la mano, se alegró al verlo y gritó a todo pulmón su nombre. Todos los presentes sintieron la abrumadora presencia de tres peculiares entidades: una de ellas se presentó a sus espaldas, otra apareció de frente por un oculto pilar, y la tercera cayó del cielo… Eros, Benjiro y Keb se cruzaban bajo el mismo plano… sobre un mismo e intranquilo recinto. La coyuntura no podría ser peor, ahora qué emergerá a raíz del encierro soportado por los renegados. Karl empezaba a sentir los latidos de su desenfrenado corazón, le transmitían una parálisis de acción indescriptible; sus erizados cabellos se asemejaban al defensivo instinto de supervivencia despertado, desde la cola hasta las orejas, por un felino.

«Acaso él es… ¿Acaso es un enviado del cielo?» —observando a Keb tendido en el caluroso suelo junto a esa despedazada estatua, pensó Karl.

Algo sumamente inquietante era excretado por el gran cerebro de bronce que quebrado yacía debido eso al impacto que sufrió Keb. ¿Correspondía eso a un simple metal liquido fabricado para simular las viscosas terminaciones? O es que, ¿se trataba de un ejemplar real? Las dudas fueron respondidas con brevedad cuando la sombra del pilar fue diluida con la iluminación radiante del dios del fuego. Esa estatua era hueca: en su interior dormía el órgano cerebral de algún humano… aquel escultor del pasado debió tener un buen sentido del humor, uno que debió ser muy refinado, muy sarcástico y muy específico, pues luego de construir el perfecto estuche de la inerte masa de una desconectada psique, de seguro deseó tallar su nombre en el pedestal, y de seguro siempre soñó en hacerlo, pues de seguro reprimido de su deseo fue.

—¡Concéntrate, Karl! —Varus le gritaba —. ¡No solo se trata de Benjiro…! En la retaguardia el comandante Eros acaba de aparecer. Pero por suerte, supongo, Keb nos acompaña en esta ocasión. De todas maneras, ¡estamos acorralados!
—Varus… —las manos de Karl temblaban—. Lo siento, no puedo, no puedo moverme.
—¡Vamos! ¡Tú puedes… hazlo… piensa en el motivo que te impulsó desde el principio! Tú puedes… tú debes, debes hacerlo, de lo contrario…
—¿El motivo? Eso ya no importa… de igual forma moriremos… ya nada importa…
—¿Te acobardaras ahora? —la exagerada risa de Keb, quien observaba un cumulo de grises nubes que caían de la estratosfera, ahogaba las inquietantes tonadas que algún pianista tocaba.

—¡Karl! ¡Buen amigo! ¿Te molestaría informarme? Acabo de despertar… esas campanadas son detestables, lo son a cualquier hora del día —Benjiro se acercaba lentamente.

Keb se ponía de pie, las miradas lo acechaban, todos ya sabían de quien se trataba y que había ocasionado. Sus ropajes burdeos, tales cicatrices, y aquellas pupilas eran suficientes. Eros se acercaba al centro, a sus espaldas, e intentaban sus oídos escuchar lo que al frente sucedía; él se fijó en la triturada materia que el gigante escondía entre sus dedos. Acto seguido utilizó la punta de su lanza para atacarle lanzándola directo a su alta cabeza. Fue un corte limpio, veloz e indoloro, de oreja a oreja el gigante fue atravesado con tal enorme arma; sus ojos se cerraron al instante y, provocando un polvoreado efecto, su cabeza fue la primera extremidad en llegar al soleado piso. Al parecer, la fuerza que empleó Eros fue de tales proporciones que, incluso el más grande renegado, siempre tuvo nulas oportunidades de esquivar aquella contramedida.

—¿Por qué un Herobero se revelaría? ¿Acaso rompieron el pacto? Aunque extrañamente me recuerda a un pequeño Herobero que escapó hace muchos años— aguzó en voz alta Eros.
—¡No te equivocas…! —le respondió el impactado Varus.
—¡Tú…! ¿Eres un Cercope? Pensaba que se habían extinguido.
—Soy de los últimos… al menos de los últimos que se deja ver la cara en público.
—Ya veo… ¿Eres el líder de este patético intento de invasión?
—Lo era… pero quien cayó del cielo es el primero.

La expresión malhumorada de Keb le provocó una risa nerviosa a Varus. Eros cruzó miradas con Keb, e inéditamente actuó para despejar el terreno. Sus movimientos casi eran invisibles, el Cercope lo vio todo en cámara lenta del mismo modo que experimento en el bosque cuando Evelyn intento enfrentar al extraño ser. Lo primero que hizo Eros fue

sustraer su percudida lanza del grueso cráneo del Herobero. La materia verdosa saliendo por aquel orificio desbocó un escalofriante repelús a quienes observaron y escucharon como esa afilada lanza con forma de colmillo, cual dientes de sierra, desgarró el duro casco de un gigante. Y diez de los ajenos renegados fueron devorados por el frenesí del comandante… La sangre en sus corazones fue lanzada con espectacularidad hacia todas las direcciones posibles… un baño de rojas lianas y de finas fisuras en el aire, emanó un sentimiento de perdida indecible; la furtividad de Eros se presume, debido a su empírica actuación, superior a la Keb.

Los últimos trece se redujeron a solo dos personas… a dos delgadas páginas de corta historia que, sumando todo lo anterior, ya no importaban en lo absoluto. Lilith y Varus: una humana y un Cercope. Eros no atacó a Varus debido al claro liderazgo que cargaba en su columna: él necesitaba dejarlo vivo; interrogar al líder era crucial para desentrañar lo ocurrido. En cuanto a la humana… sus tendones le impidieron atacarla, concretamente no sabe si se debió al color de su cabello, o a esa fortuita decisión simbolizada en el agite de la blanca bandera. Abusar del poder para despojar el color vivo de su piel, sería poco honorable para el comandante. Al menos para los que él considere especiales o únicos. Su humanidad aun late en las brasas del sentimiento profuso del afecto más puro.

—¡Maldición…! Todo está perdido —los ojos iridiscentes y cristalinos del Cercope, soltaban lágrimas de orgullo… su esponjada cola de amarillas y grises rayas enmarcaban su ansiedad.
—Eres honorable… son pocos los hombres que se atreven a desenmascarar sus sentimientos en plena batalla. Entenderás que por mi posición debía hacerlo, tal y como lo hice —la lanza del comandante en primera división, opacó de todo atisbo de brilles en su astil y en su hoja.

—Te pregunto, Eros. ¿Por qué te sangran las comisuras de los labios? ¿Acaso, alguien logró herirte? —dijo Varus con sarcasmo al son que la muerte le punzaba.
—Nadie pudo seguirme el paso… salvo por tu aguda visión. Cada vez que uso mi habilidad, el dolor en esas malditas fisuras, palpita de un modo que no puedo describir, como si alguna fuerza desconocida equilibrara la velocidad con la que me muevo con un terrible dolor.
—Con que tú también tienes esta maldición… este maldito castigo — la voz de Keb intervino en la conversación del primer comandante y el último Cercope.
—¿Keb? ¿Estas bien? Desde la altura que caíste me sorprende que aun sigas respirando.
—¿Te sorprende más que esa media luna solar? —apuntó su índice.
—¿Cómo dices? —Varus observó al cielo.
—No es posible… ¿un eclipse parcial? De nuevo se repetirán los mismos sucesos… la noche será eterna… —Eros cerró sus párpados para recibir la radiación del cielo, como si despidiera los rayos con su seca piel.
—¿A qué te refieres?
—Bueno… la última vez que ocurrió un eclipse solar fue hace un siglo… Por algún motivo ocurren eclipses cada vez que la humanidad recae… cada vez que cruza por una movediza y frágil cuerda… Aunque en esta ocasión no comprendo ni visualizo el fondo del acantilado…
—¿Eclipses?
—¡Al medio día la luz se apaga… a media noche la luna sangra…! — interrumpió Benjiro.

En la plaza central solo quedaban seis pequeños y a su vez gigantescos mundos atrapados en un homogéneo suelo… pero el heterogéneo equilibrio de cada uno era subjetivo. Al fondo de aquel invisible telón se oculta una objetiva realidad. Keb en el centro. En la retaguardia Lilith y Varus se disputaban la vida contra el comandante en primera división,

Eros. Al frente dos maltrechas perspectivas chocaban con firmeza: Karl, el comandante en tercera división, y el terrible semejante, Benjiro. Al menos los irritables, pero a su vez relajantes sonidos emitidos por un viejo piano, se habían silenciado…

Todos sabían que esto podría llegar a suceder, atacar Rodinia y no esperar represarías, era un deseo fantasioso. En un tablero de ajedrez se consideraría prudente aceptar el jaque mate. La mente de los insensatos resulta hasta clónica; en repetidos escenarios, lo primero que resuena en un momento tan crítico es, ni más ni menos, preferir la muerte antes que la derrota. Si el linaje no lamenta lo que es… se lamenta lo que puede llegar a ser si se niega a sí mismo. Es como un juego entre infantes, aceptar lo evidente no hace parte de las imaginarias formas de plantear el mundo… ¿Quién dice que no se puede volar? ¿Quién dice que no se puede respirar bajo del mar? ¿Quién afirmaría que es necesario comer para sobrevivir? En las fichas de las nuevas progenies, lo que se puede o no hacer es (pese a las leyes naturales, lógicas o físicas) opuesto… contrario… o posible…

La oscuridad empezaba a ganar terreno abruptamente. El cenit se convertía en un espectáculo circense, puesto a que en aquella batalla los que quedaron de pie bajaron la guardia por varios incontrolables segundos. Sus nucas apuntaban al cielo, esa media luna solar era inaudita para los ajenos. Solo Eros ya conocía acerca del símbolo significante de un eclipse solar en pleno medio día. Por su parte Benjiro conocía las leyendas… conoce las profecías, él se vio terrible y llanamente convencido con los textos escritos, hace trece años, por Radamés. Hablaban los manuscritos del rey sobre la dominante raza humana y las consecuencias de yacer en la cima de la selectiva y natural pirámide. Claro que casi nadie ha leído tales argumentos, en mayor medida causado por su mismo juicio. Radamés reconoce su propio talento y

admite la poca receptividad que tendría su pensamiento si trasciende por las mentes de los seres alienados.

—¡¿Que… qué sucede?¡ —las pulsaciones de Lilith se elevaban conforme transcurrían los inesperados problemas. Ella se aferraba a aquella bandera como si su vida dependiera de ello, como si su propósito se relacionara con el hecho de sostener el símbolo de los renegados.

El engullimiento acorralaba la luz… borraba las sombras que coexistían con la intangibilidad y materialidad de los objetos. Ese aro de fuego ya había perdido la mitad de su iluminación, el vacío le impedía emitir sus rayos… le negaba esa anhelada libertad que nadie puede poseer.

—¡No puedo creer que todo mi escuadrón haya sido derrotado!
—¡No te sorprendas tanto… aún no he degollado a tu corrupto rey!

La tensión se desbordaba por la cumbre de un humeante volcán. En cuanto Keb le respondió de aquella forma a Eros, la risa que emergía de su cautivante resonancia magnética, de alguna manera, provocó que todos los presentes, sin excepciones, sintieran un terrible mareo y un ahogado y pesado sentimiento de desmayo. La voluntad de Keb, impactó de lleno en las duras carcasas de las bestias. Eros y Benjiro supieron, en ese instante, que no se trataba de un simple monstruo. Aquellas pupilas escarlatas le empezaban a brillar, pues al parecer dicha oscuridad proveniente del eclipse casi total, aventajaba la extraña habilidad de Keb para visualizar todo el panorama sin ningún problema.

La fase anular del eclipse ya casi se daba. Benjiro volvía a decir desconcertantes palabras en voz alta. Esa debilidad ansiosa de desvelar lo que su mente piensa usando su lengua, lo llevará rumbo a terrenos desprotegidos y vengativos.

—El conde tenía razón… ocurrirá lo mismo que le sucedió a Xeclios…
—¿Qué dices? ¡Hay una maldita cúpula recubriendo el reino! —Eros se alteró por la insólita verborrea que afirmaba el semejante.
—¡¿No lo ves?! Me refiero a la oscuridad… cuando se apaga la luz no queda más que rezar por que se vuelva a encender. Y si nunca regresa… la locura se apoderará de todos.
—No tiene sentido… el proyecto Hapux ya debería de haber terminado, es cuestión de horas para que los Existenciales obtengan su merecido.
—Ellos quieren entrar a Rodinia… no me cabe duda… y la mayoría de nuestro ejército debe de estar en Lascelles, desollando a los rebeldes…
—¿En qué te basas para afirmar tales inauditas conjeturas?
—¡En eso…! —Benjiro señalo a Keb como si se tratase de un peligroso infiltrado.
—¿Dejarán de parlotear en algún momento? —preguntó Keb.
—¡¿Quién eres?! —la seriedad de Eros se sentía en la firme empuñadura de su lanza.
—¡¿Qué, acaso no escuchaste, sorda y estúpida alimaña?!
—Hace un momento oí que el Cercope mencionó tu nombre. Pero quiero escucharlo por la voz de quien empalaré a una astillada estaca cuando todo esto termine.
—Me llamo Keb… —sus suspiros transmitían cierto grado de narcisismo.
—¿Y bien? ¿Por qué osan de atacar este pacifico lugar?
—¿Pacifico? Mi hermano y su familia fueron quemados vivos en ese lugar —contradijo Karl señalando una refinada edificación que sobresalía en la parte trasera del castillo.
—Entonces, ¿tú eres cómplice? Si estas involucrado serás ejecutado por conspirar en contra del reino. Morirás de atroz manera… —Eros movió la cabeza de izquierda a derecha.
—Lo siento. Así son las cosas…

La tensión aumentaba, ahora se revelaba la traición por parte del tercer comandante. Faltaba entender los hechos a profundidad, ¿qué sucedía exactamente en Rodinia? Benjiro no quería creer la obvia traición de alguien que, pese a su intacta humanidad, le brindó sus servicios al reino por quince largos años. Lilith improvisó de la mejor manera… su corazón lo requería…

—¿Qué esperas? ¡Acaba con esto de una buena vez…! —la mujer de amarillos y trenzados cabellos, de hermosas efélides color habano, y de oscuros pero azulados ojos… se enfrentó con la mirada al primer comandante.

Eros empezaba a sudar blandos sentimientos; veía en los ojos de Lilith algo que no lograba concebir. Su lanza tocó el suelo, sus palmas se relajaron, incluso su seria mirada se emergió en un trastornado y puro estado; una capa cristalina de saladas y honestas sustancias se asomó desde sus largas pestañas superiores, hasta su agotada línea de agua. Él unas palabras le dijo a la mujer, quien empezaba a debilitarse ante la pronta posibilidad del apagón absoluto, ese que borra todo atisbo de recuerdos… ese que restablece la materia al punto inicial.

—No llores… no las desperdicies. Las expectativas no deben ser opacadas por sentimientos de miedo ni de alegría. Tus lagrimas te guiaran… Esa laguna no debe ser desperdiciada… no mientras la superficie sea causada por la desesperación. ¿Lo comprendes? ¡Siempre he estado buscando esa mirada…! Vagando de lado a lado, desentrañándome a mí mismo, puedo verlo en ti. ¡No bajes la mirada…!

Nadie sabía que responder, nadie quería opinar, nadie pretendía interferir ante esa honestidad que emanaba el alma de Eros. Lilith se secó las lágrimas con su manga izquierda y procedió a levantar la mirada

al cielo. El asta de la bandera terminaba en una afilada punta dorada que, sin miedo alguno, apuntó directo al pecho de Eros. Ella soltó un honorable grito de guerra al aire que impresionó a todos los similares. Fueron solo un par de segundos. A pesar de la fácil capacidad de esquive que ostenta el comandante, no quiso hacerlo, evitó protegerse.

—Era lo que necesitaba para seguir… gracias —la serena y aliquebrada voz de Lilith había hecho historia. Sus lágrimas seguían cayendo del miedo, pero esta vez era un miedo de gloria, uno repleto de determinación. Por el fuerte agite de la bandera, esta cayó al suelo, a excepción de la ensangrentada asta, la cual no movió ni un ápice de donde yacía incrustada.
—Lo hiciste bien… solo espero que la próxima vez que desees herirme, sea en circunstancias diferentes —sus comisuras desbordaron un rojo rio.

El pecho de Eros sangraba cual inundación, el pináculo de la bandera se inmiscuyó por entre su carne… el asta se asomaba hasta su espalda… Lilith fue capaz de atravesar al comandante en primera división. Los azulados ojos de la mujer lo observaron fijamente, cruzaron miradas por un par de segundos, y en aquel lapso daba la impresión que esa imparable fuerza llamada tiempo, se detuvo a cabalidad. La pequeña sonrisa en sus fisurados labios, provocó que Lilith no se enorgulleciera por lo que hizo. Algo ocurrió en esos fragmentos que se desboronaban de ambos mundos, de opuestas realidades. Eros y Lilith sintieron una fuerte chispa fulgurante y desdoblada… y una desbordante, poderosa e iluminada centella.

—Solo duerme, por el momento será lo mejor —Eros le dio un pequeño y fugaz golpe en un nervio del cuello, accionó para inducirla de inmediato en un profundo sueño.

El comandante no la dejo caer; la alzo con sus brazos y, pese a su mortal herida, dirigió sus pisadas hacia un alejado pasillo del castillo. En una habitación repleta de pequeñas camillas, la acostó con delicadeza en una de ellas. Con cada paso que daba pintaba el suelo con espesas y redondas gotas de rojo barniz. Sin más… regresó de nuevo al centro de Rodinia.

Benjiro toleró lo que presenciaba, aun así, no se detuvo y encaró las acciones de Eros. Su voz sonaba algo sarcástica, le recriminó al comandante lo que acababa de hacer con el enemigo.

—¡Bien! ¡Perdonemos a los invasores! ¿Qué opinas, Karl?
—Escucha… si tengo que empuñar esta verde espada para desvelar la verdad… lo haré.
—Que valiente… antes de ejecutarte desearía saberlo. ¿Por qué traicionaste a Radamés?
—Es… evidente. Nadie sabe qué le sucedió a Xeclios… ni siquiera sabemos de quien quiere vengarse el reino; el linaje muere y el supuesto rey no hace nada para evitarlo. No conocemos nada sobre la historia que nos fue negada. Y, el mar… ni siquiera tengo que mencionarlo.

El rostro de Karl empezaba a oscurecerse. La risa entre dientes de Benjiro sonaba aborrecible. Eros seguía sangrando como si no le importase en lo más mínimo su propia vida. Varus era el único que guardaba la compostura. Keb tenía su mano en su rostro: cuatro dedos en la parte izquierda de su cara tapaban la visión de uno de sus ojos, su pulgar palpaba la mejilla derecha; su mirada perdida manifestaba un serio desajuste neuronal.

—¡¿Acaso, de algo serviría saberlo todo?! Solo eres un peón, no tienes permitido presenciar lo que yace en tus costados… —Benjiro se negó a escuchar los disparates de Karl.
—¡Keb! —gritó Varus—. ¿Qué te sucede?

—De nuevo… de nuevo… las malditas cicatrices palpitaran… —se estremecía la mandíbula de Keb. Había un poderoso miedo proveniente de horrores, escarbándole su memoria.

Las pupilas escarlatas le brillaban con gran intensidad, cual envueltos en un tapetum lucidum de viscosas esferas de indecibles maldiciones; lo que auguraban los mefíticos sentimientos e inencontrables aires de maleables sustancias, requerían, con una sobrehumana voluntad, una cabeza fría para sostener la gravedad con los carozos amarrados a cárnicas raíces. Solo aquel filosofo era capaz de sostenerse ante tal aberrante presencia que nació de la sucia tierra tirada en la ciudad de abajo. Y ni siquiera los similares se atrevieron a soportar ese terrible malestar que replegó la oscura capa que apretaba con las garras al diamantino corazón de Keb.

Varus fue el primero en desmayarse. Aunque Karl ya conocía esa sensación, no le fue posible eludir la pesadez en sus hombros. Benjiro dio un paso al frente con la implícita intención de desenvainar su daga y atacar al extraño ser, claramente no consiguió hacerlo… sus músculos tambalearon dejándolo inconsciente. Eros sintió un martirio asaz, su ínfima lucidez le obligó a forzar su mandíbula para perpetuarse una terrible herida en su lengua. La hemorragia en su boca le resulto positiva puesto que pudo sostener su equilibrio en todo momento.

—No eres humano.
—No es la primera vez que me lo dicen.
—¿Qué eres?
—No lo sé. ¿Qué crees que puedo ser?
—Me resulta inefable…
—A mí me resulta inefable el oscuro de tu sangre… y ese aroma… por dentro hueles a muerte y a locura… es el mismo aroma que allí abajo… allí en la opresiva oscuridad, reinaba.

Eros tocó sus rodillas con el suelo e inclino su cabeza. La sangre que perdió por la propiciada herida en su pecho, la que sobresalía por sus comisuras, la que ocultaba el blanco natural en sus dientes y la que bajaba por su garganta cual espumosa catarata, le impedían visualizar lo reflejado en sus retinas. Él perdería la conciencia en ese lugar sin obtener ninguna respuesta, sin concebir la magnitud de lo que significaba esa extraña sensación emanada por Keb.

La voluntad de Keb era tan abrumadora que causó una rara sinestesia alrededor del castillo. Los vítreos hexagonales resultaban jaleosos, los pequeños ríos artificiales se miraban dulces, las puertas de ébano de la entrada, empezaron a tornarse tristes… El eclipse solar ya imperaba en su auge total.

El ser de las rojas pupilas actuó rápida e increíblemente con empatía hacia sus aliados. Llevó en su hombro a Karl y a Varus a un lugar que parecía seguro. Los dejo ahí en ese sitio, e instó sus pisadas hacia las escaleras, en busca del sujeto que lo arrojó desde aquella ventana en lo alto de Rodinia.

Justo después del viscoso encuentro con el monstruoso Blytheae, Keb no solo se topó con el valeroso Benerib. Se iluminó por un último segundo el extremo del pasillo, dejando entre ver quien se acercaba en aquel momento… se trataba de Radamés. Fue una reunión improvisada en uno de los largos pasajes de la planta alta. No se mencionó ninguna palabra por parte del supremo rey, ni por parte del vengativo ser de las pupilas escarlatas, pues solo el choque de miradas fue suficiente para hacer entender la gravísima situación que atravesaba su majestad. Keb no necesitaba la presentación de nadie, ya que, en reciprocidad, ya sabía la identidad de su adversario. Ambos contendientes se acercaron uno al otro, Radamés yacía completamente serio, su inexpresividad indicaba

que no habitaban emociones en su psique, sin embargo, le molestó que su analítica reacción no fuera respetada por aquel sonriente ser.

La misión de los últimos trece y de los primeros cinco, atravesaba por la tortuosa, deformada e indeterminada derrota. Varus y Lilith arrastraran ese sentimiento de libertad que mancillaba las vidas provenientes del bosque de los renegados. Karl abría los ojos ante una abrumadora oscuridad. Las tenues luces del castillo no lograban penetrar la absorbente masa invisible. El comandante en tercera división se planteaba la posibilidad de que eso fuera verdad, eso que Benjiro dijo; lo que le ocurrió a Xeclios realmente se apoderaba de Rodinia. Benjiro despertó con una incontenible furia, su orgullo como semejante se acababa de ver comprometido ante la aparición de una bestia proveniente de la ciudad de abajo. Eros no se levantaba ante aquella mancha roja que le rodeaba el contorno, por su comodidad casi parecía que no quería hacerlo. En cuanto a los otros involucrados… su paradero resultaba preocupante… era desconocido…

Qué les ocurrió a los débiles en fuerza, pero poderosos en convicción. Friedrich, Evelyn, Ed y Fuseli. ¿Qué aconteció justo después del asedio? Después de la forzosa reunión en aquella excéntrica sala, no dejaron claro los límites de intrusión al reino. El grupo del filósofo estaba encaminado a desentrañar la verdad que ocultaban los amatistas muros… se suponía que tan solo debían investigar… pero algo terrible tuvo que ocurrirles para terminar en ese deplorable e insano estado anímico.

El escenario seguía cambiando; la oscuridad engullía al celestial reino. La cúpula que cubrió durante desconocidos siglos a Rodinia, estaba siendo profanada por una incolora sustancia de empalagosa materia. Dicha sustancia era densamente vaporosa. A leguas se apreciaba el lugar de su indecoroso nacimiento: el culpable del engullimiento parecía ser

aquel eclipse. Extraño e inexplicable resultaba el comportamiento replegado en el ambiente. Por infortunio del linaje, la negra amalgama se escabullía a lentitud entre las fisuras de las grandes puertas.

COLISIÓN

Pensaba que todo era mi imaginación. Me convencí a mí mismo de algo irracional, de algún modo oculté la verdad en un fino y doloroso velo. Mi entorno nunca hizo parte de mis miedos, de mi subconsciente… de un profundo sueño… de una falsa realidad ideada por mi desastrosa e insensata percepción… Siempre fue real… desde aquel primer momento en que abrí esa maldita puerta lo supe, supe que de seguro jamás volvería a ver la luz. Y debí haberlo prevenido; esos chirridos de madera no eran naturales.

Tal vez debería culpar a mi musa, la curiosidad innata con la que he nacido me llevó hasta lo profundo de este vertedero. Sin embargo, no dejo de preguntarme cómo es posible que esto sea real. En algún punto se mesclaron los moldes del horror en un pestilente saco de pútrida materia. Me gustaría comprenderlo. ¿Qué demonios hizo la humanidad para descuartizar su moral?, se supone que yacía inyectada en las venas… creo que, al final, todo es contingente.

Han pasado solo un par de horas y ya estoy rezando por mi redención. He vivido una vida tranquila, conocí el mundo usando mi pequeña visión y mis limitados sentidos para satisfacer ese monstruoso sentimiento de ignorancia. Lamento que no podré terminar el recorrido de la sabiduría como quisiera haberlo hecho desde un principio… Aún recuerdo que alguien me hizo cuestionar mi abusada libertad, me hizo reflexionar si las sombras que dilucidaba eran provenientes de algo más. Sin duda, ese extraño ser, arrastró sin piedad mi mente por la tierra. ¿Me pregunto… de dónde vino?

¡Basta! Tengo que reaccionar de una buena vez, no quiero seguir estorbando. Divagar en una situación como esta me resulta sumamente egoísta… ¡No es momento de lamentarse de nada! Aunque mis pies no me respondan, debo hallar una manera de escapar con vida. Por suerte Evelyn no tiene ninguna herida, sin embargo, no puede moverse. Al parecer está sufriendo algún tipo de chok. De seguro el miedo la paralizó por completo. Creo que el hueso sigue intacto… siento que esos repugnantes tentáculos no se atrevieron a romper más allá de mis tendones… No estoy seguro si es un efecto segundario, o empecé a presenciar la etapa final. Me he acostumbrado a la oscuridad, y pese a eso empiezo a distinguir matices borrosos en el aire… Sería una locura, pero… ¡Tengo un plan…!

¿En… en qué momento me desmaye? Se sintió como un tronador parpadeo, pero estoy seguro que he perdido tiempo. ¿Dónde está Evelyn? Las cárnicas raíces que me sujetaban… siguen ahí, pero ya no parecen cadenas… creo que bajaron la guardia. Por suerte, la puerta continúa abierta de par en par, la luz de las lámparas sigue en su lugar… casi parece que puedo tocarlas. Tendré que adivinar en donde empieza la escalera, y subir hasta la salida no será nada fácil. ¡No es momento de alucinar! Es obvio que la puerta no se encuentra flotando, cual si fuera una nube, en el maldito aire. Simplemente es un gracioso efecto visual, distorsionado por esa abrumadora oscuridad. Creo que, si me enfoco lo suficiente, podre visualizar lo que se oculta ante mí. Me recuerda a mis primeros días caminando por la ciudad de abajo. La crudeza en ese ambiente era muy similar a la terrible soledad… a la angustia también.

Bueno, ha llegado el momento de levantarme. Lo siento, Ed. Jamás pensé que esto sucedería, vengaré tu muerte desvelando la verdad sobre este lugar. Y cuando todo termine, te juro que escribiré sobre ti, sobre tu valentía; además, escribiré sobre la historia que he vivido, y la que han vivido los que me rodearon en algún punto de ella. De seguro a

Radamés le disgustara enormemente que exista un manuscrito detallando cómo llegamos a tal conclusión… Ya nada importa más que sobrevivir ante este nido de parásitos deteriorados, de viscosos huesos, de malformaciones, de recalcitrantes e inciertas cavidades porosas, de fríos y oscuros entornos malditos… Es similar a un enorme cerebro de grotescas proporciones. Algo yace fuera de mi entendimiento sobre la vida, golpea sin cesar mi cordura. He llegado a comprender tan, pero tan poco, que comprendiendo a mi amigo Keb, me arriesgo a descifrar que la culpa de todo este mestizaje de pura maldad, fue suministrada por la decadente dialéctica humana.

Aún recuerdo cuando era niño; la vida me resultaba divertida hasta cierto punto. Nacer sin estructuras y reglas mecánicas, de lo que es posible o imposible, es el verdadero significado del asombro. Es de igual forma a cuando un animal activa sus instintos de supervivencia, al sentir o reconocer algún peligro de extrema latencia; muy igual es de valido afirmar que los humanos somos maquinas impulsadas por un sistema y/o modelo antropocentrista, diseñado para evadir los instintos naturales, haciendo de nuestra experiencia, con dicha supervivencia, en gran parte, irreconocible e incompatible. Solo tiramos la soga del asombro y bajo un tapete la metemos, uno de fríos principios y de frías reglas lógicas. Y no digo que la lógica deba ser errónea, digo que la forma de superponer nuevas ideas no debería ahogarse, no antes de salir a flote, por otros poderosos planteamientos. ¿El sentimiento de romper un estigma, crear uno nuevo, y volver a romperlo una y otra vez, hasta por fin llegar a una objetiva realidad diseñada por nuestra dialéctica capacidad, acaso no es la verdadera catarsis de nuestra racionalidad?

Lo que quiero decir es que… todo tiene una causa. El declive empezó en la ciudad de abajo, como una terrible y oscura plaga extendiéndose por la mente de los débiles, hasta el grado de provocar dolorosas alucinaciones en ellos. Nosotros estamos en la cumbre de la pirámide;

la cadena alimenticia yace abajo, muy debajo de nuestras suelas vemos la verdadera selección natural… pero lo que sucede arriba sigue en un camino muy similar. El linaje se autorreguló, añadió a lo alto de la pirámide otro ente con incoloras, y a su vez, coloridas características… una profunda e irrompible barrera nos refleja en ese inquietante espejo… Nuestro verdadero némesis resultó siendo nuestra propia y desastrosa consciencia.

Tal vez por eso la locura evolucionó solo a ser un síntoma normal, uno aludido a calamidades inexplicables. Los susurros que escucho, de vez en cuando, son el reflejo de la decadencia a la cual me refiero. Son voces semihumanas alegando el sufrimiento que poseyó sus cuencas de adentro hacia afuera, y tales globos que me observan en lo profundo del vertedero eran, si mis instintos no me fallan, descendientes del linaje, al menos en su mayoría. Por algún motivo siguen viviendo a pesar de los protuberantes orificios que se asoman en la funda de sus carnes que solían, en otros tiempos, pertenecer a cuerpos antropomorfos.

Y no tengo idea de que les ocurrió. Se retuercen, emiten cortantes sonidos como si quisieran hablar. Los espasmos en sus cuerdas vocales, indican una desconexión total con el mundo… parpadean sin ninguna sincronía aparente y, siendo testigo de lo que he visto, puedo asegurar que la oscuridad ha engullido sus cuerpos por completo, lo ha hecho con esa aplastante masa de viscosos tactos, de formas extrañas y de líquidos negros insoportablemente palpitantes e insondables. Pese a todo lo que he presenciado, estoy seguro que aquellos humanos no llevan ni un ápice de vida entre sus inertes pupilas.

«Una red de exánimes seres se lamentaban del sufrimiento que padecían».

«¡Maldición…! De nuevo empecé a divagar… ¡Es hora! Saldré de aquí a como dé lugar; pero primero debo buscarla. Evelyn no debería estar

muy lejos» —pensó Friedrich al unísono que utilizaba todas sus fuerzas para salir del apresamiento de aquellos repugnantes tentáculos…

Solo hace un par de horas, el grupo del filósofo se estrelló con la curiosa tentativa de buscar e inmiscuirse en Rodinia. Caminaron un par de pasillos en lo profundo del castillo, bajaron, subieron, y volvieron a bajar escaleras. No parecían tener ningún orden específico, tan solo inspeccionaban lo que les llamaba la atención en ese momento. Entre decorativos e ilustrados artilugios, y costosos marcos de excéntricos tabiques, se toparon con un anormal escenario. Aquella puerta de mohosa madera que no dejaba de rechinar, fue la entrada hacia el diabólico mundo que habitaba entre las entrañas del reino. El comportamiento intuitivo de Friedrich no fue el acertado, ya que era claro que aquel lugar obedecía a patrones antiguos, y tal vez provenientes del primigenio. Fuseli recordó algo muy particular, sobre la pintura de la cual debatieron su aparente origen: se asemejaba a esa vieja, y seguramente perdida, arquitectura. El estado agrietado, mohoso, polvoriento, anticuado y olorosamente rancio de dicha entrada, obligó al grupo más débil a desentrañar la explicación, o la historia, que cargaban aquellas chirriantes maderas. Después de todo, con heroísmo asediaron un terreno cuyas vertiginosas cumbres sepultaran, si son insignificantes, sus potenciales acciones. Y jamás se imaginaron el terrible y solitario engullimiento que reposaba insanamente al otro lado del leñoso telón.

Friedrich la abrió esperando encontrar algún mueble o estantería vieja con viejos libros. Ellos inmediatamente notaron que no podrían entrar a ese lugar a ciegas, esa abrumadora oscuridad les impedía visualizar su interior. Por ende, Fuseli decidió separarse unos minutos del grupo en busca de una linterna. Por fortuna el pintor encontró una empolvada lampara de queroseno en buen estado. Una vez encendida, dieron un paso en la entrada para ver su interior, pero las expectativas mataron,

en el acto, todo reconocimiento de valentía. Tan solo lograban ver unos dos metros el entorno y, de hecho, solo se trataban de oxidadas escaleras. En aquel momento, el grupo no movió ni un dedo; el miedo a lo desconocido se apoderaba de sus convicciones.

Evelyn le quitó la lampara a Friedrich, y se abrió paso sin decir ni una palabra, ahora la mujer del grupo estaba a la cabeza. Ella fue la primera en bajar, Friedrich el segundo, Ed el tercero y Fuseli el cuarto y último. Cada paso que daban resultaba tosco y alarmante. El sonido del corrosivo metal crujía, como si en cualquier momento aquella escalera se fuera a derrumbar; el suspenso y la inquietud anidaban en las gargantas de los presentes. Fuseli intentaba hallar una explicación para su verídica pregunta, él se cuestionaba a si mismo el increíble hecho de jamás haberse topado con tal evidente puerta en medio de un transitado pasillo: dudaba si era acaso posible que su despiste fuera tan grave. El estremecedor sonido que emitía tal metálica escalera, rebotaba con gran eco en la profundidad del aparente abismo. Sentían como si nadie hubiera, por incontables décadas, bajado por ese lugar. Y algo curioso empezaron a escuchar: sonidos de caucásicos gimoteos, lloros de algún semihumano intentando comunicar un tipo de mensaje con sus encriptados susurros, quejidos de dolor y casuales gritos eran zumbados en sus tímpanos. Casi daba la malformada impresión, de escuchar las voces de torturados y encadenados presidiarios al asecho de algún terrible animal, pues de un momento a otro, un infernal rugido fue exhalado desde lo profundo e indivisible de la cripta. Solo en cuestión de segundos, aquel sempiterno sitio fue aturdido de insanas raíces por un temblor, cual terremoto nebuloso, la escalera de metal empezó a sacudirse de un lado para otro. Ed empezó a marearse a gravedad, y para Fuseli algo andaba terriblemente mal. Ed cayó de las escaleras empujando a Friedrich y a Evelyn en lo profundo del confuso e ignoto subsuelo. La lampara de queroseno chocó contra un pedroso y hongoso pilar, causando una pequeña e incontrolable explosión; se incendiaba un

poco más de un metro cuadrado al rededor. Sin duda, aquel reducto al que cayeron, siempre estuvo oculto en los evidentes muros amatistas de Rodinia. Ha existido por un indeterminado tiempo las partículas de polvo fosilizadas que ahogan el oxígeno puro del cielo; han perecido numerosas víctimas en ese lugar proveniente del primigenio. Es claro que la cantidad de triturados huesos, en el frio, rojo y pegajoso suelo, son el resultado de cientos de seres atormentados por la ignorancia que conlleva morir en la gran y absoluta oscuridad.

El entorno se duplicaba gracias a la estrepitosa caída. Por suerte estaban ya cerca de llegar a la base de la escalera, de lo contrario, seguramente habrían muerto por la fuerza gravitacional.

«Debieron ser por lo menos mil escalones» —Friedrich exageraba esa altura en su mente. Él yacía tendido en el suelo con un poco de sangre asomándose por su nariz. Volteando a ver el estado de sus aliados, se fijó primero en unas desconocidas epígrafes en un saliente de piedra.

Desafortunadamente, Ed cayó un poco más lejos que Friedrich y Evelyn. De Fuseli no había rastro alguno, de seguro fue devorado por el monstruo que replegó aquel siniestro rugido. El benevolente fuego aún iluminaba el contorno del profundo descubrimiento. La característica más peculiar en esa profunda oscuridad, era la antigüedad arquitectónica, casi parecía que las mohosas paredes y los semiderruidos pilares, se caerían en cualquier momento. Los barrotes de oxidado metal daban la impresión de haberse utilizado a forma de jaula. Uno de los muros, que tenía la entrada hacia algún invisible lugar, enmarcaba en su fachada unas escrituras que no provenían de ningún idioma. Esos jeroglíficos no pertenecían a ningún libro que Friedrich haya leído con anterioridad. Ni siquiera los libros que sobrevivieron a la Era idílica contenían aquellos garabatos. Por la gran tipografía con la que fueron tallados, la premisa más corta era asegurar que servían para indicar la

entrada de algún imponente lugar. Y en la esquina de una polvorosa y telarañosa terminación de piedra, en la entrada del sitio con las escriturales viejas del desconocido vernáculo, se ocultaba la clave que Friedrich deseó encontrar. Se trataba de un pergamino enrollado con un descocido hilo rojo que, por suerte y pese a sus carcomidas esquinas, aparentaba ser leíble. El filósofo caminó y estiró su brazo a silencioso paso seguro, pues cada pisada que daba, hacia crujir los espolvoreados huesos de animales y de humanos. El suelo carecía de sequedad, ya que su viscosidad alarmaba la paz de los presentes. Y Evelyn presenciaba hacia otra dirección, lo que ella intuía ser, algún animal con excéntricas sombras revoloteando sin orden específico. Ed pidió ayuda una única vez, habló con una cortante voz diciendo algo sobre su estado: él yacía en el suelo atrapado por una extraña masa, pero dio a entender que no había sufrido fatales heridas por la caída. Aquella pérdida mirada de Evelyn, continuaba retrayéndose a lentitud, cada vez sus pupilas se aguaban y temblaban con desaire.

Friedrich agarró el pergamino, pasando entre las telarañas con sus manos bañadas en zozobra. En ella leyó la vivencia de alguna persona que, por palabras de su misteriosa autora, provenía del año cero. La legibilidad en sus largos párrafos era íntegra, y aunque sus palabras sonaban arcaizantes, la impresionada y cuestionada percepción del filósofo, se endurecía y crecía con la verdad. Quien sea que fuese, se tomó el tiempo para escribir tales terribles sucesos; lo hizo imaginando en que algún día los encontraría un intrépido investigador de la historia oculta. A pesar de la estudiosa vida de Friedrich, él sentía que, cada vez con mayor lógica, las piezas le encajaban en este enorme tablero de envenenado y famélico juego, y de macilentas fichas de nocivos jugadores. La ignorancia le atormentaba en bucle el insondable vacío de su pecho, pero se sentía eufórico y excitado, pues leer algo del pretérito le hacía batir el líquido de sus venas junto al positivo frenesí del conocimiento.

No era un simple texto, más bien, era una nostálgica carta de acontecimientos pasados. Decía lo siguiente empleando una cursiva delicada y puntera, que se postraba estética y elegante.

Z.T.A.
Log-Anzura, Universidad de WhonD-Kangae, Lascelles.
13 de septiembre de 917.
Dra. Sylvie K. Rongerick.
Estimado señor Herman Mezgner.

Después de lo último que charlamos, he llegado a la conclusión que, prefiriendo arriesgar mi vida para un mayor propósito, me entregaré al nuevo gobierno de Jano. No puedo soportar la penosa idea de esconderme para siempre en un incómodo y precario ático como este. Debería usted salir de esa burbuja fantasiosa de la cual todos fuimos engañados. Nadie pudo imaginar un escenario tan injusto como el que nos ha tocado afrontar. Solo han pasado un par de meses desde que inició el año, y ahora quieren que empecemos un calendario desde cero. No estoy de acuerdo con esta práctica autoritaria, es absurdo imponer y obligar a olvidar los años que sobrevivieron hasta este punto de historia, y aun no he visto regresar a mis compañeros ni a mi familia. Fue buena idea esconderme, pues nunca confié en un propósito tan ridículo como el de censurar el conocimiento que hemos conseguido para evitar las guerras futuras. Incluso la prueba que ayudamos a diseñar, le otorgo el poder… se lo entregamos todo a un sujeto que perdió su humanidad ya hace mucho tiempo; cometimos un fatal error. Estoy convencida que todo fue un completo fraude, esto de la "Era idílica" no es más que una fachada para moldear las mentes de los incautos. ¿Qué otro motivo más que la manipulación les condujo por aquel injusto resultado? ¿Quemar los libros era realmente necesario? ¿Por qué utilizar la violencia para separar a las familias? ¿Quién decidió censurar

el pasado para crear un presente vacío y carente de las estructuras que nos dieron un sentido?

También quiero añadir un par de motivos relacionados a mi investigación, aunque debo decir que, en mayor medida, considero mis conclusiones teóricas. He analizado el comportamiento de los marginales soldados que de vez en vez asechan las ciudades a buscar, hasta debajo de las piedras, todo lo que contenga información histórica o trascendental. Supe de buena fuente, que algunos solían ser antiguos condenados, o por algún extraño y arcaico motivo, llevaban en sus cuellos grandes collares de acero. Escuché a uno ellos hablando del protocolo final al que tienen que someterse. Dicen que las personas que fueron llevadas a Rodinia se encuentran bajo el castillo, a la espera de cumplir con aquella supuesta reeducación. Y lo extraño es que nadie ha conseguido regresar a casa. Los estudios e invenciones que hemos desarrollado, que hemos creado conforme pasaron los años, tienen como propósito final solo satisfacer a una especie… la humana. Jano pretende utilizar a las demás formas de vida inteligentes, desde el grado más mínimo de capacidad, como aparatos desechables y generacionales. Y, además, él quiere que los descendientes de los Heroberos se conviertan en, entrenados y manipulables, soldados del reino. No me cabe ni la menor duda que pretende hacer lo mismo con los seres que se opusieron a la humanidad durante las guerras de los eclipses. Él se jacta de iniciar una nueva etapa, se jacta de ser el precursor que dará vida a un nuevo mundo. Dice en su discurso que la paz perdurará por al menos mil años; pero no se da cuenta que, si continúa causando tal terrible caos, provocará todo lo contrario… el odio se disfrazará de paz…

Hace un par de días, oí el rumor sobre una sobreviviente de la represión, y digo sobreviviente porque dudo que los enviados al nuevo reino continúen con vida. Pero, en fin, el rumor hacía alusión a un supuesto

bosque prohibido por el gobierno; ni siquiera los mismos soldados son capaces de entrar allí. Tal vez sea el único lugar seguro en este preciso instante. Aun así, no tengo intención alguna de esconderme en la corteza de un inocente árbol.

Señor Herman, hagamos lo posible por desvelar la verdad oculta en todo este asunto. Retomo lo que decía con anterioridad. Los soldados que raptaron a mi familia y a la suya, tienen una curiosa agenda. Ellos deben marchar hacia el reino al finalizar las órdenes, con la sospechosa y poco creíble promesa de ser liberados y remunerados con una buena suma de dinero de por vida. No sin antes dirigirse primero al subsuelo de Rodinia, e irónicamente, al igual que los centenares de ignorantes millones, que fueron vilmente sacados a la fuerza de sus hogares, reeducar sus mentes para servir a la nueva Era idílica. No obstante, he hallado incongruencias. A los niños y jóvenes que dejaron al cuidado de su suerte, les dicen algo que no coincide con aquel cuento de la estúpida reeducación; tan solo les lavan el prematuro cerebro diciéndoles fantasiosas respuestas a sus preguntas; como que los mayores en sus familias o conocidos, volverán algún día… pues fueron enviados a cumplir una valiente misión… una de carácter obligatoria. "Serán iconos e importantes salvadores para el avance de la humanidad en su próximo escalón evolutivo", o eso pretenden inculcarles. Supongo que, desgraciadamente, es el resultado del nuevo sistema que elegimos… nunca debimos ser idealistas.

He leído, y releído, los panfletos anunciando las nuevas leyes que regirán a la humanidad por los próximos mil años. No sé si usted está al tanto, pero, siendo franca, son descabelladas. Y puedo entender porque nadie se ha quejado de las nuevas reglas; la inexperiencia en el mundo llevará a nuestros descendientes a aceptar todo con naturalidad. Desconocen las pasadas leyes y el funcionamiento de la codicia humana, por lo que percibirán tales doctrinas con aberrante normalidad. Una de las nuevas

leyes prohíbe a cualquier individuo navegar en el mar. Es una completa locura si te soy honesta. ¿Acaso Jano quiere obligar a los humanos a coexistir bajo un mismo mapa para que nunca presencien las desmedidas consecuencias de una fatal guerra? ¿O es que al otro lado del plano charco ha ocurrido algo de lo que aún no sabemos? Nekridia siempre ha sido un gigantesco cementerio de diversos seres defendiéndose y atacando, contra lo que llaman "*el linaje oscuro*". ¿Y ahora el lema de la humanidad es ese? "Nuestro linaje es irrompible" ¿Qué significa exactamente? ¿En qué clase de acida comedia estamos? Lo que quiero que tengas en mente son las prioridades… desvelar la verdad es lo único que debemos hacer, y más ahora que nos han suprimido. Una vez que me capturen, pretendo escabullirme con la única esperanza de encontrar a los míos. En cuanto leas mi carta, te recomiendo seguir mis mismos pasos y que busques a los tuyos. Esto no puede terminar tan solo de esta manera. Sería un triste desenlace, un ciego comienzo, y un retroceso enorme para la historia. Si nada hacemos, la muerte nos acorralará…

¿Te acuerdas de los Roxhell? Desparecieron mucho antes de que todo esto pasara. No lo sé, pero no confió en esa familia. Si no me equivoco, ellos son los mayores responsables de que Jano contemplara esas ideas, en especial ese tal Morfgon. Te recomiendo que no interfieras, si se da el caso, con los planes de esa familia. Es triste decirlo pero, son unas malditas víboras.

Antes de terminar esta carta, Herman, quiero que sepas que los soldados de Jano planean una sucia jugada en la institución. Han rodeado a la academia con viejas ramas como si planearan prenderla en fuego. Por ende, y por los anteriores factores, partiré rumbo al reino, mañana en la mañana. Espero que ese rumor sea verdad. Sería bueno que, si yo no logró sobrevivir a mi plan, al menos hallan personas que vivan para contar lo que sucedió con los desaparecidos.

¿Recuerdas las investigaciones que hicimos, hace un par de años, sobre el Velheli? Ayer paso algo muy extraño. Por algún motivo, un desconocido grupo de personas accedieron con sigilo a uno de los laboratorios principales de la academia. Ellos encontraron nuestra investigación y, ¿qué crees?, se la llevaron intacta, pero tal vez aun pueda recuperarla… eso me alegra. Es importante que sepas que los intrusos no eran soldados, juzgando eso por su apariencia claro está, pues vestían unas largas y pulcras túnicas grises; de seguro es que son los lacayos que entregaron su intelecto a Jano solo por un par de migajas. Son ingenuos, confían demasiado… pero solo serán material remplazable para el monopolio de un poder.

Por último, es imperioso afirmar que aun desconocemos, con exactitud, los planes del reino. Quisiera decir lo contrario, pero aun somos pequeñas hormigas intentando descifrar un sucio y pantanoso laberinto. Siento haberme extendido tanto en una simple carta hecha a mano, es probablemente la última vez que podré escribirte antes de lanzarme al vacío del no saber. No te preocupes, si te atrapan, de seguro te encantará el subsuelo del castillo… al fin y al cabo, los rayos solares y el filoso viento siempre te han irritado esos lagrimales… esos escondidos y protegidos con aquellos gruesos cristalinos espejos que te obsequie hace un lustro… fuera de bromas, ojalá mis sospechas sean solo paranoia; siempre me han dicho que me obsesiono y que pierdo el rumbo por mis locas conjeturas… espero que solo sea eso… llorare si no.

Sin más… adiós, Herman. Si allí abajo todo sale bien, en el futuro nos veremos en el bosque.

P. D.: Creo que, si continúo con mi investigación, llegaré a tocar el fondo de todo este asunto. Pronto espero tener pruebas y testimonios sólidos que demuestren que mi tesis no solo resulta a priori y

descarriada. Cuando tenga las pruebas, las enviaré directo a tu oficina, sé que sigues ahí, después de todo, detrás de tu estantería tienes un lujoso escondite. La asociación no debe fracasar en alcanzar aquel estandarte liderado por el intelecto… la verdad siempre significará mucho más que cualquier ilusorio dogma.

Con aprecio, ¡tu mejor alumna de psicoanálisis!
S.K.R.

Friedrich quedó atónito ante semejante palabrería. El mohoso estado de los tapices, tan solo se aludían a un absoluto abandono. Él tragó saliva como si acabara de presenciar la dolorosa y solitaria muerte de la desconocida doctora Sylvie. El fuego del suelo se consumía cada vez más veloz; era como si el oxígeno de ese lugar, no fuera capaz de mantener la combustión de una sencilla e insignificante llama.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esta extraña sensación? —dijo Evelyn con la voz entrecortada.
—No tengo idea, parece ser algún tipo de vertedero —respondió Friedrich.
—Tenemos que subir… tengo un mal presentimiento.
—Guarda la calma, no dejes que tu intuición te ciegue.
—Es por esa cosa, ¿acaso no la ves?
—¿Ver qué? En esta oscuridad no me es posible distinguir prácticamente nada.
—Hay algo que se mueve en esa dirección —ella señalo hacia su izquierda.
—¡Maldición! Fue ahí donde escuché la voz de Ed hace unos minutos.
—Creo que… esa cosa lo está…

Evelyn empezó a derramar lágrimas al unisonó que sus rodillas tocaban el viscoso suelo. Su mirada se veía altamente trastornada. Sus manos

palparon el piso astillándose en el acto, pues había pequeños y puntiagudos huesos triturados alrededor de todo aquel supuesto vertedero. Antes de que sus rebosantes pupilas fueran distorsionadas por unas profundas punzadas de odio, sus cuerdas aguzaron con tentación de locura, algo que produjo un rio entre sus piernas.

—Lo están… lo están devorando…

Friedrich notó que el temblor en el iris poco iluminado de Evelyn, correspondía a un suceso de suma gravedad. De inmediato él corrió hacia donde estaba el comerciante de aquella tienda oficial del reino, de extravagante entrada fabricada con una, reconocible a kilómetros, piedra caliza. Lo que el filósofo encontró, reposando en las extremidades inferiores del gran y único Ed, fue tan intenso e incomprensible que Friedrich sabia, con analítica perfección, lo que le obligaría el destino de las probabilidades, al son que se revolucionaba de su tórax, a enfrentar.

—¡Ed! ¿Me escuchas?
—Si… lamento que no podre seguirles el paso… —Ed intentó decirlo con un toque de humor debido al obvio significante que representaba su estado actual. Lastimosamente, a la vez que quiso reír, sus pulmones excretaron una sangrienta tos que pintaría su blanca sonrisa.
—¡Ed! ¡Te sacarte de ahí! ¡Dame la mano!
—¡No lo hagas! Ya es demasiado tarde… esa cosa me ha triturado por dentro…

Friedrich no se permitiría abandonar a su aliado que, ocultado por una falsa sonrisa, declaraba que su vida perecía. Por ende, decidió agarrarle del brazo y tirar hacia atrás, con la esperanza de liberarlo de aquella negra masa que se apoderó de su ser. El terrible grito de Ed y el rojo tsunami desbordándose por su boca, dejaba claro que, en aquel frio

paraje, moriría el amigo del comandante Karl, uno de los últimos sobrevivientes y testigos de los trágicos sucesos de El Lahun, una de las mentes que se desligó del reino y condujo pasos con un grupo renegado de seres cuyos finales, en la historia de la corrupta Era idílica, serán recordados por siempre.

Esa extraña masa estaba conectada, mediante delgadas y viscosas lianas, a una enorme esfera de proporciones protuberantes e indefinibles. Pequeños y malformados rostros se asomaban de vez en vez por las palpitantes yagas de aquella masa cárnica. Al parecer, pertenecieron a las sobras de una antigua humanidad. Friedrich recordó la carta escrita por la doctora Sylvie, y conectó de inmediato los sucesos que atormentaron su paz al poco de iniciar el año cero. A raíz del martirio perpetuado en la ciudad de abajo, se lograban idealizar puntos clave, reales o no, pertenecían al profundo sistema cerebral e inconsciente de Friedrich. Aunque, en mayor medida, se pueden considerar los sobreabundantes pensamientos del filósofo, sesgados en las variables y en numerosos y limitados cuadros de su visión. Él observó durante unos segundos la tortura que padecía Ed. Era evidente que tendría que actuar o, tarde o temprano, su cuerpo sería transformado en una desconocida aberración, en una que caracterizaba la inmortalidad en sus nulos puntos vitales. Friedrich agarró una mediana piedra que reposaba en uno de los desgastados pilares. Sus ojos se empezaron a tornar oscuros y benevolentes a su vez. ¿Acaso la ficticia muerte le susurraba al oído? ¿Acaso la teórica paz le gritaba que lo hiciera? Como mejor pudo, se inclinó un par de grados para no ser salpicado ni atrapado por esos tentaculares seres moviéndose a su alrededor. Sus agallas se reprimían ante semejante intención, muy en el fondo sus deseos intentaban detenerlo… negarlo… ignorarlo. Por suerte, o infortunio, Ed le indicó, solo con la mirada, que eso era lo que él más deseaba. Gracias a que la puerta yacía abierta de par en par, fue posible escuchar con vehemencia las tonadas de un armónico piano, casi parecía que el destino le

suplicaba al filósofo, que usara esa mediana piedra para detener la insoportable agonía de Ed. La levedad de su vida se apagaba conforme los imparables, y nada apetecibles segundos, merodeaban el tiempo con tal aspereza. Los punzantes quejidos de los transmutados seres con apariencia semihumana y la negrura abrumante e impenetrable que ahogaba la situación, transportaron a Friedrich a un enorme frenesí. Su moral se exhibió de adentro hacia afuera actuando de una vez por toda de la mejor, o tal vez peor, manera. Sea cual sea la terrible consecuencia de acepar el paradigmático revuelto de inmortalidad, aquel valiente pensador no se atrevería a ignorar los hechos de esa manera. La gota que derramó el azulado cáliz, fue provocada por un temblor de emociones, sensibilidades impulsadas por los ojos de Ed, que lastimosamente, empezaban a pintarse de blanco. El tiempo ya no daría tregua a ningún otro resultado… El sudor caía de su frente casi con tanta frecuencia como si llorara, el sempiterno ambiente se llenaba de una alarmante, pero gratificante, aura de absoluta y sana determinación. Las venas de su frente casi le estallaban ante la caliente y espesa salpicadura esparcida por la materia febril de Ed. Sus dientes le apretaban con tal intensidad, que nunca se fijó en la delicada herida que se autoperpetuaba en una de sus mejillas internas. La piedra se partió en dos partes anunciando el éxito de su accionar. Friedrich se alejaba del escenario que el destino le obligó a danzar. Y cuando caminaba de espaldas, sus talones tropezaron con eso; esa extraña masa cárnica le acechaba. En el suelo fue atrapado, con enorme vigor, por la oscura e indecible muerte. Su determinación continuaba siendo borrosa y tronadora. Los ojos le desorbitaban… pues su cordura acababa de afrontar la desapacible aniquilación de uno de sus similares…

—¡¿Qué… que hiciste, Friedrich…?! —la voz de Evelyn habló y retumbó, con frecuencias temerosas, en los aturdidos tímpanos del filósofo.

Evelyn y Friedrich se desmayaron por un tiempo indeterminado. De Fuseli no había ningún rastro. Y los restos de Ed, yacían pacíficos e indoloros. Friedrich fue el primero en despertar, aunque no estaba seguro del todo si su cuerpo ocultaba algo más de robada vitalidad.

«El piano… ya no lo escucho… Cuando caí por esas escaleras, estaba seguro de que moriría; pero el final no era invisible para mi… ¿Y, de esta forma terminara todo? Un final amargo e intranquilo… Me lo merezco… Espero que él pueda reencontrarse consigo mismo… Esas pupilas rojas no pueden ser tan solo la encarnación de un oscuro final…» —cavilaba.

Después de pesados parpadeos, en los que el agujero negro de la vida aún lo ignoraba, aún le orbitaba alrededor sin engullir su alma hacia deprimentes sitios donde prevalece la absoluta nada; un lugar en donde el color es inexistente, pues tal alucinación visual no es acompañada ni habitada por ninguna estrella que pueda invadir aquel helado e indiferente espacio. Su área simbolizará, por y para siempre, el determinismo final del micro tiempo de una longeva, pero sumida en creencias de lapsus insignificantes, vida. Él empezó a dibujar en su mente palabras divagantes… palabras que, en un momento dado, le impulsaron a levantarse de aquel bestial letargo que arrastraba su desconocida y escondida voluntad.

«Pensaba que todo era mi imaginación».

Finalmente, Friedrich agarró por la fuerza a sus debilitados músculos y los sacudió para por fin poner sus suelas en el fango e inclinarlas noventa grados al frente de su sombrío enemigo. No cavilaría, no de nuevo… Ahora su cuerpo actuaria, cual materia controlada por la inercia empujada por la cruda energía de un espigado risco, por encima de cualquier negación de su capacidad. Su primer paso fue buscar a

Evelyn. Desenfrenados y bruscos movimientos fueron operados por sus percudidas extremidades para encontrarla. El fuego ya se había extinguido, por lo que la luz se ausentaba de tal subterráneo. Sin embargo, la determinación de Friedrich ya era capaz de razonar incluso por encima de la lógica… ahora él ya veía claramente en la oscuridad. Se trataba de una extraña habilidad que solo unos pocos eran dignos de controlar. Al principio le resultó difícil de asimilarlo y, a los pocos minutos, empezó a comprender que aquel lugar, que ahora se visualizaba con más lucidez, ha existido bajo el reino desde tiempos impredecibles. Aun había más escaleras metálicas en uno de los laterales, indicando que, de seguro, aquel sitio tan solo era el inicio de alguna profunda edificación. Friedrich observó de esquina a esquina, de arriba a abajo, pero al parecer en ningún sitio vislumbraba a Evelyn.

Él pudo notar varias cosas en dicho lugar, y sin ignorar al ser amorfo que zigzagueaba por el suelo como si se tratase de una gigantesca lombriz, se fijó en unas estructuras con gruesos y oxidados barrotes que conectaban con otro recinto. Su primera decisión fue inmiscuirse hasta ese lugar. «Espero toparme a Evelyn al otro lado de los barrotes… de lo contrario, tendré que seguir bajando…» —pensó Friedrich con un clarificado miedo, pues ya era suficiente para él la distopía que visitaba en aquel nivel.

Los detalles se visualizaban cada vez mejor en su retícula. Ya estaba tan acostumbrado a la oscuridad, que verla de frente le resultaba gracioso, puesto que su corazón no paraba de latir en cuanto la luz se disipaba de su visión. En el mismo lugar donde encontró la vieja carta vio, sin miedo a equivocarse y tallado de extremo a extremo en una roca, un desconocido idioma. Pero no era todo, también se percató que había una pequeña habitación justo abajo de aquella fachada de extrañas escrituras. Y, a pesar que ya había caminado por ahí, era la primera vez que captaba aquella entrada. La cantidad de partículas de polvo, de

telarañas y de nula luz en la zona, ocultaron lo que escondía ese semiderruido y mohoso muro. Antes de entrar se alegró del posible éxito en su rescate: una parte de las telarañas ya habían sido arrancadas no hace mucho; era seguro, Evelyn ya estaba del otro lado… Friedrich se aseguró que la extraña masa cárnica no le estuviera persiguiendo, sería fatal terminar emboscado en ese pequeño sitio. El ser que atacó a Ed seguía en el mismo lugar… no se inmutaba, pero algunos ojos se asomaban de su cuerpo para, sin ninguna sincronía, parpadear. Esos tentáculos… más bien parecían ser, por algún motivo, los esparcidos y vivos órganos del monstruo. El filósofo entró rápidamente, por suerte, Evelyn yacía en posición fetal en una esquina. Tenía la cabeza inclinada entre sus pechos, y para que nadie la escuchase, lloraba con suavidad. Sus brazos abrazaban, con una abrumadora ansiedad, sus rodillas. Friedrich se alivió de esa carga emocional en sus hombros, no sin antes preguntarse en donde estaba Fuseli; no había ninguna señal del pintor… pero él ya teorizaba con bastante coherencia la razón de su ausencia…

En la pequeña sala había grilletes de acero colgados en las paredes. Los muros eran extraños, pues los colores en ellos variaban en algunas partes, tal vez era debido a una posible filtración de agua, o esas siluetas que enmarcaban algún turbio pasado, correspondieron a seres de otras épocas. El caso es que era obvio afirmar que aquel salón se usaba para crueles torturas. Él no pudo tragar saliva con facilidad, debido a que otra vez le sonaban las palabras de Sylvie. ¿Era posible que acaso la doctora de la carta, y las personas que habían desaparecido, terminaran atadas a esos grilletes? Ya nada de esa índole le resultaba indudable. Se acercó a ella mientras decía su nombre con un tono moderado. Antes de que cruzaran un par de palabras, un temblor de pocos grados sacudió el suelo. No eran las placas tectónicas interrumpiendo, se trataba del rugido de algún enorme animal que moraba bajo sus pies. El corto estruendo, acuñaba la idea hipotética del tamaño del subsuelo de Rodinia. Friedrich recordó el rugido provocado por los niños del

bosque; en aquella enorme cueva con forma de cráneo. Le resultaba similar, con la diferencia que, en esta ocasión, era poco probable que habitaran niños bajo el castillo.

—Evelyn, levántate, tenemos que salir de aquí.
—¡Mataste a Ed…! ¡¿Por… por qué lo hiciste?! ¿Por qué? ¿En qué demonios pensabas?
—¡Tenía que hacerlo! ¡Debía hacerlo! ¿Qué querías? ¿Qué lo dejara ser parte de semejante aberración? ¿Qué sufriera, tal vez por la eternidad, al igual que los humanos que vivían en el interior de esa maldita cosa?
—Friedrich sostuvo un furibundo alegato relleno de confusos e intrínsecos sentimientos.
—¡Mantente alejado… juro que si te me acercas voy a…!
—¿Qué… que harás? ¿Usarás tú espada?
—¡No soy una maldita desquiciada, no como tú!
—¡Esto no es un juego…! ¿Crees que venimos hasta este punto para llorar por los caídos? ¿Crees que hice lo que hice por querer? Keb hubiera hecho exactamente lo mismo… él jamás habría dudado… él no es como nosotros… unos simples cobardes… si fuéramos como…
—¡Él no es… él no tiene humanidad! —Evelyn interrumpió los disparates de Friedrich.

Ambos llegaron a un silencioso pacto, uno donde sabían la agria disrupción que brotó entre los dos después de ese punto. Una vez la caucásica y pelirroja mujer se puso de pie, empuñó su espada y siguió al pensador, quien casi le parecía un desconocido en aquel lapso. Juntos se dirigieron, pese a la coyuntura, muy cerca el uno del otro. Si alejaban demasiado sus pasos, sería muy fácil perderse. Las manos de Friedrich seguían palpitando. Los agudos sentidos le suplicaban seguir bajando… solo de esa manera, sería posible desentrañar la verdad que tanto ha buscado; esa que no relevará sus velos si su voluntad no la obliga.

Incluso un insensible cazador temería adentrarse a lo desconocido en un terreno tan nocivo y hostil como el que ha perturbado los filamentos cavernosos de los huéspedes.

«¡Es igual a Xeclios! ¿Por qué tengo la misma sensación? Es como aquella vez. ¿Qué es este lugar? ¿Debería quedarme a investigarlo? ¡No lo sé…!» —la intranquilidad de Friedrich dejó un rastro de infinita duda… Rumia si su destino siempre fue presenciar los hechos ocurridos en la ciudad de abajo y, bajo ninguna probabilidad inherente, salir ileso.

Una vez lograron subir por las oxidadas escaleras, sus corazones empezaron a latir sin ningún afán. Evelyn no quiso ver lo que dejaba atrás. Friedrich aún seguía dudando de su apresurada primera impresión. Todo se reduciría a un momento en concreto… uno que realmente duró lo suficiente para entender muchos de los razonamientos que empujaron a la humanidad a la perpetua agonía de vivir con el olor putrefacto de la guerra. Se trató de una conversación que daría lugar justo después de atravesar esa chirriante puerta de madera. La conversación inició con una intrigante oración…

—Los animales no son conscientes de la inexistencia —dijo Radamés, observándolos fija e inmutablemente mientras salían del subsuelo del castillo.

Tenía los brazos cruzados. Sus vestimentas no representaban su estatus. Llevaba sus zapatos de cuero negro, con una suela despegada en uno de los costados derechos. Un hecho insólito se asomaba por encima de su talón derecho: unas secas filas de sangre ahí reposaban. Es raro que alguien que simbolice el máximo poder al que un mortal puede llegar a ostentar, le hayan provocado una herida. Radamés, al igual que Jano, ejercía de su autoridad de una manera anti negacionista. Nadie puede negarse a nada que exija el rey. En el mundo, se considera un gran tabú

el simple hecho de retar a una figura tan importante; hacer dicha acción representa una blasfemia, un insulto, un desprecio al perfecto linaje. Es como escupirle en la cara a los hijos que sobrevivieron las guerras de los diez eclipses. Es como pisotear los ideales que, por miles de años, fueron desarrollados por las sublimes y evolutivas capacidades intelectuales. Es cual traicionar tu sangre por su color… Por tal, resultaba extraño ver que el rey del mundo sufrió de alguna herida en algún punto del asedio. Los semejantes no se perdonarían de tal descuido. La lealtad del comandante Eros es irrevocable; de lo contrario, su salvador Jano se revolcaría en la tierra al saber que su protegido se contrapuso en el progreso de la Era idílica. Radamés dio un pequeño paso dirigiéndose a los dos intrusos y, usando las palmas, se sacudió el polvo de su peculiar gabán de morado aterciopelado.

Evelyn y Friedrich quedaron prácticamente petrificados. No se atrevieron a decir ni una sola palabra mientras Radamés hablaba. Los líquidos sudorosos de sus cuerpos no dejaban de salir y enlutar la escena con un obvio nerviosismo.

—Lo que quiero decir es que… nosotros, el último linaje, somos capaces de discernir entre lo existente y lo inexistente. Es como si tuviéramos el poder para sobrevivir, de manera casi inconsciente, a las catástrofes. ¿Saben por qué ustedes siguen vivos… en particular tú? —él rey del mundo señalaba a Friedrich con aquella última oración—. ¿Qué pasa? ¿Lo que vieron allí abajo les arrebato la lengua? ¡¿No pueden entender la verdad?¡ ¡Hasta los dioses pueden sangrar…! ¡Hasta los animales pueden evolucionar…!

La cabeza de Friedrich empezaba a dar vueltas. Su mirada fue certera y agresiva; acababa de encarar la fría mirada de Radamés. Esas voluntades se cruzaban cual si se tratase de un dios quebrándole las extremidades a su nueva creación solo por diversión.

—¡¿Vas a matarnos?! O seguirás… diciendo estupideces —el filósofo sonaba imponente.
—¡Vaya… veo que la locura no te afectó! Usualmente la oscuridad distorsiona la realidad de los débiles.
—¿Es por eso que los sobrevivientes de Xeclios terminaron como terminaron?
—En efecto —Radamés suspiraba.
—¿Y qué me dices de los lograron salir de ese lugar sin ninguna alteración?
—¡Es imposible…!
—¡Conozco un par de pupilas rojas que dirían lo contrario…!

El silencio explotó en friolentos ventarrones. Radamés tragó saliva con dificultad; las venas en su frente hicieron un furioso sonido, sus manos se retorcieron con levedad y su mirada fue inentendible por unos segundos…

—¡Responde! ¿Qué sabes al respecto de ese sujeto?
—¡Veo que te preocupa…! ¿Qué pasa? ¿Acaso te tiemblan las manos? Desde cuando nuestro rey se convirtió en un patético cobarde que…
—¡Deja de hablar, Friedrich! —Evelyn lo interrumpió y le agarró de la mano indicándole de ese modo que debían correr en cualquier momento.

Radamés empezó a reír a carcajadas… Y al unisonó que sus apretados párpados lagrimeaban de la risa, su mano derecha tocaba su frente y su mano izquierda palpaba su pecho. Evelyn, casi a rastras, impulsó a Friedrich a salir presurosamente de ese pasillo; por su nueva mirada, se confirmaba que el pensador de los primeros cinco estaba preparado para enfrentarse al rey; aunque dicha acción significaría su innecesaria muerte. En el fondo, él sabía que el subsuelo del castillo, representaba

lo mismo que, ocasionado por algún vengativo ser, había condenado a la ciudad de abajo a perecer ante semejante abismo de absoluta oscuridad; al abismo terrible de densa neblina, de los aromas de la muerte, de una maldita y desconocida vindicta…

«*Los animales no son conscientes de la inexistencia*». Estas palabras, que había mencionado Radamés con anterioridad, aun seguían perturbando los pensamientos de Friedrich. «¿A qué se refería con esa oración? ¿Los animales no saben que existe la inexistencia? ¿Era una rara y enrevesada alegoría? ¿Qué significa ser consciente de la mortalidad?» —aquellas preguntas le revotaban de vez en vez en su descoordinada psique.

La primera impresión de aquellos dos intrusos, al llegar al centro de Rodinia, fue tan anormal e inenarrable que no tuvieron más opción que esperar a una pronta y desconocida muerte.

En una pequeña silla de madera cuyas células parecían no tener vida, descansaba el icónico pintor Fuseli. Trazaba en su lienzo lo que acontecía; el soporte pictórico sostenía su nueva, y tal vez su última, obra maestra. Se habían colisionado los dos espectros de la eterna dualidad, de la infinita conflagración; los creadores del color. Dos dimorfismos chocaban entre sí, para regalarle al espectador el aterrador resultado del miedo a la nada… del miedo a lo oculto.

El centro de Rodinia, donde peleaban las convicciones de los renegados, fue acorralado por tal e inmensa bruma de oscuridad. La neblina fluctuaba en constante lucha de supervivencia; la luz estaba siendo reducida, perdía sus proporciones solares y empezaba a ser engullida por la temprana noche de medio día. El eclipse solar trajo consigo una extraña sustancia que entró por las puertas de ébano: cuán transfusión inyectada por una diminuta ajuga hacia una enorme grieta de un semiderruido muro. Friedrich lograba ver en la oscuridad, por lo que se

percató de los restos orgánicos que dejaron la batalla que ocurrió en ese lugar: cientos de soldados del reino y los últimos trece a excepción de Varus y Lilith. Benjiro, uno de los dos nobles de la guerra, yacía observando al hipnotizante eclipse que, cada vez con más profundidad, crecía a son que a sus espaldas el anillo de fuego se ocultaba de su satélite. Eros, por su respiración, dormía en su propio rio de sangre. Karl y Keb tampoco estaban presentes. La conclusión de Friedrich fue simple, pero con razón de causa. Solo un invidente podría negar la clara derrota y el incierto desenlace a futuro desembocado por el asedio. La misión de los últimos trece y de los primeros cinco, aún danzaba en el limbo del destino y de la suerte.

—¡Qué bueno que regresan! ¡Pero tienen muy mala suerte…! Se han perdido un espectáculo de grandes proporciones visuales y musicales…
—Fuseli… —las sospechas de Friedrich eran correctas: Fuseli jamás cayó de las escaleras.
—El contraste de colores se fue degradando, y a la par que las hermosas ondas de un piano eran escuchadas, la sangre se acaudalaba… todo el castillo vibraba… ¡Fue majestuoso!
—No lo comprendo… ¿Qué está sucediendo? —Evelyn lloraba de la impotencia. No solo el rey se había olvidado por completo del gran daño que le causó en el pasado, sino también, el majestuoso e imperante bastión se sumergía en agobiante depresión.
—Sea cual sea el motivo, parece que todos fuimos maldecidos por los negros rayos emanados del gran y único abismo…
—Por cierto… ¿Por qué te brillan los ojos, Friedrich? —añadió Fuseli.

«El sentimiento de absurdez se apoderaba de la ilusión epistémica del lógico».

LA TORRE OXIDADA

La kenopsia del mundo se degeneraba en vorágines actos emocionales. Solo cualidades pesimistas y desabridas manipulaban las encomiables elecciones de cualquiera que se concibiera como individuo libre, aunque el caudal de causas causales le arrastrara. Ya los segundos, los minutos, las horas, los días y las semanas se habían esfumado del relativo, y de fuerza infinita, tiempo… Rodinia ya no apreciaba ni una pizca de luz en su interior, era como un eterno laberinto atrapado en un recóndito poso. Las ciudades cercanas, a excepción de Lascelles, fueron del todo desprotegidas e incomunicadas de aquel mandato proteccionista que dictaminaba el reino; y eso era claro que se debió al nuevo declive que asolaba el centro del mundo.

Lo existente funciona solo por mecanicistas planes. El proyecto Hapux, por ejemplo, se ha concretado y se encuentra listo, a un par de kilómetros al norte, entre Rodinia y Lascelles. Se logra presenciar, desde ambos territorios, la magnitud de su construcción; la curiosa similitud con las tres torres que enaltecían a la gran Xeclios resulta alarmante, ya que un túnel vertical parece, uno que conecta la tierra con el cielo, y tal vez casi con el firmamento.

Aseveran que se trata de un artefacto del primigenio. En gran medida por las metálicas piezas oxidadas que constituyen gran parte de su enorme estructura. Los planos que apiñaban negro y viscoso polvo, ahora yacen no solo arrugados por las manos del imparable tiempo, pues la cantidad de ingenieros que trabajaron, algunos hasta su horrorosa muerte, desde el declive de Xeclios hasta el eclipse actual, era

abrumadora. Su función es simple; gracias a su cilíndrica forma, es posible manipular y hacer uso del sistema gravitacional propio del planeta.

Para entender cómo aquel deslucido edificio hace el funcionamiento de una autodenominada arma, y una amenazante respuesta al declive, es muy imprescindible leer la historicidad que ha afectado la convivencia entre especies.

«Existe un líquido llamado Velheli, cuya ausencia de luz obnubilaría a un oráculo».

Durante las guerras de los diez eclipses, surgieron los pactos vengativos en pro del exterminio humano. Los constantes enfrentamientos eran, en mayor medida, abanderados por el símbolo supremacista de la raza humana. Los primeros en aliarse fueron los pequeños Midoris y las valientes Herbis: ambas formas de vida fueron arrasadas por inimaginables métodos. Pese a que intentaron combinar sus cualidades, las emplumadas alas de las blancas aves Herbis y la agilidad e inteligencia de los adorables Midoris, no consiguieron sobrevivir al basto poder de los soberbios de pálidas pieles y de cerezas venas. Mil años de diversos seres en batalla, por la ruleta del hipotético poder, fueron necesarios para sacudir la razón y obligarla a orbitar por las manos de una profunda resiliencia y un angustiante nihilismo.

Los contrincantes más acérrimos a la vida fueron los Existenciales. Ellos lograron arrebatar, durante un tiempo, la confianza engendrada del egocentrismo humano. El miedo provocó dos importantes perspectivas que, cambiando la estructura que se creía natural, detonarían mucho más adelante en la antiética victoria que posicionó a los herederos del linaje como los nuevos creadores de la historia. Tan solo hace falta

vislumbrar los actuales acontecimientos que han infartado al cubo sin importar las puntas que gobiernan sus corrompidas aristas.

El último de los proyectos ideados por los macilentos rostros que han controlado las fichas y han sacrificado inocentes tableros, desconfigurará los moldes literarios que constituirán uno de los peores e inimaginables finales posibles para la mezquina humanidad. El tamaño de la vieja torre Hapux juega un papel fundamental en su efectividad; se dice que las tres torres de Xeclios eran catalogadas como una obra maestra de la arquitectura. Creadas para enaltecer las capacidades y las nulas limitaciones que en la época ostentaban los casi extintos humanos; se idealizó aquella tosca creencia de pensar que las torres de Xeclios solo eran una increíble atracción visual. La realidad era mucho más espinada, ceñían dos únicos usos: el primero era la protección de la ciudad, pues los Existenciales tenían la mala fama de atacar las metrópolis enemigas usando una desconocida y terrible fuerza de gravedad por rango de área, en algunas épocas existieron inmensos distritos donde los humanos habitaban cual gris hormiguero, no eran ciudades, casi daba la impresión que eran pequeños subcontinentes alrededor del orbe; la gran mayoría fueron ahogados en oscuros sumideros acorralados por deslizantes valles. El segundo uso era paupérrimo e innecesario, era excusable del primero: con el fin de no alarmar a sus habitantes, los gobernantes esparcían la egocéntrica idea que definía las tres torres como impresionantes métodos de intimidación a las demás especies y auto ensalzamiento.

La línea divisoria, allende tiempo y del contexto histórico, de nuevo fue pisoteada a causa de una incontrolable sed de venganza. Radamés no podía creerlo; los fantasmas del pasado, que muy difícilmente Jano logró eliminar, acechaban de nuevo e imponían un provocador y rojo estandarte sobre la mal formada Era idílica. Ellos siempre supieron que, si atacaban a Xeclios, la telaraña empezaría a quebrarse desde el centro:

desuniendo la paz, fue posible llevarlos al descontrol irracional e implantarles el veneno del individualismo cuán poderoso virus. Ahora el reino es testigo de los disruptivos acontecimientos que asolaron a la ciudad de abajo, solo que sobre diferentes circunstancias… Aquella gran ciudad fue sometida a la barbarie de caer diez mil metros en sí misma, obligada a subsistir en profunda oscuridad. En yuxtaposición, ahora el modus operandi ha cambiado con obvia notoriedad. Gracias a la cúpula que protege al reino, no les fue posible aplicar el mismo método, por lo que utilizarían una sustancia cuya densidad se asemeja al osmio, pero a diferencia de aquel metal, no existe toxicidad en su gas y en sus componentes, al menos no biológicos. La oscuridad, el arma, es el modo más eficaz para enloquecer las mentes de los animales que evolucionaron solo con los dones de la luz…

Hace un par de años, Radamés ordenó instalar lámparas de potentes luces en el subsuelo del castillo. Y lo único que consiguió haciendo tal acción, fue comprobar que los Existenciales sufren cuando el ambiente les exhibe con deslumbrantes destellos: ellos son la dualidad de la humanidad… Pero el rey también notaria que su preciado Velheli podría correr peligro si sus cárnicas presas morían a causa de aquella artificial iluminación, al fin y al cabo, el don de la inmortalidad tampoco fue destinado al último linaje…

El proyecto Hapux fue construido y diseñado adrede en esa locación, desde su concepción, desde el primigenio. Su función es análoga a la de un rayo que fulmina la corteza de un roble. Hapux tiene la capacidad de disparar una potente y acelerada luz a través del cosmos.

—¡Las instrucciones de Jano dejaban claro que el Hapux debía ser activado por los similares!
—¡Señor, siento decirlo, pero… Eros y Karl aun no salen de Rodinia!

—Ya no hay tiempo para seguir esperándolos… ¡¿Ni siquiera los semejantes lo derrotaron?!
—¡Me ofrezco como sacrificio…! —voceó un hombre barbado que vestía una gris túnica.
—¡¿Acaso no eres consiente de las consecuencias?! ¡Si sobrevives, tus ojos se derretirán…!
—¡Majestad, yo también me ofrezco!
—Si no son portadores de las habilidades, por lo que sé, enfrentarán una muerte horrible.

Los subordinados de Radamés estaban dispuestos a conceder su existencia al oscuro abismo, con tal de vengar a su linaje. Hapux sería activado con la ayuda de simples ajenos, de simples civiles cuyas vidas fueron íntegramente normales hasta ese punto. El sesgo de una ideología los llevó al extremo. Ofrecerse como sacrificio, era casi como redimirse ante el simple hecho de jamás haber logrado nada de lo que enorgullecerse. Por dentro del gran Hapux, una roca de proporciones extravagantes yace en el centro, esperando a ser tocada por los despiertos, por los que sufren en constante agonía… Casi nadie es capaz de soportar de tales inmensas sensaciones… ni el fuego más caliente puede mantenerse vivo si la acida lluvia se atreve a someterlo, y más si lo hace con la brisa de la fría inexistencia golpeándolo con taumatúrgicos resultados… La llama fusionará su don con su carencia hasta lograr transformarse en un azul destello hermoso…

Finalmente, dos de sus viejos subordinados entraron con él. Lo primero que notaron fue aquel cuarzo con forma de triangulo que reposaba en el medio de la gran y oxidada torre. El primero en poner sus palmas fue Radamés, luego lo hizo el barbado de la túnica gris, y en el otro lado faltante, pese a la corta edad que aparentaban tener sus rebosantes retinas, un valiente soldado decidido a finalizar su trayecto experimental en aquel peculiar lugar puso sus manos …

El nombre de Hapux hace referencia a un antiguo guerrero llamado de igual modo, y son sus heroicas leyendas provenientes del primer eclipse registrado. Se dice que él lideró la batalla contra los primeros Imperium; se trató de una épica cruzada de dos disímiles mundos, de dos civilizaciones que creían poseer la verdadera ética para definir las reglas del funcionamiento del ábaco, del lenguaje o de cualquiera de las leyes que sostuvieran la forma racional: esa de la figura atrapada por el geocentrismo innato de su débil aceptación con la insignificancia…

El gran Hapux replegó una pacifica luz que, de grafico gradual, se fue degenerando a la más innecesaria de las capacidades. La cantidad de fotones aumentaba, en proporción al tiempo que los portadores del linaje sostenían su agrietada mano en el triángulo de la venganza. La sangre que drenaba de sus carúnculas, hacia parecer que lloraban desde el fondo de sus seres. El joven soldado fue el primero en presentar los síntomas del poder que Hapux era capaz de resistir. La imprudente luz que desbocaba en lo alto de la torre sobrepasaba las blancas nubes, obligándolas a distanciarse en millares a la redonda; se escondían atrás de las montañas como si su gaseosa vida dependiera de ello. Y, en cuestión de milésimas, aquel rayo fue capaz de atravesar la tropósfera y luego penetrar la exosfera para por fin llegar al espacio exterior. Se simulaba a un excelso ser fotónico cargando la divinidad en su blanca y descomunal espada.

La noche ha desaparecido, y la roja luna menguante se vio opacada por los destellos de la venganza… El joven soldado empezó a desintegrarse con parsimonia; su piel se levantaba de su carne, su carne se secaba, sus huesos se evaporaban cual agua encharcada en rojo desierto, sus ropajes se disolvían lentamente, como si un sulfúrico e invisible acido le enjaulara el ser, y sus ojos que una vez rebosaron vida, ahora yacían reblandecidos en sus quebradas cuencas. Sus lágrimas fueron

evaporadas mucho antes de que lograran materializarse en acogedores sentimientos. El anciano barbado tampoco lograría soportar la presencia del radiante dios; su cuerpo se prendió en llamas de un segundo para otro, combustionando desde el interior de su medula en sus huesos, hasta la fina capa de su palpitante epidermis, y las venas en su frente se reventaron en un frenesí de increíble voluntad, drenándole así los líquidos corporales hasta la pulverización. El viejo había sido la segunda víctima del oxidado Hapux. Radamés no era impune al sufrimiento, él también sentía como la palma de su mano se quemaba, como ardía con torturante intensidad; sus ropajes se desintegraban, pero su piel no parecía estar dañada ante semejante desborde de temeridad, tan solo parecía broncearse a levedad al son que todas sus piedras diamantinas y de esbelto oro, se estrellaban contra el pedroso y pastoso suelo…

Aunque no acontecieron más de dos minutos, el tiempo era relativo en el interior del Hapux. Para ellos se trató de una mortecina eternidad. Una vez Radamés quitó su mano del agrietado triangulo de piedra, y las cenizas de los sacrificios eran tragadas por el viento, aquellos rayos destellantes continuaron oscilando por el firmamento por unos fragmentados segundos. Pero el cosmos jamás borrará de sus ficticios ejes, la nueva estrella que recorrerá el universo y sus costelaciones para toda y por toda la maldita infinidad allende tiempo y espacio.

La noche volvió a ser noche. La menguante luna seguirá iluminando esas hileras de lóbregos tonos picantes. El proyecto Hapux fue todo un éxito, pues ahora la dualidad de la humanidad había recibido su merecido. Los Existenciales sin duda fueron abatidos una vez más…

—¡Majestad, perdón mi impertinencia, pero…! ¿Los culpables del declive de Xeclios, ya han pagado?, ¿están muertos? —preguntó uno de los ingenieros que ayudó a construir el Hapux.

—Yo responderé a esa pregunta… de igual manera, todos ustedes acá mismo morirán —uno de los científicos de griseases túnicas se quitó la capucha y empezó a hablar—. Nosotros, los herederos del linaje, hemos disputado, al igual que nuestros ancestros mucho antes de la Era idílica, la madre supervivencia contra unos alados y viscosos seres. Se les conocen como los Existenciales. Es cómico e interesante pensarlo, el funcionamiento del instinto de las especies más evolucionadas es fantástico, lo es cuando son conscientes de su prota extinción… Ellos, al igual que la mayoría de seres inteligentes que entienden el finito, reconocen el sentimiento de cazar, el de perder, el de victoria, o… el de la excitante y reconfortante venganza… En un carbónico planeta plagado de peligrosos y densos vapores carentes de color, habitaban hace un milenio tales interesantes monstruos de silicio. El Hapux tiene la gran capacidad de dirigir aquel rayo a cualquier cuerpo celeste que sea escogido por nosotros, y una vez impacta con la superficie de esos negros planetas, sus viscosos habitantes son pulverizados de la manera más divertida… El núcleo en su interior es colisionado, provocando una hermosa implosión. Después de eso, solo queda esperar a que los sobrevivientes logren escapar de su agrietado astro carente de reflejo… ninguna especie es capaz de vivir si es rodeado de enormes fuentes de magma puro… pero en especial los Existenciales, ellos son particularmente débiles y muy sensibles a la luz; no obstante y de algún modo, siempre consiguen escapar, trasladarse hacia otra esfera con similares condiciones, y siempre se defienden pese a que sus facultades de la mente son muy inferiores… Vienen de una condición difícil de explicar para nosotros los de estómago solar, los seres de la tierra evolucionamos conforme la luz. En contraparte, aquellos seres se desarrollaron bajo condiciones opuestas: sin estrella que les orbite, sin ningún rayo de luz alimentándoles la piel, se mueven solo en globos errantes… ellos son los descendientes del vacío, poseen el frio vacío de la energía oscura a su favor y además con…

Pese a sus delicadas y ardientes quemaduras, Radamés empuñó una azulada espada para, sin previo aviso ni juicio, rebanarle los sesos al científico que soltaba semejante verborrea a unos simples ajenos. Después de aquel acontecimiento, el rey del mundo encaminaría su itinerario hacia la clasista Lascelles, con el propósito de establecer una nueva capital, un nuevo centro en donde pueda desarrollar un plan para ponerle fin al basto desorden y apaciguar los caóticos escenarios que han provocado las acciones vengativas orquestadas por sus némesis naturales.

Han transcurrido tres semanas. Rodinia fue engullida por esa densa y extraña sustancia. La hipótesis causal de aquella oscuridad, ha traído consigo un eclipse a medio cenit, y es irrisorio e ingenuo pensar que pueden coexistir dos coincidencias bajo un mismo destino. A pesar que el tiempo sigue avanzando, no ha cesado el anillo de fuego que rodea la caliente esfera solar, y la luna, ni aunque sus fases cambien de creciente a menguante, no ha dejado de sangrar. Si existe un mundo empíreo yaciendo bajo el firmamento, de seguro ha mutado en un amargado y solitario erebo. El frio ascendente y el tenue panorama, provocaran peligrosos desvaríos en la cordura de los vulnerables… La mayor parte de los ajenos enloquecerán, y algunos pocos transmutarán a similares.

La enorme torre Hapux se había agrietado de tal forma que usarla de nuevo representaría un claro peligro para los habitantes de Lascelles. Por el momento, la historia de aquella oxidada torre ha cumplido con su único propósito. Sus metálicas paredes anaranjadas emanaran por siempre los bellos destellos del resentimiento.

La eterna y fría noche no ha cesado en la ciudad de abajo, permanece infestada de monstruos; sus nublosos callejones son tan solitarios que hasta un animal, sin importar su domesticación, se deprimiría de tal manera que su corazón dejaría de funcionar correctamente. El Lahun

se ha visto condenado por una profanadora y corrosiva pintura invisible que destronó su estética plateada hasta llevarla a un brillante pero oscuro tono rojizo; y la abundancia de comida se ha podrido en las estanterías.

«Los animales aun no desean ser vistos ni escuchados por nadie».

El bosque de los renegados es el único territorio, pese al marginado y precario estado en que se encuentran sus pocos habitantes, en donde los seres que sufrieron las diversas opresiones por parte del linaje, son relativamente libres y capaces de iniciar una civilización; aunque si han de intentarlo, será una sociedad del miedo, será una sociedad simulada y será la sociedad cuyos valores ejemplificarán y heredarán la angustia con la que han suspirado. Las ciudades, los pueblos y las comunidades costeras, perecieron en un intento de anarquismo absoluto. Y por eso los bellos litorales se sienten casi artificiales, pues el enorme espejo de agua simboliza el fin de una racionalidad, una que impulsó la inteligencia colectiva del pasado a la gloria.

«El estático mar no ha movido ni un pequeño ápice de salada materia».

Desde las inmensas montañas de basura en Skoupídia, pasando por las desérticas y destruidas tierras de la lejana y olvidada Nekridia, hasta la aislada y poco mencionada Mons Nihilo, la burguesa y antiguamente académica Lascelles, la afligida y decaída Rodinia, atravesando por los bosques y por las riberas del gran y único continente, yace El Lahun solitario y trastornado por su bizarro vecino Xeclios, quien ahora es solo ruinas sumergidas en profunda oscuridad. Todos forman parte de la misma transfusión de odio que acorraló a los idealistas planes que se creían posibles, pero ignoraron la materialidad de los hechos; tal error fue fatal, pues les condujo al borde, les obligó a protegerse en manada y a manipular los hilos desde ocultas y maquiavélicas máscaras.

El eclipse parece que no será independiente del sol y la luna, no por un largo tiempo, ya que ha durado tres semanas… semanas umbrosas y misteriosas… El brillo rojizo de la noche y el anillar de fuego que es opacado por la oscuridad del día, son solo punzadas de una especie que fue aletargada hasta desarrollar las mismas emociones humanas, las que son capaces de ofrecer sus existencias con tal de justificar el fin del oscuro linaje. Los Existenciales son las víctimas, desde su viscoso punto mayéutico y reflexivo, de esta lúgubre y enrevesada historia.

LA MALDICIÓN DE LA CONSCIENCIA

Sanjiro y Benjiro charlaban al son de las pisadas por la envolvente oscuridad de aquellos pasillos de estatuas con expresiones petrificadas, cuyo tiempo discordia a la relatividad de la existencia. El húmedo aire y el alarmante frío, convirtieron los grandes ventanales en difuminados espejos de lágrimas condensadas. Así las metafóricas sombras de los nobles de la guerra sean miméticas en su forma, el plastrón de sus pechos se fragmenta en sendas de diferentes voluntades y de deseos que, en el fondo, orbitan latentes en eléctrico inconsciente.

—Ya hace más de trece años, cuando agonizábamos, Radamés nos salvó con sus palabras, ¿lo recuerdas, Benjiro?
—¡Claro que lo recuerdo! Gracias a su bondad fuimos capaces de apretar las hemorragias del martirio. ¡Sanjiro, jamás lo olvidaré! —dejaba un rastro de sangre con cada paso que daba.
—Y… ahora… ahora tan solo le hemos defraudado…
—¡No… no llores! ¡Hermano! ¡Somos los nobles de la guerra…! No… no caeremos en este lugar… no lo permitiré…
—¡¿Acaso no lo viste?! El Hapux acaba de ser activado y… maldición… seguimos aquí.
—Nadie pudo prevenir que esto sucedería. Fuimos traicionados por Karl… ese maldito…
—También por Thea… y Eros no ha dejado de actuar por su cuenta… si él también traiciona al reino… estaremos todos perdidos…
—Quisiera… quisiera salir de esto…
—¿Por… por qué lo dices de esa forma, Benjiro?

—¿A qué te refieres?
—De nuevo… de nuevo lo haces… suspiras como si… igual que aquella vez…
—¡Lo siento, pero…! Hace trece años me arrebataron algo muy importante para mí… algo que me hacía sentir vivo, algo que me daba un significado.
—¿Algo importante?
—Es decir… ¡Me refiero a…! Siento que ya fue suficiente, hemos sufrido, hemos caminado por el cielo, hemos surcado por los vapores del infierno, hemos destruido plantas y cultivado semillas, hemos vivido lo suficiente como para… como para no querer hacerlo más…
—¡No sigas! ¡¿Olvidas nuestra promesa?!
—Nunca podría… no obstante… la eternidad no es hermosa… ¡Eros es un ejemplo de ello!
—¿Eros?
—Solo digo que… él ha vivido por más tiempo que cualquier descendiente del linaje, es claro que su enorme velo de infelicidad y amargura se atribuye a su inacabable tiempo.
—Benjiro… ¿Esto es lo que te aflige? ¿Siempre ha sido esta la espina de tu inquietada mente?
—Reconozco que me he visto atrapado por un terrible y profundo miedo…
—Hermano… la vida es transitoria, la vida es una escoria… Observa lo que asecha ante las sombras que ayudan de guía. ¿Ves las rojas pupilas de aquel ser…? Son solo las pupilas de un sobreviviente… El aura de la muerte es lo que ha impregnado en las cicatrices de aquella bestia… Su intrepidez nació de algún impensable trauma. No estoy seguro cuál es su motivo, pero Karl vio algo en él que nosotros no hemos visto aún. Se trata del miedo… el miedo fue lo que causo que todo sucediera como ha sucedido.
—Algunos parecen ser inmunes al miedo… Radamés, Jano, incluso Morfgon… —el último mencionado por Benjiro se refería al elegante

conde con quien sostuvieron una conversación en el extraño y viejo salón de estatuas—. Por algún motivo, hay personas a las que el Velheli les ha afectado aquella mal llamada y antropocentrista humanidad.
—¿Crees que es culpa sólo del maldito Velheli? Aún desconocemos el comportamiento de la consciencia, aún ignoramos lo que no queremos explicar… además, nosotros reconocemos nuestro miedo.

Sanjiro y Benjiro hicieron una pequeña pausa, pues antes de su conversación se habían topado con Keb a sus doce. Al parecer, la sombra que se movió furtivamente les impidió seguir por su camino; por ende, les resultaba genuina la calmada e inevitable reacción al percatarse de la presencia del beligerante ser de las pupilas escarlata. El frio escenario se tornaba agresivo; la incalculable rabia emanada por su voluntad, hacía estremecer los huesos de los semejantes de tal manera que, pese a la herida que Benjiro abrazaba desde sus entrañas, hizo cauterizar el dolor sintiente de ambos bandos.

En alguna parte de Rodinia, en una enorme cámara de torturas infestada por espinadas raíces y macilentos e inertes seres, se encontraba el comandante en tercera división, Karl; por suerte le acompañaba Evelyn y Fuseli. Ellos intentaban hallar una segunda salida del castillo debido al engullimiento de una maleable e impenetrable materia oscura. La imponente entrada ya no era opción viable para escapar, con vitalidad en los huesos, del descollado encierro. Aquellas catacumbas fueron usadas para moldear las mentes de la primera de las generaciones; incluso el oloroso sudor de las vísceras, impregnó las frías cadenas que apretaban los restos de una vetusta civilización de antiguos y oscuros orígenes. Por fortuna, cuando entraron en ese lugar hace un par de días, hallaron con vida el golpeado y enjutado cuerpo de Thea; yacía rodeado y atravesado por lastimeras espinas. Le ayudaron a salir y a curarse las heridas. Evelyn habló con ella por horas, hasta que, impulsada por las reglas de su interna voluntad, decidió caminar sola por Rodinia; dijo con

valentía que necesitaba zanjar las cosas con Radamés, dijo que no podía permitirse la penosa morosidad. Claro que Evelyn respetaría la decisión de Thea y la de sus aliados, siempre y cuando quien gobernara sus huellas en el fango sea su prudencia.

Varus estaba con Lilith en un lugar repleto de blancas camas y de cálidas luces de laboratorio. Era un sitio tranquilo y sumamente limpio; un hospital de soldados se escondía en una de las salas del gran reino. Los cuadros en las paredes hacían alusión a simbolismos creados por las familias más importantes de la jerarquía. Uno de ellos era el símbolo de la familia Rongerick; se alzaba en un rectángulo de tono morado chillón con pequeños círculos cafés a los costados, y el apellido escrito con elegantes letras en forma de montaña. Otro de los símbolos en dicho sitio era imponente: rayas doradas en un fondo blanco alzaban una corona triangular en medio del cuadro; se trataba de la familia Roxhell, una peligrosa familia que controlaba todo entre lo difuso de las sombras, desde las estrategias y artimañas, en sutileza estricta y amenazante.

Las paredes amatistas reverberaban de angustia. Thea y Eros yacían descansando en una de las bancas situadas en un largo campo de flores marchitas; aquellas flores una vez ostentaron de coloridos tonos y aromáticos olores, ahora mutaron en un receptáculo sin vida y sin reflejo más que el de una polvorosa cenicilla. Hablaban de algo relacionado a los sucesos que llevó al mundo a la situación actual; en un momento dado discutieron de la debatible moral que ha condenado la vida de los ajenos. Eros le contó a Thea su pasado como comandante en primera división del ejército de Jano, y Thea se abrió a él permitiéndole saber que su madre falleció al intentar revelarse contra el linaje y sus dogmáticas y rígidas leyes. La conversación iba por buen camino hasta que, de entre la completa oscuridad, Friedrich asomó su silueta invadiendo el cementerio de flores; marcaba con las suelas un camino justo en medio del jardín. Una vez se posó frente a Eros y Thea,

dijo unas palabras al unisonó que la sangre escurría de su manga derecha, y en la izquierda sostenía una delgada espada cuya hoja era imperceptible, pues un líquido negro goteaba de ella…

—¡Thea…! ¿Dónde están los demás?

Friedrich declinó el cuello, dejo caer la espada al suelo y observó sus temblorosas manos por ambos lados. Él empezó a reír y, mientras elevaba su mirada al imperceptible cielo, de su voz cortada salieron a tirones unas disfonías oraciones.

—Es… es muy hermoso. La luna es como una cereza a medio comer… Quisiera poder tocarla con la suavidad que se merece… Si Fuseli viera este espectáculo, conociendo su trayectoria, se volvería completamente loco por su innata belleza… ¿Por qué tan callados? Supongo que, si no me equivoco, tú debes ser, Eros. ¿Cómo siguen tus heridas? Supe que salvaste a Lilith de tú propio juicio… no he podido…
—¿Quién eres? —Interrumpió Eros.
—…comprenderlo. ¿Qué quién soy? Realmente eso ya no tiene importancia alguna…

El comandante Eros empuñó su colmilluda lanza y apuntó directo al cuello del Filósofo. De inmediato el instintivo reflejo de Thea la obligó a interponerse ante un posible conflicto. Ella apretó el antebrazo de Eros con su mano izquierda e, sin necesidad de decir una palabra, hizo entender al comandante que no estaba de acuerdo con su agresivo actuar. La tosca situación ponía a Friedrich en una mortal desventaja.

—Soy solo, sólo soy un desconocido que deambulaba por estas tierras.
—Vienes con el grupo que invadió Rodinia, ¿no es así?
—Invadir es una palabra poco objetiva y nada realista.

—¡Solo responde a sus preguntas! —el regaño de Thea, heló la pálida piel de Friedrich.
—Si, aunque teníamos diferentes objetivos. El grupo con el que llegue estaba decidido a dar su vida con tal de saciar su venganza.
—¿Venganza? ¿Por ese motivo tuve que asesinarlos? —suspiró Eros en lamentosa ensoñación—. ¿Y cuál es el tuyo?
—El conocimiento es el mío. ¿Sabes cómo se siente cargar con un inmenso e insaciable vacío en el pecho, uno que te exige, cuán infinito bucle, a buscar la verdad sin importar el precio a pagar por ella? —a Friedrich le palpitaban las venas de su rasposo cuello.
—Creo comprender a lo que te refieres.
—¿Acaso es un pecado el querer entender por qué las cosas son como son?
—No lo es.
—Ya que se han calmado, ¿podemos dejar la tensión a un lado? —exigió Thea.
—¡No creas que ignoraré la obvia traición de tu parte, Thea! Te reconoció de inmediato y se dirigió a ti por tú nombre… ¿tienes algo que alegar ante eso?
—Es muy complicado de explicar, Eros. En mi defensa, lo único que hice fue aprovechar el momento para revelarme en contra del… del absurdo sistema.
—¿Absurdo? ¡Es un sistema perfecto por excelencia! ¿Sabes cómo funcionaba todo antes de la Era idílica? Si lo supieras, entenderías que Jano fue el hombre más importante de la historia.
—¿Qué historia…? He aquí la mayor de las doctrinas. Ustedes ignoran que existen diversos mundos enjaulados en diversas capas, mundos que discuten, reflexionan y se cuestionan todo lo que creen que saben. Allí abajo descubrí algo que no corresponde a ninguna de las historias que trastornaron las consciencias de los incautos… ¡Yo me di cuenta del terror de no pensar! Por mucho tiempo estuve concluyendo que mi muerte no significaría nada, que las verdades jamás me serian reveladas

bajo ninguna circunstancia, que la extrema duda me ahogaría en un abismo sin final, que mis sesgos se apoderarían de mí para siempre… —añadió Friedrich.
—Los ajenos no deberían inmiscuirse en lo que no pueden manejar… Veo que eres diferente, distinto al resto de individuos que sucumbieron a ideas derrotistas, que se creyeron la fantasía que aseguraba que eran individuos, a la mediocre aceptación; ellos jamás volvieron a levantar la voz, jamás se resistieron… solo abrazaron la simulación y no se atrevieron a soltarla…

«La gran división que existe entre Friedrich y Eros, no es más que una volteada historia simbiótica: son sobrevivientes de paralelismos opuestos, pero a su vez, resultan sus puntos dialecticos íntegramente flexibles, y, por lo tanto, similares».

—Y, ahora bien, ¿qué pretendes? —preguntó Eros.
—Al igual que tú, pretendo sobrevivir.
—En efecto. ¿Cómo podría decir lo contrario? La vida es para mí igual de preciada que lo es para un viejo roble.
—¿Por eso tú lanza ha perdido el brillo? ¿Por eso veo en tú mirada la frialdad de un asesino?
—Me resulta curiosa tu existencia; osas desafiarme como a un igual. ¿Sabes por qué existen las jerarquías?
—Supongo que la conclusión, a la que llegaron nuestros antepasados, debió estar relacionada a conductas esclavistas e insinuadoras de una necesidad de control.
—¡No estás del todo equivocado! En las etapas del evolutivo conocimiento, la razón instauró matices divisorios en las sociedades. Mientras unos pocos asumían y decían gozar de perfecta inteligencia, otros tantos preferían la ignorancia y la paz. Pero, los que detonaron la catarsis de poder, fueron los sabios meditabundos que sabían que no sabían y actuaron para saber.

—Comprendo… La inteligencia no es el factor determinante de un maestro, la sabiduría lo es mucho más. ¿Las jerarquías empezaron cuando el conocimiento se dividió en individuos que ignoraban su ignorancia, e individuos que la reconocían y la aceptaban?
—Exacto; solo que, en realidad, nunca ha existido un individuo en las sociedades, más bien, ha existido una fuerte ilusión que les declaraba como seres libres y dueños de sí.
—¿Podemos sentarnos, o primero me mataras? —Friedrich sonaba sarcástico y decidido.
—Sería un desperdicio el que murieras sin primero pasar por mi interrogatorio.

El comandante en primera división proveniente de Nekridia, y el filósofo proveniente de la ciudad de abajo, hablarían cara a cara para desentrañar las mutuas verdades que existían en sus pequeñas, pero difíciles, perspectivas. Thea, la de verdes pupilas, sería la testigo de aquel abrumador choque, del abrumante dialogo entre dos grandes pensadores del único e incoloro continente de las ideas. El cómico destino de las probabilidades se atrevió a interponerlos en un singular, y al borde de un entrópico final, cuadrilátero de bordes regulares.

—Quisiera empezar diciéndote que, si no respondes a mis preguntas, te romperé el cuello en cuestión de una efímera exhalación. ¿De dónde vienes? Y segundo, ¿qué relación tienes con esta persona? —Eros metió la mano en el pequeño y ensangrentado bolsillo de su blanca pero arrugada camisa, y sacó un mal doblado cartel marrón de búsqueda; se trataba del rostro del retrato hablado del peligroso y desconocido ser de las pupilas escarlatas.
—Nací en Xeclios, crecí en esa gran ciudad. Estudie filosofía en WhonD.
—¿Por qué saliste de Lascelles?, estás francamente demente… —intervino frunciendo ceño.

—Jamás he pisado la ciudad de los burgueses, viví toda mi vida en Xeclios. Nunca fui de la gente que se aventuraba a conocer del mundo… ese lugar lo era todo para mí, y de no haber ocurrido el declive, aun seguiría allí. WhonD es una reconocida universidad, aunque si te soy honesto y gracias a una vieja carta, hace solo unas semanas supe que los aristócratas también tenían un genuino interés por el conocimiento. En cuanto a Keb —Friedrich señaló el cartel sin tapujos—, solo le debo y le deberé mi vida.

—No sabía que, en Xeclios, también hacían presencia los vestigios de los malditos traidores de la vieja WhonD. Y veo que no mentía sobre su nombre… ¿Estás en deuda con él?

—Una deuda moral se podría decir… Dudé de quien sembró la duda en mí, pues al principio pensé que se trataba de un simple errante, pensé que él había enloquecido al igual que todos los demás. No fue hasta que vi, saliendo de la envolvente oscuridad, el destello condenado a reinar la soledad. Supe que el mundo acababa de crear su propio ataúd, supe que algo había cambiado para siempre el corto trayecto de la Era idílica, supe y comprendí que tendría que sacrificar mis ideales y romper el velo para renacer en el nuevo mundo.

—Un segundo… los sobrevivientes de El Lahun afirmaron que, quien los atacó, llegó por la calle que conectaba con Xeclios, ¿te topaste en El Lahun con él, durante la masacre?

—No, lo encontré deambulando en la ciudad de abajo.

—¡Nadie puede salir de ese lugar… no tiene ningún sentido, no puede ser verdad!

—Bueno, heme aquí, de algún modo sobreviví a eso.

—Esto es un impresionante e histórico precedente para el linaje. ¿Cómo era ahí abajo, cómo llegaste a ese lugar, cómo sobreviviste, y cómo y cuántos lograron salir con exactitud? Y no te atrevas a mentirme… si lo haces, si tan solo sospecho un segundo de que lo haces, te juro que tu visión será opacada por la espesa sangre de tu maldita… en fin, habla…

«Friedrich respiró con diafanidad. Su mirada profunda indicaba que una agobiante depresión le invadía. El brillo del iris le rascaba con furtividad y el estrés del cuello le constreñía».

—No podría describirlo con facilidad, pero lo intentare Recuerdo que era un día normal, yo estaba en mi casa ordenando una vieja estantería, no pasaba por buenos momentos; tenía un raro impulso de limpieza que me obligaba a levantarme de la molestia que me aletargaba. Se sentía extraño querer intentar algo, quería seguir aprendiendo y cultivando mi criterio, a pesar que la arrolladora soledad me impedía compartir mis conocimientos; me obligaba a mí mismo a ignorar los negativos deseos del subconsciente. Si mis sentidos no me engañaron, un nefasto y maleable olor empezó a enloquecer a mis pocos vecinos. De repente, una pesadez me apretó el estómago con las uñas de la muerte… unas terribles punzadas me atacaron, me derribaron al instante; por lógica, se debió a un efecto causado por mi negligencia; no comía en días, lo admito… Aunque nunca lo disfruté, no es que no quisiera hacerlo, sino que el tiempo pasaba tan rápido que no me era posible coordinar las prioridades. Después de una maratón de sueño, logré concentrarme en mi alrededor, y era medio día a pesar de la profanadora neblina, sabía que algo no encajaba en la monotonía, algo no andaba bien, pues no escuchaba la barahúnda habitual de Xeclios. Cuando levanté la negra persiana, y observé por mi sucia ventana, me di cuenta que la densa neblina se oscurecía gradualmente… me sentía asfixiado… cada vez con mayor intensidad. Lo que más me afectó del declive, fue la perdida de mi único hogar. Una vez leí en un viejo libro, que existían fenómenos naturales que provocaban un extremo o leve movimiento en la tierra, causando así terribles destrozos alrededor. Sé que eso mismo fue lo que ocurrió; las casas al frente de mi ventana cayeron como papel, las personas gritaban y gritaban. Un pandemonio tal vez se quedaría corto a la definición del caos que ese día vivió Xeclios. Por suerte, la oscuridad no me afectaba demasiado, mi salón de estudio en el pasado era igual o

incluso más oscuro; mis sentidos ya estaban acostumbrados a la poca luz, por lo que intuyo que ese fue un factor importante en la buena cordura que impidió mis capacidades a transmutar hacia actos irracionales y demenciales. En cuanto la tierra perdió fuerzas y dejó de danzar en su mismo eje, salí de casa realmente asustado… hiperventilaba como si mi vida se desinflara como un flexible globo, como si fuera un órgano perforado en medio del pecho. A las pocas horas entendí que era el fin del mundo, el fin de la civilización racional… lo que una vez conocimos ya no volvería jamás. Al principio los sobrevivientes intentaron buscar la salida, y formaron diversos grupos sin importar el estatus ni la especie a la que pertenecieran; y es curioso que transcurrieran con calma los primeros días allí abajo, eso en parte fue gracias al fuego que aun consumía las estructuras derruidas… Cuando el fuego dejó de iluminar la ciudad, lo que ocurrió fue algo horripilante. La lucha por la supervivencia se desató en cadena por todas las mentes al borde del colapso. La absoluta oscuridad fue tan abismal que, incluso creo yo, más de la mitad de la población decidió quitarse la vida. Un sinnúmero de cadáveres colgados en los muros de las casas, en las vigas cortadas, otros solo se arrojaron desde lo más alto con la esperanza de morir… recuerdo que siempre escuchaba lamentos por donde fuera que caminase. Si soy honesto, el canibalismo fue algo traumático de presenciar. Después de un tiempo indefinido, la helada soledad y el agresivo silencio se apoderaron de las calles y callejuelas; quedaban sobrevivientes caminando sin ningún rumbo aparente. Y nadie hablaba con nadie… ellos tan solo se limitaban a dejar que sus impulsos animales fueran los que se comunicaran. Cuando el hambre aullaba los gritos y quejidos resonaban… Creo que tengo la hipótesis más coherente que explicaría sobre el extremista e irracional comportamiento que abrazó con una abrumadora anti razón la conducta de aquellos animales, y solo digo animales porque estoy convencido que la humanidad les fue robada en algún punto del declive…

—¿Hipótesis?
—Sí, cuando estudiaba filosofía, un maestro me recomendó plantear teorías propias cada vez que encontrara incongruencias sin resolver. Me gané muchos rivales académicos después de que planteara un argumento en contra del origen de todas las cosas. Verás, era raro reflexionar pensando que toda la historia existente solo tiene un bagaje de cien años. Y nunca dije que el reino mintiera sobre los hechos pasados, pero si dije que, de seguro, la filosofía fue planteada por desconocidos humanos que marcaron un irreversible punto de inflexión en las estructuras lógicas de los fenómenos de la vida. Es decir, todo surgió de algo al principio; todo nació de la curiosidad por entender… Es imposible que la historia solo resuma las explicaciones a los enigmas y no explique el fondo original de las preguntas. ¿Cómo concluimos que la solución era vivir cómodamente por toda la eternidad? ¿Por qué ocultar el pasado? ¿El contexto de los avances nunca fue necesario para seguir construyendo algo mejor? O, ¿acaso el propósito de la Era idílica siempre consistió en controlar los pensamientos y frenar el proceso dialectico?
—De igual forma morirás… —Eros suspiraba, él recordaba su pasado—. Te intentaré contar el motivo por el cual fue necesario borrar la historia y empezar a escribir una desde cero…

Una fina puerta surcó la consciencia de Friedrich de modo torrentera e inexorable. Su rostro empalidecido enmarcó la reminiscencia que empinaba las vetustas experiencias de Eros. En un remoto islote enjaulado por incontrolables olas, cuyas azules y saladas corrientes chocaron por miles de años con ideas empedradas y oblongas, se esconden los bálsamos de la verdad.

—Yo nací en un lugar llamado Nekridia, hace 213 años para ser exactos. Supe que fui salvado por un hambriento campesino, él me saco a la fuerza del cuerpo inerte de mi madre; al parecer quedó atrapada entre

los escombros a causa de las guerras. Por tal motivo, se hablaba de mí como el hijo de la muerte, pues fue ella la que me engendró. Eran épocas de suma violencia y poca o nula moral. Fui adoptado por aquel campesino y su acogedora familia, ellos hicieron de mi infancia un buen recuerdo; tenía siete hermanas, tres hermanos, dos felinos, y algunos animales de granja que fueron obligados a la extinción ya hace mucho tiempo. La lluvia acida y los malditos eclipses, provocaban que la escasez de alimentos se agravara con amargura, y el muerto aroma de la briza enfermaba los ojos de los pequeños… Un día, como era habitual, fui al bosque a buscar leña con Gringer, uno de mis hermanos. Hablábamos sobre los sueños y sus significados… era una charla inocente. Cuando regresamos a casa… bueno… lo cierto es que ya no quedaba nada a lo que acuñarle hogar… Fue a muy corta edad que presenciamos el demacrado y terrible resultado de la guerra… Los Imperium entraron a la granja y todo lo destrozaron, todo lo voltearon… quemaron hasta la última de las maderas… incluso hirieron a los animales… y, en un gran y enfermizo circulo, decoraron en afiladas y altas estacas los goteantes cráneos devorados de nuestra numerosa familia…

—Cuanto lo siento… no tenía idea… —la saliva de Friedrich era indigerible.

—No lo sientas aún… solo te estoy contando el comienzo de un completo infierno…

Thea, quien escuchaba en primera mano todo el dialogo, rebozaba en lágrimas.

—¿Las guerras fueron la causa fundante para borrar la historia? —le indagó Friedrich.

—Supongo que las emociones humanas llegaron a puntos irreversibles cada vez que ocurría un declive; dicen que fueron diez en total. La humanidad casi fue reducida hasta los cimientos del primigenio… Uno

de los problemas era la libertad ideológica… los humanos transpiran pasión por naturaleza, y más cuando quieren involucrarse con el destino de sus insignificantes vidas; creo que es, entendiendo los hechos, el gran error de la sociedad. Permitirles la libertad solo provocaba absurdas divisiones que desbordaban en paupérrimos progresos. Jano encaró el futuro con una mirada realista; empezar de cero fue necesario… tantas heridas en la espalda del linaje ya debían ser censuradas; el odio, el rencor, la venganza, incluso hasta los sesgos de la felicidad, todas hacían parte del pintoresco sentir de la victoria y de la derrota. La guerra marginó, dañó y mal formó las frágiles mentes de los idolatras del cerebro. Lo cierto es que la razón dictaba sentencia al pasado para construir una nueva historia, una nueva versión que transportara la vida, al menos como la conocíamos, hacia los pilares de la comodidad y hacia la transmutación a las máquinas deseantes y consumistas… máquinas sin sublevaciones.

—¿La libertad es un error?

—Piénsalo de esta forma: si cualquier grupo pudiera cambiar las reglas del juego solo por el simple hecho de existir y creerse a sí mismos como libres de elegir, y no por haber adquirido rigurosas capacidades, ¿sería acaso esto una buena decisión? Es decir, la amplia mayoría no son, y jamás deben ser, partícipes del tablero, pues la mayoría, como decía, son solo aquellas máquinas que hacen funcionar el sistema, y no tienen potestad de dejar de ser máquinas.

—Creo entenderlo.

—El pasado nos condiciona, e indudablemente, lo hará por siempre. Incluso el subconsciente se ve afectado a gravedad por la ignorancia; creemos que las elecciones son propias, pero en realidad, solo fueron implantadas por los impulsos que nos constituyen por lo que somos, por lo que creemos que fuimos y por lo que pensamos que seremos.

—¿Y, acaso, negar lo que fuimos era la mejor de las opciones?

—¡Sin duda lo era! ¡Cien años de paz son la prueba de ello!

—¿Simplemente creyeron que la razón nunca se cuestionaría per se?

—Por un bien mayor era necesario llegar a tales extremos. En fin, ¿cuál era tú hipótesis?
—Ya deberías intuirlo. La oscuridad era mi conclusión. Pero estoy convencido que si el linaje hubiera tenido las bases necesarias para confrontarla, nunca se detonarían sus efetos en actos de semejantes proporciones. Keb y yo logramos salir de la ciudad de abajo gracias a nuestra voluntad y también Karl lo hizo, aunque su caso es distinto… pero, por lo menos, puedo decir que fue necesario mantener la cordura arriba de los más primitivos instintos. Lo que intento explicar es que fue la oscuridad la que ocasionó que la cordura de los habitantes de Xeclios, y seguramente ahora los habitantes de todo el mundo, estallara en el más horrible frenesí.
—¿También Karl? Ya lo entiendo… entonces… puedo inferir que solo los poseedores de las habilidades son capaces de soportar la hostilidad de Xeclios.
—¿Habilidades?
—Fue una buena charla… te lo agradezco… pero ha llegado la hora de concluirla.

Eros observó la punta de su lanza en detenimiento. El silencio abrumaba la borrosa atmosfera. El sudor en la frente de Friedrich se notaba febril. Thea aún intentaba analizar lo que acababa de escuchar, por lo que no se percataba del crudo desenlace que vendría a continuación. Eros rechinaba sus dientes, casi como si su interior se negara a cumplir con su trabajo; aun así, su lealtad resultaba inquebrantable. Y con la fuerza suficiente para no provocar hemorragias en su víctima, y con la destreza e ímpetu exactas para cortar el aire en dos finos trozos de grasa, actuó el bastardo de la muerte, actuó con la máscara del deber, actuó con la punción intocada. Las marchitas flores juzgaban desde su inerte ondeo. El espeso y repulsivo calor de la carne, serpenteaba en lagrimales cascadas de redención… Su colorida mirada se apagaba pero, a su vez, cual liberada nube blanca aprisionada en una

enorme burbuja gris, sonreían sus mejillas. La bondadosa inexistencia se adueñaba de sus recuerdos… Las pupilas de Eros se contraían en sí mismas; se desdoblaba su moral en orgullosas esquinas de insanas melancolías. El nudo en su garganta le apretaba hasta el centro de los pulmones. El rostro de Friedrich se teñía con un terrorífico ensamble, y una petrificada expresión le ralentizaba el pulso. La lanza colmillo sintió la paz drenando en viscosos ríos por sus afilados bordes.

—He fallado… madre…

Expectoraba su entrecortada, forzada, quebrada y ensangrentada voz, las últimas palabras de Thea agrietaron la acorazada barrera de su verdugo. Todo ocurrió en cuestión de un fugaz e impredecible momento. Eros había levantado su lanza al cielo con el propósito de ejecutar la mayor de las sentencias a Friedrich… Por suerte del filósofo, el capricho de Thea le obligó a interponerse ante el juicio del comandante. Ni siquiera la innata rapidez que ostenta su retina fue capaz de predecir que la mejor estratega y la tercera subordinada de Radamés, sería capaz de sacrificar su vida de esa manera. Ella prefirió entregarse a los confines del vacío, antes de permitir que, a como ella lo percibía, el testigo más importante en la historia de la humanidad fuera eliminado de su potencial trayecto. La derrota moral ensuciaba la humillada psique de Eros, a tal punto que sus rodillas sucumbieron a la narcolepsia, su confundida visión cayó al suelo de golpe, e invadiendo el campo de flores con su lanza, dejo claro la inmensa amargura que le brotaba del pecho. Friedrich se recostó en el frio suelo casi como si quisiera abrazar el oscuro cielo, y aunque su cuerpo desgonzado inspiraba relajación física, su vacía y profunda mirada emitía un cansancio emocional severo… Las vidas duelistas en tal vil ocasión, fueron inducidas a una desalentadora realidad. Y en sincronía pensaban similares desilusiones.

«¿En qué clase de condenada maldición existimos?».

Los días no parecen avanzar… las olas marinas no han regresado de su eterna vigilia. El sol no ha parado de burlarse de las pequeñas quimeras que le rezan a diario. La luna no ha secado su llanto carmesí. El juego competitivo que recorre, cuán helado aluvión, las casi reventadas arterias de los hijos del linaje, ha profanado todas las culturas y las supuestas sociedades que una vez gozaron de completa impunidad moral. La civilización involucionó por la gris rama del maquiavelismo, con la ingrata carencia de una razón previsoria, puesto a que la reducida capacidad racional se ahogó incluso para ejercer actos inmorales. Un efecto natural se podría decir… la historia se construyó bajo ideales artificiales. Cuando no hay un pasado que juzgar, no hay un presente que apreciar, ni tampoco un futuro que deliberar. Gilgamesh no solo era un poeta con febriles augurios, también era un fiel partidario de la lógica pura. El ser humano fue desplazado por tres disparejas vertientes: la inestabilidad de la base material condicionó las conductas de las mayorías, un desarrollo biológico evolutivo con incoherentes tendencias a la perfección, y en última instancia, un reprimido subconsciente repleto hasta la medula de premisas ontológicas deseantes. Solo fue cuestión de un chasquido, las variables se alinearon por la propaganda conformista de una sociedad incapaz de presenciar su obvia manipulación.

Los semejantes son un producto ejemplar, ellos nacieron de los experimentos del poder; los dos nobles de la guerra vivieron por las sedientas necesidades del absoluto control. Consistían los experimentos en utilizar la fuerza de muchos a disposición de unos pocos. Claro que aquel control, proveniente de hace trece años, es mucho más sofisticado que el usado por Jano para mancillar las mentes de las razas del ego, pues los Imperium son un exitoso ejemplo de ello… Las raíces del odio surcaron los vapores del debacle al son que los perpetuadores mofaban.

Hace una semana, Friedrich tomó la insana decisión de regresar al subsuelo del castillo, con la excusa de recuperar el cadáver de Ed para, de esa forma, darle un merecido entierro. Ácidas eran sus venas al entregar su cordura en pro de la verdad. Lo cierto es que le picaba la nuca y los constantes escalofríos le aturdían los recuerdos. Él no ignoró sus nuevas capacidades, al contrario, la rareza de observar lo inobservable lo condujo a valientes conclusiones. Dicen que la curiosidad es el combustible de la sabiduría; la energía en la pureza filosófica, naciente del primer asombro, es la metalurgia de la conciencia innata.

Una vez sus pasos reingresaron al abismo que escondía esa chirriante puerta de enmohecida madera, el frenesí le arropó por completo. No paraba de darle vueltas en su cabeza a la carta escrita por la doctora Sylvie, su corazón le imploraba no dejar esa historia sin un final que se acercase a los confines del sacrificio otorgado por ella; las lágrimas diluidas no desaparecerán tan fácilmente del rostro de los primeros afectados. Por ende, Friedrich no lo dudaba, su deber consistía en buscar la verdad e indagar en las caóticas causales de los contextos históricos.

Los restos de Ed fueron pulverizados por la masa cárnica y tentacular que acechaba el drenaje de Rodinia. El desconocido idioma de los muros, los grilletes, los barrotes, las telarañas y las oxidadas escaleras que aún no acababan, se veían lucidas desde la perspectiva del filósofo, y las inquietas vibraciones del húmedo suelo se sentían pacificas. Sus lentos pasos adormecidos le hicieron recordar la vez que escapó de la ciudad de abajo; claro que ahora le acompañaba la triste soledad y se invertía el arcoíris cromático del estrago. El piso de abajo helaba como el mismísimo sur del inhabitable territorio del viejo Nekridia. Los vientos que galopaban sin fervor, le tiraban del pecho con una

impresionante fuerza… «El gran pulmón de la muerte esta furioso de ver como el cianuro le será inyectado justo entre los malditos bronquios». La determinación de Friedrich no se quebraría bajo ninguna circunstancia. Lo que habitaba el subsuelo del castillo era algo de proporciones aberrantes y de dolorosa visualización para los estómagos de grasa; excitante para los investigadores y cazadores de lo desconocido; si fuera presenciado por los alienados pesimistas provocaría en ellos un mortal estrés y una cautivante ansiedad. Los que reaccionen con temor serán la mayoría, y quienes controlen sus emociones, podrán autodenominarse como el siguiente eslabón del linaje. Todo ello de poco o nada vale si la vida no triunfa ante su invertida apariencia. Una espada de finas y bellas incrustaciones yacía tirada en el último escalón; sus cuadrados rubís y sus alargadas esmeraldas brillaban cual si se tratase de un tesoro perdido, cuyo esplendor imbuía un aura de clemencia; la espada no se dejaba amedrentar por la cantidad de polvo en la zona, casi parecía que le suplicaba al valiente aventurero que su empuñadura sea fusionada con sus huesudas almohadillas.

Friedrich usó la espada para defenderse del ser que concentraba y modelaba la forma de las sombras maliciosas y profundamente vengativas. Él recordó y asemejó el mismo sentimiento que transpira Keb, con el maleable estado de aquella bestia alada. La viscosidad del suelo era gelatinosa, similar a la sustancia que asedio en antaño el gran bosque de los renegados, en la historia narrada por Varus. Hatcher murió sin decirle al mundo la apariencia del viscoso ser alado que habitó en esa vetusta tierra virgen. Ahora, gracias a su nueva habilidad, visualizarle sumergido ante tremenda oscuridad no sería un problema.

Su corazón retumbaba y sus párpados tronaban de nerviosismo, el frio le adormeció la lengua, pero sus manos autenticaban la firmeza de su voluntad. Dos alas similares a las de un cuervo; estaban realmente

laceradas. Las cadenas en el suelo indicaban que su libertad era inexistente. Unos tubos oxidados salían de su vientre y estos se interconectaban con uno más grande que terminaba en un muro lateral. Tenía seis patas, tres en cada costado, pero no encajaban mucho con su monstruosa y compleja forma, puesto que casi parecían seis largos brazos con poca carne y mucha piel. Su contextura general era esquelética, y en base a lo observado, debía de ser su apariencia producto de su extrema condición de vida. De la parte superior del cuerpo, su incongruente cabeza se elevaba por encima de sus negras alas, de en medio una blanca y gelatinosa esfera parpadeaba, aquella en su interior tenía una forma espiral; parecido tal vez al infinito universo visto desde el exterior de una galaxia. Friedrich se preguntó si acaso ese animal solo tenía un ojo, por ende, decidió caminar lentamente a su alrededor para identificar mejor su naturaleza. Se fijó que había otras dos esferas blancas en su cabeza, pero lo extraño era que parecían ciegas debido a su entrecerrado e inerte estado. En total pudo identificar tres ojos, seis extremidades, dos alas, y lo que parecía ser, una roca gomosa en la zona trasera de su cuerpo. En ninguna otra parte se apreciaban más cualidades físicas conocidas, ni oídos, ni boca, ni orificios pequeños con los cuales se pueda intuir su mecanismo de respiración o de excreción, lo que no era atribuible con los rugidos escuchados de vez en vez. Sin ningún tipo de alteración que pueda determinar el motivo de los sonidos desagradables que provenían de su interior, la cacofonía se apoderaba de sus nauseas. Friedrich empezó a reflexionar si acaso la única habilidad que poseía era la de sus pupilas, pues esa famélica bestia le hacía sentir un indigerible sentimiento de tristeza. Usando razonamiento lógico, él entrelazo los sucesos que han venido pasando; el declive de Xeclios y el ser encadenado en el subsuelo de Rodinia no eran acontecimientos diferentes; la despiadada sed de venganza de Keb se enlazaba de alguna forma. El gigantesco cráneo del bosque y la historia de los renegados tenían algo que ver. La reciente oscuridad del reino siempre ha existido en su interior; la desastrosa vida de Karl, las

circunstancias que condujeron a renegados como Evelyn, Lilith o Varus. La manipulación de los arrogantes Radamés y Jano, la fría mirada del Imperium, los Heroberos, los esclavos del costurón rojo, el líquido negro que goteaba de los incrustados tubos en el vientre de aquella viscosa estructura de vida, la carta de Sylvie, las naturalezas contingentes, el mar, el perpetuo eclipse solar y lunar, y en algún otro punto, las pupilas rojas del primer vástago del odio…

No solo eso fue presenciado. Friedrich caminó un poco más al fondo y se topó con la entropía del otro mundo. Una innumerable materia en estado de necrosis se extendía por todas partes; esferas blancas y arremolinadas drenando líquidos negros de su interior, alas de diferentes e insanos tamaños se amontonaban cual pileta de basura, extremidades antropomorfas carentes de cuerpos y una cantidad absurda de esporas, tal vez toxicas, enjaulaban todo el escenario. Él empezó a correr desenfrenadamente y, debido al dimorfismo y la perdida de orientación que fondeaba la zona, cayó en un enorme vertedero de olores putrefactos y enloquecedores. Se puso de pie con dificultad y presenció el enorme vacío que extendía su amoralidad hacia todas las direcciones posibles. Todas las especies existentes, o ya extintas, yacían tiradas en ese lugar; desde los perdidos Cercopes, los restos de los Imperium, extremidades de gigantes Heroberos, hasta la humanidad y sus enemigos jurados: los Existenciales. Algunos carecían de forma, o simplemente aludían sus jugos a otras primitivas y borradas civilizaciones. De la nada el silencio se vio abrumado por los encharcados pasos de otra entidad. Solo con verlo de lleno en los ojos, el dialogo se desenvolvió con naturalidad naturante.

—Tartamudeó Friedrich en cada sílaba—. ¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Cómo es que…?
—Lo mismo me pregunto… ¿A qué debo tu viscosa visita? —una pregunta satírica y honesta era exhalada por la susurrante voz de Keb.

—Estas cubierto por completo de ese liquido negro.
—Es solo sangre de esas cosas… en especial las cosas de tres ojos.
—¿Cómo terminaste de esa forma?
—Vi como caías de ahí; parecías una pequeña larva asustada. ¿Acaso no viste el espectáculo que dejé arriba?
—Claro… debí suponerlo antes… por eso parecía que una bestia acababa de cortarlos. Debe ser por eso también que esas cosas no me devoraron.
—No niego que fue muy divertido.
—¿Por qué lo hiciste? Pensé que ya habías dejado de lado la irracionalidad que te antes te ha segado, que tanto ha causado estragos en el pasado.
—Solo escuché los lamentos y los abyectos, pero penosos, deseos de venganza de alienados seres esclavizados.
—¿Toda esta violencia era necesaria?
—Observa…

Keb desgarró sus ropajes color burdeos y procedió a enseñarle una de sus vulnerabilidades.

—¿Tus cicatrices?
—Ellos me condenaron a este insoportable dolor… y mientras siga existiendo, nunca cesará.
—No lo comprendo, Keb.
—¡Intentaron usarme! Querían una marioneta capaz de servirles. Usaron mi cuerpo solo para sus egoístas fines… Nací de la más oscura de las oscuridades, de los más dolorosos dolores, de las maldiciones más malditas…
—Parecen débiles, ¿seguro lograron lastimarte así?
—Pretendieron manipular mi naturaleza… lo primero que escuché al despertar en este mundo fue la palabra venganza. Ellos suplicaron que usara mi ferviente odio para ayudarles con su plan. Es gracioso pensar

que, apenas bajé a este lugar y vi que se trataba de ellos, no dudé ni un solo segundo en quitarles la vida.
—¿Te indujeron a la venganza?
—Dijeron que tenía las aptitudes necesarias para construir un mundo nuevo, un mundo libre de humanos. Lo cierto es que se equivocaron en una cosa…
—Prefieres que no exista un mundo… prefieres destruirlo, ¿no es así?
—Parece que puedes leer mi mente después de todo.
—Soy perspicaz en algunas cosas. A ver si lo comprendo, ¿ellos querían vengarse del último linaje?, ¿y te crearon con y para dicha finalidad?
—Fallas en lo último… ellos no me crearon, solo me obligaron a despertar de algún terrible sueño que aún no puedo recordar…
—¿Te hirieron para de esa forma despertarte?
—Recuerdo esas negras alas, recuerdo que fui empujado por esas garras, recuerdo que ellos se presentaron a sí mismos como los Existenciales… sus malditas caras viscosas me juzgaban como si fueran… solo pensarlo me enerva la sangre; mis ojos resecos arden, y arden mucho.
—Me llama la atención lo que dices sobre aquel sueño.
—Es mejor no intentar recordarlo… cada vez que lo intento… mi propia mente se encarga de apuñalarme… Y respecto a lo que dices de la irracionalidad, no comprendes el arte de mis razonables decisiones, y dudo que puedas; al final eres igual de irracional. No por nada caíste de ahí arriba, el miedo te sedujo del mismo modo que me sedujo la violencia.
—Sé que, muy dentro de ti, no consideras que tus decisiones hayan sido las acertadas después de todo. El resultado que veo no corresponde a nada razonable.
—¿Crees que no es razonable haber curado a estos pobres seres de sí mismos? Agonizaban, el terrible odio que sentían era equiparable al mío. Por eso decidí que lo mejor era acabar con el sufrimiento que les asediaba las entrañas.

—De nuevo, haces que dude sobre lo que debería ser… o lo que no debería ser.
—Si dejamos que los gusanos se sigan reproduciendo, terminarán saliendo de tu propio pecho algún día. Sabes, creo que despiertas una faceta en mí que no conocía. Creo que mis malditas pupilas te reconocen, te aceptan, te invitan a degustar del mismo dolor y la misma percepción que las condena.
—Te faltó uno por cortar, arriba en la entrada… —Friedrich le hablaba como a un similar.

Keb y Friedrich tuvieron un encuentro en el subsuelo de Rodinia; hace una semana de eso y los muros siguen murmurando lo que aconteció después. Los dos únicos sobrevivientes del declive de Xeclios dialogaban, y al son caminaban hacia el último de los Existenciales.

—Creo que encontré las respuestas que necesitaba. ¿Qué sigue ahora? —preguntó Friedrich.
—No lo sé; mi plan se vio afectado por esos malditos seres viscosos.
—Aún no has degollado al de la corona, como dijiste aquella vez — entre risas le recordó.
—Si, pero mi plan ha perdido el sentido si los que están debajo de la cúspide mueren primero. Y por lo que ha venido aconteciendo, es claro que cuando me tope de nuevo con él, solo veré a un simple humano morir sin un propósito que sacie mi incontrolable sed.
—Solo me limitaré a decir que los deseos más fuertes del ahora no representarán por siempre los deseos del mañana.
—No insinúes que cambiaré de parecer… recuerda que solo sigues vivo porque mis agallas me impiden atacar a mi único igual.
—Sé que no lo eres, pero en mi opinión: eres un humano demasiado… humano.

Aquella última frase de Friedrich pondría fin a la conversación. La malinterpretación llevó al sarcástico comentario a generar un conflicto de proporciones trágicas y pesimistas. Claro que el problema no se extendería más allá del mundo metafísico del ser de pupilas escarlatas. Friedrich intentó apaciguar ese pesado huracán de dolosas voluntades y, con un movimiento lento, le incrustó la delgada espada al viscoso Existencial que se retorcía. Justo lo hizo en su esfera blanca, lo que provocó que el líquido negro se le impregnará en sus prendas. Keb casi cae en aquel traumático abismo; por suerte, la valiente acción de Friedrich le regresaría a la cordura. Remar a zonas reconfortantes era lo más prudente en ese momento.

Después de aquel suceso, y cambiando de direcciones, cada quien tomaría su cronos reflexivo y moldearía sus propias conclusiones. Keb se toparía más tarde a la derecha a los semejantes y Friedrich se encontraría en aquel jardín marchito a la sensible Thea y el honorable Eros. La chirriante puerta de madera dejaría de chirriar desde entonces.

«Retornando a la minutera en la línea de la purpura inflexión».

Ahí yacían sus esqueletos pulsantes, tendidos cual desecho en medio de la desdichada palidez moribunda. Los dos pensadores estaban completamente abatidos por la repentina muerte de la estratega. Cruzaron un par de palabras antes de equilibrar la gravedad de sus debilitados e intranquilos cuerpos y danzar hacia el nuevo mundo de las vehementes e infértiles sombras.

—¿Por qué Rodinia albergaba en su interior tales bestias tan terribles?
—¿Viste a los Existenciales?
—Los vi pereciendo.
—¿Están muertos?

—¡Agradécele a Keb… es el antihéroe que necesitábamos! —el sarcasmo poco habitual de Friedrich se escuchaba en su entrecortada risa y en su lamentable voz.
—Mejor salgamos de aquí… esto ha perdido el propósito desde el momento en que Xeclios nos dio la espalda. La Era idílica es insostenible, y ya no habrá nuevos intentos.
—¿Conoces una salida alternativa?
—Si, al otro extremo de aquellos muros un pequeño túnel se esconde entre la maleza —Eros señalo con firmeza hacia alguna parte, y Friedrich observaba hacia su opuesta.
—Lo siento, pero no puedo dejarlos atrás… no puedo permitirme eso.
—Ya veo… sé que no debería hacerlo, pero… hay una manera muy efectiva de reunirlos.

Encaminaron sus frágiles pisadas hacia algún sitio del oscuro reino. No obstante, aun existía cierta violencia que restregaba, con los depravados vapores mentales, cierto grado de rencor.

«En los fríos pasillos artificiales ocurría una desenfrenada y sedienta batalla».

Los semejantes, Benjiro y Sanjiro, hacían sus mejores esfuerzos para no cerrar los párpados de sus muertas cuentas. Ni aunque las habilidades que portaban sus venas fuesen capaces de superar cualquier limite físico humano, no eran rivales para la agonía sulfúrica que emanaba el cicatrizado monstruo de rojas y penetrantes pupilas. El corazón de Keb latía tan fuerte que parecía ser el nido de una rata con afiladas patas queriendo salir de los blandos tejidos de su antinatural coraza cárnica. Por algún motivo, su inquieta mente no dejaba de repetir aquellas desconsideradas palabras que salieron de Friedrich durante su breve encuentro en el subsuelo.

Él se preguntaba si acaso era posible que existiera algo de humanidad, ahí junto a esa maldita rata que le agitaba por dentro. Le causaba una grave debilidad el saber que, de seguro, algo de esa frase se había adueñado de su ser… algo de esa lamentable naturaleza… repudiada e indigerible para su consciencia propia.

Lo único que pretendía Keb era saciar su plástico deseo de venganza. Benjiro ya no conseguía mantenerse al ritmo de aquella monstruosa velocidad de su oponente; por ende, no tuvo más opción que rendirse ante la obvia victoria de la oscuridad… La luz ya no entraba por ningún ventanal del castillo, el único reflejo que ilustraban los grandes vítreos hexagonales, eran las manchas olorosas y viscosas. Sanjiro, por su parte, no quería rendirse, no pretendía morir de rodillas, solo buscaba una muerte digna para un guerrero de su calibre… su orgullo moriría con él y solo con él. Si Keb pretendía llegar hasta los límites de su cordura, entonces los dos hermanos le seguirían hasta aquel umbrío final. Era un escenario melancólico, ya que olía a un viejo recuerdo que, con humildad, lo sentían como si hubiera ocurrido recién. Se trataba de la primera vez que eran entrenados por Radamés; recordaban los días lluviosos de húmeda tierra, de filosas espadas, de morados atardeceres y de tristes y felices apuñaladas; algunas a raíz del deprimente e inalcanzable poder del maestro y otras por el cercano cruce de espadas con su benevolente esgrima. Algún que otro rasguño lograban hacerle, pero nada grave que suscite a culpas reprimidas; en cambio ellos, de vez en vez, recibían tal paliza que sus cuerpos no eran partícipes del mundo físico después de muchos meses de somnolientos comas. Eran pues los días de hace trece años intensos. Pese al deshumanizante dolor al que se sometieron, le tenían alta estima a su líder. Y por extraño que suene, incluso se llegaba a contar que, en los primeros años de su mandato, ellos se referían a él como su héroe.

Benjiro, quien de rodillas observaba a Keb, le dijo las siguientes palabras a Sanjiro:

—Sal de aquí… hermano, yo he sobrepasado mi limite hace mucho… —la cantidad de sangre que desbocaba cual río de su abdomen era ficticia—. Radamés está solo, no permitas que sea asesinado por el primogénito de familia Roxhell… Morfgon Roxhell…

La ferviente cabeza de Sanjiro palpitaba tan solo con escuchar que Radamés corría peligro si llegase a quedarse sin sus dos nobles de la guerra. Su mandíbula casi no dejaba recordarle a su hermano aquellas palabras que sostuvieron ante el trozo sin nombre del salón de estatuas.

—Él nos alertó hace mucho de eso… Radamés se reveló contra el destino, se reveló en contra de los dueños de la historia —Sanjiro limpiaba su cimitarra con sus largas mangas negras.

«Hijos, el destino lúgubre no manipulará mi tiempo con sus maquiavélicas garras del caos, y el maldito engaño abrazándole con falaz disfemia la historia… La violencia que han ejercido no será tolerada de nuevo; ellos ocultaron la suerte que nos pertenece a los verdaderos hijos del linaje. Nos maldijeron por siempre y ahora nosotros no participaremos de su desenfrenado despropósito; que sean ellos los que paguen con su sangre, y que nosotros seamos sus lobos que asechen sus cuellos hasta que la sombra les desproteja y las alas del fin dicten sentencia».

El dichoso recuerdo que los semejantes guardaban en un pequeño cofre de profundas recetas fenomenológicas, y de prospectos inexorables, resultaba agridulce. Claro es que le susurraba la razón a Sanjiro, le decía que dejase a un lado su orgullo y que su poderosa valentía apañe sus emociones hacia una correcta templanza. No obstante, su razón no

estaba preparada para ver la peor de las experiencias traumáticas que le apremiaría su condenada consciencia.

Keb esperaba que dejasen de hablar para continuar la contienda y finalizar el destino de esos pobres nobles de la guerra. Él sentía que de alguna manera era el villano de esa historia, pues realmente no entendía si el rey a quien tanto ha deseado cortarle la cabeza era lo que su sesgo le argumentaba o era que aun existía otra raza peor que la humana. Su barrera inquebrantable le aconsejaba dejar de cuestionar si su amoralidad debería inclinarse hacia alguna narrativa.

Benjiro observó el suelo de la misma manera que siempre lo hacía. Esa profunda mirada, con errantes rasgos, proclamaba el arrebato de su vista per se. Acto seguido, sujetó con fuerza su negra daga y procedió a colocarla en su cuello; en la comisura de sus labios se asomaba cierto grado de felicidad y en sus lágrimas se infería que la tristeza le ahogaba por dentro. Él levantó sus pupilas y, apuntándolas hacia su hermano, se abrió la carótida de un solo reflejo… Sanjiro gritó el nombre de su semejante y no pudo evitar derramar lágrimas cual si se tratase de un pequeño e indefenso niño a punto de enloquecer, a punto de desmayarse del shock tan intenso que sufría su pecho en aquel irremisible momento. Benjiro seguía sonriendo pese a su roja dentadura y su eufórica fuente arterial. Una vez cerró los ojos, y su cuerpo tocó el suelo para siempre ser parte del mismo, Sanjiro se dirigió a Keb en un acto de irrefrenable exacerbación; y de un fugaz impulso se aventó junto al ser de las pupilas escarlatas desde lo alto de Rodinia. El cristal se quebró primero y el sonido le siguió después… El noble de la guerra, Sanjiro, había partido su cimitarra en el acto, y a pesar de que ambos caían a una probable muerte, el éxito le aplaudía al son que vidrios nevaban, pues el brazo cercenado de Keb daba fe de ello.

CONDENA

Una potente luz se alzaba en uno de los extremos del territorio. El filósofo y el primer comandante encendieron un destello morado que pudo penetrar la envoltura oscura del reino. Era un complejo artefacto similar a la torre Hapux, solo que medía casi lo mismo que el gran muro. No se trataba de un prototipo proveniente del primigenio; no tenía nada en relación con la torre aniquiladora de mundos. Tan solo se trataba de una estructura camuflada e incrustada, cual cráneo decorando una astillada estaca, cerca de un hexagonal vitreo. Funcionaba mediante algún tipo de mecanismo de engranajes de madera que, a través de una palanca y su constante giro manual, iluminaba la pared cristalina. Eros explicó que en realidad los imponentes muros de Rodinia, pese a que su costoso material amatista sí es capaz de iluminar el horizonte en días soleados, durante las noches, su piedra no puede con la fuerte oscuridad ni aunque la luna le apoye, y por tal motivo es normal que utilizaran la esclavista productividad de los poseedores del costurón rojo para girar dicha palanca día y noche. Al fin y al cabo, imponer ante el mundo su poderío arquitectónico es un método de manipulación mediática. Si el linaje se da el gusto de ostentar de una tecnología capaz de opacar a la velada más oscura, pues incluso casi que tapar el sol resultaría sencillo para los dueños de la noche.

Friedrich denotaba en su rostro una expresión antipática y sumamente nihilista. Producto de los sucesos que le atormentaron desde siempre, y ahora por la muerte de Thea le impulsaba su despropósito a observar de nuevo el mismo vacío que le ha vigilado sin descanso. Sus ojos se asemejaban a los de un desabrido criminal preso de vorágines arañas.

La soledad antes del declive incluso no le parecía tan mala, no para lo que se ha convertido en la actualidad; agobio insaciable es lo que palpa en su ser. Solo saber que el sinsentido nunca tendrá un sentido, le roba el suspiro cual si fuera el único maldito diente de león rodeado de abrumante maleza.

Los primeros en llegar fueron Fuseli, Evelyn y Karl, quienes con anterioridad intentaban salir de Rodinia, pero a causa de su intento por buscar una salida alternativa, terminaron cayendo en una terrible cámara de torturas escondida en las catatumbas del castillo. El rojizo cabello de Evelyn ahora llegaba hasta su nuca, y su ropa rasgada dejaba entre ver que su semidesnudo y delgado cuerpo había sido lastimado por finos cortes. Fuseli se veía asustado, y a su vez satisfecho, por la nueva obra que llevaba en sus manos; y de la forma en la que sujetaba ese cuadro, parecía que era lo único que le quedaba en la vida. Karl se veía tranquilo, su armadura necesitaba ser renovada o reparada cuanto antes; en una parte de ella sobresalía su hombro ensangrentado. El dolor era obvio, pero no parecían heridos de gravedad. Fue Friedrich quien les contaría que Eros ya no tenía intenciones, o ánimos, para pelear en contra de los últimos renegados, por lo que ahora parecía ser inofensivo; pero al menos de una forma preocupante, ya que al parecer jamás esclareció el motivo por el cual ya no pretendía ser hostil.

El dolor constante en los ojos esquivos de Karl y Eros, adormecía la bondad del espacio; por tal causalidad, parecía que la atracción vengativa envolvía la oscuridad en otra densa capa de aquella sustancia benigna. Por suerte no ocurrió ninguna transgresión liquida en aquel insano momento. Junto a la numinosa y destellante estela morada, una pequeña puerta se abriría por las manos de Eros. Una vez se vio lo que esperaba del otro lado, la tranquilidad apaciguo los contradictorios mares de la redención. Él tan solo se limitaría a decir que aquella puerta solía ser, en antaño, una antigua conexión con el cementerio de Rodinia. Gracias a

la cantidad de árboles que habitaban del otro lado, daba la impresión que tal terreno boscoso, de nuevo, era virgen. Eros tenía la intención de abandonar el lugar, pero se fijó en un detalle valiente y de sumo carácter. Nadie le siguió el paso; parecían no querer mover ni un musculo. Los últimos renegados se reusaban a salir y dejar atrás a su líder, a sus compañeros jurados, e incluso al extraño y hostil ser de pupilas escarlatas.

Transcurrieron dos horas de silenciosa y reflexiva espera. El primer comandante ya se había encaminado por aquel frondoso bosque. A lo lejos se asomaban Lilith y Varus, quienes iban a paso realmente lento; y notorio era que su estado físico ha decaído con severidad. En cuanto llegaron a la escandalosa luz, su reacción exaltada era indescriptible; después de todo, sentían una fraternal cofradía secular que sacudía la antítesis de la mismísima e insoluble soledad.

Varus, el Cercope líder de los renegados, contextualizaría a los demás: les narraría su heroica historia. Él decidió romper la amargura que asediaba el ambiente.

—¡Yo, el último de mi especie, salvé a la doncella Lilith de la desconocida muerte! —frente a tal silencioso y oscuro escenario, activó la chispa del ánimo con su heroico relato.

Lo que aconteció después de que Lilith apuñalara a Eros, que posteriormente fuera perdonada por él mismo, y que después Varus se desmayara a causa de la fuerte presencia de Keb, era recordado con dolosas lagunas en la mente de ambos sobrevivientes. Varus recordaba algo que no le parecía encajar, pues estaba seguro que fue Keb quien protegió su vulnerabilidad; era claro que desmayarse en pleno campo de batalla presupondría una probable muerte. Por parte de Lilith, la de trenzas doradas, no lograba comprender el motivo por el cuál no

pereció, tal vez incrustada por el colmillo del comandante o ejecutada por un gran tribunal a causa de atacar una ficha tan importante en la alta jerarquía del ejército de Radamés.

En fin, la historia de como Varus salvo a Lilith fue casi por suerte. Durante los primeros días, ella seguía durmiendo en aquella blanca y cálida cama que le fue otorgada por el perdón de Eros. Al parecer, se trataba de una zona segura de Rodinia, en donde llegaban los soldados a descansar o a recuperarse de los traumas de las guerras. Cuando Varus despertó junto a Karl, por alguna valiente, o más bien, negligente decisión, tomaron caminos separados. El tercero de los comandantes encontraría a la de rojizos cabellos y poco después al descarriado pintor. Y el raro Cercope encontraría a la indefensa Lilith a punto de ser atacada por un par de débiles soldados que pretendían aprovecharse de ella. Gracias a su honor como líder del renegado y armonioso bosque, él no se acobardaría y pelearía en contra de la sucia carne controlada por las armaduras blancas e insignificantes de dichos esclavos de batalla que, adoctrinados hasta el hueso, no eran portadores de la marca; de sus frentes se vaciaba la substancial ilustración.

Un hecho insólito adormeció las palabras elocuentes de Varus. Nadie se fijó de cuándo había llegado su sombra. Un escamoso escalofrió electrificó a Friedrich. El clima helaba. La sangre drenada de su amputado brazo se secaba. Sus ropajes burdeos colgaban por finos hilares. Las heridas que se apreciaban en su piel no eran simples fisuras; y la gravedad le sucumbió…

¿Qué condena tuvo que atravesar para terminar con todo su cuerpo sangrando, cual si fuese un lirio pisoteado sin estupor ni perdón? El más preocupado de todos era el filósofo, pues aquel de los ojos carmesí le asumió como a un similar en la ciudad de abajo. Keb cayó tendido en el suelo como si no pudiera continuar con su camino, como si quisiera

quedarse para siempre en el mismo letargo del cual despertó. Sus tendones resistieron por mucho, pero la realidad superaba su metafísica actitud.

Friedrich y Karl corrieron con la esperanza de que siguiera latiendo aquel maltratado corazón. Cuando le vieron el rostro, sus pálidas caras se dejaron ver. Ahí yacía tendido su necio cuerpo golpeado; pero aparte de sus hendiduras cárnicas, lo destacado era su triste expresión.

«Viendo el borroso firmamento con los párpados a la mitad, presenciando la densa atmósfera y escuchando nada más que un suave pitido revolotear por sus heridos tímpanos. Las pupilas escarlatas, que tanto han perturbado a los cobardes hegemónicos, estaban algo aguadas; aun así, no se atrevieron a soltar ni una lágrima. Friedrich se vio a sí mismo tendido en ese lugar, pues el vacío que tanto le acosaba también se adueñaba de la fuerte voluntad de Keb; y, por ende, quien lloró en dicha ocasión fue quien solía ser considerado un simple desconocido».

Un símil metafórico de la musicalidad de acústicos deprimentes, es el aire que golpeaba los solitarios pasillos del castillo. El comandante en tercera división fue el primero en inclinarse; con el propósito de ayudar a quien tanto miedo le causaba en el pasado, le tapó la herida del brazo cercenado usando una tela percudida pero eficaz; dicha tela se camuflaba en sus ocultos ítems: tenía los colores de la nobleza, un morado oscurecido que solo puede ser conseguido usando las lágrimas penosas de un gran número de esclavos portadores del costurón rojo. A él no le importó el pasado que de seguro existía entre ese objeto material y sus distorsionados recuerdos de lo que una vez fue. Karl soltó una sola lagrima que resbaló a levedad por entre la mejilla de Keb. El orden era inhóspito. Los últimos trece se extinguían y los primeros cinco ya no eran; el ánimo que nacía de la miseria se sentía decaído y sin

esperanzas. La oscuridad abrumaba y, al otro lado de la salida, no se asomaba ni un ápice de luz.

Una vez la hemorragia de Keb se había detenido, sus dos alas procedieron a querer levantarlo, algo que no parecía buena idea, pues se trataba del peligroso ser de las pupilas escarlatas.

—No se atrevan a tocarme… si lo hacen… yo…

Una sola oración fue suficiente para hacerles entender que la naturaleza de su líder se regía bajo las órdenes de la soledad en sus máximas consecuencias. Keb levantó su mano al cielo, vio entre sus dedos algo inobservable, algo perteneciente al mundo de lo intangible, algo que solo él comprendía. Y esa sensación se negaba a regresar al abismo; se trataba de su voluntad. Sus límites físicos le impedían levantarse, pero las leyes de lo absoluto no son legibles en la doctrina que empuja su herida carne. Keb cerró el puño con tal fuerza que las uñas le rasgaron la palma; por obra de su carácter su dolor se escondía de su presencia. Con una determinación increíble, pero irracional, del suelo al que tanto repudia, pudo levantarse. Unos cuantos pasos dio encaminándose a la boscosa salida queriendo escapar de la pesadez de ese lugar, pero las máximas físicas le empujaron de nuevo a los dogmas del imaginario real.

Friedrich y Karl lo levantaron, le ayudaron a caminar y, en completo silencio y seriedad, se dirigieron a la salida. Ellos sentían un respeto incalculable por aquel quien pretendía superar lo imposible, que prefería morir y proteger su orgullo antes que verse vulnerable ante los dos que le dieron un reconocimiento. En aquellas pupilas ven un significado que puede apaciguar la fría y desoladora muerte. Escaparon del mismo pozo de miseria absoluta; la causalidad les condujo hasta aquí solo para negarse al orden natural, para negarse al determinismo que la inanición crea, hasta los bordes de la locura que la humanidad ha causado en su

propia cúpula, en la convergencia de los contendientes que el absoluto nihilismo ha transformado en bestias irreconocibles, en bestias oscuras pero sensibles, bestias que el mundo maldito ha condenado a deambular con la maldición de la vida sin propósitos. El declive en la ciudad de abajo les ha impregnado, les condujo a los mares de las reflexiones puras que la voluntad que se creía perdida, robada, suplantada, deteriorada y oculta en las capas del sujeto. Por el contrario, los pertenecientes a las ramas de la podredumbre, a las satíricas puertas inventoras de la nada y del todo, cómplices de la suerte, de los infinitos enjaulados en los cubos invisibles del límite, de los nacientes en las cunas del eclipse, en los pliegues de la codicia y en los despojadores. Los dueños de la historia condenaron al primer vástago al letargo de las causas condicionadas del pasado irreparable e intocable, pero esas causas se quebraron cuando el dolor le rasgó las corneas con las punzadas del odio y de la venganza.

Al otro lado del muro amatista la oscuridad ejercía presencia, pero era diferente; no se trataba de la misma sustancia que envolvía a Rodinia, era la oscuridad causada por el eterno eclipse que no ha dejado de abusar de la geometría de la luna y el sol. El aro de fuego que se proyecta en el cielo pertenece a la dimensión del pánico, del miedo inconsciente generado por el pensar hipotético; natural en los cobardes al cambio; si los astros nunca regresan a su orden cósmico y a su estructura ontológica de la realidad, sin duda, sería el fin de la vida racional. Ya sucedió en Xeclios, y aun con luz, el orbe completo también sucumbió a los dotes malignos que los hechos amorales de la supervivencia han instigado al meditabundo desde el primigenio.

—¡Esperen, Thea aún no ha llegado! —exclamó Evelyn.

Un terrible nudo en la garganta del filósofo le despertó un tartamudeo que no recordaba que existía. Él quería decírselo con delicadeza, pero

su rabia y el recuerdo de Thea partida en dos, le hizo vomitar las siguientes palabras:

—Evelyn, lo siento… no pude hacer nada… no pude salvarla… es mi…
—No te comprendo, ¿qué intentas…?
—¡Está muerta! ¡Murió…! ¡Yo… murió por mi culpa!

Después de aquel reproche, que él mismo asumía, la voz de Friedrich no invadiría el mundo del sonido por un par de días. El llanto transparente de Evelyn casi le ocasiona deshidratación, casi le lleva a perder la razón de seguir sosteniendo su espada flamígera. Aunque ella le gritó y le exigió al filósofo que le diera explicaciones sobre lo que decía, él no quiso responder a sus reclamos, su única forma de hacerle saber que la experiencia que vivió durante su muerte no debía ser hurgada, era el silencio; para él, no tiene sentido decir lo que no debe ser dicho, de lo contrario, el nombre de ella se mancharía con las intenciones opuestas, intenciones que opacarían los detalles de su valiente sacrificio y su intachable bondad. Si Evelyn se atrevía a tomar represarías en contra de Eros, sería una conclusión devastadora para lo que Thea quería decir, lo que ella deseaba expresar. Por tal motivo, él no le diría a nadie sobre los hechos que pusieron fin a la vida de la dama de verdes iris, la que le dio una segunda oportunidad.

Los que sobrevivieron a los acontecimientos de Rodinia abandonaban el barco; les deparaba el trayecto empedrado que la voluntad del primer vástago exigía desde hace tiempos. El otro lado del muro yacía repleto de vegetación indeseable; caminar sin especial cuidado por ese verde camino podría suponer graves heridas y cortes profundos. Lloviznaba con levedad y, por tal, los grados disminuían paulatinamente. En un momento dado se toparon con un sinfín de piedras incrustadas en el suelo; con un poco de observación, inferían que caminaban sobre un

gigantesco y humilde cementerio. La mayoría de tumbas tenían espadas viejas y oxidadas, armaduras con un deterioro vegetal y unas lápidas que no pertenecían a las piedras calizas o mármol habitual en la nobleza. De todas formas, un jardín habitaba al final de camino; era hermoso y muy colorido, también tenía en el centro las dos lápidas más grandes de todo el cementerio. Fue un choque emocional que sintieron los presentes al notar el comportamiento atípico de quien dormía, cual si fuera un bebé, en medio del expendido jardín entre las dos lápidas. El único que entendió lo que ocurría fue Friedrich. El retrato de Eros durmiendo era insólito; yacía indefenso, con el rostro pacífico y su colmilluda espada enterrada en la tierra como si no quisiera desenterrarla en un buen tiempo. A Karl le sorprendió que el comandante en primera división hiciera todo lo opuesto a lo que un soldado de su rango haría: eso de bajar la guardia era impensable. La acción de los espectadores no fue otra que seguir avanzando y no caer en la bajeza de atacarlo; fue esa la elección que tomaron los sobrevivientes. A quien sí se le dificultó aceptar que no se aprovecharían de la situación fue a Varus; y entendible su reacción de incomprensión cuando percibió que los demás seguirían por el pedroso camino e ignorarían, sin importarles las consecuencias que eso puede suponer, al aliado más fuerte y peligroso de Radamés. Al fin y al cabo, casi todos los renegados fueron asesinados a manos de quien dormía campante en medio de las tumbas.

Por seis días, caminaron en línea recta esperando encontrar algún lugar que pudieran usar de refugio. El único que conocía uno seguro era Karl, o eso creía. La próxima parada fue pactada durante el camino: la ciudad de los burgueses. El recorrido a caballo para llegar a Lascelles supera incluso los veinte días; no obstante, él insistía que, y no habiendo otra opción viable, existen pequeñas y diversas poblaciones en medio del trayecto, pequeños pueblos que son mayormente usados por los viajeros comunes y los nómadas inadaptados a la ciudad. Lo que se resume en pocas palabras, en que debían descansar de todo lo ocurrido

primero; pues sino lo hacían, caerían muertos por cualquier debilucho que pretenda robarles la vitalidad.

En total transcurrieron nueve días desde que escaparon de Rodinia. Un aviso de madera vieja les sonrió en el camino, pues sus letrones avisaban que, a un par de leguas al oeste, una aldea habitada por nobles desadaptados les esperaba. Su nombre era Genshūro, y el cartel indicaba que no se permitirían disputas en dicho lugar. Karl lo reconoció de inmediato y dijo que los soldados tienen prohibido vivir en su peculiar comunidad. Las personas usualmente prefieren evitar el camino que conduce hacia dicha aldea, mayormente causado por las formas alteradas del inconsciente colectivo que dicta el siguiente precepto:

«Es mejor no lidiar con las bestias que niegan o rechazan su origen geométrico, a ellos los rige el inoperante anarquismo».

El viento de la noche cantaba, el bermellón de la luna distorsionaba las sombras de los entes verdes y alteraba las manos temblorosas de Fuseli, pero no era el momento de pintar la escena del preludio que anunciaba los filamentos finales de la cuerda floja de la supervivencia. Las causas que anteceden la tragedia fueron ignoradas, en efecto, el acondicionamiento se agravó en las imborrables consecuencias de la causalidad. Genshūro les recibió con un desagradable olor que provenía del brillo que emanaba una intensa fogata. El reducido tamaño de la aldea no concordaba con la activa llamarada incandescente que carbonizaba algo en su interior. El suelo tenía un aspecto brillante, tal vez por la cantidad de basura y podredumbre que recorría los muros de las casas y sus contados callejones. Una persona canosa se acercaba a ellos, y al son que decía un par de palabras, incontables ojos rebotaban de los cristales de las casas.

—¿Sobrevivientes? —dijo entre dientes—, les recomiendo que abandonen de inmediato este lugar, aquí no son bienvenidos los de su tipo.

Su aspecto no concordaba con su acida amabilidad; por el morado en sus ropajes, era obvio que pertenecía a la casta de la alta jerarquía. Casi obligada, la voz de Lilith hizo presencia en un acto honesto, pues sus aliados se negaron a interactuar con las dolosas cuerdas de la voz.

—Solo necesitamos descansar, solo por unos días; no tendrán problemas, juro que no tendrán problemas mientras no interfieran en nuestro camino.
—Lo siento, no confiamos en los de su tipo.
—¿Entonces, interferirás?
—Sé que soy anciano, pero aun deseo ver la luz, al menos verla una última vez. ¡Por supuesto que interferiré!
—¡Espera! Deja que se explique —Lilith detendría a Varus antes de que siquiera se moviera.
—¿Cómo supiste que…? ¿Acaso… soy tan predecible? —dijo el Cercope lánguido.
—¿Por qué no somos bienvenidos?, ¿cuál es el motivo?
—¿Qué, no es obvio? Sus apariencias indican que son personas violentas.
—Como ya dije, no tendrán problemas si no interfieren.
—Lo siento, pero no puedo permitir…
—Hace mucho tiempo conocí a otro anciano que dijo las mismas palabras —Keb interrumpió al sujeto canoso que se negaba a dejarlos pasar.
—¿Quién eres tú? ¡Acaso…!
—"¡Ayúdame a ver la luz, aunque sea una última vez!" Esas fueron sus últimas palabras… lo recuerdo muy bien… Su muerte me ayudó a volver a entender lo que deseaba…

—¡Eres tú! ¡El de las pupilas escarlata!
—¿Desde cuándo soy tan famoso entre las hormigas?
—Todos lo saben, se dice que eres el único sobreviviente de Xeclios, además se especula que fuiste tú quien asesino a un grupo de gigantes, quien atacó El Lahun y, lo más grave de todo, confrontaste a Radamés en una pelea.
—De seguro lo saben por el retrato que pinté —dijo Fuseli.
—El mismismo rey del mundo paso por aquí en su gran corcel, tenía una herida en su pierna, lo escoltaban un par de soldados de grises túnicas; él se dirigió a todos los habitantes diciendo que la persona que se atrevió a desafiarlo, e irrumpió en el reino con un grupo de rechazados, tenía las pupilas rojas. Y después de su discurso, el rey nos contó sobre lo que había ocurrido en el mundo, y el motivo del eclipse, al final prometió que todo terminaría pronto… él solo deseaba que mantuviéramos la calma.
—¡Hablas mucho, Aristhejanes! ¡Maldito anciano decrepito! ¿Acaso eres tan estúpido como para no entender la situación?

Un infante casi adulto interferiría en la conversación e insultaría al amable y valiente viejo de las vestimentas burgueses. El joven llevaba una reluciente espada en su mano izquierda y una desgastada y oxidada en la derecha. Su actitud varonil no encajaba mucho con su endeble aspecto corporal, por lo que Karl, quien no era muy visible por la oscuridad, se acercó lenta e imponentemente a la gran fogata de la aldea.

—Esa armadura… supongo que eres el comandante traidor —dijo el anciano, Aristhejanes.

Apuntándole directo en la nuca, el joven se abalanzó en furtividad hacia la espalda del viejo; decapitarlo en el acto era su obvia intención. Keb reaccionaria al instante y, por su velocidad, se posaría intimidante justo en medio de ambos. De nuevo, solo el Cercope fue capaz de ver el

movimiento fugaz del ser de los ropajes burdeos y del brazo cercenado. El inexperto joven se detuvo, su corazón empezó a latir con celeridad y, desviando su imprudencia, dio un paso en retroceso. La tensión fue breve, Keb tambaleó con levedad dejando entre ver su agotado estado límite, por lo que el joven incauto se aprovecharía de la posible oportunidad de asestar un contundente corte al entrometido. No obstante, la presencia de Keb no se desvanecía, al contrario, a cada segundo su violenta y habitual sed de venganza drenaba la paz del ambiente, por lo que el ataque del infante no fue eficaz, pues Keb lo detendría solo con la palma de su izquierda y con sus afilados dientes: él agarró la hoja de la espada reluciente con su mano y con su boca apretaría la hoja oxidada. La diferencia de niveles era tan abismal que el infante se vio obligado a soltar sus espadas y arrodillarse ante la clara derrota de voluntades.

—Si, como supones, soy ese traidor comandante —Karl empuñó su verde espada.
—¡En Genshūro no se permiten las disputas! ¡Ahora, si no quieren que todos los habitantes que observan lo que ocurre, salgan de las oscuras sombras y empiece una injusta masacre, será mejor que bajen las armas!
—¿Injusta? Hemos pasado por el mismísimo averno de la injusticia ¡Qué más da si tengo que ensuciarme las manos de nuevo! —las venas en la frente de Karl hablaban muy en serio.
—Acá habitamos más de mil desvariados sin nada que perder, ustedes son solo siete viajeros que, a juzgar por la palidez en sus rostros, siguen de pie por la gentil obra de la suerte.
—¿Mil? ¡Es imposible, solo hay cinco casas! —Lilith exudaba preocupación.
—La mayoría viven bajo tierra. Y si no bajan las armas, la campana sonará y todos saldrán del suelo que pisan, saldrán listos para morir; esas son las reglas que nos rigen. ¿Qué deciden?

El viejo Aristhejanes sacaría una pequeña campana blanca que escondía entre su ropa. Dicha amenaza se trataría de un hecho fatal; las condiciones en las que se encontraban eran de suma desventaja… pelear en ese momento supondría una estrepitosa derrota por número.

—¡Ya escucharon, bajen las armas! —la dura voz de Keb puso fin a la disputa, todos bajaron sus espadas y sus hostilidades se vieron reducidas y resignadas a la cooperación absoluta.
—¡Perfecto! Síganme… les guiaré a mi morada, se quedarán el tiempo que sea necesario y, si lo desean, pueden quedarse en Genshūro a vivir, pues veo que no tienen a donde más ir.
—¿Cuál es la trampa? Claro, es obvio… pretenden usarnos de alimento, ¿no es así?
—Ya lo dije, no se permiten las disputas, ni mucho menos el canibalismo. Como comandante ya deberías saberlo; los favores se pagan con mejores favores y, por lo demostrado, el líder de su grupo me acaba de salvar la vida; es ese, en efecto, el favor más grande que existe entre los anarquistas, entre los que infringen las normas establecidas por los amos del destino. No hago parte del reino, ni le debo nada a Radamés, por lo que no pretendo engañarlos ni faltar a mi propia ética.
—Ya veo… no tenemos otra opción. Será mejor que no intentes engañarnos; aunque yo haya traicionado al rey, el reino me traicionó ya hace más de una década…

La fogata de la aldea iluminaba la arquitectura desajustada de la misma. La eterna vigilia de la noche no ha cesado de perpetuar las reglas del tiempo vital y enloquecer a las consciencias. En la tradicional, decorada y diminuta casa de Aristhejanes, descansarían los condenados e ilustres testigos del devastador recorrido que la última cuerda floja decidió concederles. Los siete sobrevivientes cayeron en un profundo sueño del que no despertaron con facilidad. El riesgo de bajar la guardia ya no era

mayor al riesgo de seguir en pie. Karl, Evelyn, Friedrich, Lilith, Varus, Fuseli y Keb, perderían la consciencia en los suaves lechos; el tacto de suavidad en ellos provocó que el rayo quimérico les atrapase en los trances internos de las reprimendas.

Mientras tanto, algo terrible ha ocurrido en Lascelles, pues se alza a lo largo de la gran ciudad, de puntiagudas edificaciones, una macabra decoración. Cabezas incrustadas en blancas astas de costoso paladio y terminaciones con formas picudas rodeadas de tripas, materia muerta e inertes capas de piel cercenada cual artefacto de arnés. El diseño estético fue logrado con el solo objetivo de imponer el poder y la nula piedad. Quienes tengan la osadía de negarse a las viejas leyes del reino, serán colgados junto al fuego infinito que carbonizará sus cascaras. Al parecer, cuando Radamés llegó a Lascelles, junto a un fuerte ejército gris, su intervención en aquella ciudad fue inminente e intolerante. La cacería de los traidores fue el primer precepto, el segundo se trató de la ejecución de quienes no sean de utilidad militar para el ultimo linaje y, el tercero, tuvo como propósito torturar hasta la muerte a los débiles que hayan perdido la cordura; a los involucionados que no soportaron la presencia del eterno eclipse. Además, las mujeres jóvenes y los niños, serán los únicos que permanecerán en un lugar seguro, al menos hasta que todo termine. Preservar el linaje es lo más importante si se quiere continuar por las sendas de los intentos y de las alteraciones.

El último reporte, realizado por uno de los oficialistas del reino, dictaba la siguiente noticia:

La ciudad de Mons Nihilo se ha reducido a cenizas, no queda nadie vivo. Por el estado de las calles puedo inferir que ocurrió un grave incendio. Aun escucho los escombros caer y veo el humo salir de todas las estructuras agrietadas, lo peor de todo es que oigo las suplicas de los que aún viven, pero no puedo ayudarles, no puedo hacer nada por ellos.

Creo que ya no vale la pena seguir deambulando, dudo que alguien siga con la suficiente cordura como para poder llevarle en mi carruaje.

PRIMORDIAL LLAMARADA DEL VÓRTICE INMUTABLE

Dos noches que no consigo dormir, dos noches malditas. La vigilia me matará si hoy se repite el mismo bucle, condenado bucle. No pensé que volvería a tener las mismas jaquecas de aquella última vez. Quisiera que mi mente se apagara, que los recuerdos se desvanecieran, que la pesadez me dejara en paz… De seguro, esto es lo que merezco. Mi vida ha resultado ser una perfecta comedia; sé que dicha risa es amarga, pero eso no significa que no sea placentera, por el contrario, más vale que no sea dulce, si lo fuera… ya no habría razones para reír. La conclusión a la que he llegado es realmente pesimista, ¿pero acaso existe otra maldita finalidad que tenga un significado más allá de la miserable nada? Yo insisto que no hay nada al final de aquella densa niebla que ofusca mi determinista destino.

Lo peor de todo es que las noches transcurren con una impresionante lentitud que mi inquieta intuición relativa no quiere aceptar. Los segundos son lastimeros y odiosos, me ven desde la dimensión superior del tiempo y se burlan de mi reducida significancia material. El panorama que percibo en las calles de esta fría ciudad, me hace pensar que mis cicatrices se abrirán de nuevo. No logro entender por qué la historia ha mentido de esa manera; es claro que la palabra que gira en torno a esta época no concuerda con los imperativos de la felicidad. Es decir, no veo las cualidades idílicas detrás de este montón de mentiras.

¿O es que el único que no tiene propósitos o significados, que al menos alivien o amortigüen el absurdo bucle, soy yo? Creo que… escupirle en la maldita cara a ese traidor, es lo que quisiera.

Y ahora que sigo sin poder dormir, mi mente no deja de acosarme, no para de susurrarme los oscuros deseos que se apropiaran de mi ser si no logro controlarlos a tiempo. La media noche ya ha dejado de existir, veo que hoy tampoco podré conciliarme conmigo mismo. Ahora que son tres las noches que se ríen de mí, no me queda otra opción que odiar esa maldita luna que osa brillar, ante mi oscura miseria, con tal tranquilidad. Y lo que yo deseo no es precisamente descansar el cuerpo, más bien, quisiera que las voces que me atormentan se detengan, que se callen para siempre, que no sigan hablando entre ellas y mostrándome imágenes inexistentes; escenas que ya se fueron y que ahora no son más que recuerdos amargos. Ha pasado mucho tiempo desde que ocurrió aquello, pero ese sentimiento es penetrante, se aferra poco a poco a mí, me devorará pronto y pronto seré manipulado por las ambiciones vengativas del pasado.

Crecimos juntos, vivimos buenos y malos momentos, planeábamos cambiar el mundo. Todo pareció un irónico cuento de niños, uno que no debería ser leído a los infantes que ignoren la pesadez de existir, que piensen que existen los actos buenos en sí mismos, que piensen que lo que siempre es, será como es por siempre, que tengan tal inexperiencia que sus ideales no se puedan sostener ante ningún pequeño temblor de fáciles preguntas e imprevistas acciones no anticipadas… El odio, el odio es lo único que me queda.

No lo perdonaré, no perdonaré a los de su tipo. Maldito sea el cenit que me vio nacer, maldita la casta de mi sangre, malditos los días que me quedan y malditos todos quienes aceptaron el linaje; lo aceptaron cual si se tratase de un perfecto dios… son todos unos cobardes. No debo

tenerles piedad, ellos escogieron el camino de la debilidad… malditos sean todos.

De nuevo el sol sale de su escondite sin mi permiso, de nuevo se ríe de mí. Hoy saldré a dar un breve paseo…

Las calles de Xeclios están algo solitarias esta mañana. Y esa niebla… ya es medio día y esa niebla continúa perturbando los cotidianos colores… algo anda terriblemente mal.

«El sueño vívido de Keb le provocaba un terrible dolor en las pupilas, lo sentía en la realidad y era incapaz de transmitirle a los despiertos su exasperación. Su frente casi estallaba en ira y su mandíbula se retorcía con los sabores del odio: gritándole y exigiéndole que olvidara ese sempiterno pasado. Aquel tiempo fue dividido por una enorme e intangible barrera de reflejos irrompibles e inalterables, tal tiempo debía permanecer al otro lado del telón».

«Dicho momento atemporal, manifestado en su psique, le obligaba a ver de soslayo su primer nacimiento y su última muerte. La última semana que vivió, las voces le acosaron todas las noches, provocando esto que los pigmentos del rencor se apropiaran de sus furtivos deseos intrínsecos. Y tales deseos se transformarían en los axiomas envenenados y turbulentos que, irremisiblemente, lo empujarían a la nihilidad disruptiva de la venganza, de la última cuerda floja que la humanidad tuvo que enfrentar… tuvo que volver a repetir aquella vieja condena».

Recuerdo muy bien esa misma sensación: desesperanza absoluta y perpetua. ¿Acaso es el fin del mundo? El piso se mueve, las calles zigzaguean, creo que moriré aplastado por las casas que caen a mi alrededor… la verdad no puedo evitar pensarlo… será una muerte

merecedora y sumamente satírica… Para ser honesto, estaba totalmente seguro que, en mi final, no tendría la compañía de nadie más, que moriría en la soledad más pura, en la abrumadora reclusión que me ha perseguido desde siempre. Escucho los ensordecedores gritos y los tétricos llantos de decenas de seres cuya reflexividad fue tan poca que, aun pudiendo gozar de la capacidad primera (capacidad fácilmente alcanzada por cualquier insignificante naciente de la sangre infecta dominante), no lograron entender ni dimensionar el momento conclusivo que perturba el vórtice final de sus efímeras experiencias. Y como si solo fuera otro momento cualquiera, les llevó su falta de dolor al mundo del engaño… al plano de lo artificial.

Parece que al mismo tiempo en que pienso en las infinitas aristas, el acontecer de mi alrededor transcurre a lentitud. Es una enervante espera que no puedo tolerar… deseo morir ya mismo, deseo dejar de pensar. Eso es… esta fuerte emoción es producto del maldito insomnio, es una consecuencia del desvarió y desequilibrio mental que mi materia cerebral se vio obligada a contener, se vio retada a enfrentar y ahora se ve destinada a exterminar. No tengo idea de que le deparará a la fría ciudad que me vio nacer. La luz se desvanece a brevedad, respirar cuesta, creo que nos hundimos lentamente en lo profundo de la tierra, en el denso abismo que tanto he deseado… No puedo evitar reírme, primero me matará la risa, es muy gracioso. No tendré escapatoria, moriré junto a mis amargos anhelos, mis penas y frustraciones navegaran el mar sin sombra; revoltoso e inaccesible para los felices. Maldita… maldita la sangre de mis venas.

«El sueño terminó. Keb despertó entre lágrimas y recordó un pasado que no quería recordar».

—¡Keb, por fin despertaste! —exclamó Friedrich—. Llevas dormido un mes, tus heridas ya sanaron y Aristhejanes nos ha permitido… por… ¿Estás llorando?
—Al final tenías razón. Antes de despertar era un… una maldita sabandija.
—¿Soñaste que eras un insecto?
—No… lo que digo es que… era un humano… en el pasado fui un humano.
—Ya veo… por eso lloras, ¿no es así?
—¿Llorar? ¿Este líquido en mis ojos se llama llorar? Supongo que hay cosas que no consigo recordar.
—Se llaman lágrimas, ocurre cuando los sentimientos inmateriales se desbordan, cuando se materializan los cristalinos reflejos de tú interior.
—¡Keb, que bueno que sigues vivo, pensábamos lo contrario! —Karl entró en la diminuta y acogedora casa de Aristhejanes e interrumpió la pacífica y benigna conversación.

Karl también pudo notarlo, entendió que algo había cambiado en Keb; su presencia no era la misma, aunque seguía imponiendo aquella vengativa y oscura intención detrás de sus pupilas, al mismo tiempo, verle en lágrimas era clave para comprender que algo muy profundo dentro de su ser se fisuró. Se agrietó su duro caparazón dejando entrever que la sustancia maligna y su febrilidad sedienta de sangre, se diluyó con los matices emocionales de un ser sintiente.

—No importa… debo cumplir la misión…
—¿Misión? —preguntó Friedrich.
—No deberías involucrarte, no eres apto para soportar lo que significa.
—¡Quiero ayudar! No me importan las consecuencias, ahora puedo ver en la oscuridad, y eso debe significar algo…

—¿Es por eso que te brillan las pupilas, Friedrich? —habló Karl—. No tengo idea de cuál es esa misión, o que es lo que debes cumplir, Keb, pero yo… yo también deseo ayudar.
—Ustedes también son parte de la plaga que debo exterminar. ¡Debo exterminar esa maldita sangre roja! ¡Ustedes también hacen parte del problema! Eventualmente tendré que cortarles la maldita cabeza…
—Ya veo… entonces tu misión consiste en eliminar a los humanos… —suspiraba Friedrich.
—En efecto —Keb suspiraba aún más profundo.
—Te seré honesto… tu misión es una completa estupidez. ¿Acaso no eres consciente que es imposible que hagas desaparecer una especie completa solo con tus medios? ¿No viste acaso lo que afuera sucedía? ¡El eclipse no ha parado de perturbar la vida, el mundo natural empieza a perecer, la existencia tal como la conocíamos está desapareciendo poco a poco! Incluso los humanos que habitan esta pequeña comunidad están muriendo… prefieren morir de inanición antes que convertirse en unos malditos caníbales… El mar no se mueve, los animales siguen escondidos en alguna parte… no hay manera de cazar; no hay alimento posible que crezca del seco suelo o que nazca de las muertas plantas. ¿Acaso no comprendes que la humanidad está a nada de extinguirse? Por fuerzas mayores que nos superan… alguien se te adelanto… El aire huele a venganza, y esto no es obra de la naturaleza, esto es obra del pasado… la carta de la doctora Sylvie, la historia de Eros, el discurso de Radamés… todo apunta a que son los Existenciales los que han provocado todo este infernal caos.
—¿Dices que todo lo que he hecho hasta el momento no tiene ningún sentido?
—Si todo lo que planeabas desde un inicio era eliminar a los humanos… entonces no, nunca tuvo algún sentido todo lo que hiciste. Invariablemente el resultado hubiera terminado igual, de seguro eso era lo que ellos querían desde un principio… de seguro solo querían

manipular tus oscuros deseos y lanzarte al vacío como si tu vida se tratase de una simple carnada…
—Friedrich, creo que estas yendo demasiado lejos —intervino Karl.
—¿Demasiado lejos? Keb, tu propósito de venganza ya no tiene sentido, ¿acaso no lo notas?, solo eres una pequeña ficha para ellos, eres frágil igual que nosotros, perdiste un brazo y tu cuerpo lleno de cicatrices lo demuestran. Eres un ser emocional, un ser cuyo desequilibrio ha provocado en su propia mente, y en el mundo físico, un grave desvarió, una grave alteración de lo posible. Si quieres continuar tu misión, hazlo, pero tienes que entender que ese enorme odio que sientes por la humanidad no desaparecerá ni aunque seas el último ser viviente.

Keb posaba su mano en su cabeza, esa desesperación le carcomía. Ya no caían lágrimas por sus mejillas, pero esa expresión de profunda tristeza empalidecía a los presentes. Aversión y horror era lo que sentía en la boca de su estómago. El rencor no se ausentaba; no obstante, el latir saliente de su visible tórax indicaba que el miedo se apoderaba de aquella fuerte voluntad que desde un inicio le ha caracterizado y le ha arrastrado por el camino espinado del dolor y de la tenacidad. La mano tapando su rostro dejaba entre ver su peculiar sonrisa, lo cual claro que pertenecía al mundo incoherente y discordante que ha fabricado en su psique. Esa extraña forma de expresarse acrecentaba y distorsionaba más los preceptos emocionales que deberían ser naturales, tal parece que dichas premisas son contingentes y altamente modificables.

—De alguna forma siempre lo supe. No quería verlo, no quería ver la realidad que dices, no planeaba vivir lo suficiente como para cuestionar si lo que hacía era lo correcto… La migraña no ha dejado de acosarme, aún la siento palpitar, es como si una raíz estuviera destrozándome desde adentro. Y las pupilas… lo había olvidado, pero… aún duelen.

—Keb, Friedrich, no comprendo bien que es lo que sucede, pero debo partir de inmediato a Lascelles. Mis hijos, Harl y Darl, me esperan. Necesito regresar pronto y asegurarme de que estén bien; si no me ocupo de eso primero, no podré ser de utilidad en la última pelea.
—¿Última pelea? —dijo Friedrich.
—Sí, ¿o acaso no pretendían llegar hasta las últimas consecuencias? Lo que pasó en Rodinia nos perseguirá por siempre si no terminamos lo que iniciamos. Radamés sigue vivo y, por lo visto, ahora es vulnerable. Podríamos perderlo todo intentándolo, pero debemos hacerlo; de lo contrario, todo nuestro camino será manchado vanamente con los colores del miedo.
—Lentamente, lentamente me doy cuenta que todo es como debería ser. Friedrich, Karl, serán ustedes los testigos del final…

Caprichoso es el destino de la causalidad cuando el semblante original absorbe la sustancia primera e inyecta las posibilidades con los remolinos del caótico y relativo tiempo. Menester es apropiarse de la historia perdida, entender los antiguos hechos que afectan los patrones de maleables motas enjutadas e injuriadas a cometer y repetir los condenados estragos, repetirlos hasta el fin de la reticencia propia de los meditabundos del primigenio. Y tanto que avanzaron ellos en sus numerosos estudios y complejas percepciones, todo para ser ocultado al débil del futuro incierto pero, según la absurdez, predecible. Paradójica la misma verborrea que niega la fungosa realidad de los hechos que acaecen presididos por otros hechos anteriores y, de tal forma, los moldes deterministas del mundo factico y tangible demuestran que la verdad del todo se reduce siempre a su verdad antecedente. Lo que fue ocultado por los tercos y penosos que presumen entender el comportamiento humano (ejemplificándolo a los simples moldes del conductismo), olvidaron que los procesos de la mente no pueden ser medidos al milímetro cuando se trata de seres cuya naturaleza precisamente es la falta de la misma; son los hechos

antinaturales los que gobiernan las psiques idolatras del cerebro, de los creyentes de las tantas irrealidades, de los que dudan de la duda o de los valientes que siguen el saber, ¿o es que la evolución ha dicho que los seres se rigen siempre bajo los mismos absolutos? Y dicen que sabemos que lo verdadero en estos casos son los patrones contingentes manipulados, primero por la materia, y segundo por los hechos que presuponen un final, o cuanto menos, una de las líneas infinitas e indefinibles que operan la unidad indivisible.

Keb, Friedrich, Karl, Evelyn, Varus, Lilith y Fuseli partieron de inmediato hacia la ciudad de los burgueses, Lascelles. Se despidieron rápidamente de Aristhejanes, quien les aconsejaría y suplicaría que no ofrecieran sus corazones en vano si no creían que lo hacían por una causa honesta. Él les otorgó asilo por un largo mes y no pidió nada a cambio; en el fondo, lo único que querían sus deseos era que, aquellos quienes osan de relevarse contra lo preestablecido, sean dignos de sentir la voluntad del rebelde en las venas, que sean merecedores de la muerte por elección o de la vida por elección. Aristhejanes era un viejo sabio que sabía poco del gran mundo, pero estaba dispuesto a contemplar su ignorancia otorgándole su cobijo a quienes les palpite el osado honor de pelear por y para algo. Él no traicionó a sus huéspedes porque, de cierto modo, se sentía en paz consigo mismo al comprender que su pequeña huella en esta historia podría desterrar la amargura que contempla aquel que observa al vacío y nunca logra comprenderlo. Dicho esto, el viejo protector de la casi extinta aldea de Genshūro, les indicaría el camino adecuado y les regalaría unas importantes palabras.

—¡Recuerden una cosa, no importa que suceda, al final, quien gana una pelea es quien tiene la mejor y más robusta arma: la voluntad! ¡Pero, del mismo modo, no permitan que aquella voluntad les apuñale a sí mismos por la espalda! ¡Y no busquen poder, porque poder hay en todas partes;

el poder se manifiesta en diversas prácticas y estrategias!, ¡el poder es ubicuo!

Los siete caminaron por varias horas, tal vez días. El péndulo del tiempo era invisible, pues la oscuridad persistente invadía los cronómetros internos de los seres condenados a vagar por la atracción gravitacional, y el desconocido funcionamiento de la afección de la relatividad les inducía a presupuestos hipotéticos y no verídicos. Friedrich especulaba que eran tres días los que habían transcurrido. El fuerte silencio fue quebrado por Fuseli; en un momento dado, el pintor decidió frenar y sentarse en medio del camino. Los demás no sabían el motivo, pero sin duda quien le atinó a la primera fue Keb. El ser de las pupilas escarlatas diría lo siguiente:

—Fuseli, veo que deseas que este sea el sitio de tu muerte… ¿no es así?

El pintor asintió. Ya no podía con la extrema inanición; el cansancio no ayudaba y su cuerpo le indicaba que ya era hora de dormir. A diferencia de los demás, él no tenía ninguna voluntad vengativa, ni poseía dentro de sí mismo ningún poderoso deseo que le exigiera superar todos sus límites físicos. Con sus manos movía la tierra de lado a lado; a simple vista parecía haber perdido la cordura.

—¡Levántate, Fuseli, no te rindas aún… por favor, no lo hagas! —Evelyn sonaba lacrimosa.
—No puedo… no puedo seguir, no quiero seguir…
—¡Vamos, levántate! ¿Y tú pintura? ¿La perdiste?, ¿eso es?
—Mi última pintura está en la cabaña de Aristhejanes… se la obsequie poco antes de partir. Era mi única manera de agradecerle la ayuda que nos brindó… él realmente es alguien sabio.
—Escucha, no puedes quedarte aquí, no puedes decidir morir de esta manera.

—Quiero quedarme aquí, quiero morir solo… —Fuseli empezó a llorar.
—Levántate… —ella se fijó en que Fuseli creaba algo en la tierra; según aquellos pigmentos y sombras, parecía que dibujaba en el suelo algún rostro femenino. La lluvia que drenaba de sus ojos caía y distorsionaba aquella obra que realizaba con sus desnudas manos.
—Nunca pude decírselo, nunca le dije lo que sentía… lo siento, lo siento tanto… Thea…

Visto lo ocurrido, los demás aceptaron la decisión de Fuseli; si él deseaba morir en la soledad de ese lugar, lo correcto era respetar dicho deseo y dejarle en paz. Incluso la roja luna lloraba, todos sintieron un terrible e indigerible nudo en la garganta. Evelyn continuaba gritando su nombre y negándose a dejarlo atrás. Los segundos parecían eternos. Fuseli realmente deseaba morir en ese lugar. Keb podía notarlo; faltaba poco para que eso sucediera y el tapiz del pintor empalideciera para siempre, por lo que se vio en la obligación de noquearla y cargarla en su hombro; lo hizo de tal manera que nadie le objetó; era claro que apoyaban su accionar. Dicha escena fue cerrando el telón al son que Fuseli pegaba sus párpados gomosos y su débil cuerpo sucumbía ante los síntomas finales tachados por su destino. Su leal grupo se fue alejando de su ser hasta perder visibilidad, lo único que no pudieron dejar atrás fue ese terrible y espinoso nudo que sentían oprimiéndoles las entrañas de la tráquea…

Los últimos caminaron hasta la condenada Lascelles, pese al espectacular simposio de huesos cárnicos insertados en los decorativos pináculos de plata, los pórticos y puertas marcados por la densa pintura del sadismo y las ardientes fogatas que, en centenares, contaminaban el aire con pútridos olores y maleables sensaciones angustiantes; sin embargo, ellos no se sintieron intimidados, sus voluntades valieron como si se tratase de un gran manto metálico, uno cuya densidad resultaba impenetrable. Y, en un momento fugado, la presencia de los

últimos fue reconocida por uno de los soldados del reino, quien de inmediato tocó una ensordecedora campana idéntica a la usada en la desolada ciudad de plata. El sonido crujiente de dicha alerta, provocó que un gran número de lacayos de Radamés salieran de su escondite al asecho; y en segundos yacían rodeados de cientos y de tal vez miles.

Evelyn ya estaba despierta y sedienta, ella empuñó su flamígera espada y se lanzó directo en medio de un numeroso grupo de peligrosos soldados de naturaleza cabizbaja. Las centellas del violento choque de espadas iluminaban los trágicos rostros de los desalentados alienados, quienes vestían grisáceas armaduras; colores impuestos por el orden y los preceptos del reino. Era evidente que no eran los mismos soldados de Rodinia. Movimientos toscos y torpes; ellos no entendían cómo maniobrar sus filosos y pesados estoques; y lógico resultaba deducir que, aquellos débiles e inútiles mal preparados soldados, eran tan solo unos simples civiles cuyo disfraz significaría una desagradable invitación al desfile armónico del cantico orquestado por el descortés óbito. Evelyn decapitaba bailando. El pensante Friedrich se defendía de los mortales cortes con su distintivo escudo de la lejana Mons Nihilo. Karl, el de negra armadura y verdosa espada ya maldita, atravesaba con rápidos cortes las carnes blandas de quienes se interponían en su camino: el excomandante de la tercera división dirigía la marcha de los últimos, pues necesitaban llegar ante todo a la pequeña casa donde yacían sus dos hijos. Varus y Lilith, los únicos benévolos, evitaban a toda costa despojarles de la vida si no era de extrema necesidad, por lo que desarmaban con sutileza a los débiles soldados y los forzaban al sueño inducido mediante un contundente golpe en la mollera. Keb, por su parte, no se esforzaba en lo más mínimo; los imprudentes y valientes que se atrevían a lanzarse por su cuello, no solo eran asesinados con facilidad, sino que también eran humillados ante tal indiferencia.

Los últimos danzaban por una de las desajustadas callejuelas de Lascelles. Karl les indicaba que solo faltaban unos pocos metros para llegar a su destino. La angustia apresaba sus arterias y aumentaban sus niveles de cortisol, provocándole la inimaginable agonía del no saber, del adelantamiento de los hechos y de la especulación. Lo cierto es que su ansiedad encajaba con lo visto, puesto a que la tranquila ciudad de los burgueses ahora era el paraíso del horror y de la locura desenfrenada semejante a la profunda ciudad de abajo. La oscuridad no ayudaba y el dantesco olor a sangre impregnaba cada esquina con un terrible y embriagante aroma. Al final de dicha callejuela se podía presenciar como el acto canibalesco reinaba en las mentes de los débiles que entregaron su razón a merced de sus instintos.

Karl sentía un terrible dolor en su pecho. La destrozada puerta de su casa era reflejada por el oscurecido brillo en sus pupilas. Un viejo recuerdo le invadió en dicho momento; se trataba de los acontecimientos ocurridos hace más de trece años. De inmediato se adentró, lo primero que hizo fue gritar el nombre de sus hijos, Harl y Darl. Por desgracia no obtuvo respuesta. A raíz del desquiciado sentimiento de impotencia, le empezó a devorar la cordura. Yacían los muebles destrozados, rastros de sangre en el suelo indicaban que algo muy malo les ocurrió, aunque cierto halo esperanzador se visibilizó una vez que confirmó que la casa estaba vacía.

—¡Maldición! —un ataque de ansiedad le hurgaba en la pulsión de tronadora nausea.

Sus rodillas tocaron el suelo y su mirada oscura turbaba su expresión con los sabores del mal absoluto. Todo indicaba que sus hijos fueron sacados a la fuerza de su pequeña morada. Por lo menos sus compañeros le acompañaban en su particular desgracia. Friedrich le exclamaría que aún no debía dar por sentado el peor escenario posible.

Lo cierto era que tal oscura mirada de Karl no era producto solo del desconocido paradero de sus dos hijos; algo de más gravedad ocurría. Un símbolo hizo despertar recuerdos que permanecieron sepultados por décadas, por lo que enlazar al culpable de todas sus desgracias, por fin, tenía sentido y ahora todo parecía ser claro. Rayas doradas en un fondo blanco alzaban una corona en el medio; aquel trozo de tela le transportó de inmediato al último robo que había efectuado con Saru hace mucho, pero mucho tiempo. En esos años de juventud, estafaron y robaron a muchas personas; pero no se le había pasado por su mente que alguien sería capaz de vengarse de ello. Haciendo memoria, aquel conde de los Roxhell también estaba presente el día en que su familia fue carbonizada y ridiculizada al frente de todo el tribunal de corruptos seres inmorales. Karl entendió algo terrible en ese momento; no era la justicia injusta del reino quien le causo tal extremo rencor al él mismo y las doctrinas de la Era idílica, no se trataba de tales leyes: se trataba de la salvaje venganza. Todas sus desgracias eran solo un síntoma que acarreaba desde su nacimiento, fue todo el dolor vívido culpa de los deseos vengativos de alguien, fue lo que siempre le persiguió desde el instante primero. Ese pedazo de tela fue puesto adrede en una de las paredes, sujetado por un sangrante cuchillo, por lo que no era obra de la casualidad, era obra de la causalidad.

—El símbolo de la familia Roxhell, lo vi en Rodinia —mencionó el Cercope.
—Todo este tiempo… era Morfgon, ese maldito fue quien condeno a Saru y Walda, él causo los irreparables daños en Darl. ¿Cómo pude no verlo?, te falle… hermano.

La terrible ira de Karl era evidente, su seriedad nihilista lo demostraba. Esa sensación de que todo estaba perdido, de que no volvería a ver a Darl y Harl, de que fue él quien los abandonó por la satírica elección de cumplir su deber ante el reino. En su mente solo corrían las palabras

trágicas repitiéndole que no estuvo presente ahí para protegerlos… de que su labor había sido en vano y debía sumarse al número creciente de víctimas. Lo que pretendía Karl ahora no era producto de la locura, pero si un acto en potencia de la misma, pues entrar al vorágine infinito de la venganza y de la muerte no es una elección hostil si el mundo manifiesta tal hostilidad. Cuan si se tratase de un molde enorme e inevitable orbitando los destinos taumatúrgicos que han perpetuado los aversivos pálpitos dolorosos que el estrago de las habilidades ha dejado, la voluntad de Karl pululaba alrededor del gran atractor simbolizado en las pupilas escarlatas.

La molesta campana continuaba perpetuando sus malas intenciones. Por la ausencia del aro de fuego y del átomo rojo, era claro que el tiempo albergaba una oscura noche nublada. Acto seguido, los últimos saldrían de dicha callejuela y, con Karl a la cabeza, llegarían al lugar en donde muy de seguro se encontraba Radamés. Aquellos ventanales hexagonales y delgados, empañados por el frio desabrido, indicaban que cualquier atisbo de luz no era bienvenido; las estructuras picudas, geométricas y negras simulaban un aspecto de proporciones imponentes y carbónicas; tales vistas eran propias de la arquitectura excéntrica de los manipuladores de la historia. En el centro de Lascelles se alzaba un peculiar palacio vertical de torres y almenas que denotaban unas con otras por sus distintos tamaños y sus pináculos arqueados alzados en las cimas; casi daba la sensación de que dicho palacio rosaba las voluminosas nubes, y cuyo aspecto deprimente e incoloro, sombrearía hasta la obsidiana. Unas largas y anchas escaleras separaban la entrada de las empedradas calles y de las casas blancas bañadas en aquel mármol cortado, en antaño, por los desafortunados del costurón rojo.

En lo alto de la escalinata, Keb detectó que alguien yacía descansando en una cómoda silla morada. Por la gigantesca puerta a sus espaldas, era

claro que se trataba de algún guardia del reino. Tenía una costosa túnica gris que le cubría todo el cuerpo cual si fuera una gran manta aterciopelada. En un momento dado la campana se detuvo, un enorme reloj de oro reflejaba su imponente brillo dorado en uno de los torreones del lado opuesto al palacio; dicho péndulo marcaba la media noche. Keb, el de los atuendos remendados color burdeos, fue el primero en subir. Friedrich les alertaría del arma que sobresalía de la manga de aquel guardia; era una ballesta metálica, y Keb también se había fijado; ellos dos son los únicos que pueden ver a la perfección lo que niega la luz en su estado metafísico. Las antorchas no ayudaban demasiado a visualizar, para los que no lograban percibir allende las sombras, todo el frio panorama. La adrenalina se elevaba por el antiguo liquido de las venas, ya que, en cualquier efímero tictac, alguien les podía atacar desde cualquier dirección. El gris vigía de la ballesta, le disparó una flecha delgada y de múltiples picos, justo en el entrecejo de Keb, quien, gracias a sus reflejos increíbles, de inmediato reaccionaria ante dicha agresión esquivándola.

«El río artificial que rodeaba Lascelles era la única compañía del viento rasposo. Alguien los acechaba a lo lejos; un espía de indefensa silueta hizo un notorio ruido al tirar una blanca losa de fino mármol desde el techo de una de las inmaculadas mansiones de la puntiaguda polis».

La tensión se acrecentó, y el ser de las pupilas escarlatas se vio obligado a romper la barrera del sonido abalanzándose hacia la persona en cuestión. El movimiento fue tan fugaz, que los vítreos temblaron ante semejante presencia. Quien descansaba en la silla morada no lograría esquivar el inminente ataque de Keb, siendo así empujada con tal terrible y mortal fuerza.

Sonó el estruendo por todo el palacio; la gran puerta fue destrozada en pedazos, y la de túnica gris y de ballesta plateada fue arrojada al otro

extremo del elegante salón. Tenía la cabellera crespa y esponjada, aunque ahora yacía humedecida por la espesa sangre de su craneal. Lo cierto es que ella manifestó primero sus deseos de asesinato al liberar la mordaza de su arma peligrosa. Cuando los últimos entraron al retro palacio, dos cosas estallaron en trastornados sentimientos de impotencia. Brotó una terrible nausea que se abalanzó sobre ellos al entender, con tan solo la imagen que veían, cómo se explayaba el revoltijo crudo e inhumano de quien ostenta del poder. Cual si se tratase de un indiscriminado pisotón a una inocente rata que solo se alimentaba sin presunciones, suplida por la más pura ignorancia del peligro, sus cazadores dominados por el absurdo actuar, inventarían una falsa narrativa donde presumirían tener la razón y tener el derecho. Y es que en las altas vigas del palacio habitaban miles de cadáveres colgados de los tendones de los pies, pues de sus goteantes cuellos la ausencia de sus cabezas dejaba entrever que la misma existencia había perdido de lleno el grasiento motivo de ser. El sentimiento que le precedía era la angustia, ya que entender que aquella intensa violencia se repetiría en el bucle del sinsentido, y formaría de ese modo un círculo eterno cuyo vil retorno escondería de su naturaleza infinita la ilusión, el saberlo causaba que tal mortífero ecosistema desprendiera de sus carnes los olores sembrados por la única emoción que realmente merecía la pena: el odio. La crespa mujer de túnica gris tenía en su frente el costurón rojo, indicando así que tan solo era una marioneta más, un objeto, un utensilio que, profanada por su simulada libertad, manipulada y atemorizada era por las directrices del fluctuante poder.

«Numinosa era la catarsis triádica de la náusea, de la angustia y del odio: tres nociones que dan origen al depurado dinamismo de la sinestesia del viscoso y paliducho ente cerebral».

La mujer yacía asustada entre el lodazal rojo. Ella se puso de pie y decidió arrojar la ballesta al suelo al percatarse que era superada en

número. Sus piernas temblaban y su vientre pulsaba gusanos imaginarios: ya asumía que pronto sería la comida de un carroñero escarabajo. Pero los presentes decidieron no ejecutarla al acto porque vieron en ella una posible ventana, y por tal sería interrogada.

—Varus, vigila la entrada, nosotros la interrogaremos —habló el comandante Karl.
—Este lugar… siento escalofríos, es un acto horrible —Lilith se sentía mareada
—¡No la lastimen!, ella no tiene la culpa, fue marcada con el círculo rojo —dijo Evelyn.
—Ella tenía el instinto asesino, estaba dispuesta a hacerlo sin pestañear. Puedo sacarle toda la información destrozándole tan solo algunas pequeñas articulaciones… ya no las necesitará.
—Keb, mantén la cordura, no es necesario llegar a tales extremos. Por lo visto, ya no parece estar dispuesta a defenderse —la voz calmada de Friedrich chocaba con los deseos de Keb.
—Si van a matarme háganlo ahora, montón de lunáticos —interrumpió la de cabellos crespos.

Karl impulsivamente se dirigió hacia ella golpeándola fuertemente en el rostro. Nariz rota y cabeza retumbando. De inmediato Friedrich y Evelyn lo frenaron y le pidieron que guardara compostura. La vil tensión se acrecentó. Karl no quería perder tiempo con la carne alienada, pues la rabia le carcomía y le sumergía en un cegador umbral de culpa.

—¡¿Dónde está Radamés?!
—¿El rey? ¿Por qué quieren saberlo?
—Porque pronto lo pondremos de adorno junto a los esqueletos de este salón.

—¡No se atrevan a tocarlo! Radamés es una buena persona, siempre ha querido lo mejor para nosotros, es un verdadero líder…
—¿Un líder dices? No lo comprendes… Es por culpa de tu rey toda esta situación, es por su estupidez que los Existenciales nos atacaron y ahora estamos al borde del colapso.

Con su gesto se pudo notar que la esclava no sabía a lo que se refería Karl. Los demás sabían que era una pérdida de tiempo intentar sacarle información, pues su estado psicótico era el mismo estado mental de los feligreses de antiguas religiones cosmológicas. La mujer parecía bien alimentada y por su cabello cuidado se podía intuir que era alguien de la alta jerarquía. Ella sacó de entre su vestido lila un pequeño artefacto, el cual pondría entre sus labios y haría sonar: se trataba de un silbato madoroso.

—Siento decirlo, pero ya no tienen escapatoria, en unos segundos estarán rodeados por todo el poder militar del reino. No debieron irrumpir en Rodinia, y mucho menos en Lascelles.
—Eso es imposible, movilizar tropas requiere de mucho alimento… No hay manera de que…
—Karl, tenemos un serio problema… —Varus suspiraba.

A las afueras del gran palacio picudo campeaban cientos de soldados, algunos con armaduras relucientes y grandes espadones, otros con túnicas grises que tapaban su rostro, y al fondo un grupo de gigantes armados con grandes mazos pinchados y losetas de edificios derruidos: se preparaban para arrojar grandes rocas del tamaño de una cabaña pesquera.

Lilith, Varus, Karl, Friedrich, Evelyn y Keb se posicionaron en diferentes ángulos del palacio para recibir a los nuevos invitados en un campo cerrado, y obtener así una mejor ventaja. Se resignaron a esperar

a que entrasen, pues salir a pelear contra todos sería casi un suicidio. Lo que nadie se imagino estaba a punto de ocurrir. Radamés apareció en las escalinatas pegajosas y marmoleadas. Diría un par de palabras duramente amenazantes y burlescas.

—¡¿Hay alguien en casa?! Me parece que se han portado muy mal. ¿Saben?, estoy agotado de cortar cabezas por aquí y por allá. ¿Qué les parece si salen de su escondite y se rinden? ¡Les prometo que si hacen eso voy a perdonarles la vida! Claro, a menos de que hayan matado a la rehén… en cuyo caso tendría que despellejarlos públicamente.

«Hubo un momento de silencio, los renegados se vieron unos a otros esperando a que alguien le respondiera a Radamés. El filósofo se acercó a las puertas del palacio, y por su mirada enfocada parecía que una idea se le había ocurrido».

«¿Rehén?» —pensó Friedrich—. ¿Por qué te importaría la vida de esta mujer?
—¡Pensaba que el de las pupilas rojas era quien comandaba su ridícula insurgencia! ¡Dime! ¿Cuál es tu nombre y porque estás haciendo todo esto?
—¡Primero responde a mi pregunta!
—¡Veo que eres listo! Está bien… —el rey suspiraba—. Ella es solo una niña malcriada que pensaba que todo esto era un juego. Verán, por la sangre de esa inocente mujer corre historia, ella es descendiente de la primera generación del linaje más puro.
—¿Linaje más puro? ¿Acaso no todos pertenecíamos al mismo linaje?
—Soy nieta de Jano; no pueden comparar la sangre de mi abuelo con la de inmundos plebeyos como ustedes —la crespa mujer de finos y delicados rasgos habló.
—¡¿Podrías cerrar la maldita boca?! —Radamés lucia enojado, él levanto su puño derecho y se preparó para ordenar un ataque inmediato al

palacio— Siento mi falta de modales, Donna, pero esta es una situación delicada.
«¡Ya veo!, entonces es alguien más importante de lo que pensaba». —Radamés, retira tus tropas ahora mismo o la vida de Donna estará en peligro —Friedrich actuaba con estrategia.
—¡No puedo hacer eso! Además, la vida de Harl y Darl también correría peligro. ¿O, dime, Karl, que dices tu? Morfgon me contó todo acerca de lo que le hiciste, no debiste enojarlo, su personalidad es realmente aborrecible. Esta vez no podré protegerte de él, pero si regresas a mi mando, le ordenaré que libere a tu familia y yo mismo me encargare de que vivan una larga y digna vida.

El sudor caía de Karl, sus párpados abiertos se encerraron menguantemente. Su seriedad le empujó hasta la entrada en donde enfundaría su espada. Nadie sabía que decirle ante aquel fatal y determinista dilema. Pues si escogía creerle a Radamés podría salvar a sus hijos, pero si escogía no creerle y desafiarlo, podría perderlos para siempre. Cualquier opción podría ser potencialmente un camino directo hacia el vórtice infinito.

—¡Karl, no confíes en él…! Recuerda la historia que te conté en el bosque. Él jamás cumple sus promesas. No seas ingenuo.
—No tengo otra opción, Evelyn…
—Claro que la tienes, no puedes tan solo esperar a que Radamés no te corte la cabeza y no asesine a toda tu familia después de esto. Las leyes del reino son bastante severas y lo sabes.

Cuando Friedrich dijo eso, un halo de luz le reboto por la córnea. Había memorizado aquellos viejos recuerdos de hace más de trece años. Saru y Walda fueron ejecutados injustamente, y a diferencia de ese juicio, los hechos actuales eran realmente serios: pues un comandante que comete traición no podría quedar impune bajo las duras leyes del nuevo mundo.

Por lo tanto, Karl se negó a Radamés y volvió a empuñar su verdosa espada.

—Trae a Darl y Harl, si veo que están sanos… juro que haré todo lo que digas.
—Es una pena… Pero ya que insistes, te daré lo que pides… maldito traidor —susurró.
—Algo anda mal… los soldados se están preparando para entrar —dijo Varus.

Radamés, el rey del mundo, hizo una seña a un plebeyo de túnica gris. El joven soldado se acercó a las escalinatas y lanzó una tela amarrada en forma de bolsa en la entrada del palacio. Tenía un desagradable aspecto; la bolsa dejaba entre ver su interior ya que sus telas delgadas fueron amarradas con delgadas sogas que se separaban en distancia. Por la oscuridad no era muy visible dilucidar la sustancia que goteaba de su interior. Las nubes negras hostigaban el entorno. Un umbral breve de luz rojiza, pudo penetrar por entre esas densas masas lluviosas. La luz del eclipse lunar fue suficiente. De entre la bolsa escurridiza se asomaban dos tristes y llorosos glóbulos blancos.

Las rodillas de Karl tocaron el suelo. La sombra del pórtico no dejaba visualizar su rostro. Sin embargo, era evidente que por sus mejillas corría un caudal, un rio salado que parecía no tener un muro de contención, un territorio seguro: la locura se apoderaría de sus entrañas.

—Como dije, la personalidad de Morfgon no es de mi agrado. Yo no hubiera degollado a dos inocentes niños… al menos no por esa estupidez que él llama "castigo heredado".

Al son que Radamés diría esas palabras, con su mano abierta indicaría que era hora de entrar al palacio y capturar a los renegados. Uno de sus

soldados de alto rango le pregunto si deseaba matarlos a todos o si alguno debía ser sólo retenido. El rey le respondería que si alguno quería rendirse podían sólo capturarlo, de lo contrario, no era buena idea que nadie viviese. La frase metafórica que diría en pro de dejar claro su postura sería la siguiente:

—Si le quitas un tentáculo a una araña, la araña seguirá viva… quítale todos los tentáculos.

Cada soldado que entraba era ejecutado en el acto por los renegados. Entraban en grupos, de forma numerosa y disruptiva; aun así, siempre solicitaban más refuerzos. Los peones del rey no eran suficientes para detenerlos. Había una ventaja injusta que afectaba a los ajenos. Una trágica emoción inundaba el ambiente, provocando así una intensa debilidad corporal: varios soldados se desmayaban, otros tambaleaban y unos tantos se rindieron ante la presencia hostil de Keb. Su fuerte voluntad ocasionaba que las tropas de Radamés dudaran si debían entrar a ese palacio y arriesgar su vida: pues sus corazones indicaban un temor aberrante. Y por parte de los acompañantes del ser de cosidos ropajes medio burdeos, ya se habían acostumbrado a tal afecto gracias al tiempo que han pasado juntos durante el tortuoso viaje, por tal motivo no eran afectados al mismo nivel que los inexpertos soldados que apenas se topaban con esa vil barrera psíquica que percudía todo el palacio.

Radamés sentía aquella misma sensación que había percibido en Rodinia: el ser de las pupilas escarlata era el causante de sus síntomas. El rey comprendió en ese momento que no quedaba otra opción, debía ser él quien se enfrentara a esa extraña y perturbadora forma. La última, la forma final se asomaba en lo alto del obelisco bajo una silueta redonda y escarlata. El rey es un estratega prodigioso, y aunque su actitud se considere burlesca, en situaciones límite su seriedad a la hora de

conseguir la ventaja es intimidante. Es por eso que primero debilitaría lo más posible a quien ha escuchado que llaman Keb.

—No podremos seguir a este ritmo por mucho tiempo… —Evelyn parecía agotada.
—¡Ya recorrí todo el lugar, parece que no hay ninguna otra salida! —voceó Varus.
—¡Debe haber alguna, siempre hay alguna salida, todo abismo tiene su cima!
—¡Parece que esta vez no tenemos opciones, Friedrich!

Radamés volteó a ver a los gigantes, y con una seña indicó su próximo movimiento. En un círculo alejado rodearon aquel picudo e imponente palacio de Lascelles. Y levantando partes de estructuras de la ciudad, tales como bloques de concreto, columnas, pilares, techos y hasta casas pequeñas, los gigantes de manera sistemática empezaron a arrojarlas hacia el palacio. El propósito era enterrar vivos a los renegados.

Todo empezaba a temblar. Los cuadros abandonaban las paredes. Los candelabros colgados en los techos se movían de un lado a otro y algunos chocaban entre sí. Partes de la edificación se desmoronaban. Se agrietaban los altos muros, se agrietaban los bajos suelos. Rocas caían estruendosas. El fuego de las lámparas se propagaba. La madera se consumía. El polvo tosía. Las arañas corrían. Los esqueletos electrificados se escabullían. Los occisos sonreían y todos maldecían.

«Unos minutos convergieron. El eclipse lloraba al son que Radamés se burlaba. El palacio de Lascelles había mutado en escombros informes. Pero seis sombras salían de la bruma».

Los dientes de Radamés rechinaban, para él no era entendible que hubiesen sobrevivido a tal ataque. Una poderosa ráfaga carmesí salió del

polvo a gran velocidad dirigiéndose al blanco y emperlado cuello del rey. De inmediato, la palma abierta de Keb chocó casi metálicamente contra la esbelta y blanca espada ropera de Radamés. La rápida reacción del rey pudo detener el violento intento de asesinato que quería perpetuarle el ser de las pupilas escarlata. Todos se paralizaron en ese momento, tanto los otros cinco renegados que parecían algo lastimados y agitados, como los soldados de alto rango, los de túnica gris e incluso los gigantes quienes parecían indiferentes ante la disputa que se contendía.

—No pensé que fueras tan estúpido como para venir a enfrentarme cara a cara —las pupilas negras de Radamés le veían despreciable—. Por la información que tengo, y claro por aquella extremidad faltante, sé que tuviste un encuentro con los nobles de la guerra… Dime, ¿siguen vivos?

«Keb empezó a reír, los soldados le atacaban y el rey junto a él danzaba. Friedrich usando su escudo de Mons Nihilo se preparó para defenderse. Evelyn con su flamígera hoja defendió a Keb de los soldados que pretendían interponerse ante su pelea con Radamés. Varus usaría su ingenio y su habilidad para cortar los gruesos y grasosos tendones de los gigantes, ya que con su velocidad sería improbable que fuese atrapado fácilmente. Lilith realmente yacía asustada, el opaco cielo y la guerra sorpresa que se había desatado le hacía temblar: pero lo que más le preocupaba era el significado de aquel triste panorama, pues parecía que al final nadie ganará, todos morirán por la mano de seres invisibles, morirán por la venganza de los seres cósmicos, y la gigante Gaia parecía ser indiferente. Karl seguía arrodillado junto a múltiples bloques fríos en su espalda maltratada, sus ojos vacíos estaban a punto de ver en la oscuridad».

FUTURO ATARÁXICO

Seres oblongos estupefactos por la convicción de su experimento, y atónitos ante el misterio del segundo sobreviviente de Xeclios. Pues ni poseyendo molar inteligencia pueden entender de qué hilemórfica manera ha superado o ignorado la locura y la ha sublimado para siempre; es un caso único, el primer y único humano que salió intacto de una, entre las incontables del primigenio, ciudad de abajo. Incluso ese misterio para los oscuros se agrandó, ya que sospecharon que podría tratarse de una nueva amenaza: ni siquiera el primer vástago le asesinó y ha seguido sobreviviendo incluso después de haber enfrentado a cuasi altos poderes, aquellos hechos les producían retorcijones en sus viscosas cavidades.

—¿Cuánto tiempo nos falta, Friedrich?
—Nos queda muy poco, estamos cerca.,
—Ya no hay nadie en este lugar…
—Ni siquiera se escucha un ruido a pesar del basto tamaño de esta ciudad…
—Y este frio… sigue siendo el mismo que sentía cuando desperté…
—¡Creo que ya hemos llegado, Keb!

Ambos perdidos y vagantes. Ya agotados, ya destruidos, ya inexpresivos. Algo optimistas, algo tranquilos, algo nihilistas. Tan solo esperaban el final, el último soplo de helado fuego. Y aunque la piel de Keb haya mutado en el pasado, después de caminar por tantos años ahora se desprende, se levanta, se cristaliza, se fragmenta. Marcas de tentáculos rodeaban el cuello de ambos, tal vez por la vejez, por los augurios, por la falta de luminosidad. A Gaia le placía sentir calor, sentir

frio, sentir equilibrio. Ahora no llora, no ríe, no palpita, no siente, carece.

—¡No hay nada!, solo calles interminables y un aroma bastante incomodo y aberrante.
—Aquí fue donde los Existenciales me condenaron, aquí me borraron la memoria.
—¿Crees que yo también haya sido condenado por ellos?
—No lo sé. ¡Aunque te considere como un similar, aún no logro confiar del todo en ti!
—Gracias por decirlo, Keb. Pero tan solo sobreviví al decible por suerte.
—En fin… continúame explicando acerca de eso a lo que llamas "filosofía".
—Si pensar en ello te hace recordar quien eras antes de despertar… te seguiré contando.

Siguieron caminando en la oscuridad más tranquila que existe. Casi parecía que flotaban en la nada. Paradoja extraña ideaba Friedrich en su mente intranquila y curiosa, pues tenía la impresión de que no era real pese a la realidad que experimentaba. Despersonalización segura o la nula contemplación del futuro y del pasado, eso le sumergía en una apatía trascendental. Y no porque superara su materialidad insuperable, sino porque su mente fabricaba ficciones que le hacían imaginar que no existía, o que ya su tráquea yacía degollada desde adentro de su soma maldecido y petrificado.

Condenados a la inmortalidad aproximada, caminaron en la oscuridad hasta los parajes que han sospechado en donde puede encontrarse al grisáceo Imperium o al honorable Benerib: la terrible Skoupídia. Pero primero explorarán las llanuras blanquecinas que apuntan directo al valle rojo, en donde sospechan que puede haber algún sobreviviente del

siglo corrupto. Juntos atrapados en la violenta soledad de sociedades que perecieron por la producción entrópica.

«Hace años pelearon contra Radamés y su ejército. Lo que aconteció en ese burgués lugar no fue más que la revelación última que desencadenó en la pérdida de significado existencial. Pues el linaje irrompible se fisuraba; paulatinamente fue quebrado desde adentro. Los seres de sangre roja cuya arma color rosada adoraban, fueron traicionados por su propia materia cerebral que desde el subconsciente les empujaba al telón final, al suicidio colectivo, a una fiebre colerizada, a la esquizofrenia compartida y a la aceptación del fracaso. Desearon con ello que el ello les placiera con la suerte de la muerte. Abrazaron el enfrasco pesimista de la presunción a priori del final de la historia organizada, el final de las narrativas humanas».

«El ser de las pupilas escarlata y el rey del mundo sangraban, tambaleaban y reían».

Los gigantes caían entre el verde charco que lloraba de sus tendones. Varus había resultado aplastado; respiraba al son que sus pulmones se llenaban de lava y de sus orificios somáticos salían las viscosas motas originadas por una terrible hemorragia interna. Un solo Cercope se había enfrentado a una larga tropa de gigantes soldados; él había hecho historia, pues para la eternidad se enmarcaría su valiente osadía y su impresionante victoria. Los pilares ardientes de sus vertebras, serán transmutados por la reminiscencia de futuras generaciones de oscuros entes cerebrales, quienes de seguro crecerán de la neblina del final y del deseo del vórtice.

Evelyn había perdido ambos brazos, pues los había sacrificado en nombre de su familia. Por la sangre que perdía, de sus borrosos estados mentales salían recuerdos dulces de su suave y juguetón Veritas, y de

nuevo se reunía con sus padres, su hermana mayor y sus dos hermanos menores. Ocurría en ese hermoso litoral, era un espléndido lugar, al menos solía serlo antes de que el salado mar dejara de contactarse con Gaia. Uno de sus ojos no paraba de sangrar, el dolor se extendía vibrante por todo su delicado cuerpo. Evelyn sabía que estaba a punto de morir, y eso le causaba algo de tranquilidad, ya que cuando eso ocurriese ella ya no existiría. Y es que todo paso muy breve, en cuanto salieron de las ruinas del gran palacio de Lascelles, se vieron orbitados al abismo. No tuvieron más opción que pelear contra el numeroso y fuerte ejército de Radamés, y lo hicieron aun sabiendo que perderían. La bella mujer caucásica de rojos y ardientes cabellos cerraría sus negros ojos para siempre. Protegió por un largo tiempo la cicatrizada espalda de Keb, pues en sus pupilas carmesí presenció que la clave a la maldad era la misma oscuridad, el mismo terror del sistema nervioso, el mismo miedo de las psiques. Por lo que prefirió apostar su vida a una posible revolución, a un posible escenario en donde no existiera el egoísmo, en donde nadie quisiera obtener riquezas si eso suponía el deterioro de otro. En donde los cuerpos no sean tan solo máquinas de producción, un mundo en donde no existiera ni un sinónimo de la palabra esclavitud. Ella veía en la voluntad de Keb, el poder de quebrar el sistema que había dominado hasta la fecha al último linaje irrompible. La línea de fuga se había abierto en Xeclios, el operable determinismo empezó a retroceder cuando la causalidad resultaba impredecible. Un inoperante estado del poder se inició cuando los seres cósmicos atacaron la ciudad que atornillaba a la humanidad en una simulada ataraxia.

Los colores de Evelyn y de Varus se apagaban en la injusta y desajustada guerra de poderes. Por un lado, miles defendían una serie de ideas que ni ellos mismos comprendían, por el otro lado, tan solo un pequeño grupo de organismos luchaban para escapar de la alienante carga que habían detectado en cuanto empezaron a cuestionarse, a razonar, a pensar fuertemente. La mayoría fue lobotomizada por una poderosa

entidad, la gubernamentalidad eficaz es capaz de producir seres productores cuyos órganos internos y externos fueron despojados de su más impórtate vigilia: el deseo les fue suplantado abruptamente por preceptos creados para ejercer un aparato simulador. La mayoría de humanos defendían las ideas metafísicas del reino, y lo hacían porque tales ideas satisfacían al incauto y al perezoso, le catalizarían en un estado de suma serenidad y consuelo. Incluso aún la mayoría de esclavos optan por darle sentido a sus miserables vidas a través de su amo; sin el látigo que sienten entre sus huesos tendrían que cambiar aquel atroz paradigma por otro, y ese es el asunto: el miedo al cambio imposibilita que las líneas de fuga salgan de la prisión conceptual y se escabullan por otros territorios, por mareas incontrolables, campos desiertos que tal vez no lleven a ningún oasis, calles oscuras cuya oscuridad tal vez sea eterna. La minoría, en contraparte, se dieron cuenta de la locura y optaron por revelarse mediante otra locura alternativa. Si ya no tenían un habitad seguro al cual aferrarse, prefirieron sacrificar sus órganos con el fin de encontrar uno nuevo o morir en el intento. Pues de no intentar combatir, será fácil que la psicosis se apodere de sus deseos y les lleve al profundo vacío.

En los noctámbulos tiempos del primigenio, la minoría dominante era quien controlaba a la mayoría dominada. Ese era el paradigma. Después de la Era idílica el paradigma cambió muy ligeramente, puesto a que ahora la mayoría era la dominante de esa despreciable minoría. O eso era lo que el estatus quo establecía. Lo cierto es que la mayoría aún seguía bajo las normas y las directrices de una mucho más reducida minoría. Jano y Radamés tan solo fueron las dos figuras más importantes a nivel mediático. Pero a ellos también les controlaban poderosas y desconocidas fuerzas de acción. Los Roxhell son de las pocas familias que quedaron, de los pocos apellidos que llegaron hasta el pináculo de la supervivencia, y permanecen ocultos ante la sociedad; lo hacen porque las masas no toleran que unos pocos sean enunciados

en lugares más altos que el linaje: el linaje es la perfecta fachada ilusoria para que la mayoría alienada pueda sentirse parte de algo que les produzca un sentido ante el mundo, algo más grande.

Se permeaban las marañas al son que las hormigas se escapaban o peleaban. Las que peleaban ya sabían que morirían por una de sus fantásticas narrativas antropocéntricas, pero las que se escapaban de tan terrible rojo escenario eran las más consientes, y en consecuencia las menos cuerdas, pues comprendían que las ideas que habían fabricado a raíz de una serie de prácticas, no eran ideas suyas, más bien eran prototipos ideales de un fuerte entramado cuyo origen no era fácilmente contemplado: desconectarse del mundo fabricado produce terribles síntomas, afecciones irónicas y puntiagudas del aparato cerebral.

Lilith hiperventilaba. El mundo de las sombras se había apoderado del rostro de Karl. Ambos se ahogaban bajo las olas perturbables del caos. Fluían sus inmanentes pensamientos en las ramas curvadas inconexas e indivisibles. El odio de Karl podía olerse con tan solo imaginar los hechos: había protegido las raíces del hachado árbol de Saru y Walda, había dedicado su única vida al cuidado de dos semillas. Pero las cercenadas cabezas de caras perturbadas, eran las que ahora le veían; las dos causas de su voluntad se habían ido, y de nuevo le ocurría otra desgracia cuya injusticia encapuchada le vigilaba las espaldas. Acto seguido, el comandante enfuriado se había percatado de que Donna se escapaba de los escombros por la parte trasera del derruido palacio, por lo que de inmediato la seguiría. Una vez su sombra la alcanzó, de un estruendoso golpe en las rodillas de la mujer, Karl había reducido su movilidad rompiendo cada articulación huesosa que la sujetaba. Donna gritó del dolor. De sus grandes y azulados ojos se derretía su burgués maquillaje. Con el aire nervioso que se escapaba de sus pulmones, seguía tocando el silbato lo mejor que podía. Karl la agarraría del cuello y le preguntaría su nombre.

—Donna… Donna Killingser…
—¿Por… por qué eres importante para Radamés? Y, ¿realmente eres descendiente de Jano?

Destrozándole la pechera de tajo, una garra penetró la armadura de acero ennegrecido que Ed había reparado para Karl. Parecido al Blytheae, pero con diferente composición somática, un gigantesco animal de docenas de glóbulos blancos le había arremetido. Hocico cárnico y sangrante, dientes picudos y cortados. Dos alas negras en la espalda, parecían muy pequeñas a comparación de la bestia quien las portaba. Las patas enormes del animal fueron cortadas, pues Karl reaccionó con furtividad instantánea. La adrenalina del comandante de la tercera división le protegía. No obstante, el mutante le había provocado una profunda herida: de su centro se escapaba un fluente carmín. Con el corazón casi expuesto, Karl clavaria su verdosa espada en el vientre escamoso y amarillo del gran depredador modificado. Donna no podía creer lo que había presenciado. Ella no podía moverse, y de su nariz ensangrentada y de sus hematomas corporales se asomaba el flujo obsidiana de su interior. La luz del fuego era tan potente que todo Lascelles parecía en acto un caldero cristalizado con plomo.

—Tu sangre no es… no es roja.
—El último linaje fluye en mis venas… ¡escoria, morirás por lo que me hiciste!

Un destellante recuerdo invadió el escenario. Karl recordó aquel simbólico lema al que toda la humanidad le ha rendido tributo y casi adoración. «*Nuestro linaje es irrompible*». Pensó y pensó, en su mente subjetiva el tiempo se detuvo. No pudo evitar reírse, por fin empatizó sus códigos con los de Keb. Ahora todo parecía tener sentido. El último linaje no era más que un grupo de codiciosos humanos modificados. La

sangre de unos seres tentaculares y viscosos fue pervertida, y los seres tentaculares y viscosos optaron por un castigo último satisfactorio.

En el suelo terroso yacía una vieja de joven apariencia, por sus canosas entradas, sus nulas arrugas y esbelta figura podía intuirse. Karl se acercó con cero empatía, y lentamente incrustó su espada embotada en el vestido lila de Donna. Su corazón tronó y su hoja filtró. Arterias y vasos colapsados, sangre sin color y grietas secas en su voz. Insondable oscuridad.

Friedrich solo se escabullía, aunque pueda ver en la oscuridad sus imperativos le obligan a no despojar a nadie del preciado aliento. Antes de que Karl cayera desmayado, el filósofo le atrapó del tambaleo. La dueña y la mascota perecieron. Y ya el aro de fuego empezaba a salir. Era claro que los seres alados de tres esferas blancas habían invocado alguna artimaña, pues la astronomía no podría explicar cómo todas las noches la luna roja sale y todos los días el sol tapado es. Tal vez se trataba de una mega estructura en el espacio, o tal vez una luna extra habían hecho aparecer. Ellos controlan la gravedad, es probable que dicho control signifique el máximo límite que una raza tridimensional puede aspirar. Los habitantes de la tierra son el producto de la fusión nuclear. Los habitantes del planeta negro son producto de la materia oscura. Formas de vida que evolucionaron drásticamente opuestas. Las pupilas negras de los humanos absorben la luz y en su ausencia ciegas son. Las esferas blancas de los Existenciales absorben la oscuridad y en su ausencia ciegas son. Las pupilas escarlata sintetizaron aquellas cualidades, pues aquel raro órgano ve la transparencia de ambas sustancias, ve lo coloro y ve lo incoloro. Ya eran dos animales quienes lograban verlo todo, los dos animales que nacieron del abismo, dos animales que condenados fueron a las desgracias del declive de Xeclios.

—He… he… —su garganta ensangrentada le dificultaba expresar sus últimas oraciones.
—¡No… no digas nada, Karl!
—Fracasé…he fracasado…
—Tú no… ¡no fracasaste…!
—Morf… Morfgon… ese… maldito…
—Tus lagrimas no serán en vano, te lo prometo, Karl.
—Dile a Keb… dile que lo siento…

Ojos abiertos y llorosos, pausada expresión de culpa, tristeza y odio. Friedrich le acompañó, le cerró los párpados y pareció que su cadáver cambió; su semblante ahora era imperturbable. Tres de los últimos cinco fenecieron. Y la última renegada seguía hiperventilándose. Lilith, alta y esbelta, con uñas sangrantes y escombros rodeantes. El corazón de Keb rebotaba, pues ahora estaba solo en plena batalla. Peleó con garras y dientes, una fiera cercada por el rey del mundo tosco. Radamés gritó. «¡Dispárenle, por el honor de nuestra Era!». Flechas puntudas y curvas atravesaron el duro caparazón del ser de las pupilas escarlata. Aunque su voluntad le producía enjundia, su cuerpo no le respondía y de rodillas se ponía. Todo se le nublaba y le acechaba un indiferente oráculo a lo lejos. Un rayo invadió la guerra, Keb usó sus últimas energías en aquella fugaz y furtiva arremetida. Un cálido futuro se desprendía de los vientres de los soldados que osaron defender al rey. Sus torsos vivos caían de sus ventrales muertos. Algunos lloraban y otros reían, la distancia que separaba la desgracia de la comedia era muy finísima. Radamés impresionado y agitado, de su frente venas casi estallaban iracundas. La escena fue intolerante para los soldados que aún quedaban de pie. La palabra "Era" y la maleable forma maldita en que morían sus compañeros les indujo miedo y desconexión. No comprendían los motivos que ocasionaron el declive del mundo, sólo eran asesinados en la ignorancia. Recordaron lo que algunas personas empezaron a decir en cuanto cayó Xeclios, «*el siglo corrupto*», remitiendo

así en una desconfianza acelerada. Radamés ahora estaba solo, pues quienes empuñaban la espada por él, rompían filas. Sólo con miradas, el colectivo decidió abandonar la pelea y escapar de aquella absurda masacre. Un soldado le diría unas palabras antes de irse:

—Mi familia está refugiada en las cuevas de Lascelles, todos nosotros tenemos familia. Si este es el final… preferimos acompañar a las personas que nos importan. Lo siento Radamés, pero parece que mientras los días sigan oscuros, no tenemos nada por lo que pelear.

La sangre le caía de su frente. El rey del mundo, con una mirada despectiva y amenazante, le respondió lo que pensaba al respecto sin decir ni una palabra. Keb arrodillado le veía sereno a los ojos, y Radamés le enfocaba nervioso. Solo les acompañaban miles de cadáveres, miles de huesos rotos y de consciencias desvanecidas. Con su ya manchada y fina espada ropera se acercó al ser de las pupilas escarlata. Sacudió la hoja en el aire y de nuevo la blanca tizona relucía. Fijamente se observarían. El aro de fuego se enaltecía. Algo ocurrió, la expresión del rey lucía extrañada. Analizó a Keb y una sonrisa malvada fue parida por su rostro.

—Esas pupilas rojas, ese cabello blanco, esas cicatrices, ese brazo faltante, esas heridas en tu rostro, esa extraña ropa desgarrada, ese inmenso odio… todo en ti es muy distinto… Ya veo… te atreviste a desafiarme de esta patética forma. ¡¿Armaste toda una revolución sólo para mostrarme que yo estaba equivocado?! O acaso, ¿fue porque quieres ser tú el nuevo rey?

«Keb no entendía las galimatías de Radamés. Pero algo en su interior deseaba recordar aquel sueño vívido, aquel que siempre aparece fantasmagóricamente por su gruta y que tanto dolor le provocaba, que tal nudo gutural le carcomía en su aversiva repulsión y pulsante rencor».

—¿Qué sucede?, ¿no recuerdas quien eras antes de lucir de tal lamentable manera? Fuiste la única persona a la que le confié mis deseos… Todo esto… ¡todo este escenario es culpa tuya! Si no me hubieras traicionado, nada de esto jamás hubiera sucedido… fue hace tanto tiempo, fue hace mucho tiempo. Pensé que estabas muerto… yo… ¡lloré en tu maldita tumba…!
—Me confundes, maldita sabandija.
—Incluso tu voz es diferente… ¿fueron los Existenciales? De imaginarme cómo te torturaron esas cosas… —Radamés se burlaba leve pero evidente.

«Keb no tenía fuerzas para levantarse. Su expresión serena fue desvaneciéndose al son que Radamés le exhortaba una sarta de oraciones cuya semántica era incognoscible para él».

—Si no me recuerdas… entonces… ¿Por qué te interpones una y otra vez en mi camino?
—Si la cabeza muere, todas las partes del animal mueren… Los humanos perderán el rumbo cuando eso ocurra; acabar con ellos será mucho más sencillo.
—Es claro que ya no eres el mismo… la inteligencia que demostraste una vez tener se ha ido, se ha desvanecido en el pasado. ¿No acabas de presenciar que mis propios soldados optaron por abandonar esta satírica pelea? Los humanos no van a desaparecer solo porque su líder muera o porque no tengan uno… los humanos sobrevivirán como sea. Una vez me dijiste una frase que nunca pude olvidar… «*Estamos condenados a vivir en un indiferente universo, y no somos capaces de aceptarlo*». Los Existenciales pudieron comunicarse con ese maldito e indiferente universo… ellos pudieron controlar la maldita gravedad…
—No… no sigas… —la barrera de Keb se fisuraba sangrante e inmanente.

—Fue por eso que pudimos controlar la luz… era la única arma capaz de hacerles retroceder. Si no fuera por el proyecto Hapux no hubiéramos sobrevivido tanto tiempo, y ahora tampoco sobreviviríamos ante este onceavo eclipse… La guerra no pudo frenarse, hace cien años todas las familias fundadoras pensaron que habían ganado la guerra… este escenario dantesco sólo me hace pensar en las posibilidades… aún podemos ganarles y apropiarnos del conocimiento. Ellos pretenden que nos asesinemos los unos a los otros… malditos seres viscosos.
—Duele… duele mucho… —los ojos de Keb sangraban.
—Veo que te queda poco tiempo… al irte te olvidaran al igual que han olvidado todo lo que ha muerto. Los humanos somos expertos en olvidar… si no olvidáramos seriamos bestias… o tal vez dioses. Si de algo te sirve, asesiné a Oliver antes de que te acobardaras y prefirieras irte de Nekridia. Él era más radical que nosotros en ese tiempo… pero gracias a sus inventos pudimos crear una cepa de humanos más fuertes y resistentes… los Cercopes.
—¿Exactamente, cuando dices que ocurrió todo lo que dices? —Keb recordaba un aroma de pura ceniza que invadía su respiración; se trataba de una ciudad carbonizada—. Porque tengo la sensación de que no mientes…
—Han pasado cuanto menos cuatrocientos años desde la última vez que te vi…
—¡¿Tengo cuatrocientos años?!
—Tienes más que eso, fuimos los primeros discípulos del inmortal Jano. A veces pierdo la cuenta, aun así puedo afirmarte que nuestros huesos tienen novecientos años ya.

«Keb vomitaba, los colores le revoloteaban por sus corneas y del pecho las larvas intentaban escaparse. Radamés sentía algo de lastima y pena, se despediría con unas palabras al son que alzaba su delgada espada ropera con la zurda y con la derecha se autolesionaba el palmar».

—Hasta aquí llega tu aventura, querido amigo… por fin podrás dejar de soñar. Y a pesar de tu traición, te respeto y *te considero como a un similar*… eso mismo me dijiste antes de que te exiliaras, antes de que tuviera que degollar a tu amada Uzume… pero no me arrepiento de lo que tuve que hacer para llegar hasta esta posición… no me arrepiento de nada. Descansa y despierta, bastardo de los Mezgner y huérfano de la casa Meiji… Adiós, Raikergard.

«Cabeza separada del tronco y cara de horror. Lilith respiraba y gritaba muy fuerte, toda su ira acumulada estallaba y se desintegraban las angustias. Por primera vez, los Existenciales aprendieron a reír, sus tentáculos vibrantes emanaban una hilaridad húmeda estética. Y Keb transitaba por una dolorosa y espinosa reminiscencia sepultada en su profundo rizoma; él fue desglosando los cronos-sistemas a gran velocidad, en su mente pasaban largas escenas de su febril pasado. En el presente todo se había paralizado, las gotas se detuvieron antes de que las nubes se aparearan y los cuerpos desmembrados detuvieron sus intensas hemorragias por un periodo. El ser de las pupilas escarlata recordaba su vida antes de despertar del condenado y tortuoso letargo que lo apresaba, y aunque sólo recordó algunos eventos catalizadores, fue del todo suficiente para reencontrarse consigo mismo, con su yo perdido primero y diluido».

Hace nueve centurias nació el humano Raikergard. En el sur helado de Nekridia se alzaban unas cordilleras lujosas, pues era terreno burgués, era terreno noble. Las familias prodigiosas que habitaban aquel gran territorio controlaban el poder político del mundo; aunque Rodinia a ojos públicos era el centro de operaciones donde se regían las doctrinas y los imperativos a los que la humanidad debía adoptar y acatar, era tan sólo una fachada institucional. No había un rey o un gobernante en específico, puesto a que la nobleza se reunía cada año para discutir el

rumbo y el planificado itinerario al cual las nuevas generaciones debían dirigirse. Todo ya estaba planeado, pagado, distribuido y previamente calculado. Raikergard nació del seno de la familia Mezgner, una familia aristócrata cuyo poder radicaba en el conocimiento químico y biológico, usado mayormente para los fines estratégicos de los poderes bélicos. Por asuntos internos referentes a diversos intereses y por las típicas argucias que usan los burócratas para salirse de la tangente, el pequeño Raikergard fue abandonado en las inmediaciones del sur de Nekridia, dejado en las puertas de una institución militar, institución que acogía huérfanos, abandonados o a malcriados: pequeños desclasados de las altas jerarquías. Ahí vivió durante su prematura existencia, siendo entrenado para convertirse en una máquina de máquinas, en un aparato para la muerte, en un engranaje para perpetuar la proliferación de las hegemonías del mundo. Cuando tenía veinte años conoció al joven Radamés; encadenado de las muñecas era transportado hacia un oscuro sitio en donde sería ejecutado por haber cometido un atroz crimen. O eso contaban los rumores de la casa Meiji. Lo cierto es que duraría cinco años en aislamiento total: en un cuarto sin sol ni sombra solo le acompañaría el sonido de sus tripas.

En cuanto salió del aislamiento no parecía haber daño psicológico en su rostro inalterable. Por tal, Radamés sería respetado, incluso por sus opresores, por tal hazaña. Lo que hizo que Raikergard y Radamés fuesen los dos únicos sobrevivientes del gran incendió de la academia militar, fue la obra de la fraternidad entre dos alienados nihilistas con aires subversivos. Pues ambos tenían una meta en común, un vértice direccional al cual pretendían apuntarle. A los treinta años, después de cinco años de haberse conocido, y de haber premeditado numerosos escenarios, ambos conspiraron para salir de Meiji y construir su propio imperio.

A diferencia de Raikergard, Radamés no portaba sangre noble, por el contrario, ni siquiera era descendiente de una familia de la mediana jerarquía, él no era el vástago de nadie. Desde que tiene uso de razón había sido utilizado para la producción idealista del mundo. No era un esclavo, pues aquel concepto no existía en ese entonces; más bien, era un trabajador de las industrias extractivistas, un explotado niño huérfano que si no quería morir de hambre tenía que ayudar a construir la riqueza de otros, otros quienes producían guerras o avances que a él jamás le beneficiaban; por el contrario, sólo le precarizaban. Durante su estancia en Meiji, Radamés le confesaría a Raikergard que desearía vivir en un mundo sin dolor, un mundo donde todas las paredes fueran suaves y en donde los pisos amortiguaran las dolorosas caídas.

En Meiji la preparación de cada soldado duraba treinta años, ya que habían calculado que un soldado que saliese demasiado pronto a la guerra, moriría sin siquiera haber cumplido con su deber. Era preferible tener soldados metódicos y fríos que produjeran beneficios. Raikergard ya tenía treinta y sería enviado a Skoupídia, un lugar repleto de conflictos artificiales, creados para mantener la industria bélica fuerte; humanos contra Heroberos, contra los Imperium y contra otros humanos rebeldes. Pero, en el fondo, la guerra que realmente se libraba era una cuya inversión requería de una tecnología capaz de destruir a genitora Gaia. Los Existenciales eran los principales enemigos, ellos tenían más bagaje, más conocimiento, y eso era inaudito y muy perjudicial para el ente cerebral. Raikergard sabía que moriría en una guerra que a él no le interesaba y en la cual tampoco se identificaba, por lo que junto a Radamés idearía un plan para desertar de Meiji.

«R*ai, colapsaremos las estructuras sociales del mundo… crearemos nuestro propio sentido».* Esas fueron las palabras que Radamés le diría a Raikergard al son que escapaban por una de las praderas rocosas de las inmediaciones del norte del sur de Nekridia. Usaron el estatus que les había concedido

la casa Meiji. Con ello eran soldados respetados cuyo ingreso y salida a las áreas que se especulaban prohibidas era fácil. Investigaron por varios años el entramado que había orquestado la nobleza. Dieron con el inmortal Jano, quien ostentaba dicho nombre a raíz de que había vivido por noventa años en batallas y aún era de joven apariencia. Ambos se unieron al ejército de Jano, y escalaron rangos hasta hacerse con la confianza del inmortal estratega. En el siglo octavo antes del inicio de la Era idílica, Jano, Radamés y Raikergard se forjaron un nombre en las altas esferas del poder. Con ello, Jano les suministraría del preciado Velheli, la codiciada sangre negra de las misteriosas creaturas. De aquella forma sus vidas se prolongaron, y así sobrevivieron a las venideras guerras: ocho eclipses se avecinaban a sus espaldas, y diez eran los que se sobrescribirían en la historia de la vetusta humanidad. Pasaron las décadas. Sumiendo en la locura a los territorios burgueses, los seres tentaculares atacaron el sur helado de Nekridia. Las guerras continuaron violentas e incesantes.

Después de cinco centurias, Raikergard y Radamés con frialdad evaluaron los métodos que emplearían para apoderarse del ejercito mundial y, con ello, centralizar todas las instituciones del poder en un solo gobierno. Pero aquellos métodos serian la primera fisura entre ellos, la primera grieta que les separaría y los llevaría a óbitos opuestos. Radamés pretendía establecer leyes violentas para asegurar que nadie quisiese armar una revuelta en un futuro. Raikergard nunca estuvo a favor de aquel extremismo, por lo que propondría que lo más conveniente no era empezar de cero, sino que lo más conveniente era dialogar con los opuestos y así hacerlos paulatinamente animales similares. Pero lo que Radamés quería era destruir las psiques y los impulsos deseantes de todos aquellos quienes osaran de interponerse a su plan. Raikergard le recriminaría que, de llevar a cabo semejante acción, eventualmente habría suicidios masivos e incluso revoluciones

caóticas, lo que sería contraproducente para el plan original: crear el imperio más poderoso, sabio y eufórico del cosmos conocido.

En el lejano futuro, Jano encarcelaría a Radamés y se apropiaría de su todo su plan. Pero Jano tenía una visión idealista, él realmente pretendía desarrollar el inicio de una Era en donde la humanidad no tuviera que seguir sufriendo y apostando su supervivencia; de seguir así, los finos y tambaleantes hilos se romperían por obra de la causalidad. No obstante, las leyes de Radamés que le fueron útiles a Jano fueron usadas. Desde destruir todo tipo de información pasada-histórica con el fin de controlar la simulación social mucho más fácil, hasta sumir en la esclavitud a las razas ajenas a la humanidad con el fin de imponer miedo sobre los rebeldes y jerarquizar el poder en ideologías naturalistas: el linaje ahora se convertiría en la forma de vida más perfecta y, por lo tanto, la única exenta de cualquier juicio.

Raikergard y Radamés rompieron relaciones abruptamente cuatro centurias antes de la batalla desatada el Lascelles. En el norte de Nekridia formaron un poderoso culto de túnicas grises, una poderosa religión que establecería al ente cerebral del linaje como el ser supremo: el ser humano sería el único Dios del cosmos y cualquier entidad que pretendiera posarse próximo a sus pies o pretendiera adjudicarse dicho título, tendría que ser destruida y sumida al vórtice infinito. Aquella secta política ordenó la construcción de tres torres Hapux en Xeclios, con ellas destruirían cualquier oscuro planeta en donde los seres alados habitasen. Jano se daría cuenta de la disputa entre sus dos discípulos más importantes, él no quería interponerse y no pretendía actuar en aquel momento, pero su familia sí pretendía que él estuviera en la cabeza del gobierno mundial en cuanto este se formase; los Killingser eran los dueños de la mayoría de los medios de producción del gran continente, por ello eran la familia más poderosa y la que controlaría las fichas del tablero en cuanto iniciara el juego. Jano ordenaría el asesinato de

Raikergard para debilitar al dúo, pero la fuerza de Raikergard le salvaría. Aun así, el dúo se separó debido a sus diferencias. Al pasar los años y las guerras, se decía que Raikergard había muerto en una batalla contra varios Imperium, pero su cuerpo nunca fue encontrado a causa de la devastación: los Existenciales destruyeron por completo las ciudades al sur del gran continente, reduciéndolas a mega estructuras carbonizadas; Skoupídia se convertiría en un gran basurero desde entonces.

«El cuello carente sangraba de nuevo. La cabeza rodaba por las calles ásperas. Lilith agitada. Las pupilas de Keb dilatadas, sus caóticos recuerdos no ordenaban con simplicidad. Lascelles se neblineaba, gotas delgadas caían de su cielo rocoso. Friedrich sospechaba y contemplaba».

—Regresa al bosque, Lilith. Tienes que regresar a tu aldea, cuéntales todo lo que ha ocurrido, dile a los renegados que hemos ganado… cuéntales sobre el heroísmo de Varus… cuéntales todo… todo excepto lo que acaba de pasar… Si el mundo se enterase… te ganarías muchos enemigos.
—P-pero… él…
—Déjalo, yo cuidare de él. Parece que está a nada de colapsar. ¡Regresa al bosque, cuando el eclipse haya terminado iremos para forjar una nueva sociedad!
—¿Y si nunca se termina, y si nunca más volvemos a ver la luz? Aún no hemos ganado, algo quiere que nos extingamos…
—¡No te adelantes! El orden causal no ha sido determinado todavía. No tenemos más opción que esperar a que la tierra regrese a ser lo que era; y la señal de ello será el mar, cuando el mar empiece a zigzaguear, sabremos que todo ha terminado. Sabremos que podremos vivir, o al menos nuevas generaciones vivirán… y con suerte arreglarán las cosas…

La voz del filósofo logró calmar la crisis de ansiedad por la que estaba pasando la de dorados cabellos y azulados ojos angustiantes. Ella bajaría el hacha que había agarrado del suelo y se marcharía con las manos temblorosas. A Friedrich le entraba un aire pesimista en sus sacos linfáticos. Aunque sus palabras fueron de consuelo y ánimo, el meditabundo entendía que tal vez el orden causal ya estaba predefinido por razones lógicas. Pues la tierra moría a falta de luz y el orden humano ya estaba desarticulado. Ya no había grupos organizados para formar una nueva y mejorada civilización. Solo huesos y viseras inertes habitaban el globo manso de la intelectualidad pura.

—¿Radamés… está… está muerto, Friedrich?

Diría Keb viéndole con perturbada expresión por lo que acababa de recordar y por lo que aún licuaba. Y una intensa remembranza rogaba salir a golpeteos del subconsciente preso, ya que después de la devastación de las ciudades del sur, él había sido secuestrado y torturado por tres borrosas centurias: siglos que le suprimían de su tan poderosa voluntad, siglos en los que no tuvo compañía más allá de las agujas en sus tendones, siglos en los que perdía poco a poco su supuesta humanidad, siglos en donde la oscuridad de sus pupilas mutaba, siglos en donde fuertes ideas le eran constituidas, siglos reprimidos cuyas evocaciones no eran más que el dolor constante, tales siglos fueron los que dotaron de vida y fruto al primer vástago del odio. Ante la pregunta sobre la muerte del rey, el filósofo nervioso asentaba. El ser de las pupilas escarlata lagrimeaba… una real expresión desahuciada, acompañada de unas galimatías y un nombre al cual cierta atmosfera evocaba aflicción, exhalaría de su sempiterna pena picuda.

—Rada… Uzume…

«El piano solitario era tocado por Sanjiro en la nebulosa caliginosa. Lilith llegaba al bosque en donde de manera incremental perecían, pero ella vitalidad embolsada en esperanzas les traía. Eros prefirió seguir vivo en su mundo onírico, optando así por propia y triste decisión ausentarse del orbe: relegarse del horno material era su deseo. Los seres alados o fueron indiferentes o fueron fulminantes, pues no daban tregua. En un lejano rio morado nadaba Benerib. El último Imperium yacía sentado en un fangoso lodo a las afueras de la necrópolis de Mons Nihilo. La vieja sonrisa del sabio Aristhejanes no dejaba de relucir a pesar de la amargura de su gente. Morfgon sacudía sus suelas del sangrante y huesudo suelo pedroso, él limpiaba sus lentes redondos y se peinaba el negro bigote, se puso sus clásicos guantes blancos y procedió a salir de aquella muerta y oculta cueva de Lascelles. Los animales de Gaia se volverían más furtivos y precavidos, y por tanto más invisibles. El gran mar estático permanecía. Casi siempre llovía. El imponente aro de fuego y la luna llorosa de larvas rojas reinaban indeterminadamente. Algunos sapiens optaban por el canibalismo, otros tantos por el suicidio o la inanición, y unos pocos por la construcción, por la sistematización de la vida. Friedrich y Keb de nuevo eran caminantes nocturnos, pero esta vez la hostilidad se había desvanecido, desintegrado, por el contrario, hablaban ataráxicos del insondable futuro y del eclipsado pasado. El vástago del odio y su una vez desconocido amigo, marcharían en busca de sobrevivientes del debacle, en la oscura oscuridad al igual que aquella primera vez que se toparon. Ambos con la habilidad de ver el medio transparente ausente de luz, ambos con la tranquilidad tenue de los claroscuros abismos deseantes, inmanentes y vibrantes. Y aquel cuadro colgado en Genshūro posaba con una larga amalgama negra, con una suerte de luz idílica intentando penetrar por los costados, pero en el centro maldito dos pupilas escarlata, atendiendo la inexistencia con un frio desdén, con una denostada apatía, miraba con odio a su similar y esperaba el momento para degollarle y prolongar su maligna risa angustiante».